

# mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales  
Nº 41 Primer Semestre de 1997

## HUMANIDADES

El corazón sumergido, poema develador de la poética de Rosamel del Valle, <i>María Eugenia Urrutia</i> .....	9
El viaje interior de la vanguardia: <i>Defensa del ídolo</i> de Omar Cáceres, <i>Miguel Gomes</i> .....	19
Poesía contemporánea en Cuba, <i>Juan Nicolás Padrón Barquín</i> .....	35
Los temas de muerte y la pobreza en las décimas de Violeta Parra, <i>Susana Munnich</i> .....	43
Ni identidad, ni modernidad. Novela chilena y contingencia histórica en los últimos veinte años, <i>Javier Pinedo</i> .....	55
Joaquín Edwards Bello y los judíos, <i>Salvador Benadava C.</i> .....	95

## CIENCIAS SOCIALES

Entre el abandono de las genealogías y el olvido de la ciencia política popular, <i>Enrique Fernández Darraz</i> .....	137
Crisis económica y respuesta popular. La convergencia proteccionista en Chile, 1876-1878, <i>Sergio Grez Toso</i> .....	147
La ley de instrucción primaria obligatoria: un debate político, <i>María Loreto Egaña B.</i> .....	169
Nuevas estrategias comunicacionales de la segunda mitad del siglo XIX en Chile: la prensa "raciocinante" de los hermanos Arteaga Alemparte, <i>Carlos Ossandón B.</i> .....	193

## TESTIMONIOS

Presentación de <i>Umbral</i> , de Juan Emar en la Sala América de la Biblioteca Nacional, Santiago, 22 de agosto de 1996	207
Palabras de Marta Cruz Coke M., Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos; <i>Eliodoro Yáñez; Pablo Brodsky y Volodia Teitelboim</i> .....	209
Rolando Cárdenas Vera o la anatomía de un olvido. Homenaje a Rolando Cárdenas, <i>Juan Pablo Riveros</i> .....	219
Reiterar la forma de lo inasible (una mirada a la poesía de Tomás Harris). Homenaje a Tomás Harris, <i>Soledad Bianchi</i> .....	225

## COMENTARIOS DE LIBROS

Luis Moulian, <i>La independencia de Chile. Balance historiográfico</i> , <i>Miguel Valderrama</i> .....	231
Luis Correa-Díaz, <i>Lengua muerta. Poesía, post-literatura y erotismo en Enrique Lihn</i> , <i>Miguel Gomes</i> .....	235
Alberto Escobar, <i>Patio de letras 3</i> , <i>Lilian Uribe</i> .....	239
Osmar González, <i>Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento peruano</i> , <i>Jorge Peña Zepeda</i> .....	241
Nikos Kazantzakis, <i>Cristo</i> , Traducción y prólogo de Miguel Castillo Didier, <i>Luis Moulian</i> .....	246
Igor Goicovic Donoso, <i>Pasando a la historia. Los Vilos 1855-1965</i> , <i>Luis Moulian</i> .....	248



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE CHILE

# mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales  
Nº 41 Primer Semestre de 1997

## HUMANIDADES

El corazón sumergido, poema develador de la poética de Rosamel del Valle, <i>María Eugenia Urrutia</i> .....	9
El viaje interior de la vanguardia: <i>Defensa del ídolo</i> de Omar Cáceres, <i>Miguel Gomes</i> .....	19
Poesía contemporánea en Cuba, <i>Juan Nicolás Padrón Barquín</i> .....	35
Los temas de la muerte y la pobreza en las décimas de Violeta Parra, <i>Susana Munnich</i> .....	43
Ni identidad, ni modernidad. Novela chilena y contingencia histórica en los últimos veinte años, <i>Javier Pinedo</i> .....	55
Joaquín Edwards Bello y los judíos, <i>Salvador Benadava C.</i> .....	95

## CIENCIAS SOCIALES

Entre el abandono de las genealogías y el olvido de la ciencia política popular, <i>Enrique Fernández Darraz</i> .....	137
Crisis económica y respuesta popular. La convergencia proteccionista en Chile, 1876-1878, <i>Sergio Grez Toso</i> .....	147
La ley de instrucción primaria obligatoria un debate político, <i>María Loreto Egaña B.</i> .....	169
Nuevas estrategias comunicacionales de la segunda mitad del siglo XIX en Chile: la prensa "raciocinante" de los hermanos Arteaga Alemparte, <i>Carlos Ossandón B.</i> .....	193

## TESTIMONIOS

Presentación de <i>Umbral</i> , de Juan Emar en la Sala América de la Biblioteca Nacional, Santiago, 22 de agosto de 1996.....	207
Palabras de <i>Marta Cruz Coke M.</i> , Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos; <i>Eliodoro Yáñez</i> ; <i>Pablo Brodsky</i> y <i>Volodia Teitelboim</i> .....	209
Rolando Cárdenas Vera o la anatomía de un olvido. Homenaje a Rolando Cárdenas, <i>Juan Pablo Riveros</i> .....	219
Reiterar la forma de lo inasible (una mirada a la poesía de Tomás Harris). Homenaje a Tomás Harris, <i>Soledad Bianchi</i> .....	225

## COMENTARIOS DE LIBROS

Luis Moulian, <i>La independencia de Chile. Balance historiográfico</i> , <i>Miguel Valderrama</i> .....	231
Luis Correa-Díaz, <i>Lengua muerta. Poesía, post-literatura y erotismo en Enrique Lihn</i> , <i>Miguel Gomes</i> .....	235
Alberto Escobar, <i>Patio de letras 3</i> , <i>Lilian Uribe</i> .....	239
Osmar González, <i>Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento peruano</i> , <i>Jorge Peña Zepeda</i> .....	241
Nikos Kazantzakis, <i>Cristo</i> , traducción y prólogo de Miguel Castillo Didier, <i>Luis Moulian</i> .....	246
Igor Goicovic Donoso, <i>Pasando a la historia. Los Vilos 1855-1965</i> , <i>Luis Moulian</i> .....	248





## AUTORIDADES

Ministro de Educación

*Sr. José Pablo Arellano*

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y

Representante Legal

*Sra. Marta Cruz-Coke Madrid*

Subdirector de la Biblioteca Nacional

*Sr. Juan Eduardo Donoso Salinas*

Director Responsable

*Sr. Alfonso Calderón Squadritto*

Secretario de Redacción

*Sr. Pedro Pablo Zegers Blachet*

*Sr. Thomas Harris Espinosa*

## CONSEJO EDITORIAL

*Sr. Alfonso Calderón Squadritto*

*Sra. Sofía Correa Sutil*

*Sr. José Ricardo Morales Malva*

*Sr. Rafael Sagredo Baeza*

*Sr. Marcos García de la Huerta Izquierdo*

*Sr. Alfredo Jocelyn-Holt Letelier*

*Sr. Pedro Lastra Salazar*

*Sr. Sergio Grez Toso*

*Sra. Fernanda Falabella Gellona*

*Sr. Rodrigo Sánchez Romero*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos  
Avda. Libertador Bernardo O'Higgins 651. Teléfono: 3605233

Fax: 3605233

Santiago de Chile

# EL CORAZÓN SUMERGIDO, POEMA DEVELADOR DE LA POESÍA HUMANIDADES DEL VALLE

*María Eugenia Urrutia*

La poesía de Rosamel del Valle<sup>1</sup> reviste un notable interés dentro del conjunto de poetas latinoamericanos en los códigos estéticos de la modernidad y de la vanguardia poética latinoamericana. Contemporáneo de autores tan importantes para la nueva poesía latinoamericana como Vicente Huidobro, Pablo Neruda en Chile, César Vallejo en Perú, Jorge Luis Borges en Argentina, su extensa producción abarca más de veinte volúmenes entre poesía y ensayos, además de artículos periodísticos, la mayoría de estos últimos publicados en el diario *La Nación*, periódico del que fue corresponsal durante su permanencia en Nueva York como funcionario de Naciones Unidas (1946-1962). Esta vasta producción ha sido conocida y leída tanto por escritores contemporáneos del autor como por críticos y especialistas en nuestro continente, pero no llegó al lector masivo, por su singularidad y brevedad. Aunque la crítica de los especialistas siempre ha sido elogiosa y respetuosa al respecto de escritores contemporáneos como Vicente Huidobro, Vicente Dessabain, Eduardo Anguila, y con la especial amistad del poeta Humberto Díaz Vialmeva; faltan los estudios sistemáticos de su obra. Esta carencia ha sido señalada por Cedomil Goic<sup>2</sup>: "Rosamel Del Valle publica abundantemente y muere de modo silencioso dejando una producción esumable. La originalidad de esta poesía de Del Valle merece mayor atención que aquella de que goza actualmente".

Nos proponemos, en este trabajo, realizar una relectura y el análisis coherente de un sistema y significativo poema de Rosamel del Valle, "El Corazón Sumergido" dentro de los marcos estéticos de la poesía de la modernidad.

## EL CORAZÓN SUMERGIDO

Este poema es el título de un libro *Poesía*. Su tema central es la poesía, aunque introduce algunos elementos diferenciales, como el tema de la guerra, el que adquiere una significación especial dentro del contexto.

Como ha sido señalado, el título es indicador de una orientación en el desarrollo del tema. Es una clave que permite penetrar en este lenguaje cifrado, buscando una estructura de una imagen reveladora, "El corazón sumergido".

<sup>1</sup> No confundir con Héctor Urrutia, nacido en Santiago en 1931.

<sup>2</sup> Cedomil Goic, "El poeta Rosamel del Valle y el movimiento latinoamericano", *Revista Chilena de Literatura*, 8, Santiago, 1971, pp. 117-121.

<sup>3</sup> Rosamel del Valle, *Poesía*, Santiago, Ediciones Interperce, 1939.

<sup>4</sup> Iván Carrasco, "Los poemas de Rosamel del Valle", *Revista Plástica*, 19, Universidad Austral de Valdivia, 1990, pp. 25-34.

# EL CORAZÓN SUMERGIDO, POEMA DEVELADOR DE LA POÉTICA DE ROSAMEL DEL VALLE

María Eugenia Urrutia

La poesía de Rosamel del Valle<sup>1</sup> reviste un notable interés dentro del conjunto de poetas insertos en los códigos estéticos de la modernidad y de la vanguardia poética latinoamericana. Contemporáneo de autores tan importantes para la nueva poesía latinoamericana como Vicente Huidobro, Pablo Neruda en Chile, César Vallejo en Perú, Jorge Luis Borges en Argentina, su extensa producción abarca más de veinte volúmenes entre poesía y ensayos, además de artículos periodísticos, la mayoría de estos últimos publicados en el diario *La Nación*, periódico del que fue corresponsal durante su permanencia en Nueva York como funcionario de Naciones Unidas (1946-1962). Esta vasta producción ha sido conocida y leída tanto por escritores contemporáneos del autor como por críticos y especialistas en nuestro continente, pero no llegó al lector masivo, por su singularidad y hermetismo. Aunque la crítica de los especialistas siempre ha sido elogiosa, y contó con el respeto de escritores contemporáneos como Vicente Huidobro, Volodia Teitelboim, Eduardo Anguita, y con la especial amistad del poeta Humberto Díaz Casanueva, faltan los estudios sistemáticos de su obra. Esta carencia ha sido señalada por Cedomil Goic<sup>2</sup>: "Rosamel Del Valle publica abundantemente y muere de modo silencioso dejando una producción estimable. La originalidad de esta poesía de Del Valle merece mayor atención que aquélla de que goza actualmente".

Nos proponemos, en este trabajo, realizar una relectura y el análisis coherente de un extenso y significativo poema de Rosamel del Valle, "El Corazón Sumergido" dentro de los marcos estéticos de la poesía de la modernidad.

## EL CORAZÓN SUMERGIDO

Este poema está integrado al libro *Poesía*<sup>3</sup>. Su tema central es la poesía, aunque introduce algunos elementos diferentes, como el tema de la guerra, el que adquiere una significación especial dentro del contexto.

Como ha sido señalado<sup>4</sup>, el título es indicador de una orientación en el develamiento del texto. Es una clave que permite penetrar en este lenguaje cifrado, estructurado alrededor de una imagen reveladora, "El corazón sumergido".

<sup>1</sup> Su nombre es Moisés Gutiérrez. Nació en Santiago en 1901.

<sup>2</sup> Cedomil Goic, "El surrealismo y la literatura iberoamericana", *Revista Chilena de Literatura*, 8, Santiago, 1977, pág. 21.

<sup>3</sup> Rosamel del Valle, *Poesía*, (Santiago, Ediciones Intemperie, 1939).

<sup>4</sup> Iván Carrasco, "Los títulos en el texto poético", *Estudios Filológicos*, 19, Universidad Austral de Valdivia, 1984. Págs. 69-80.

El corazón es el centro vital del hombre. Incluye la emotividad y los sentimientos, el núcleo, quizá, desde el que se gesta el mensaje poético. El poeta, su intimidad, su universo emotivo, son los elementos privilegiados de la poesía romántica. El hablante de este poema anticipa que en su escritura no hay expresividad intimista ni el despliegue sentimental característico de la poesía tradicional. El título señala la inmersión en los niveles profundos del ser, la indagación más allá del umbral de lo racional y consciente para desentrañar, desde sus raíces subterráneas, el proceso de la creación poética. El hablante centra su discurso en la mostración de la actividad onírica del poeta, y del proceso de la poesía haciéndose. El sujeto de la enunciación es a la vez sujeto y objeto del discurso, puesto que el significante y el significado se orientan a mostrar al poeta-vidente en el acto de hacer poesía. El mismo escritor Del Valle ilumina el sentido y la atmósfera en la que se inscribe este extenso poema de cincuenta (50) cantos, en un texto meta-poético del libro *Elina, aroma terrestre*<sup>5</sup>: "Y he aquí que aparté la luz, porque la luz me fastidiaba... Y canté hacia abajo, hacia lo hondo. Hacia lo sordo... Oh, el regocijo de mi corazón sumergido". Nos encontramos ante una poética que señala su rechazo por el mundo de la superficie, que abre una perspectiva escritural en relación antitética con la poesía "de la claridad", que rechaza la estética de las "cosas bellas" al uso.

El poema comienza con una invocación.

*Venid, agua de vientre obscuro, raíz de la luz  
En eternidad y vaso necesario para el oído.  
Venid, haz y corona de jóvenes chispas de aire  
Y pupila del hombre frío que empieza a invadir  
Sombra y resplandor, nada y violencia y sitio  
Para el hueso y para la ansiedad de la carne,  
Transformada en pájaro de fuego y grano de cielo.  
Herido en su sangre y permanecer como el espanto  
Que habla con largas raíces en la boca y un rayo  
En la mano del corazón*

(Pág. 69).

En la esfera de la enunciación, el sujeto hace una convocación, un llamado, como en un acto ritual, convocando la presencia del agua-madre, agua primordial, que remite al origen, a gestación y creación, al mismo tiempo que a la esfera subterránea del inconsciente. Esta imagen se sigue desplegando en la mención del vientre, metonimia del útero, espacio de la fertilidad. Está mencionada la oscuridad de lo profundo, desde donde hay que desentrañar la posibilidad de un nacimiento. En un movimiento de violenta oposición, el sujeto enunciante menciona al agua como la raíz de la luz, o de aquello que será alumbrado, en el doble sentido de nacimiento y de realidad emergente.

<sup>5</sup> Rosamel del Valle, *Elina, aroma terrestre*, (Caracas, Editorial Monte Avila, 1983), pág. 75.

El poema se despliega a través de una serie de oposiciones: luz/oscuridad, sombra/resplandor, en una atmósfera que precipita el nacimiento de imágenes alucinantes.

El movimiento y contraste entre nada y violencia, remite a la visión que subyace en la postura existencial del poeta, en constante oposición entre la nada y el ser. A través de estos contrastes se trata de mostrar el nacimiento del poema de la oscuridad del no ser al ser, en el acto de la creación. En su ensayo *La violencia creadora* (1959)<sup>6</sup>, Rosamel del Valle pone de manifiesto la estremecedora emoción del acto creativo, el que sacude poderosamente el ser del artista en sus dimensiones emotiva, psicológica e intelectual. Todo este movimiento está referido al proceso de creación, al nacimiento y fluir de imágenes que son observadas y recogidas por la "pupila del hombre frío", en una visión despersonalizada del sujeto lírico. En este texto, el sujeto de la enunciación se escinde del ojo mental (el poeta) que mira, recoge y sintetiza estas imágenes. La mención de la humanidad del hombre que es centro aglutinador, en cuya esfera mental se realiza este proceso, se realiza con la mención del hueso, sinécdoque que remite a lo humano permanente. La esfera de la emotividad aparece mencionada en "la ansiedad de la carne". Se pone de relieve la oposición entre lo permanente y lo pasajero en el hombre. Todas las imágenes sufren una metamorfosis, un cambio constante. El cambio está gravitando siempre en la poesía de Del Valle. Esta metamorfosis o movimiento interno desemboca en la imagen creada "pájaro de fuego", la que, en la escritura del autor, remite a la poesía y a la figura del poeta. El fuego representa siempre la actividad creadora y el poeta es "el vestido de llamas". A su vez, hay en diversos textos numerosas menciones del poeta como pájaro, el ser alado que remonta el vuelo por sobre la cotidianidad mundana, el que realiza el ascenso a través de la inspiración poética y que es capaz de elevarse por encima de la limitación terrestre en la inquietante búsqueda metafísica. "Grano de cielo", es, del mismo modo, una metáfora que remite a fecundidad, gravidez del lenguaje pleno de sentido de la poesía. El enunciado continúa en esta orientación semántica remitiendo a lo doloroso e íntimo de este proceso creativo, logrado a través del holocausto del ser mismo del poeta "herido en su sangre".

El poema señala, igualmente, el estremecimiento de primigenio espanto inherente a la belleza y a la poesía que en la poética de Del Valle se reviste de sacralidad. Es el lenguaje inspirado de esta boca que habla "con largas raíces", sumando a su canto el eco de numerosas voces de la tradición órfica y lírica anteriores en el tiempo, y que resuenan en la palabra poética del hablante. El acto de creación se muestra en la imagen violenta y luminosa de un rayo, la que transporta al destinatario a un ámbito alucinado de gran eficacia estética y visual. El rayo atrae la evocación del mayor de los dioses míticos, Zeus, y por otra parte, la imagen de la luz, con la que comienza el acto del génesis en la biblia hebrea. La luz que nace de las tinieblas ilumina el caos, y emerge la creación desde el "no ser".

<sup>6</sup> Rosamel del Valle, *La violencia creadora*, (Santiago, Ediciones Héctor Matera, 1959).



El poeta aparece en su ser original, como el creador por excelencia, poseedor del rayo de la creación. Este lenguaje simbólico remite a una realidad inmanente, a un mundo de imágenes creadas en el propio texto. Hay una clara relación de intertextualidad con el lenguaje del Creacionismo de Huidobro, ya que el poeta poseedor del rayo es semejante a un "pequeño Dios".

Veamos el discurso de la segunda estrofa.

*Es el hombre, una lámpara en dos pies  
Y dos alas y vidrio y tinieblas alrededor.  
Abramos los ojos, las sienes, los tallos, las piernas,  
Las puertas del cuerpo y de la oscuridad.  
Seamos su paso, su reflejo, su aliento, su número,  
El espacio y el tiempo y su ruido y lo que sigue  
Al movimiento de válvulas y llaves de sombra unidas  
En un pulso de fuego y aire contenido de raíz  
Qué crecida tiniebla nuestra prolongada en su clima  
De ángel extraído de la muerte*

(Pág. 69).

La voz del hablante anuncia al hombre en su dicotomía de materia y espíritu. La lámpara alude, quizás, a la inteligencia, a la esfera de las ideas y valores; las dos alas, a su dimensión espiritual, y a su fragilidad. Sin embargo, el hombre se encuentra perdido en la oscuridad, en el desconocimiento de su origen y destino. Carece de un centro imantador que proporcione sentido y profundidad a la existencia. El sujeto de la enunciación utiliza un apóstrofe en plural, conminando al destinatario a ver, a recibir y asimilar en plenitud el ser del hombre. El discurso hace mención a diferentes dimensiones y facetas de la esencia humana: su paso, su reflejo, su aliento, su número. Todos estos fragmentos apuntan a la totalidad del ser inmerso en la temporalidad y la dimensión espacial, a la circunstancia del hombre de carne y hueso. La disonancia se acentúa en el último verso de significado ambiguo, polisémico. El hombre está en tinieblas; la atmósfera o clima en que habita es de extrañamiento y de exilio. En su sesgo de ángel contradictorio y sombrío se lo muestra en oposición a la fuerza benéfica y sobrenatural atribuida a los ángeles en la tradición del cristianismo. El hombre que es extraído de las sombras y de la angustia, se identifica más con las figuras de ángeles terribles de los libros del antiguo testamento. La nostalgia por la pérdida del paraíso y la felicidad edénica, por el quiebre de la plenitud del ser, se entrecruzan en el poema. La poesía se vislumbra como la posibilidad de crear un mundo y de crearse a sí mismo un destino de hombre, a través del quehacer poético.

La pérdida del absoluto buscado es una nostalgia constante que atraviesa esta escritura. En ella se mantiene, en continua agonía, la lucha entre el no ser y la realización de la existencia lograda a través de la creación poética.

Veamos cómo en la estrofa III, se insiste en la búsqueda poética.

## III

*Agua y tierra de la mano, palpitación del cielo  
 Movimiento de hilos celestes y rayos de boca fría  
 Con hogueras nocturnas y espejos de escama  
 En el mismo vapor y en la misma turbia greda  
 Ausente y con el oído dedicado al ataque  
 De sí mismo y de lo que lo rodea con aureolas  
 De dientes dormidos y rumores y necesidades  
 Y peligros de invencible obscuridad.  
 A tientas todavía y con la cascada del pecho  
 A punto de salir*

(Pág. 70).

El agua, elemento primigenio de donde emerge la vida, las visiones nocturnas del subconsciente y el sesgo terrenal del hombre se reúnen en el ser del poeta entregado al acto de la creación, ensimismado en la indagación de sí mismo y de las cosas del mundo, atento a la recepción de una cascada de imágenes. La evidencia poética es una experiencia que invade al hablante y sólo se puede mencionar su fuerza con las metáforas de la tempestad y del fuego. El poema avanza en movimiento de imágenes que van desde “el espanto blanco y frío” que evoca la página en blanco aludida por Mallarmé, hasta “la inundación de tempestad, y sueño y movimiento”.

En el canto VII el hablante se explaya alrededor del tema del amor, puesto que el amor es inherente al acto poético y creador, y abarca las cosas entre las que existe el poeta. En una dialéctica de oposiciones el poema abarca, desde diversos ángulos, el mundo real, el mundo onírico y el cosmos poético creado a través del lenguaje. El rayo es metáfora de la potencia creadora. El árbol, símbolo reiterado con diversas connotaciones en la poesía del autor, remite a lo vital a lo que tiene movimiento y “ramaje” o nervadura en expansión. El huevo, evoca el núcleo del nacimiento y del origen. La ceniza connota la materia que es el residuo de lo que ha sido destruido o traspasado por el fuego, el que a su vez es metáfora que apunta a fuego creador y a fuego purificador del espíritu del poeta, sumergido en la honda meditación metafísica y creadora. El océano muestra el nivel del subconsciente y del mundo de los sueños, el universo de la poesía, el océano de la memoria. Las llaves apuntan a la apertura de los sentidos, de los ojos y del corazón, a la capacidad de ver y de sentir necesarias para el artista.

*Pero mi rayo ama lo movable y la esencia y el acto  
 En una necesidad sin hierro pero de livianos pies.  
 Ama el árbol de la lluvia y el árbol del calor.  
 Ama el huevo de la sombra y el huevo del resplandor  
 Ama la barca del oído y la barca de la piedra.  
 Ama la ceniza de la memoria y la ceniza de la lengua  
 Ama el océano de la sien y el océano de la boca*

*Ama el nido de la angustia y el nido del gozo.  
Y ama la llave de los ojos  
Y ama la llave del corazón*

(Pág. 71).

Todo el poema, en un tono de himno órfico, se constituye en torno al ser y a la experiencia de la poesía.

*Como amo la columna de lenguas apacibles  
De donde me vienen las uñas y los dientes  
Con brillante penetración y fuerza sola  
Melodía de espada convulsa y puesta a prueba  
En la soledad de los dioses extraviados  
Antigua escala sin pasos en el aire, antiguo  
Aceite y cascada y rumor y rito  
Y ansiedad de oído fijo en el derrumbe  
Del ángel y del hombre y de la nada  
Total del corazón precipitado*

(Págs. 72-73).

El sujeto de la enunciación se expresa en la mostración del proceso poético constituido por el cambio constante y la unión de elementos fragmentarios en violencia oposición semántica. La poesía es "colmena de lenguas apacibles" y "espada convulsa". La búsqueda de un infinito ausente, la necesidad de valores que sustituyan las creencias periclitadas, la pérdida de las dimensiones sagradas tradicionales dan lugar a un clima de orfandad y de vacío. La angustia del ser caído en la soledad y en el derrumbe hacia la nada se expresa en este discurso, que sumerge la expresión de emociones subjetivas. Un hablante despersonalizado enuncia con tono de objetividad la devastación y destrucción de las creencias y valores que han sostenido el mundo del hombre tradicional.

*... Y somos el humo de los  
jardines  
Destruídos. Y somos el viajero que despierta al hombre  
Dormido en un iluminado sueño de ruinas*

(Pág. 75).

El poeta es el viajero, el ser alerta que despierta al hombre con el canto de su poesía nocturna, fraguada entre humo y cenizas, el hombre que indaga al borde de la muerte con el instrumento de su poesía visionaria. Por ello, esta escritura se mueve en una atmósfera sonámbula y en un tono de nostalgia infinita, por la devastación de los valores de un mundo cultural y moralmente periclitado.

*A lo lejos el rayo decapita palomas de frío.  
La tierra y el hombre se doblan de raíz*

Es en relación a la imagen del mundo devastado que el texto se orienta hacia una objetividad que traspasa la condición autosuficiente del mundo creado en el poema. En el canto xx el enunciado remite a una realidad extratextual, la realidad de la guerra. Esto se señala con signos gráficos, comillas y puntos suspensivos. Aunque el lenguaje es siempre altamente cifrado, se refiere a los estragos, al mundo de horror y pesadilla de la contienda bélica. Es un discurso diferente dentro del poema, que se atribuye a un hablante fantasmagórico. El texto remite a una visión monstruosa de horror y de tinieblas, a un mundo homologable por la obscuridad y espanto que él actualiza, al espacio de los mundos inferiores. De este modo el hablante actualiza ante el lector el aspecto terrible y tenebroso de la experiencia órfica.

*... Y los caballos salieron de sus nidos  
 – Dice la sombra – con agujas y rayos en el vientre,  
 En un nadar de fuego y árboles y huesos abiertos  
 De par en par como puertas sin llave en el vacío.  
 Oh inmenso cielo cruzado de mariposas de azufre  
 Alrededor de espadas perdidas y de sangre  
 De lejanas tinieblas resucitadas y de abismos  
 Renovados y adquirida obscuridad.*

(Pág. 78).

Esta realidad fantasmagórica, entregada en un tono de impersonalidad objetiva, alude a los horrores de la guerra, al mundo destruido por la violencia de las armas modernas –“caballos con agujas y rayos en el vientre”– y a la atmósfera de devastación, angustia y soledad que rodean al hombre, sumido en estas terribles experiencias. En este texto, por la cercanía cronológica con la fecha de edición del libro (1939), se refiere a la guerra civil española, suceso histórico que influye notablemente en la poesía de los escritores de la vanguardia latinoamericana.

*Un ángel de fuego se levanta en la oscura  
 Ceniza terrestre y de la eternidad  
 Del hombre que lo llevaba en su costado como un ruido  
 lento en despertar, pero seguro y terrible  
 Como el tiempo y la sed*

(C. 48 Pág. 89).

El poema culmina con la alucinante imagen del poeta en el símbolo de un ángel de fuego, que tiene la misión de revelar la vida y la muerte. La lucha y la angustia del ser que asume esta misión, se transmiten en la identificación del costado del hombre, imagen que evoca el costado de Cristo, por donde brotan el hombre poético y la poesía. La misión del aeda se ve recorrida por una dimensión profética y mesiánica. La poesía está revestida de un hálito de sacralidad, de un estremecimiento de terror, y nace como una esperanza de purificación desde

las ruinas de un mundo devastado. Precisamente, este es el sentido que tiene el integrar aspectos de la guerra dentro de un libro cuyos ejes totalizadores son la poesía, la misión del poeta y la dimensión órfica.

*Mi existencia es tu sed abandonada  
y sumergida hasta la raíz como un trueno  
deshecho en gotas cálidas y ecos  
Del hombre que lo sigue hasta el fondo  
De la memoria estremecida en la muerte*

(Pág. 90).

El sujeto lírico enuncia al quehacer poético como un destino al que está ineludiblemente unido. Afirma el compromiso humano y moral de ser poeta, asumiendo la totalidad del dolor, la búsqueda constante y la tarea de la develación del ser, suspendido entre la angustia, y la inquisición obsesionante en los misterios de la vida y la muerte.

#### LOS RASGOS DE MODERNIDAD

“El corazón sumergido” es un poema mayor en el conjunto de la creación poética de Rosamel del Valle. Como en la totalidad de los poemas que integran el libro *Poesía*, el autor asume completamente la nueva estética de la modernidad. De este texto se desprende la atmósfera de un mundo desgarrado, de una realidad inestable, desarticulada en elementos fragmentarios. No hay una temporalidad lineal que sostenga un orden cronológico en el poema. Más bien prevalecen las imágenes que intentan reunir elementos inconexos, simultaneidad de espacios y tiempos dispares, en un afán de establecer conexión y continuidad entre realidades diversas. Se persigue la visión de totalidad, aunque sea a través de imágenes incongruentes o absurdas, características señaladas en la poesía de la modernidad<sup>7</sup>, las que aluden a la realidad de un mundo desarticulado. El lenguaje se deja fluir, y recobra su vida sin obstáculos. La irrealidad sensible, el lenguaje hermético y enigmático, en contraste con la belleza de las imágenes, producen una sensación de disonancia y expectación en el lector. La presencia de los horrores y devastación material y moral producidas por la guerra se integra en el poema, a través del discurso de un hablante despersonalizado que introduce símbolos alegóricos y visionarios como ángeles de fuego, caballos con agujas y rayos en el vientre, cielo atravesado por mariposas de azufre, desplegando la visión de los países desgarrados por la lucha y la violencia. Este lugar poético que recoge el sufrimiento, el horror y la violencia, es homologable al espacio de los infiernos recorrido por Orfeo en busca de su esposa Eurídice. El poeta moderno extrae de este viaje poético el estremecimiento órfico de la poesía de lo nocturno. A través de estas visiones se intensifica la sensación de orfandad del hom-

<sup>7</sup> Hugo Friedrich, *Estructura de la lírica moderna*, (Barcelona, Seix Barral, 1974).



## EL VIAJE INTERIOR DE LA VANGUARDIA

bre contemporáneo, y de pérdida del absoluto buscado. La única esperanza que se alza en este mundo de cenizas y ruinas es el símbolo del poeta cuya memoria permanece "estremecida en la muerte".

## 1) INTRODUCCION A OMAR CÁCERES

La literatura hispanoamericana, incluso la del siglo XIX, han resultado ser un campo extraordinariamente apto para los redescubrimientos, no sólo por la extensa área geográfica que abarcan, sino por la tradicional incomunicación entre los países del continente y sus no siempre eficaces redes editoriales. A todas esas barreras extraliterarias se añaden otras mucho más cercanas a fenómenos de sociología del arte; por ejemplo, la imparable creación de mitos —a veces justificables, otras veces no—, o los monumentos prontamente erigidos en clásicos pueden llegar a depositar al lector de los estudiosos al punto de relegar al olvido a otros de la misma época, así no se les, no obstante, esta última resulta escasamente comprensible como consecuencia de ella: En el caso específico de la poesía que floreció en el período del modernismo hispánico y de las vanguardias, Vallejo, Huidobro, Cóngora, Alvarado, Borges y el primer Neruda, Oswald y Mario de Andrade han sido, con pocos otros, referentes insustituibles en el plano internacional. Pero sólo cuando se trata de comprender la historia literaria —en el sentido de los estudiosos— con las figuras canónicas, el canon, lo desvirtúa de los mismos estudios y reproducir dichos y lo aproximar, más bien, al medio general periodístico, de la de las figuras. Lo cierto es que una tradición artística se construye no sólo con personalidades mayores, sino también con otras menos influyentes, así se trata, cuya grandera y originalidad acaba revelándose, pero precisamente, por la aspeccidad que sus contemporáneos mostraron a la hora de estimar su trabajo. Son los creadores solitarios de obras que podrían más calificarse de poemas, desde el instante mismo en que se conciben; obras destinadas a ser leídas en algún momento y el estar de una historia que todavía no existe en vida del escritor. Hispanoamericana, en la segunda mitad del siglo XX, ha sido reconocida cada vez más como una literatura de poetas, algunos de los que ya, entre los que poco a poco se han incluido, el chileno Pablo Neruda, la cubana Julia de Burgos, el colombiano José Antonio Espinoza García, el peruano Carlos Oquendo de Amat, Chile posee una especial riqueza fértil en esta labor, y el reciente trabajo de Eduardo Anguila en una expresión cuidadosa de su lírica completa agrega ahora la tradición de *Dejarse de sí*, libro sacado a la luz por primera vez en 1954 y prácticamente desaparecido hasta hoy, pues el autor, Omar Cáceres, destruyó casi todos los ejemplares, de los que sólo sobrevivieron veintiseis en la biblioteca

# EL VIAJE INTERIOR DE LA VANGUARDIA: DEFENSA DEL ÍDOLO DE OMAR CÁCERES

Miguel Gomes \*

## I) INTRODUCCIÓN A OMAR CÁCERES

Las letras latinoamericanas, incluso las del siglo xx, han resultado ser un campo extremadamente apto para los redescubrimientos, no sólo por la extensa área geográfica que abarcan, sino por la tradicional incomunicación entre los países del continente y sus no siempre eficaces redes editoriales. A todas esas barreras extraliterarias, se añaden otras mucho más cercanas a fenómenos de sociología del arte; por ejemplo, la temprana creación de mitos –a veces justificables, otras veces no tanto–: uno o dos nombres prontamente erigidos en clásicos pueden llegar a copar la atención de los estudiosos al punto de relegar al olvido a otros de la misma época, sin los cuales, no obstante, esta última resulta escasamente comprensible como totalidad estética. En el caso específico de la poesía que floreció en el período del posmodernismo hispánico y de las vanguardias, Vallejo, Huidobro, Girondo, el primer Borges y el primer Neruda, Oswald y Mário de Andrade han sido, con toda razón, referentes insustituibles en el plano internacional. Pese a ello, cabría alegar que al interesado en comprender la historia literaria una familiarización exclusiva con las figuras estelares, el canon, lo desviaría de los métodos críticos propiamente dichos y lo aproximaría, más bien, al *modus operandi* periodístico, ávido de luminarias. Lo cierto es que una tradición artística se construye no sólo con personalidades mayores, sino también con otras menos influyentes, casi secretas, cuya grandeza y originalidad acaba revelándosenos, paradójicamente, por la incapacidad que sus contemporáneos mostraron a la hora de asimilar su lenguaje. Son los creadores solitarios de obras que podríamos calificar de póstumas desde el instante mismo en que se concibieron; obras destinadas a esperar un mejor momento y el azar de una lectura que todavía no existe en vida del escritor. Hispanoamérica, en la segunda mitad del siglo xx, ha ido reconstruyendo una lista cuantiosa de postergados, grandes poetas menores, entre los que poco a poco se han incluido el colombiano Porfirio Barba Jacob, el venezolano José Antonio Ramos Sucre, el peruano Carlos Oquendo de Amat. Chile parece ser especialmente fértil en esta labor, y al reciente rescate de Eduardo Anguita en una impresión cuidadosa de su lírica completa agrega ahora la reedición de *Defensa del ídolo*, libro sacado a la luz por primera vez en 1934 y prácticamente desaparecido hasta hoy, pues el autor, Omar Cáceres, destruyó casi todos los ejemplares, de los que sólo sobrevivieron un par en la Biblioteca

\* The University of Connecticut-Storrs

Nacional de Santiago y acaso –como señala Pedro Lastra, responsable de la inestimable recuperación editorial que aquí comentamos– alguna otra copia en la biblioteca personal de los amigos del poeta (Cáceres 63).

La resurrección de *Defensa del ídolo*, único libro de su autor, plantea a la crítica actual un problema, a mi entender, esencial: ¿cómo abordar con cierta objetividad analítica un poemario cuyo rastro, desde hace decenios, viene imbuido en la imagen de un Cáceres kafkianamente autodestructivo, excéntrico, “impenetrable”, “fantasmal”, “leyenda para minorías” –como elegantemente explica Volodia Teitelboim (Cáceres 65-7)–, un poeta asesinado en 1943 y, para colmo, en circunstancias misteriosas que lo vinculan al “lumpen”? ¿Cómo evitar en nuestra tarea circunscribirnos a esa aura romántica y al mismo tiempo hacerle justicia a una escritura que, a través de su “hermetismo” –ya recalcado por Huidobro en el prólogo a la edición de 1934 (Cáceres 7)–, de alguna manera convoca en su poética esos mismos marcos extratextuales?

Se me ocurre que una solución para semejante dilema sería conciliar una exploración atenta y detallada del discurso de *Defensa del ídolo* con un entendimiento de la situación histórica en la que se amalgamó su estética. Las siguientes páginas, por lo tanto, intentarán examinar, en primer lugar, los presupuestos vanguardistas que puedan explicar la adopción de un vocabulario militarista por parte del poeta –por algo ha elegido el término “defensa” para encabezar su obra– e, inmediatamente después, tratarán de discutir las consecuencias expresivas de tal elección en la sintaxis interna de su poemario. Al margen de toda leyenda, creo que el único título que nos ha legado Cáceres puede resultar particularmente productivo si queremos comprender los avatares ideológicos de las letras hispanoamericanas de principios del sigloxx.

## II) DESINTEGRACIÓN, VIOLENCIA, DESHUMANIZACIÓN.

Hasta la fecha, probablemente los tres estudiosos más importantes de la vanguardia hayan sido Erich Kahler, Renato Poggioli y José Ortega y Gasset, tanto por haber sabido situar la crítica literaria o plástica en sólidos marcos filosóficos como por haberlo hecho sin prescindir de perspectivas panorámicas a la hora de elegir sus respectivos *corpora*. Los tres, igualmente, han sido hábiles cuando se ha tratado de afrontar la difícil labor de bosquejar principios estéticos singulares convincentemente aplicables a toda una colectividad internacional.

La idea matriz de la revisión que debemos a Kahler –de los tres nombres mencionados el que ha tenido mayor distancia cronológica con respecto a su objeto de estudio– destaca a la vanguardia como el clímax de una tendencia de la modernidad. Tendencia, por cierto, destructiva, pues lleva a sus extremos el ataque al cultivo de la coherencia y el respeto a la noción de organicidad que regían al arte occidental hasta el siglo XVIII. Destrucción de la *forma*: así caracteriza Kahler el proceso, tras advertir que el arte es, en respuesta a la previa percepción de la naturaleza como entidad a cargo de una labor semejante, la creación humana de estructuras –o sea, apariencias gobernadas por ideas. El empeño de los hombres de emular al entorno influye en la obtención, a lo largo de la historia,

de una conciencia y una identidad plenamente opuestas a las fuerzas de lo fragmentario y lo irracional. Ahora bien, la forma artística se desintegra en Occidente como consecuencia de dos hechos fundamentales: en primer lugar, el interés romántico en las fuerzas oscuras de la Psique, que culminará en el absurdismo y el automatismo vanguardista; y, en segundo lugar, la “creciente inseguridad del artista ante el lenguaje y la comunicación” (74), cuyas manifestaciones más exacerbadas son la poesía “pura” y el terco ejercicio metalingüístico, mucho más obsesivo que en otras eras, lo que supone una radical inversión de valores milenarios: en el siglo xx *the how not only determines, it downright constitutes the what* (75). La situación no parece tener una solución inmediata y la identidad occidental está a punto –apocalípticamente– de ser embargada por potencias transhumanas, fruto del desmembramiento de la identidad orgánica.

La descripción que nos ofrece Poggioli, además de estar mucho menos signada por la animosidad, es más exhaustiva y parte de la certidumbre de que el período de la vanguardia ha concluido y de que las artes se las han arreglado para sobrevivir a él, asimilándolo en lo que tuvo de productivo. Con todo, la raíz del análisis que efectúa el erudito italiano se encuentra en la definición etimológica del vanguardismo: las culturas latinas, entre las que se prefiere la muy precisa nomenclatura francesa y no las abiertas del inglés o el alemán –que van desde *modernism* hasta *Neu-Romantik*–, se esfuerzan en subrayar el peso de la vida común de arte y sociedad, pues el empleo de *avant-garde* aplicado a experiencias creadoras irá consolidándose en la segunda mitad del siglo xix, cuando se le exige al artista una misión claramente política, con frecuencia izquierdista y, siempre, radical, de negación o renovación del estado de cosas mental y material recibido del pasado inmediato. Esa combatividad, aunque en el siglo xx se pierda el referente partidista específico que la engendró, adquiere plena consistencia de cosmovisión cuando se notan cuatro aspectos comunes a la totalidad de los grupos reunidos bajo la rúbrica de vanguardistas: *activismo*, o sea, entusiasmo agitador típicamente juvenil; *antagonismo* o agresividad sistemática, espíritu de lucha; *nihilismo* o inclinación destructiva, aniquiladora de todo obstáculo; y, finalmente, *agonismo* o predisposición para el autosacrificio en nombre de valores futuros (25-40). Poggioli concluye su examen con una nota de optimismo al aseverar que pese al nerviosismo guerrero y la violencia de los vanguardistas no es difícil prever la consolidación de una edad del arte occidental que ya ha comenzado desde hace varios decenios: la transformación de la vanguardia en “estado crónico” de nuestra estética o, en otras palabras, en una nueva versión de lo canónico, de lo “clásico” (230-1).

Las meditaciones de Ortega acerca de la vanguardia difieren de las anteriores sobre todo por su óptica: el ensayista español habló de sus circunstancias inmediatas, la efervescencia en los 1920 de multitud de corrientes y debates; no obstante, a los inconvenientes que supone una carencia de distancia, hemos de anteponer el profundo acierto intuitivo de sus observaciones, cuyo impacto se deja sentir en la posteridad –para no ir muy lejos, en Poggioli mismo, que reconoce de inmediato su deuda con *La deshumanización del arte* (2). El título, desde luego, atrapa sintéticamente la tesis orteguiana de que la nueva estética preten-

de cuestionar las concepciones aún antropocéntricas del siglo XIX; abstracción, autorreferencialidad, puerilidad, ludismo, ironía, incluso tendencias suicidas, no son sino vehículos por medio de los cuales las creaciones del momento se encaminaban a la disolución de una visión sentimental tanto del individuo que produce arte como de sus receptores y el universo referencial. Abolición del pasado, en particular del pasado que llevaba la impronta romántica de un autor humano hasta el melodramatismo: a eso apuntaba Ortega, respaldándose en los malabarismos ultraístas, las humoradas de Ramón Gómez de la Serna y la geometría antifigurativa de Picasso.

Pues bien, si releemos a Omar Cáceres sin perder de vista las premisas que hemos tenido oportunidad de recordar, podremos llegar a la conclusión de que nos hemos topado con un vanguardista verdaderamente paradigmático. Casi todas las ideas substanciales de Kahler, Poggioli y Ortega hallan su correlato en *Defensa del ídolo*. Desintegración, violencia y deshumanización encarnan en sus versos líneas mayores de continuidad elocutiva, pues una lectura cuidadosa de ellos nos habla de una disolución de los modos tradicionales de representación de la persona poética. Contra el personaje hablante aún biográficamente inteligible de muchos poetas de su época, la voz de los poemas de Cáceres levanta una especie de barrera: una enunciación empeñada en borrar las apariencias, la concreción exteriorista o perceptible de la subjetividad protagónica del libro. A cambio de esa figura pseudoautorial que los lectores ingenuos reclamaban, luego de la abolición programática, guerrera de todo rastro de organicidad antropomórfica, se nos ofrece la consagración de otra imagen, no exactamente visible, sino más bien intuible: el "ídolo" al que se refiere el título, situado en un centro que hemos de identificar con la fuente del decir lírico. De las superficies engañosas de la figuración a la profundidad de las esencias; de la agresividad contra el "yo" aparente a la defensa del "yo" raigal; de lo humano como mero disfraz a lo humano como iluminación recóndita: éstas son las rutas que se funden en el poemario de Cáceres. Hermes, dios psicopompo, es decir, guía de las almas, precedía a los individuos en su descenso a las profundidades, en su viaje al mundo eterno que se oculta a los sentidos (Doty 122; Bolen 169ss; Stein *passim*; López-Pedraza *passim*): la caracterización que en su prólogo daba Vicente Huidobro de la obra caceriana como "eslabones herméticos" —frase, por lo demás, sacada de los versos del libro— se justifica así plenamente. Me atrevería a sugerir que el discurso de *Defensa del ídolo* se articula gracias a un mitologema: la búsqueda del centro.

Hemos de ocuparnos a fondo de esa cuestión. Antes, sin embargo, convendría aclarar el carácter revolucionario, vanguardista que paradójicamente puede cobrar una estructura legible en un plano arquetípico —y empleo el adjetivo en su sentido junguiano: arquetipo como patrón psíquico inconsciente y transpersonal. El replanteamiento de la construcción del "yo" poético mediante el descenso a las profundidades donde se encuentra el "ídolo" no parece una empresa novedosa ni propicia para la agitación del ambiente intelectual. Con todo, no está de más repetir que Cáceres fue un poeta hispanoamericano de principios del siglo XX; en otras palabras, un escritor que heredaba una larga tradición de poéticas que pregonaban predominantemente la devoción del intelectual o ar-



tista por los quehaceres magisteriales, públicos, útiles a la colectividad nacional. Durante mucho tiempo, el arte continental había tendido hacia la transitividad, hacia el espacio social –haya sido puesto en práctica efectivamente o no tal ideal. Los sectores artepuristas del modernismo, previos a la vanguardia, ya se habían abalanzado, por lógica reacción, contra semejante imperio, aunque cabe observar que sin mayor eficacia, pues tarde o temprano el sector no artepurista del modernismo termina absorbiendo hasta al mismo Darío. Lo cierto es que todavía hacia el decenio de los 1930 ser “hermético”, es decir, ininteligible para las masas, equivalía poco más o menos a una audacia, un agravio general, un escándalo. La introspección total del locutor poético que se nota en *Defensa del ídolo* clama para sí los matices de un atentado contra las convenciones y convicciones más firmes del entorno cultural. El único texto en prosa de Cáceres que ha llegado a nosotros –una declaración testimonial de 1935 que Pedro Lastra ha tenido el acierto de incluir en su edición–, contiene un párrafo de enorme valor para probar que el autor estaba consciente del papel estéticamente subversivo de su obra:

No he escrito, como se lo dije un día a un poeta, “llevado del afán de HACER LITERATURA, achaque tan común en nuestra tierra, sino obedeciendo a irresistibles impulsos; a la necesidad, más bien, de definir por medio de la expresión de mis estados interiores la VERDADERA situación de mi yo en el espacio y en el tiempo”...

(Cáceres 45-6)

La verdad de la que se habla, nótese, relativiza las nociones de espacialidad y temporalidad exteriores propias de lo social e histórico. El atisbo de un ámbito a la vez ucrónico y utópico ha de ser retenido, según creo, en la lectura de los poemas que efectuaremos a continuación.

Ya aludí a Jung y su concepto del arquetipo. Creo necesario retomar siquiera brevemente el tema pues también habría de acompañarnos en una inmersión provechosa en las páginas de *Defensa*. En efecto, el parecido de las reflexiones de Cáceres con la percepción por parte de Jung y sus discípulos del Ego como mero satélite consciente de una fuerza mucho más poderosa e inconsciente que dirige la energía psíquica, el Sí Mismo, es sorprendente. El Ego pertenece al tiempo y al espacio, mientras que el Sí Mismo “poco o nada tiene que ver con esas nociones, tal como la experimentamos en la vigilia” (Whitmont 216). En palabras del mismo Jung:

puesto que el Ego es sólo el centro de mi campo de conciencia, no puede identificarse con la totalidad de mi Psique y es, así, un complejo entre otros complejos. Distingo entre Ego y Sí Mismo porque el primero es únicamente el sujeto de mi conciencia, mientras que el segundo gobierna mi totalidad, incluso el inconsciente [...]. Desde el punto de vista intelectual, el Sí Mismo no deja de ser un concepto psicológico, una estructura verbal que sirve para expresar una esencia que no puede conocerse y

asimilarse, ya que por definición va más allá de nuestra comprensión. El Sí Mismo perfectamente podría ser también llamado “el Dios en el centro de nosotros”.

(*Dos ensayos* pár. 399)

¿No será ese Dios psíquico de los junguianos y posjunguianos lo que Cáceres poéticamente llamó “ídolo”, aquella “VERDADERA situación de mi yo”? ¿La búsqueda verbal de la que habla este último al describir su proyecto lírico no coincide y presenta paralelos con la opinión corriente entre los seguidores de Jung de que la vida psíquica tiene un núcleo al que todo se subordina?:

El paso de la noción de una personalidad centrada alrededor del Ego al concepto de una personalidad regida por el centro del inconsciente, el Sí Mismo, en torno al cual gira, parece tan difícil de ser reconciliado con hechos observables por ciertas personas como lo fue la teoría de Copérnico cuando empezó a circular...

(Whitmont 265)

Creo que la respuesta a ambas preguntas es afirmativa y las siguientes páginas intentarán precisar por qué. Nuestro análisis, lejos de dirigirse a Omar Cáceres como entidad biográfica, se ocupará de fenómenos de escritura tan autónomos y distinguibles del individuo que los produjo como el inconsciente colectivo es deslindable del inconsciente y la conciencia personales. De esta manera evitaremos recaer en métodos románticos de aproximación al escritor, sin por ello dejar de percatarnos, como lo hemos anunciado, de los aspectos más enigmáticos de su obra.

### III) LA RUTA HACIA “UN POETA UNÁNIME, SOLIDARIO, COSMOLÓGICO, CENTRAL” ...

La enunciación de los quince poemas que componen *Defensa del ídolo*, pese a algún aparente desvío que ha de considerarse más bien como componente catalítico, forjador de suspenso, posee una continuidad seminarrativa y una dirección bastante precisas. El primer poema ya nos anuncia una trayectoria que veremos concluir claramente en el último, cerrándose así lo que podríamos llamar –sin pecar de imaginativos, pues aquí y allá veremos alusiones titulares a “anclas” y a “prófugos”– un itinerario, una ruta o un desplazamiento.

La configuración ficticia de ese viaje se perfila nítidamente en la primera pieza del libro, “Mansión de espuma”. La fragilidad que de entrada vemos atribuirse a un espacio se confirmará poco después cuando se note una sistemática ruptura de nuestros parámetros no sólo espaciales, sino temporales de captación de lo real. Todos los tropos que se encuentran en la segunda estrofa, por ejemplo, infringen la norma semántica de estabilidad, quietud o unicidad que asociamos con referentes como el paisaje, el cielo, los caminos o el tiempo:

*Un pueblo (Azul), trabajosamente inundado.  
Va a pasar la dura estación equilibrando sus paisajes.  
Tiempo caído de los árboles, cualquier cielo podría ser mi cielo.  
El blanco camino cruza su inmóvil tempestad.*

Por si eso no fuese suficiente, la desarticulación sintáctica de una puntuación que refuerza el *staccato* de estas oraciones acompaña al desmoronamiento de una imagen usual del mundo. Esa bancarrota del exterior perceptible, hacia la penúltima estrofa, recibirá una denominación más específica, “naufragio”. No menos, entenderemos que la terminación del cosmos de afuera se debe al descubrimiento por parte del hablante de otro cosmos, el “oscuro”, es decir, el que los sentidos no logran penetrar:

*Revestido de distancias, entre hombre a hombre-magro,  
todo naufraga, “bajo el pendón de su postrer adiós”;  
dejé de existir, caí de pronto desamparado de mí mismo,  
porque el hombre ama su propia y oscura vida solamente.*

Ha de repararse en el detalle de que aún la tropología actuante en esta estrofa continúa socavando los referentes espaciales: “entre hombre a hombre-magro” y “desamparado de mí mismo” sugieren un dominio liminal sólo inteligible como fenómeno intrasubjetivo; en otras palabras, ese espacio es equiparable a rasgos o componentes de la voz poética misma. “Su propia vida” delata una oposición a la vida que es ajena; lo que va del hombre al hombre-magro (*magro*: de materialidad menguante) y del “yo” al “mí mismo”, no es otra cosa que el viaje emprendido hacia un lugar verdadero, una verdadera identidad. Justamente, la siguiente y última estrofa del poema, se abre con la revelación de quién es—o mejor dicho, cómo se denominará—el ser auténtico anhelado:

*Ídolo ignoto. ¿Qué he de hacer para besarlo?  
Legislador del tiempo urbano, desdoblado, caudaloso,  
confieso mi autocrimen porque quiero comprenderlo,  
y en las rompientes de su alcohol de piedra despliego mis palabras.*

La situación enunciativa que vemos así plantearse será enfatizada por los siguientes poemas, a los que podríamos llamar literalmente una serie. La introspección radical propuesta en “Mansión de espuma” se repite en “Insomnio junto al alba”: así lo confirma la confusa superposición de estados psicofísicos, espacialidad y tiempo contenida en el título. La representación del universo social hace crisis mediante el uso errático de los deícticos y su combinación con desplazamientos de significado más o menos violentos. Esta segunda pieza cobrará la forma de una plegaria a un ente relacionado con la “obscuridad” que ya hemos visto deseada por el hablante:

*En vano imploro al sueño el frescor de sus aguas.*

*Auriga de la noche!... (¿Quién llora a los perdidos?)*

Estos versos introductorios –sin duda memorables– serán seguidos por la descripción de cómo el mundo de la vigilia está a punto de colapsar: “Tambalean las sombras”, “crujen todas las cosas”. La súplica, al final, está destinada a que el sueño “me aniquile”, lo cual concuerda plenamente con el “autocrimen” mencionado por el hablante en el texto anterior.

El tercer poema, “Palabras a un espejo”, subraya el carácter de exploración interna que tiene ese suicidio –el del “yo” que no es asimilable al “mí mismo”, del que se ha desgajado o por el que ha sido “desamparado”–; la sobria tensión entre lo aparente o superficial y lo auténtico o, más exactamente, “abismal” lograda aquí justifica que cite mos en su totalidad el soneto:

*Hermano, yo, jamás llegaré a comprenderte;  
veo en ti un tan profundo y extraño fatalismo,  
que bien puede que fueras un ojo del Abismo,  
o una lágrima muerta que llorara la Muerte.*

*En mis manos te adueñas del mundo sin moverte,  
con el mudo estupor de un hondo paroxismo;  
e impasible me dices: “conócete a ti mismo”,  
como si alguna vez dejara de creerte!...*

*De hondo como el cielo, cuán dulce es tu sentido;  
nadie deja de amarte, todo rostro afligido  
derrama su amargura dentro tu frente clara.*

*Dime, tú, que en constante desvelo permaneces:  
¿se ha acercado hasta ti, cuando el cuerpo perece,  
algún alma desnuda a conocer su cara?*

¿No es el “tú” desvelado el “yo” ávido de sueño que aparecía en “Insomnio junto al alba”? ¿Ese espejo donde las almas pueden mirarse no está más allá de las apariencias? ¿La hondura que tiene una superficie especular no es la misma que entrevé quien entiende la escritura, la obra de arte, como lugar de descensos y búsquedas de un ser oculto y trascendente?: recordemos que en “Mansión de espuma” el hablante concluía con el empeño de “desplegar sus palabras”; al papel, de hecho, las palabras se dirigen igual que al espejo, según señala el título del soneto que acabamos de leer. Esta trama metalingüística, aquí tan sólo insinuada, se hará obvia más adelante en el libro.

En lo que respecta al desplazamiento hacia el reino interior, éste se manifiesta sin disimulo en distintos pasajes de *Defensa*. En el sexto poema, “Anclas opuestas”, su representación es ya explícita y la ubicación del hablante en un movimiento centrípeto que trastoca tiempo y espacio nos aguarda en los versos iniciales:

*Ahora que el camino ha muerto  
y que nuestro automóvil reflejo lame su fantasma  
con su lengua atónita,  
arrancando bruscamente la venda de sueño  
de las súbitas, esdrújulas moradas,  
hollandando el helado camino de las ánimas,  
enderezando el tiempo y las colinas, igualándolo todo,  
con su paso acostado;  
como si girásemos vertiginosamente en la espiral de nosotros mismos,  
cada uno de nosotros se siente solo, estrechamente solo,  
oh, amigos infinitos.*

El camino de las almas: he hablado ya de un mitologema que vertebra a *Defensa del ídolo*; ese ordenamiento se efectúa, de hecho, como evolución. El hablante que ya se ha desprendido anteriormente de los atuendos más externos de su ser, ahora, en pleno descenso por la ruta psíquica, y tras la revelación de la otredad que vive en todos nosotros tal como lo proponían las "Palabras a un espejo", coincide con otros actantes que siguen siendo él mismo.

El siguiente paso será una especie de tropiezo con la lucidez, una intelección de la circunstancia de la voz poética. Ello se producirá en el texto que viene a continuación, "Ángel de silencio". Primero, se vuelve rotunda la representación de un desplazamiento hacia lo que no es accesible a través de los sentidos: "saltó, pues, la velocidad más allá del horizonte oculto de las cosas" (21). Después, se reconoce que en el movimiento introspectivo está la autenticidad deseada desde el principio del poemario:

*Pienso en la noche sin vacilar un ruido  
y apoyo mis ojos en mi propio horizonte  
[...]  
porque mi corazón se defiende con todas sus banderas:  
sólo ahí está lo que verdaderamente vive.*

(22)

Hasta que finalmente se reflexiona sobre la naturaleza misma de todo este viaje del hablante, que no es distinguible del discurso:

*Pizarra del silencio, soy un punto caminante;  
eslabones herméticos, hablándose al oído;  
la hora nueva en el tic-tac de las palabras;  
ah, cómo traer hasta aquí los cantos atrasados!*

*Arboladura interior,  
recreo los muros incesantes.*

[...]

*Pregunto ahora qué rayos, qué anclas invisibles,*



*te traían hasta el aire,  
porque pasaste, amiga mía...*

(23)

El *Anima*, definida por la psicología de las profundidades como la “mujer interior” de todo hombre o la “representación del inconsciente masculino” (Petersen 13-54), ha surgido triunfante: no es casualidad que haya sido antecedida por la mención precisa de “eslabones herméticos” con los que se identifica a sí mismo el discurso. Pero el mito del viaje al otro mundo, bajo la tutela de Hermes, no culmina aquí. El tono con que se relata el descenso ha de ser similar al de la relación de una experiencia iniciática, pues se nos prepara para un encuentro con lo sagrado: al final del camino trazado por el hablante caceriano, recuérdese, se halla el ídolo. Ello explica que en los próximos cinco poemas observemos una constante: la angustia, el miedo, el horror ante la pérdida absoluta de la razón. Después de todo, como diversos antropólogos y estudiosos de las religiones han destacado, la semejanza de la iniciación y el sentimiento de la vecindad de la muerte es notable (Turner 96). En “Oráculo inconstante” percibiremos que el vocabulario se tiñe de asfixia; cierto feísmo tropológico sugiere momentos de desconfianza en la suerte del viaje emprendido. El principio femenino entronizado en “Ángel de silencio”, incluso, parece participar de la incertidumbre que domina al hablante:

*...doblega la noche de tumbo en tumbo y dame esa fuerza clara,  
serpentina de tus huesos!*

[...]

*Chorrea el sueño de mi cuerpo –espérame:  
hollarás conmigo la soledad en que he abierto  
una nueva salida hacia las cosas...*

En “Segunda forma” y “Contra la noche” hay un intento de oponerse a la angustia o la “inconstancia”. En el primero de estos poemas, mediante una afirmación de los poderes de la otredad descubiertos en “Palabras a un espejo”, vemos que se intenta compensar el horror a la iniciación-muerte:

*Delante de tu espejo no podrías suicidarte:  
eres igual a mí porque me amas  
y en hábil mortaja de rabia te incorporas  
a la exactitud creciente de mi espíritu.*

En el segundo, al título mismo que denota resistencia a la desesperación agónica, se suma el ensueño ansioso de la voz textual con los resultados de su empresa, o sea, la consolación de los padecimientos intermedios gracias a la imaginación esperanzada de un final feliz:

*Mi pensamiento rueda y se alarga hasta mi casa [...],  
y anula su existencia, acábase, en mí mismo.*

*Entonces canto mis límites, mi alegría desbordada [...];  
contra el rumbo de la noche voy ganando hojas de plata,  
y he de estar dormido cuando todas me pertenezcan.*

“Azul deshabitado” recae en el desconsuelo de “Oráculo inconstante”. Pero a partir de “Estampa nativa”, el temor iniciático se une a su contrario: vemos aquí que la pérdida de la conciencia o, lo que es lo mismo, sentir la vecindad de la “locura”, el “desequilibrio”, se consubstancian con el proceso de reconstrucción del sujeto desde la nada original. El fin y el principio, el fuego y el agua vuelven a unirse:

*Hombre transparente de olvido, puro hombre [...],  
gastando su más duro equilibrio, ahí está sin interlocutores,  
[desmedido, sin principio,  
y ha de retornar cada vez para poseer enteramente lo que entonces ama.*

*Traspasado de sus hechos, herido de locura,  
saltando en la cuerda celeste de su propia alma,  
he ahí que irrumpe de esa riente estela, el más brillante  
[filón de su destino;*

[...]  
*hombre recíproco, solidario, aproximado a todo principio,  
se hunde en su propio fuego para al fin encontrarse.*

*Borrando, entonces, esos signos [...],  
esas olas aún cantan al costado de su infancia...*

A partir de tal *coincidentia oppositorum* entramos en la última etapa del mito del descenso: el encuentro con la identidad o situación “VERDADERA” a la que se refería Cáceres al reflexionar sobre su poesía. Hemos pasado por la destrucción del cosmos exterior; hemos comprobado la cuidadosa y reiterada descripción que la subjetividad hablante hace de los pormenores de su ruta; cuando ya es claro el carácter sacro de su destino, hemos presenciado, no menos, el vaivén entre la fe y el terror, hasta que se produce el renacimiento a través de la muerte. Los tres poemas finales de *Defensa del ídolo* habrán de constituir, por su parte, una prolongada celebración de la llegada.

“Canción al prófugo” –prófugo de la falsa identidad del “yo” consciente, como decía Jung, apenas un complejo entre muchos otros de la Psique– podría calificarse de síntesis apoteósica de toda la historia enunciativa que hemos visto desarrollarse a lo largo del poemario. La culminación en mayúsculas enfatiza la desintegración de las apariencias, sujetas a la caducidad de lo temporal, a lo cual se opone lo eterno:

*Golpeando l’aguda meta con su escudo monótono, hay,  
desde que tú te fuiste, diez almas en tu porte;*

*rompe ese cielo inmediato, lineal, para que se junte tu vida  
y dame, oh prófugo, el último oasis de ese viaje, tus pasos  
desnudos por el camino único y el sol cerrado  
que lava la pena de esa tierra sabia, tu frente ácida, dame  
el solo sentido que ahí existe para hablar  
y estaremos juntos SIEM-  
pre!*

Al júbilo con que se subrayan y se atropellan las palabras hasta separarse internamente a gritos (“SIEM- / pre”), hemos de superponer el vigor de una dicción que se había internado por el “camino de las ánimas” y ahora se sabe anímicamente potenciada por su atrevimiento (“diez almas en tu porte”). La primera y la segunda persona, separadas por la visión especular de poemas anteriores, aquí se funden justo cuando se acepta el triunfo del nuevo universo que prescindir del tiempo. Precisamente, “Iluminación del yo” retrata, a continuación, la entrada en los recintos donde se halla el ídolo, un “monumento”; el “extranjero de [sí] mismo”, se dispone a reunirse con la esencia que había perdido; la razón se substituirá, a su vez, por otra “significación” en la que conceptos físicos usuales – latitud y altura son los ejemplos mencionados – pueden confundirse, mezclarse, ignorarse:

*Porque ahí estoy, oh monumento de luz,  
siempre hacia ti inclinado, extranjero de mí mismo,  
presto a tu súbita irradiación de espadas,  
fijo a tu altiva significación de espec-tro,  
oh luz de soledades derechas, de inflexibles alturas y ecuatoriales*

[sucesos.

“Extremos visitantes”, el final de la peregrinación al ídolo, repite el motivo de la abolición de lo exterior y revela el éxito de toda la introversión verbal hasta el “centro”. El guerrero vanguardista encarnado en el hablante declara, así pues, su victoria ante las poéticas del “yo” consciente, carente de “verdad”. El lugar alcanzado es auténtico por carecer, justamente, de realidad externa. El tiempo del poema, asimismo, es la negación del tiempo:

*Exuberantes lejanías realizándose en mi huerto [...].  
Lo comprendo: [...] este viento es el alma de las distancias:  
[...] no se inviste de tiempo para presenciar completa la vida de las  
cosas[.]  
[...] semejante a un poeta unánime, solidario, cosmológico, central,  
que testifica en su propio espíritu lo que la naturaleza confina [...].*

*Ahí vivo, en medio de esos ímpetus, solemne en ese afán  
del viento, de ese viento que se retuerce en mi huerto [...];  
es una sujeción recíproca, constante, de todas partes,*

*hacia un punto inaccesible de morbidez ufana [...].*

*Coraza de tormentos [...],  
de presencias que me agarran desesperadamente, que se agotan,  
husmeando su losa viva, el pedestal de su absoluto y soberano ídolo,  
pero en quienes todo fuego, toda aptitud terrena se ha perdido;  
[...] trémulo  
de un espejo contra todas las guerras, sobreviviente,  
triumfante estoy en ese recóndito reposo...*

La fragmentación implícita en los ataques previos a una enunciación realista se resuelve ahora en una nueva recomposición de lo disperso: esa "sujeción recíproca" de lo que ya conoce su centro, su sentido último, el "absoluto y soberano ídolo" de la identidad indestructible que gobierna a todas las demás.

#### IV) LA POESÍA: ENCUENTRO CON LO NUMINOSO.

Páginas atrás, caractericé la coincidencia de la imaginería caceriana y la junguiana como "sorprendente". Haya habido o no un conocimiento por parte de Cáceres de las teorías de Jung que por los mismos años de redacción de *Defensa del ídolo* se empezaban a divulgar, lo cierto es que la convergencia de la sintaxis de estos poemas y la descripción de la relación y subordinación del arquetipo del Ego al del Sí Mismo podría perfectamente entenderse como un fenómeno de "sincronicidad", célebre noción junguiana que legitima conexiones fenoménicas no regidas por patrones de causa y efecto —mediante dichas conexiones, por cierto, se hacen patentes en la rutina cotidiana operaciones y movimientos del inconsciente personal o colectivo.

Más sorprendente aún es la semejanza extraordinaria entre los tropos empleados por Vicente Huidobro para prologar el libro de Cáceres y ciertas ideas fundamentales de la psicología de Jung y sus discípulos. "Estamos en presencia de un verdadero poeta", comienza afirmando Huidobro, y la razón es que no cantará a "los oídos de la carne" sino a los del "espíritu" (Cáceres 5). Ese poeta, "descubridor de su mundo interno", es un hombre cuyas "células tienen una preciencia y un recuerdo milenario. No olvidéis que un verso representa una larga suma de experiencias humanas" ... Ahora bien, ¿no servirán también estas metáforas para describir un arte obsesionado con el repertorio colectivo de configuraciones psíquicas que Jung denominó "arquetipos"?:

Mi parecer acerca de las "supervivencias arcaicas" de la Psique, que he llamado "arquetipos" (del griego *arche*, 'origen', y *tupos*, 'marca', 'huella') o "imágenes primordiales" ha sido constantemente criticado por gente que carece de suficiente conocimiento tanto de la psicología de los sueños como de la mitología. El término "arquetipo" se malinterpreta con frecuencia como cierto tipo de motivo mitológico. Pero ello no sería más que una representación consciente, y sería absurdo suponer que representaciones variables se heredasen. El arquetipo es, por el contrario, una *tenden-*

cia hereditaria de la mente humana que la impulsa a formar representaciones de motivos mitológicos [...]. Esa tendencia es instintiva [...]. Uno encuentra tales *représentations collectives* prácticamente en todas partes [...]. No pueden asignarse a ningún tiempo o región o raza particular. No tienen origen conocido y pueden producirse en dos sitios diferentes incluso cuando históricamente la transmisión por medio de migración se descarta.

(*Símbolos*, pár. 523)

Preciencia o recuerdo humano de vivencias transpersonales, la poesía, tal como la describe Huidobro con la anuencia de Cáceres, es una aproximación al lenguaje hermético de los arquetipos, sobre todo aquéllos que conservan el secreto de las paradojas de nuestro ser: la tensión entre lo que en nosotros es margen o fantasmagoría y lo que es centro o "verdad". "La poesía es defensa del Ídolo y creación del Mito. La poesía existe como Ídolo en mí y como mito fuera de mí", asevera Huidobro (6). En *Defensa del ídolo*, creo, se comprueban esos dictámenes, sobre todo por la sutil captación del carácter sagrado de lo arquetípico-carácter que lo hace, por tanto, "defendible", susceptible de ser objeto de una fe, puesto que contiene una verdad. "Puede percibirse la energía de los arquetipos", reflexionaba Jung, "cuando se experimenta el peculiar sentimiento de numinosidad que los acompaña -la fascinación o el hechizo que emana de ellos" (*Símbolos*, pár. 547). La luz que surge del "monumento" hacia las últimas páginas del libro de Cáceres apunta a ese "peculiar sentimiento" de lo que se impone al espacio y al tiempo humanos y perdura en el ámbito de lo divino.

En términos de Pogglioli, podríamos decir que el poeta de vanguardia ha sido, en efecto, capaz de autosacrificarse en nombre de ideales futuros: la eliminación del personaje poético tradicional, humanizable, se justifica de esta manera en nombre de un arte de desintegración, es cierto, pero también de trascendencia. El "yo" accidental se elide para que sea posible una palabra que albergue a sus anchas la pureza.

## OBRAS CITADAS

- ANGUITA, EDUARDO. *Poesía entera*. Prólogo de Pedro Lastra; Post Scriptum de Cristián Warnken. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1994.
- CÁCERES, OMAR. *Defensa del ídolo*. 1934. Pedro Lastra, edición y notas; prólogo a la edición original de Vicente Huidobro; epílogo de Volodia Teitelboim. Santiago de Chile: Lom, 1996. [Esta edición, con sus notas, se ha publicado también, casi simultáneamente, en México —por El Tucán de Virginia— y en Venezuela —por Pequeña Venecia. A diferencia de la mexicana, la versión venezolana contiene todo el material testimonial de la chilena: el texto en prosa de Cáceres, retratos del poeta y la noticia periodística de su asesinato.]
- DOTY, WILLIAM. "Hermes' Heteronymous Appellations". *Facing the Gods*. James Hillman, ed. Dallas, Texas: Spring Publications, 1994: 115-33.
- JUNG, C. G. "*The Undiscovered Self*" with "*Symbols and The Interpretation of Dreams*". Revised Translation by R. F. C. Hull. Princeton: Princeton University Press, 1990.
- . *Two Essays on Analytical Psychology*. The Collected Works of C. G. Jung. Vol. 7. Princeton: Princeton University Press, 1953.
- KAHLER, ERICH. *The Desintegration of Form in the Arts*. New York: George Braziller, 1968.
- LÓPEZ-PEDRAZA, RAFAEL. *Hermes and his Children*. Zurich: Spring Publications, 1977.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*. 1924-5. Madrid: Alianza, 1984.
- PEDERSEN, LOREN. *Dark Hearts. The Unconscious Forces that Shape Men's Lives*. Boston: Shambhala, 1991.
- POGGIOLI, RENATO. *The Theory of the Avant-Garde*. 1962. Gerald Fitzgerald, tr. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1968.
- STEIN, MURRAY. *In Midlife: A Jungian Perspective*. Dallas: Spring Publications, 1983.
- TURNER, V. W. *The Forest of Symbols*. Ithaca: Cornell University Press, 1967.
- WHITMONT, EDWARD C. *The Symbolic Quest. Basic Concepts of Analytical Psychology*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1991.

## POESÍA CONTEMPORÁNEA EN CUBA

*Juan Nicolás Padrón Barquín \**

La periodización de la historia de la literatura cubana ha sido siempre referida a hechos relacionados con el itinerario político de la Isla. Las transformaciones socioeconómicas y políticas han generado los cambios fundamentales en las condiciones de la educación y la cultura, que han producido al mismo tiempo renovaciones, virajes o matices en el cultivo de las letras: en 1790 se inició el gobierno de don Luis de las Casas, representante de la Ilustración española, y comenzó una era para la cultura cubana; en 1868 empezó la primera guerra separatista del imperio colonial de España, y se abrió un período diferente para la cultura y la literatura; en 1902 se proclama una República débil y dependiente del capital y la política injerencista de los Estados Unidos, y se inaugura otro capítulo para las letras cuyo signo inicial más sobresaliente fue la frustración; 1959 marcó el principio de una nueva etapa que rompía con todas las formas de la conciencia en la vida nacional, y la estética, y particularmente la poesía, no fue excepción.

La contemporaneidad en Cuba comenzó el 1 de enero de 1959 junto al triunfo de la Revolución y como ésta ya tiene más de 35 años de fundada será necesario continuar subdividiendo etapas con la misma lógica histórica que ha funcionado en los diferentes períodos hasta esa fecha. Para la literatura, y especialmente para la poesía, una posible aproximación podría ser:

1959-1968: Mística revolucionaria y pasión épica.

1968-1976: Intransigencia política y radicalismo en las poéticas.

1976-1989: Institucionalidad hacia la democratización y preocupación ética.

1989 hasta nuestros días: "Período especial para tiempo de paz" e incursión en la llamada "posmodernidad".

Tales enunciados representan una simplificación de realidades y procesos complejos y diversos; sólo intento caracterizar la línea predominante de cada etapa. Se puede demostrar que en el primer tiempo épico se publicaron —junto a la epicidad— muchos cuadernos de poesía con un lenguaje epigonal de tono grandilocuente y exaltado, típico del neorromanticismo cubano; o también, que en la segunda etapa radical se mantuvieron intactas algunas voces que continuaron expresando su poética sin alteraciones de fondo; o aun, que en el tercer momento ético, algunos retomaron preocupaciones ontológicas que coexistieron en los 60, y ahora mismo, con el fenómeno de la dispersión llamada "posmoderna", es decir, con la fragmentación del discurso tradicional, se mantienen, enriquecen y desarrollan formas y maneras de la premodernidad. Sin embargo,

\* Subdirector de la Editorial Casa de las Américas de Cuba.



mi intención sólo llega a un acercamiento a lo esencial-inédito o a lo fundamental-nuevo en la poesía, vinculado al resto de la historia del país.

Los primeros años de la década del sesenta se caracterizaron por un clima de guerra; ante el acoso y la amenaza del gobierno norteamericano, la respuesta cubana fue la defensa. La épica era el *elan* y los creadores no sólo participaban con su presencia física en las acciones de donde emergía ese espíritu, sino que lo reflejaban en sus obras. Los escritores necesitaban desbordar en su expresión, de manera actual y recurrente, la pasión épica en defensa de una Revolución que estaba sorteando peligros reales por lograr su estabilidad. Esa escritura se convirtió en compromiso y a veces en propaganda para proclamar adhesión y apoyo a un proyecto de justicia y humanismo. No hubo orientación de nadie, ni lineamientos que indicaran este derrotero, fueron los poetas que espontáneamente necesitaban expresarse así. Tras este objetivo, lo hicieron de las formas más abiertas, libres, universales y comunicativas; por ello el lenguaje conversacional y las maneras coloquiales fueron predominando, y se impusieron en el discurso poético. No eran las únicas y posiblemente tampoco las mayoritarias si evaluamos las distintas poéticas en los libros que circulaban por esos años, pero eran las nuevas, las que generalmente traían los más jóvenes, y si los jóvenes podían dirigir los destinos del país, entonces recibieron el espaldarazo en la ejecución de otros proyectos, incluyendo los artísticos y literarios, con la debida confianza y anticipado prestigio: los jóvenes estaban de moda porque estaban en el poder.

Mas la combinación de la pasión épica con el lenguaje conversacional nunca fue —como casi nada— una fórmula pura. Precisamente como era la etapa de proclamar “la contaminación” como un valor, las diferentes poéticas coloquiales en ocasiones apenas pueden separarse de influjos neorrománticos, obsesiones ontológicas, aproximaciones origenistas (del grupo Orígenes, escritores que se agruparon alrededor de la revista homónima (1944-1956), cuya figura central fue el poeta José Lezama Lima) coqueteos surrealistas, ensayos de posvanguardia y experiencias existencialistas entre las múltiples corrientes, tendencias e ideologías que se acogían sin prejuicio ni recelo. Los primeros años de la década del sesenta para la poesía cubana fueron resumen y balance, pero también una asunción definitiva de lo nuevo: la mística revolucionaria y su pasión épica, cuya forma última era el conversacionalismo.

Llegado un momento, no se pudieron establecer los lindes entre ciertas zonas de la poesía social y la política, e incluso, de la poesía de amor. Una crónica amorosa insertada en una sociedad que defendía con las uñas y los dientes su política emancipadora, era asimismo una crónica de la sociedad, y una crónica política. De esta manera, se “contaminaron” también los sitios donde solamente Afrodita moraba, y el peso de la conciencia histórica gravitaba como el ojo de Dios. No era extraño que si se habían removido todas las estructuras visibles, se invadieron con ese estremecimiento, las interioridades del alma. El liderazgo popular que ostentaban algunos poetas del amor fue cuestionado por otras obras que concebían el amor en un entorno más amplio y enriquecedor que el que sólo hablaba al oído a la amada en una alcoba. Ahora el amor se declaraba

en la calle –a veces, tomaba la iniciativa la mujer–, ante una reducción galopante del largo de la saya, el reclamo cada vez más enérgico contra la discriminación sexual. Como se fue desarticulando el código de valores burgueses, también fueron afectadas la familia, el matrimonio y el amor; después de este proceso, la poesía de amor ya no podía ser la misma.

Una herencia visible llegada a los sesenta era la lírica relacionada con el ser. La poesía llamada “trascendental” del grupo *Orígenes*, desde la década del 40 se había dado a conocer en su búsqueda obsesiva de raíces y destinos, proclamando una poética de originalísima singularidad. Los intentos de develar una teleología insular, propuesta que amenazaba con una frustración total a fines de los años 50, cobra otra dimensión y esperanza, otra imagen y posibilidad en los años 60, y sigue su curso enriquecedor en la cultura cubana, a pesar de no pocos ataques e incomprensiones con la aparición de los primeros dogmáticos tropicales. Es curioso que a la par se fueran desarrollando poéticas dentro de un espíritu ontológico que nada tenían que ver con la *Orígenes* pues se incorporaba la angustia existencial y una ansiedad agónica típica de los que habían esperado en el exilio o de los que se autoexiliaron en el propio país; se trata de la ontología del cambio, diferente de la metafísica origenista: desde la contemplación del ser se proponía su movilización que se solucionaba con el compromiso social y político. Asimismo resulta curioso que no fueron pocos los títulos publicados adscritos a esta sensibilidad, muy bien aceptados por todas las tendencias de la llamada “oficialidad”. Sus poetas tenían una integración revolucionaria apasionada y profesaban los más diversos modos, credos, filosofías, proyectos...

La etapa ofrecía todas las aperturas posibles: unos poetas ensayaban nuevas experiencias con el formalismo y el estructuralismo, otros lo hacían con algunos elementos propios del surrealismo –lo onírico y lo absurdo–, algunos afiliaban al existencialismo, y todos convivían en un cruce de caminos ideológicos. Sin idealizar el momento, es evidente que las propuestas poéticas gozaban de una amplitud que cubría casi todas las posibilidades, incluyendo la individualidad y lo autobiográfico, la familia y sus conflictos, un costumbrismo renovado y las reflexiones en torno a la muerte y a la propia estética.

La primera etapa comienza en declive a partir de 1966, pero no es hasta 1968 cuando definitivamente concluye. Las condiciones económicas sociales políticas y militares habían cambiado definitivamente en el país, y también las de la cultura. Se definió un proceso de radicalización y “línea dura” como política organizada desde funcionarios estatales relacionados con la cultura que tenía su antecedente en el llamado “realismo socialista”. Aparecieron los términos “penetración cultural”, “diversionismo ideológico”, que llegaron a ser etiqueta y se absolutizaron para silenciar la crítica, considerándola “problemática y conflictiva”; se evitaron los tonos, los matices, los debates, y se proclamaba un triunfalismo arrollador como política oficial que reducía el arte y la literatura al papel de “arma de la Revolución”.

Si bien desde 1966 se apreciaba una transformación en el discurso literario, especialmente en la narrativa con el llamado “Quinquenio de Oro” (1966-1970), y con el surgimiento de nuevas voces literarias dadas a conocer en el pe-

riódico cultural *El Caimán Barbudo* (1966) donde un grupo de jóvenes revalorizaron las fuentes de sus textos al resplandor de la Historia, no es hasta 1968, precisamente con el inicio del “caso Padilla”, cuando comenzó a definirse la intransigencia política como voz oficial más fuerte para las cuestiones literarias. Después de 1971, momento en que el “caso” se cierra, se sistematizan estas relaciones intolerantes ante la crítica mediante intermediarios y burócratas. La secuela fue pagada –y cobrada– de inmediato. Entre 1971 y 1976 predominaron textos panfletarios, localistas, de efímero alcance, caracterizados por la ausencia de conflictos –la llamada literatura “sinflictiva”– y muy apegados a la propaganda oficial del momento. En la narrativa, a este momento se le denominó “Quinquenio Gris”. Por supuesto que hubo excepciones que confirman la regla.

Quiere decir que la situación y el clima de intolerancia provocaron la definición de algunas poéticas, el reordenamiento, la revalorización y la transición de otras, y la “autocensura” o el silencio para determinadas voces. Los nuevos, que en su mayoría estuvieron asociados a la publicación *El Caimán Barbudo*, aparecen dispersos y terribles reclamando su espacio. Habían nacido como escritores “dentro de la Revolución”, pues sus primeras obras fueron publicadas después de 1959. Fueron radicales porque radicalizaron su discurso en un sentido o en otro, pero casi siempre imbricados en la actualidad o en lo cotidiano con una conciencia muy explícita de “hombres de transición”. Así, radicalizaron el coloquialismo hasta el prosaísmo, insistieron en el lirismo de la Historia hasta la crónica poetizada, o profundizaron en la experimentación de las formas y de las estructuras, y en otros casos se apegaron a la reflexión hasta alejarse de aquellas preocupaciones iniciales por la comunicación social para la poesía.

La poética del compromiso político muchas veces se hizo ineficaz y comenzó a rechazarse a mediados de los 70, identificándose con lo que popularmente se conocía como “teque”, una retórica con vocablos vacíos que ocasionaba hastío y cansancio. La poesía del feroz coloquialismo se desgastó y obtuvo un deliberado rechazo que la calificaba como facilista. A la poesía amorosa se le empezaba a exigir más rostro y fuego, más carne y emoción, y también, más conflicto. Algunos se refugiaban en la naturaleza, poniéndose en contacto con una buena zona del siglo XIX; fue una corriente generalmente rimada en décimas, referida al entorno bucólico y calificada por algunos críticos como “tojosismo” cuando no tuvo buena factura. Otros, empeñados en revivir la tradición poética del folclor negro, repitieron las mismas fórmulas conocidas en una situación histórica que reclamaba investigación, actualización y originalidad.

El discurso poético se radicalizó porque la poesía culta era más culta y oculta, y la poesía popular fue más popular y populista. Las tesis predominantes sobre el universalismo podían vincularse despectivamente a tendencias extranjerizantes y a la “penetración ideológica”; por ello, se promovía más lo local y lo autóctono, pero como en Cuba se habían extinguido los indios en el primer siglo de la colonización, tales pretensiones eran ridiculizadas cuando se profundizaba en los aspectos de lo universal y lo local: la ubicación en el hemisferio occidental y el hecho de tener hasta el idioma importado, hablaban por sí mismos para hacer fracasar los intentos de presentar la unidad universalismo-localismo como

una vulgar contradicción. Otro extremo exigido en el maniqueísmo de la etapa, es el de poesía optimista vs. poesía pesimista; lo optimista era lo correcto y lo promovido, lo pesimista era lo incorrecto y lo que debía ser mejorado. De esta manera, el poema debía limitarse a lo inmediato, y la poesía era su circunstancia, que además debía ser feliz. Por suerte, estos efluvios del "realismo socialista" después que traspasaban el Triángulo de las Bermudas y llegaban a la Isla —un espacio imprevisible para todas las computadoras— podían tomar cualquier rumbo, y en efecto lo tomaron, por lo que las verdaderas consecuencias de esta aplicación en Cuba fueron contradictorias y dependieron de múltiples factores donde cuenta el azar, pero en ningún caso llegaron a tragedias similares a las ocurridas en las estepas congeladas de Rusia.

Con la creación del Ministerio de Cultura en 1976 se promueve el establecimiento de un clima cultural, basado en la confianza y el respeto hacia los creadores, una delimitación entre política y estética, el rechazo al dogma, y se favorece un ambiente de mayor libertad y tolerancia para la creación artística y literaria. Se comienzan a rescatar valores que se encontraban aislados o marginados, y se alivian heridas de los sucesos traumáticos del año 68. Esta atmósfera se percibe en la primera mitad de los años 80, con lo cual los poetas retoman y revalorizan temas y problemas, pero ahora con una óptica diferente y madura. Se trata de otro momento histórico en que se aprecia la continuidad con la mejor tradición literaria cubana —la vanguardia, el grupo Orígenes, etcétera— y la ruptura en cuanto a temas, enfoques, tonos, matices e incluso formas de lenguaje y diferentes maneras de abordar la expresión poética.

Como la vida cultural se había dinamizado sensiblemente y estaban creados los mecanismos para una mejor intercomunicación entre la literatura, la música, la plástica, las artes escénicas, el cine, se pudo notar en los textos una retroalimentación entre estas manifestaciones artísticas, la realidad social y política del país, y la literatura en especial, la poesía. Y como también se había roto el bloqueo —y el autobloqueo— informativo, pues ya estaba en un callejón sin salida el localismo, la cultura y, fundamentalmente la poesía, se nutrían de un cosmopolitismo heredero de la tradición lírica cubana, con la intertextualidad en el tiempo, en el espacio y en las más diversas fuentes del pensamiento. Apareció un discurso ecléctico que diversificó lenguajes y estilos: desde el marginal, el espontáneo, el prosaísta, hasta aquellos que convierten el poema en el reino de la fabulación o los mitos. Si bien en la década del 70 una buena parte de las poéticas se parecían, ahora puede notarse una variedad y una riqueza que reeditaban la experiencia de los 60; se retomaba la problemática ontológica, pero con una óptica más enriquecedora de la cubanidad; se incursionaba en poéticas existenciales visionarias de desgarramientos nuevos ante la Historia, pero desprovistas de ingenuidades y calcos europeos; se practicaba un erotismo audaz, más ahora ofreciendo una visión femenina —o feminista— sin precedentes en la lírica de la Isla; se insistía en el poema-descarga o poema-catarsis frente a la emoción incontrolada, pero ahora con mayores previsiones para el lenguaje y un altísimo nivel en sus diferentes referentes: estamos ante uno de los momentos más brillantes de la historia poética de Cuba.

El conflicto individual de un hombre singular era más atractivo, la épica cotidiana del ciudadano común ensanchaba un espacio en los temas de la poesía de los 80, y las versiones y argumentos de las grandes hazañas épicas iban quedando relegadas. Se ponía en primer plano el combate diario del ser humano simple, sus presupuestos éticos, la actuación y los sustratos morales del hombre, la búsqueda de su verdad y la pureza, el reclamo de limpieza, honestidad, honradez y sinceridad del individuo ante su vida. Tanto en el recuento y balance de la poesía de las generaciones que venían transitando por distintas experiencias, como en la agresividad de los que habían sido formados “dentro de la Revolución”, este reclamo de virtud desde la lírica era cada vez más visible con el avance de la década del 80. De la épica del 60 a la ética del 80: he ahí un tránsito apreciable en la poesía cubana de la contemporaneidad.

A pesar de que ahora la Isla continuaba viviendo en permanente acoso, el clima épico estaba ubicado en otra época histórica. La recepción que hacen los poetas en esta ocasión es diferente a la de los 60. Se revaloriza el tratamiento de héroes y mártires, se atenúa la pasión épica mediante la reflexión y se diversifican los modos indirectos de expresar la tragedia de la guerra. La llamada “Generación de los 80” que ha estado permanentemente en guerra desde que nació — formada por poetas que comenzaron a publicar en la segunda mitad de los 70, pero que logran sus mejores textos en los 80—, enriquece la poesía social en la que predomina el tono individual. El sujeto receptor y también los poetas emisores son más recelosos y cuestionadores, más desconfiados y escrutadores de los argumentos de la Historia. Su inconformidad y exigencia reclamaban otras reflexiones de las verdaderas que habitualmente solían aceptarse de manera absoluta. Estos nuevos creadores no tienen pecados originales ni complejos de culpabilidad porque su formación ha ocurrido en el período revolucionario. Sus experiencias en la lucha de todos los días —donde se incluye la militar, en las movilizaciones para misiones internacionalistas— cubren todos los espectros posibles para proclamar con seguridad y moral qué importa más ahora, y es mucho más difícil mantener una conducta personal acrisolada en el diario acontecer de la vida. Desde esta proyección, la preocupación ética opacó a la épica, aún cuando las armas seguían listas para entrar en combate.

Estos presupuestos tomaban un reclamo agresivo en los nuevos poetas que surgirían a partir de la segunda mitad de la década de los 80 y que se sumaban a sus inmediatos antecesores. Tales poéticas eran reflejos directos de la repercusión de acontecimientos internacionales y determinados hechos insólitos ocurridos en el país alrededor de los héroes y los temas de la Historia. La extinción de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas —que al comenzar la década parecía todopoderosa— fue el colofón de este proceso. Además, como se había adquirido un enorme potencial científico, tecnológico y cultural, se creaba un desbalance extraordinario al perder Cuba el 80% de su comercio exterior. Al mismo tiempo, se había logrado una exigencia sostenida de un público lector con alto nivel educacional que entrañaba un desafío para los escritores. Se habían creado espacios experimentales para la plástica y las artes escénicas. El cine empezó a abordar en ciertos casos la realidad con una mirada nada complaciente y surgió

una nueva generación de trovadores que ya niegan a sus patricios. En este entorno cultural se inserta orgánicamente la poesía.

Y como un adelanto de lo que serán los poemas de los 90, nacen versos al final de la etapa que alcanzan su maduración ahora mismo. Un ejemplo puede ser la llamada "poesía femenina" –o feminista– que logra un discurso poético, a veces sin mucha autoconciencia de ello, digno de la mejor tradición hispanoamericana. Asimismo, se van incorporando al texto poético una profusión de mitos, parábolas y referencias de los libros de las sagradas escrituras, especialmente la cristiana, ya que en la época se activa el interés por las creencias o la fe religiosas, y la búsqueda de lo irracional. El otro camino que se prefigura al final de la etapa es el de concebir una nueva poesía reflexiva a partir de fuentes poco conocidas; superado ya el lenguaje agresivo de algunas poéticas de los 80 y rebasada la indigestión de la influencia de Lezama –llamada "poesía lezamera o lezamona"– se advierte un filtrado y asimilación de raíces nutricias, no sólo las provenientes del grupo Orígenes, sino de una buena parte de la mejor tradición del pensamiento cubano y universal, así como un rescate oportuno de equívocos, paradojas, juegos de palabras, para concebir una propuesta serena ante la inminente agudización de la crisis.

A partir de 1989 se inició el denominado "Período especial para tiempo de paz", primer momento concebido para otro que hipotéticamente podrá venir con la guerra y el bloqueo absoluto. Sin embargo, hay que decir que en los años 90 y hasta este momento otra ha sido la principal guerra, la económica, y junto a ella, la ideológica, y otro bloque se ha sumado al impuesto por los norteamericanos: el autobloqueo. La literatura, y lo que nos ocupa, la poesía, ha visto reducidos, por razones económicas, sus medios habituales para darse a conocer y para su análisis; los espacios creados para la crítica y el debate se han contraído, y los creadores van buscando en el exterior posibilidades que incluyen no sólo la publicación sino un reconocimiento creciente en concursos, otorgamiento de becas y alternativas de trabajo con la cultura literaria. Muchos escritores residen en el extranjero, otros permanecen en el país; algunos califican a este proceso de diáspora, y, entre dificultades y tensiones, han aparecido alternativas diferentes a las que tradicionalmente se habían observado, que sólo se revelan en medio de agudas transformaciones.

Con esas condiciones y bajo estas contradicciones, surge una poesía publicada insuficiente y fragmentariamente que todavía está definiéndose y mostrará a finales del siglo sus excelencias. De algunos rasgos ya se puede hablar: en primer lugar, los poetas novísimos de los 90 tienen la autoconciencia muy firme de pertenecer a una generación muy diferente a las anteriores, y sin llegar al parricidio, no aceptan ninguna variante de paternalismo; un grupo de ellos se auto-proclama "posmoderno", en virtud de una serie de características que de cierta manera han sido emitidas desde las culturas del primer mundo y asimiladas, con su deformación correspondiente, por las culturas reproductoras del último mundo. Algunas características son: fragmentación del discurso poético, ruptura de la línea central temática, difuminación de los géneros y las estructuras, irrupción de la violencia y el absurdo a niveles nunca antes vistos, tratamiento

frecuente de la estética, intertextualidad inusitada y recurrente a veces con autores de tercer orden, variedad y mixturación de técnicas y estilos en un mismo texto, presencia de lo fantástico y lo irreal en un contexto realista, deconstrucción y recomposición del lenguaje...; a estos presupuestos presentes en casi toda la literatura hispanoamericana "posmoderna", se suman otros de la más intrépida criollez: recuperación creciente del conflicto y replanteo de la crítica sutil e indirecta, asunción de la historia del presente, admiración hiperbólica por la originalidad y rechazo "a priori" por toda forma tradicional, presentación del humor en todas sus variantes, continuidad con la poesía reflexiva –sus dudas, búsquedas, parábolas, dobles lecturas, alusiones–; en fin, el drama del hombre en su dimensión finisecular donde conviven el azar existencial y sus juegos, el mundo creciente marginal y sus derivados, la enigmática sexualidad del hombre y sus formas, los desgarramientos hasta la locura... No es casual que diversas poéticas novísimas de diferentes regiones y zonas de Cuba, sin contacto ahora por la falta de encuentros y comunicación que impone el "Período especial" con sus limitaciones económicas, hayan asumido la poesía en afinidad y similitud con estos rasgos enunciados.



# LOS TEMAS DE LA MUERTE Y DE LA POBREZA EN LAS DÉCIMAS DE VIOLETA PARRA

*Susana Munnich*

## A. INTRODUCCIÓN

Después de los tiempos no muy lejanos, en que filósofos, historiadores, ensayistas, sociólogos, se sentían llamados a cambiar la historia y capaces de cambiarla, hemos llegado a una posición diametralmente opuesta. Sólo los ilusos o los nostálgicos confían todavía en que el sujeto histórico tiene algo valioso que decir sobre el curso futuro de los acontecimientos. Actualmente incluso la idea de sujeto está puesta entre paréntesis. Con ella también las de verdadera libertad, justicia social, fraternidad, etcétera; por qué combatieron pueblos y murieron miles de hombres. Los más escépticos se preguntan ¿para qué toda esa sangre, todas esas muertes, si al final siempre se vuelve a lo mismo, a la explotación de los débiles por los poderosos? ¿Acaso para cualquiera no es evidente que desde los inicios de la cultura cristiana la fuerza que ha dominado es la voluntad de poder? El supuesto de esas creencias es el eterno retorno del abuso, de lo negativo, del mal. Incluso los más optimistas no logramos escapar de este sentir general y sucumbimos a estados depresivos en que para el futuro sólo logramos visualizar catástrofes.

Hace un par de años finalicé una investigación sobre el pensamiento de Nietzsche, en que estudié, entre otros temas, lo que se pensaba a fines del siglo pasado sobre los cambios históricos. Creo que de todos los pensadores políticos del siglo XIX, uno de los más escépticos fue Nietzsche. Me parece ahora increíble, que este precursor del posmodernismo, enemigo de las teorías evolutivas darwinistas, haya tenido mayor esperanza en el futuro de la humanidad que nosotros, intelectuales de este otro fin de siglo. Recuerdo ahora con especial entusiasmo el aspecto positivo que tiene su teoría del eterno retorno de lo mismo. Dijo que le producía cierta esperanza ver que en la historia de los pueblos lo afirmativo siempre vuelve y que hay un eterno retorno de la dicha y la creación. Que Nietzsche, el filósofo político reaccionario, el campeón de las teorías políticas aristocratizantes, haya tenido mayor fe en el futuro que nosotros, izquierdistas de fines del siglo XX, es significativo de que algo muy grave está pasando en el mundo de hoy, y que la desesperanza mencionada responde a ciertas condiciones objetivas que vale la pena examinar.

Michel Foucault inició hace un par de décadas un examen histórico-filosófico de los sistemas de vigilancia y de castigo de los que se sirve el aparato de poder para desactivar toda posibilidad de cambio en el sistema. Creía Foucault que el poder es una realidad invisible, no localizable, que envuelve todo lo que existe, y que domina a las propias instituciones que ejercen la autoridad. Uno de los espacios en que los dispositivos de poder extremaron un tiempo su vigilancia fue el de la reflexión libre. Ahora ni siquiera hace falta que estos dispositivos distraigan su tiempo en nosotros, puesto que nada se puede temer de intelectuales que



creen que la reflexión es un lujo que se realiza en los bordes del sistema, y que se autoregula para permanecer allí, donde es completamente inofensiva. Es decir, diría Foucault, la red de poder opera hoy dentro del propio pensamiento.

En este contexto no están de moda ciertos temas que fueron fundamentales en los años sesenta. Cuando se menciona hoy la pobreza es para destacar que nunca ha habido menos desigualdad que ahora, y que jamás los pobres habían estado tan cerca de dejar de serlo. A los que manifiestan escepticismo respecto de esta creciente democracia mundial, se les argumenta que quizá es verdad que hay muchos pobres en el mundo, que es posible también que mucha gente se muera de hambre y que también es concebible que la miseria sea hoy mayor de lo que nunca fue, pero que nadie en su sano juicio podría negar la triste verdad de que siempre las cosas han sido aproximadamente así.

El fracaso de los socialismos reales, la caída del muro de Berlín, el término de la guerra fría, han despojado de su suelo a la izquierda política tradicional y han puesto en cuestión sus fundamentos teóricos. Proliferan los discursos que celebran el supuesto espíritu democrático de la época, bajo cuya advocación pueden coexistir pacíficamente las más diversas concepciones. Se critican los textos de la izquierda tradicional, porque se les estima autoritarios, dogmáticos, en suma, poco amantes del perspectivismo y de la relatividad de la verdad.

A este panorama se le ha agregado un componente político. Es el concepto de "modernidad", asociado a una doctrina económica, el neoliberalismo. Esto permite señalarle otro pecado a la izquierda tradicional: ha venido a ser antimoderna, porque sigue creyendo en necias expectativas utópicas. De esta pareja triunfante (modernidad y neoliberalismo) nacen otras afirmaciones, ya no tan evidentes, pero sostenidas de todos modos como inherentes al sistema. Hay que disminuir al máximo el tamaño y el poder del Estado. Hay que privatizar, por tanto, los bienes y las empresas estatales. Un nuevo Dios se encarga de la conducción de esta realidad social nueva, el mercado, y se juzga anatema la posibilidad de intervenir su movimiento natural. Las palabras claves de este discurso son eficiencia, productividad, desarrollo.

Esta modernidad estima un derroche indefinidamente postergable la inversión del Estado en salud y cultura. Nuestros políticos, los mismos que hace apenas un par de décadas atrás lucharon por un sistema de vida más justo, de menor desigualdad social, de mayor educación, hoy critican ásperamente las huelgas y los movimientos populares, porque detectan en ellas una traición vil a los postulados de productividad y eficiencia neoliberales o un atentado contra la estabilidad del sistema. Una pregunta que muchos no pueden evitar es: ¿a dónde van a parar los beneficios de tanta eficiencia y productividad laborales?

Me pregunto qué diría Violeta Parra si por un azar venturoso (¿o fatal quizá?) se viese obligada a regresar al Chile de hoy. Creo que no se sentiría feliz. Esta gran folclorista, heredera de los ideales de la Ilustración de libertad, igualdad, solidaridad, justicia social, razón social, se acomodaría muy mal en este nuevo orden nacional, pensaría que los chilenos hemos perdido completamente la razón, y que finalmente se impuso sin contrapeso el modelo totalitario de economía capitalista que ella rechazó con tanta aspereza. Me imagino que se horrori-

zaría de los paseos dominicales familiares a los *Shopping*, al ritmo de músicas importadas.

Evocamos con verdadera nostalgia los años sesenta en que la humanidad pensó seriamente en la posibilidad de cambiar el mundo. No se nos ocultan las debilidades múltiples de esas izquierdas con que simpatizábamos: su incapacidad de adoptar un proyecto común, sus ambigüedades estratégicas, su inclinación disimulada al capitalismo, su resentimiento social, su vacilación entre totalitarismo y democracia, etcétera.

Las *Décimas* de Violeta Parra, texto del que nos ocuparemos ahora, aunque un poco anterior a esos tiempos, recoge el sentir de una época que *creyó*, y que no tuvo vergüenza de soñar. La hablante de este texto describe el mundo de la pobreza, y en lo narrado hay sufrimiento, inseguridad, temor. Creo que el texto de las *Décimas* está estructurado sobre la oposición pobres/ricos, y que la hablante de este texto se identifica, por razones de pertenencia, pero también de ideología, con el lado pobre.

Desde el comienzo la hablante de esta autobiografía da a entender muy claramente el propósito que la guiará en la escritura de su texto. Cuenta que:

“Muda, triste y pensativa/  
ayer me dejó mi hermano/  
cuando me habló de un fulano/  
muy famoso en poesía./  
Fue grande sorpresa mía/  
cuando me dijo: Violeta/  
ya que conocís la treta/  
de la versa popular,/  
princiapiame a relatar/  
tus penurias a lo poeta”

(págs. 25-26)<sup>1</sup>.

Produce extrañeza la reacción de la hablante. Lo normal es sentir orgullo, alegría y agradecimiento frente a una situación de esta naturaleza, en que el trabajo personal es reconocido y alabado. Y el elogio proviene del hermano, por quien ella siente gran respeto. Razona que tiene demasiado trabajo desenterrando folclor. Además las canciones que descubre son muy tristes y la hacen padecer. Y por último apenas le alcanza el dinero para mantener a su familia. Traduzco su respuesta a esta otra: Soy pobre, me siento identificada con los pobres, quiero seguir recogiendo estas canciones populares, como lo he hecho hasta este momento, y no tengo tiempo para poesía culta, de salón. Pero después de pensarlo un poco, vuelve sobre la sugerencia del hermano y decide seguir sus consejos. ¿Se trataba entonces de falsa modestia? ¿De estrategia femenina? Es sabido que en algún momento histórico, las mujeres han escogido utilizar formas literarias parecidas para dar comienzo a sus empresas narrativas. Sabiendo que las consideran inméritas, por ser la escritura campo de varones, se disculpan con modestia por atreverse a tareas literarias de las que la cultura oficial las ha marginado.

<sup>1</sup> Para este análisis utilizaremos el texto de las *Décimas* publicado por Editorial Sudamericana (Santiago, 1988).

A pesar de que esta posibilidad de interpretación es perfectamente plausible, prefiero creer que se trata de otra cosa. Me parece que ella vuelve sobre su decisión, y hace caso de la sugerencia del hermano, cuando descubre que no hay demasiada diferencia entre su trabajo de desenterradora de folclor, y la de escribir su autobiografía. Ambas actividades tienen la finalidad de representar las costumbres y la vida de la clase popular. Creemos que el centro de esta representación es el sufrimiento del pobre.

Cabe preguntarse si no estamos exagerando la importancia del dolor y de la pobreza en el texto de las *Décimas*. ¿No es Violeta Parra la autora de *Gracias a la vida*, canción agradecida de todos los dones que recibe un ser humano? Hay además muchas otras canciones alegres o humorísticas de la tradición popular, que Violeta Parra amaba y gustaba cantar. Mi respuesta es la siguiente: he hecho un trabajo de fichaje de las *Décimas*, y las palabras que tienen mayor ocurrencia en este texto son *taitita*, *madre*, y *sufrimiento*. Las palabras alegría, placer, felicidad, gozo, ocurren excepcionalmente, y por lo general aparecen vinculadas a la soledad, a la contemplación de la naturaleza y a festividades campesinas. El examen de las *Décimas* revela que incluso experiencias que la crítica ha estimado alegres, como los juegos en el jardín de la patrona, o el despojo que la hablante y sus hermanos hacen de las coronas de flores en el funeral de un hombre rico, están llenas de resentimiento y de crítica social. La hablante de las *Décimas* entiende la vida del pobre, que es la suya, como una dura prueba, en que el sufrimiento es la regla, y en que los momentos de alegría son la excepción. Creo que las *Décimas* es un texto sufriente, y me parece extraño que la crítica insista en negar lo que está a la vista.

La verdad es que mi asombro es menor de lo que he declarado recién. Todos conocemos un seudo folclor que canta las gracias de la "china" y su enamorado, el "huaso", que celebran en una cueca interminable una inacabable fiesta. Que promete al viajero las delicias de un "pueblito que se llama Las Condes". En suma, el viejo tópico del "lugar ameno" se ha adueñado de la vida chilena campesina<sup>2</sup>. En otro terreno (por ejemplo, en la devoción culta y rica por Chiloé) la necesidad de cooperación que impone una durísima pobreza, se mira bucólicamente y se entiende que allí, entre los pobres, reina la más desinteresada generosidad. También se supone que la vida en el campo es más saludable y más plena

<sup>2</sup>En relación al examen de la deformación u ocultamiento del sufrimiento del pobre en las canciones de ciertos grupos folclóricos destaco estas palabras de Patricio Manns:

"Alrededor de 1940 circulan varios conjuntos musicales que dan vida a la canción chilena. Es esta la primera canción política que se escribe masivamente y que además se canta. Traspasa subliminalmente todas las defensas del hombre, aún del hombre conciente, precisamente porque no toca en directo ningún tema político. He ahí la trampa. Es decir, por un proceso de ocultamiento de deformación sutil y calculada de la realidad, moviendo los resortes del ensueño, desarrollando o destacando ciertos valores esenciales de toda nacionalidad, pero transformándolos en su contrapartida (el amor al campo chileno, y por ende al sistema de tenencia de la tierra, por ejemplo), se convierte en el arma política más eficaz que ha conocido la historia de nuestra cultura. No sólo deforma ideológicamente al campesinado hasta extremos inconcebibles, aún hoy en día: es la canción que se canta en todas

que la de las grandes urbes, sin tomar en cuenta que los daños de salud por intoxicaciones con desechos industriales o venenos agrícolas, son peores en el agro que en las ciudades. Uno de los muchos méritos de las *Décimas* es mostrar una perspectiva realista de la vida campesina pobre.

No ha sido fácil elegir de este conjunto de décimas las que serían más probatorias de lo que estamos diciendo. Todas son hermosas, casi todas revelan el mismo y repetido hecho del sufrimiento que acompaña a la pobreza. Me he decidido por las que refieren a la muerte, porque me parecen de las más significativas.

## B. LA MUERTE Y LA POBREZA

La muerte es uno de los temas centrales de las *Décimas*. La hablante, una mujer madura en las *Décimas* era apenas una niña cuando su hermano y su padre fallecieron<sup>3</sup>. Mucho le significaron esas muertes, mucho construyó sobre ellas, cuando las consigna con tanto detalle. Se acuerda de pormenores que el tiempo termina siempre por borrar, porque todos preferimos la alegría al dolor. La hablan-

las fiestas, urbanas o rurales, la canción que ensaya el coro del colegio, la canción que el político o el dirigente progresista quieren oír en su sobremesa, la canción que arrulla la embriaguez del minero o del pescador. En efecto, por oposición a los temas desarrollados entre los poetas populares (masacres, represión, tragedias, hambrunas), que sin duda no encontrarán cabida en las transmisiones de la radiotelefonía, estas agrupaciones cantarán al campo chileno, al paisaje, a la nostalgia del arroyo, a la china de trenzas, a la tranquera, a la vieja casa de campo (la casa patronal). Muy de tarde en tarde, pero siempre en tono melancólico, surge un atisbo de la otra cara de la moneda:

".....comprendo la diferencia  
que hay entre patrón a inquilino..."

("La Parva de Paja").

O tal vez, "Huincaonal", en que se canta al sombrío dolor del mapuche despojado de sus tierras. Muchos de estos temas serán recopilados y modificados a partir de una versión anónima, pero el hecho envuelve de todas maneras un esquema selectivo. Puede revisarse al efecto el repertorio del grupo más conocido y divulgado de esa etapa, "Los Cuatro Huasos", y sus continuadores de hoy, "Los Huasos Quincheros", en realidad un mismo conjunto que, a despecho de las deserciones impuestas por el tiempo, ha logrado conservar la unidad de estilo y el criterio temático por más de cuarenta años. Hoy, "Los Quincheros" están al servicio incondicional de la Junta Militar.

Complementa la fisonomía de clase de estos grupos el atuendo, consistente en una llamativa combinación de chaquetilla y sombrero de evidentes resonancias andaluzas, pantalón ajustado, zapatos de taco, faja y poncho corto de vivos colores y grandes espuelas. Esta es la tenida del "patrón" en las fiestas del campo.

Manns, Patricio, *Violeta Parra: La guitarra indócil*. Ediciones Literatura Americana Reunida, Concepción: 1986. (págs.45-46).

<sup>3</sup> Este examen de las *Décimas* no pretende ser biográfico. Es fácil confundirse con una investigación como la que estamos presentando, que tiene a una autobiografía por referente. A nosotros, los detalles de la vida de Violeta Parra nos interesan mucho, pero no por lo que ellos nos puedan descubrir de la vida íntima de esta persona femenina, muy respetable y querida, por cierto, sino en cuanto descubren y desocultan códigos y valoraciones que

te lee su historia desde sus valoraciones, y su aflicción deja traslucir un resentimiento social que importa a nuestro trabajo. Pienso que pone la muerte del hermano y del padre en relación a la pobreza, y que la frase que sostiene su discurso es: ellos tuvieron que morir porque eran pobres. La pobreza es entendida entonces como una condición de vida mayormente negativa a la que corresponden enfermedades, deterioros anímicos, alcoholismo, rencillas familiares, debilidades masculinas, etcétera.

*b.1. La muerte del padre divide la autobiografía en dos partes.*

El poema en que la hablante recuerda la muerte del padre está en la mitad de su autobiografía (págs. 113-114). Es bastante sugerente que ella haya decidido ponerlo allí. Da la impresión que de esta manera estuviese dividiendo su vida en dos. El temple desde el que cuenta la primera mitad es menos triste que el de la segunda parte. A pesar de que en la primera abundan los detalles sobre el alcoholismo paterno, y el mal entendimiento que causaba este vicio entre sus progenitores, también hay evocaciones infantiles luminosas y felices. Por ejemplo, aquellas en que se divertía con sus hermanos cometiendo todo tipo de travesuras, o aquellas otras en que disfrutaba de los placeres de la naturaleza (págs. 99-100, págs. 105-106). Hay también relatos nostálgicos, en que recuerda la alegría de compartir labores campesinas (págs. 109-110), y festividades religiosas (págs. 91-92). La segunda parte está narrada desde una conciencia mucho más madura. Se terminan las evocaciones alegres y comienza un tiempo duro en que dominan los relatos de protesta por las diversas injusticias sociales que le tocó ver. Después de la muerte del padre se vió obligada a realizar diferentes oficios para ayudar a la economía de la familia. "No existe empleo ni oficio/ que yo no lo haya ensayao,/ después que mi taita amao/ termina su sacrificio" (págs. 133-134). Se ve a sí misma ayudando a su madre en la costura hasta avanzadas horas de la noche, maldiciendo la pobreza en que viven. Poco tiempo después abandona el hogar, acepta la invitación de su hermano, para ir a estudiar a Santiago (págs. 135-136). Lo que cuenta de este viaje a la capital tampoco es alegre. Al llegar a la estación Mapocho se siente desterrada de las cosas que ama. Le molesta el ruido y la locura de esta vida moderna. Nadie la va a buscar a la estación y termina durmiendo en la comisaría (págs. 141-142). Peores son sus evocaciones laborales de Santiago. Se sintió maltratada por aquellos que podían emplearla: "ayer buscando trabajo,/ llamé a una puerta de fierro,/ como si yo fuera un perro/ me miran de arriba abajo" (p.145). Y mucho peor lo que recuerda de su trabajo en el restorán *El Tordo Azul*. Sus recuerdos de este lugar "perverso" son

---

nos parecen representativos del pensamiento de muchas mujeres chilenas de la clase media baja. Nos interesa que no haya en este relato una visión unívoca de las cosas, que la hablante reconozca desde el comienzo de la autobiografía su doble origen. Por vía paterna es de origen culto, por parte materna desciende de campesinos pobres. Creemos que esta doble pertenencia explica la ambigüedad de su discurso. Ella siente afectos antagónicos respecto de las mismas cosas, porque ella misma es siempre dos, y dos que se rechazan, por incompatibles.

de niños muy pequeños alcoholizados (págs. 150-152) y también está el de una mujer de vida fácil que fue violada y muerta (págs. 153-154). No son más alegres sus evocaciones laborales en los medios radiales. Se felicita de ser fea, y de no haber sufrido como las bonitas, los acosos sexuales de los mandones de la radio (págs. 157-158). Por último, sus recuerdos del viaje a Europa, salvo escasas excepciones, que siempre tienen que ver con convicciones ideológicas, son un recuento de penurias.

Creemos entonces que hay un cambio en su discurso socio-político después de la muerte del padre. A pesar de que desde el comienzo de la autobiografía ella hace notar la diferencia de clases que hay en su comunidad, y de las injusticias sociales que sufren los pobres, su posición presenta cierta ambigüedad. En la primera parte no sabe bien a quién culpar por las dificultades económicas que sufre su familia. Hay décimas en que claramente se pone en contra del gobierno (págs. 103-104, págs. 75-76), y lo enjuicia por mantener a su padre desempleado, pero también hay otras en que responsabiliza al padre del infierno en que viven (págs. 93-94, págs. 101-102). Después de la muerte del padre la lectura se desambigua, y lo convierte en un sacrificado. Esta ambigüedad primera se explica si tomamos en cuenta que la perspectiva de lo narrado es infantil. A pesar de que desde muy temprano ella entiende la articulación que existe entre los males de su familia y la estructura social de su país, su conciencia de niña le exige esperar del padre lo que la sociedad supone que ellos deben dar a sus hijos: protección, cuidado, alimentación, estabilidad familiar.

Me parece un gran logro de este texto, que haya conseguido recuperar los recuerdos primeros desde esta óptica infantil y ambigua. La ambigüedad enriquece estos recuerdos familiares, al evocarlos en sus asperezas múltiples. Después de la muerte del padre, ella se ve obligada a ayudar al sustento de la familia, comienza a trabajar, y entiende las dificultades reales de la pobreza. Entonces disculpa al padre, interpreta la vida de él como un sacrificio y se decide por una interpretación sociológica.

### *b.2. La muerte de Polito.*

Hay varias décimas que tienen por tema a la muerte. Se pueden clasificar en dos grupos: 1) las que narran la muerte de algún ser querido y 2) las reflexiones personales de la hablante en relación a la experiencia de la muerte (págs. 115-118). Las segundas tienen por intertexto algunos motivos de la literatura española del siglo de oro, y también temas de tragedias cultas, como por ejemplo el *Hamlet* de Shakespeare. Por no incidir directamente en el tema de la pobreza dejaremos a las segundas de lado, salvo una, que examinaremos al final y que nos parece probatoria de la tesis central de nuestra ponencia.

Las muertes del hermano menor y del padre son sentidas por la hablante de manera muy diferente. Se observa en la segunda una tensión, un dolor, una confusión mucho mayor de la que encontramos en la primera. Pienso que una de las funciones más importantes del poema de la muerte del hermano es la de contar la desgracia de la madre, mientras que la evocación de la enfermedad del

padre es catártica, en ella la hablante saca hacia fuera su propia pena.

En la narración de la enfermedad del hermano (págs. 77-78) la hablante evoca a su madre desesperada, “la ve amanecer tal cual se acostara”, cuidándolo noche y día. El amor que tiene por su madre obsesiona a la hablante por “entrar en su pena”, “para poderla entender”, pero ella misma discierne que es demasiado niña, y que carece de la madurez necesaria para saber la gravedad de lo que está ocurriendo. Cuando el niño muere la madre enloquecida de dolor maldice a Dios por “destinarle este mal”, y a continuación maldice al presidente Ibáñez, acusándolos a ambos de ser culpables de esta pérdida. La narradora le pide a la madre que le permita tomar al niño, pero esta última se lo prohíbe. Los últimos versos del poema dejan ver lo que la hablante aprendió de esta experiencia traumática. Aclara que a esta edad temprana se dio cuenta que su madre, supuestamente libre, vivía en cruel cautiverio.

¿Qué es lo que implica la hablante con esto último? Pienso que señala sin ambigüedad alguna a la pobreza como causa de la esclavitud materna. La desgracia de la muerte del hermano tiene una causa concreta, precisa, visible. El abuso y el mal vienen de Dios y del gobierno. De Dios, por haber destinado a la familia a la fatalidad de la pobreza, y del gobierno, porque el encargado de velar por el bienestar de sus gobernados es un animal, sin conciencia, que oficia de presidente.

La décima que sigue al poema de la muerte de Polito narra el deterioro del padre, su galopante caída en el alcoholismo, y las repercusiones traumáticas que produce esta tomatina en el hogar.

### *b.3. La muerte de mi taitita:*

Como dijimos poco antes, la muerte del padre divide el texto de las *Décimas* en dos partes, y en estas dos la percepción que la hablante tiene de su padre es muy diferente. En la primera, en que narra su vida de niña, la hablante recuerda con mucho cariño al padre, mientras que en otras le critica su carácter débil, su apego a la bebida, la influencia que sus compañeros de farra ejercen sobre él, el abandono que hace de la familia, la falta de entereza que exhibe cuando es exonerado de su trabajo y el dispendio que hace de las tierras que heredó de su padre rico. La hablante recuerda esto último con particular tristeza. Mientras la familia gozó de la posesión de estas tierras, a ella le parecía que vivían en el Paraíso (págs. 81-82). El padre dilapidó en el juego y la bebida esta gloria, y les obligó a la pobreza. Pero su responsabilidad es sólo parcial, ya que por razones políticas había sido previamente exonerado de su empleo de profesor, lo que explicaría su alcoholismo. En suma, el texto es vacilante en lo que respecta a la estimación del padre. Fluctúa entre el rechazo de sus debilidades, y la comprensión aceptativa de las mismas. Después de muerto, el padre se convierte en un sacrificado. La hablante señala como culpables de su desgracia a la pobreza y al gobierno de turno. Juzga a su padre como una víctima del sistema, y el resto del texto emprende la denuncia de esta injusticia.

Esta ambigüedad es muy sugerente, y creo que refleja la visión que las muje-



res pobres tienen de los varones de su clase. Critican en sus compañeros lo que consideran debilidad de carácter. La mitad de la cultura en que viven las condiciona a esperar fortaleza, firmeza, dureza de sus padres y enamorados. Pero la otra mitad hace a la mujer pobre conocer y entender la estructura de la realidad en que vive, sabe que su compañero es muchas veces víctima de un sistema injusto, y por ello lo compadece.

Para terminar deseo examinar una de las dos décimas con que la hablante cierra el relato del fallecimiento del padre. En ella manifiesta la tristeza y el alivio que le suscitan su muerte:

*Para el que deja la tierra,  
la muerte es el fin del mundo;  
con un dolor sin segundo  
le puso fin a esta guerra.  
Le ha dado esta vida perra,  
por un minuto de gusto,  
ciento veinte mil disgustos,  
y no es un exagerar,  
se viene al mundo a pasar  
las penas de San Jobundo.  
Yo digo, dónde estará  
la luz de la explicación,  
de llegar uno al panteón,  
y otro a la maternidad.  
Me falta capacidad  
pa' hablar con inteligencia.  
Por qué con tanta paciencia  
se va el cristiano del mundo,  
tal vez en aquel segundo  
principia la deligencia.*

*Sepa Dios qué paraíso  
le destinaron al alma,  
de no, por qué tanta calma  
cuando se apaga el granizo.  
Se olvidan los compromisos,  
las deudas, los juramentos,  
se apagan los sentimientos  
en el minuto fatal;  
seguro que la verdad  
la vive el que yace muerto.  
El vivo llora doliente  
la muerte de su difunto,*



*éste no entiende el asunto  
como se calla sonriente,  
durmiendo tranquilamente  
con cuatro velas flameantes,  
diciéndonos arrogante  
que hay gran placer en la jaula,  
y que no entiende la maula  
de no enjaularlo más antes.*

*En esta vida engañosa  
el alma es la que molesta,  
en una y otra protesta  
se pasa la trágica.  
Ya ven, distinta es la cosa  
cuando se duerme el humano,  
pero si agarra el cristiano  
en sueño seguir viviendo,  
la pesadilla al momento  
lo apresa de pies y manos*

(págs. 117-118).

En este poema la vida es representada como una guerra, también como ciento veinte mil disgustos, como las penas de San Jobundo, además de atribuírsele el calificativo de "perra". La vida amarra con "compromisos, *deudas*, (el subrayado es mío) juramentos, sentimientos". Estas palabras, en especial *deuda* pueden referir a problemas económicos. El vivo, en vez de darse cuenta de lo provechoso que es dejar esta "vida perra", "llora dolido la muerte de su difunto", en tanto el muerto se complace en su nuevo estado, sonriendo calladamente en su sueño mortal. Este muerto, desde su beatitud reclama "que no entiende la maula de no haberlo enjaulado antes". Tampoco entiende los muchos hipos y sollozos de los vivos que sufren porque ha cesado de estar junto a ellos. El poema supone que la dificultad y lo trágico de la vida corresponde también a un defecto de los vivientes, al hecho de tener alma, o conciencia. Esta conciencia molesta perturba con protestas, confusiones y ambigüedades de toda índole. Por ello es sumamente inquietante la perspectiva de que esta conciencia siguiese existiendo después que el vivo hubiese dejado de serlo. En caso de que se cumpliera el modelo cristiano de una vida conciente después de la muerte, sólo podríamos esperar de ello problemas y sinsabores continuos. Probablemente la hablante supone que si la conciencia pervive, pervivirá como conciencia del mismo mal central que la aquejó en la tierra, es decir, para los pobres, como conciencia de la pobreza.

Sobrecoge que la hablante concluya con esta décima las evocaciones de la muerte de su padre. La madre que hay en ella se siente aliviada de que los padecimientos del padre hayan terminado, aunque sea a costa de su vida. Estima un bien que no lo turben en su sueño de muerto esos remordimientos de concien-

cia que lo desgarraban mientras estuvo vivo, y que tenían por fundamento la vergüenza de no poder corresponder al proyecto ideal que sus hijos y mujer habían imaginado para él. ¿Cómo no comprender y justificar a estas mujeres pobres que sienten alivio cuando mueren sus hombres?

## I. INTRODUCCIÓN

La presente investigación se propone descubrir el modo cómo la novela ha acogido el contexto histórico y los recientes cambios experimentados por la sociedad chilena, expresados muchos de ellos en el conflicto modernidad-identidad. Ambos conceptos han sido muy utilizados en la década del 80 y 90, asociando el primero a los esfuerzos del gobierno militar por inserir a Chile en el mundo desarrollado, y el segundo defendido por sectores que priorizan modos culturales más cercanos al mundo popular y prefiriendo la comunidad latinoamericana como referente social y cultural. Se trata de opciones excluyentes ante proyectos de país que privilegian el desarrollo económico y la universalización de la vida social, y por otro lado, un proyecto interesado en recuperar y destacar la identidad de los sectores marginados.

En estos conceptos de modernidad-identidad, ha sido posible agrupar las distintas posiciones en el debate, las que aparecerían como contrapuestas, en el sentido que optar por uno significaba rechazar el otro<sup>1</sup>. Lo que nos parece nuevo, es que las novelas analizadas a continuación, optan por un rechazo hacia las dos posiciones al mismo tiempo.

La problemática actual ha sido reproducida por la novela, así que también por otros medios de expresión que han en referencia a temas similares. La novela, sin embargo, tiene la posibilidad de integrar muchas voces en su relato y perspectivas diversas para enfrentar la realidad. No sólo la denuncia, también la denuncia, y la problemática individual, como una manera de mostrar la sociedad en sus múltiples componentes. La novela, además, es uno de los discursos que posee mayor impacto social por la posibilidad de abarcar una mayor cantidad de lectores.

Se trata de la lectura de un número importante de novelas publicadas en las últimas décadas, que se ofrecen como testimonio<sup>2</sup> de una época particular.

<sup>1</sup> Universidad de Talca.

<sup>2</sup> Este trabajo forma parte de un proyecto dedicado al estudio de una historia de las ideas en Chile en los últimos 20 años, por lo cual no hay en él una aproximación exclusivamente "literaria" a las novelas. Por consiguiente, con ayuda de Peadar Kirby, proyecto N° 1943179.

<sup>3</sup> En una lista provisional se puede mencionar entre los protagonistas a Jorge González, Bernardo Subercastegui, Pedro Morandé, Soledad Montecinos. Entre los contrapuntados o al menos que no se oponen a ella: Claudio Véliz, Jorge Larraín, José J. Brunner.

<sup>4</sup> La gran mayoría de las novelas están escritas en primera persona.

# NI IDENTIDAD, NI MODERNIDAD. NOVELA CHILENA Y CONTINGENCIA HISTÓRICA EN LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS<sup>1</sup>

*Javier Pinedo \**

## 1. INTRODUCCIÓN

La presente investigación se propone descubrir el modo cómo la novela ha acogido el contexto histórico y los recientes cambios experimentados por la sociedad chilena, expresados muchos de ellos en el conflicto modernidad-identidad. Ambos conceptos han sido muy utilizados en la década del 80 y 90, asociando el primero a los esfuerzos del gobierno militar por insertar a Chile en el mundo desarrollado, y el segundo defendido por sectores que priorizan modos culturales más cercanos al mundo popular y prefiriendo la comunidad latinoamericana como referente social y cultural. Se trata de opciones excluyentes ante proyectos de país que privilegian el desarrollo económico y la universalización de la vida social, y por otro lado, un proyecto interesado en recuperar y destacar la identidad de los sectores marginados.

En estos conceptos de modernidad-identidad, ha sido posible agrupar las distintas posiciones en el debate, las que aparecían como contrapuestas, en el sentido que optar por uno significaba rechazar el otro<sup>2</sup>. Lo que nos parece nuevo, es que las novelas analizadas a continuación, optan por un rechazo hacia las dos posiciones al mismo tiempo.

La problemática actual ha sido reproducida por la novela, aunque también por otros medios de expresión que hacen referencia a temas similares. La novela, sin embargo, tiene la posibilidad de integrar muchas voces en su relato y perspectivas diversas para enfrentar la realidad. No sólo la denuncia, también la ironía, y la problemática individual, como una manera de mostrar la sociedad en sus múltiples componentes. La novela, además, es uno de los discursos que posee mayor impacto social por la posibilidad de abarcar una mayor cantidad de lectores.

Se trata de la lectura de un número importante de novelas publicadas en las últimas décadas, que se ofrecen como testimonio<sup>3</sup> de una época particular-

\* Universidad de Talca.

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte de un proyecto dedicado al estudio de una historia de las ideas en Chile en los últimos 20 años, por lo cual no hay en él una aproximación exclusivamente "literaria" a las novelas. Fue compuesto con ayuda de Fondecyt, proyecto N° 1941179.

<sup>2</sup> En una lista provisional se puede mencionar entre los identitarios a Jorge Guzmán, Bernardo Subercaseaux, Pedro Morandé, Sonia Montecino. Entre los modernizadores o al menos que no se oponen a ella: Claudio Véliz, Jorge Larraín, José J. Brunner.

<sup>3</sup> La gran mayoría de las novelas están escritas en primera persona.

mente conflictiva. Novelas de interrogación del sentido de la historia, del papel del individuo frente al poder y otros temas afines que, desde la ficción literaria, contribuyen a aclarar otros discursos sociales.

Por cierto no analizamos todas las novelas, sino un grupo en la que los elementos históricos dominan la ficción novelesca y que fueron consagradas por la crítica como las más representativas, o que tuvieron mayor acogida entre los lectores<sup>4</sup>. Nos referimos a las siguientes obras: *En este lugar sagrado* de Poli Délano, *Los convidados de piedra* de Jorge Edwards, *El jardín de al lado* de José Donoso, *La casa de los espíritus* de Isabel Allende, *Ardiente Paciencia* de Antonio Skármeta, *El anfitrión* de Jorge Edwards, *Santiago Cerro* de Carlos Franz, *Los años de la serpiente*, de Antonio Ostornol, *La ciudad anterior*, de Gonzalo Contreras, *Cobro revertido* de Leandro Urbina, *Nosotras que nos queremos tanto*, *Para que no me olvides* y *Antigua vida mía*, de Marcela Serrano, *Oír su voz* de Arturo Fontaine, *Machos tristes* y *El viaducto* de Darío Oses, *Morir en Berlín*, de Carlos Cerda, *Recuerdos de un hombre injusto* de Oscar Bustamante, *Círculo vicioso* de Germán Marín.

## 2. EL CONTEXTO HISTÓRICO Y SU REPRESENTACIÓN NOVELESCA.

Nos interesa saber cómo se ficciona una historia centrada en dos hechos básicos: el triunfo de la UP el año 70, y la llegada de los militares el 73, que significaron cambios más profundos que los vividos por el país durante el resto del siglo. Qué aspectos impactaron la sensibilidad de los autores, cuáles fueron más frecuentemente acogidos y cómo fueron presentados a través de la novela.

Ningún otro gobierno como el de Salvador Allende intentó llevar más lejos las reformas que permitieran incorporar a las clases sociales postergadas a los beneficios económicos, sosteniéndose en una identidad asociada a formas culturales provenientes del mundo popular, considerado como paradigmático de la nacionalidad. Y ningún otro como el de los militares aplicó la coerción para intentar una modernización radicalmente transformadora de la sociedad y las prácticas políticas y económicas tradicionales. En ningún otro momento, como durante estos dos gobiernos, la vida cotidiana de los chilenos sufrió mayores alteraciones, marcadas por la inseguridad y la esperanza y el surgimiento de la enemistad al mismo tiempo.

Poli Délano, en *En este lugar sagrado*<sup>5</sup>, novela escrita en primera persona, narra la historia de un hombre accidentalmente encerrado en el baño de un cine de Santiago, la noche del 10 de septiembre de 1973. Desde allí y mientras lee los "graffiti" que dan origen al título de la obra, recuerda las elecciones presidenciales de 1964 y 1970, el triunfo de Salvador Allende, los años de la Unidad

<sup>4</sup> Esta es sólo una primera parte del trabajo. Posteriormente expondremos la situación de la importante producción de Diamela Eltit, Pía Barros, Ana María del Río, Alberto Fuguet y otros autores, en los que el contexto histórico adquiere una significación distinta a la expuesta aquí, ya sea porque disminuye considerablemente, o está incorporado de manera "simbólica".

<sup>5</sup> Poli Délano, *En este lugar sagrado*, (México, Grijalbo, 1977).

Popular, los conflictos políticos, y por supuesto el 11 de septiembre de 1973. Después de tres días logra salir, y se encuentra con una ciudad de Santiago ocupada por los militares, lo que para el protagonista es una prueba definitiva de que está viviendo en un "mundo al revés", con conceptos morales trastocados, lo que se expresa en una canción infantil: "Érase una vez un lobito bueno al que maltrataban todos los corderos (...) "Y había también una bruja hermosa, un príncipe malo y un pirata honrado (...) Todas estas cosas había una vez, cuando yo soñaba el mundo al revés".

Además de Allende, se mencionan diversos personajes históricos, como el político y agricultor socialista Baltazar Castro, quien se presenta bajo el acrónimo de Vasaltar Costra, o el joven pintor Carlos Faz cuya muerte es incorporada al relato, y por último al Chacal de Nahueltoro, personaje condenado a muerte en un acto que conmovió a la sociedad chilena. En estos tres personajes está sintetizada una historia dominada por el fracaso de una identidad tradicional.

Se trata de la historia de un joven provinciano, confundido observador del proceso político chileno, que llega a convertirse en activo militante comunista, y más tarde en un decepcionado de la fracasada política de ese partido, y de la UP en general. Una especie de *anti-Bildungsroman*<sup>6</sup>, que nos muestra la formación de un adolescente y su iniciación en el amor, la política, su ingreso a la Universidad y particularmente al Pedagógico, en medio de los acontecimientos históricos de finales de los años 60 e inicios de los 70, los cuales aparecen abundantemente incorporados. Debido a su fecha de publicación y por tratarse de una de las novelas que inician el sistema, encontramos muchas referencias a los años de la UP, siendo el gobierno militar asociado a las violaciones de los Derechos Humanos, y sin referencias a las modernizaciones posteriores.

Jorge Edwards, incorpora el contexto histórico en muchas de sus obras, particularmente en aquellas de corte autobiográfico: *Persona non grata* (1973) y *Adiós poeta* (1990). Pero también en sus novelas. *Los convidados de piedra*<sup>7</sup> es una de las primeras obras en las que se hace alusión al exilio. Es una novela muy centrada en un acontecer histórico más extenso, con referencias a Arturo Alessandri, la dictadura del General Ibáñez, el gobierno de Gabriel González Videla, para concluir en los años de la Unidad Popular y los primeros días del golpe del 73.

En la primera página se señala esta visión historicista, aunque en un tono irónico, que intenta negarla: "Para desengaño del lector, debo advertirle que todos los personajes y las situaciones de esta novela son completamente ficticios. En la escritura procuré respetar el trasfondo histórico y utilicé materiales que me proporcionaba la memoria personal y ajena, pero éstos fueron transformados por el tiempo (...) y por el deliberado exilio..."

<sup>6</sup> En el modelo clásico del *Bildungsroman* (Goethe) el adolescente logra finalmente la inserción a la sociedad adulta. En este caso y los que veremos, el joven personaje concluye o más degradado que al inicio o muerto en el intento.

<sup>7</sup> Jorge Edwards, *Los convidados de piedra*, (Barcelona, Seix Barral, 1978).

La novela se presenta como una crónica en primera persona, que va dando cuenta de la vida de un grupo de amigos en un lugar denominado La Punta. Los personajes conversan y recuerdan sus vidas, en medio de abundantes referencias históricas: "Un buen día (...) Guillermo me contó que se había inscrito en el partido socialista. Eran los últimos años de Frei y no le di demasiada importancia". Se hace referencia al Tacnazo del general Viaux, y por supuesto a las elecciones de 1970, al triunfo de Salvador Allende y la posterior instalación de los militares en La Moneda.

Más tarde, Edwards publicó una novela corta y divertida, *El anfitrión*<sup>8</sup>, en la que retoma este contexto, aunque en la perspectiva de la izquierda exilada en Berlín oriental. Las referencias a la historia son permanentes, y la novela se desarrolla entre dos fechas precisas, el año 1973: "A raíz de los sucesos de septiembre del año 1973, me tocó asilarme en Berlín del Este", y el atentado a Pinochet en 1986<sup>9</sup>.

El argumento hace referencia a un chileno (Faustino Piedrabuena) exiliado en Berlín oriental, que en una de sus visitas a *West Berlin*, se encuentra con el demonio, bajo el nombre de un compatriota: Apolinario Canales. El diablo lleva a Faustino de regreso al Chile de Pinochet bajo la intención que firme un contrato con el que le entregará todo su pasado de militante comunista. A cambio de ello le ofrece una nueva identidad y acceso a la sociedad de consumo. "Su pasado lo inhabilita para la vida pública (...) ¡ Pero ahí es donde intervengo yo (...) Su pasado se habrá convertido en una hoja en blanco (...) Habrá hecho el servicio militar y tendrá amigos fieles en las Fuerzas Armadas (...) Será católico, amigo del Obispo, y sensible a los problemas de los pobres. Quizás lo hagamos abogado..."

La renovación política es vista como la pérdida de la memoria, aludiendo a un país sin ayer y con un presente vendido al demonio. Si por un lado, no se puede continuar en una misma identidad superada por la historia, la modernización, por otro, supone el fin de la historia personal y colectiva.

En un primer momento el personaje se opone a la oferta: "...no tengo ninguna gana de renunciar a mi pasado. Al fin y al cabo es el mío, por muy mediocre que sea. Y si nos quitan el pasado...". Sin embargo, al final de la obra queda claro que el protagonista acepta la oferta, sumándose también algunos de sus camaradas<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Jorge Edwards, *El anfitrión*, (Santiago, Editorial Planeta, 1987)

<sup>9</sup> "Hubo un atentado"

" ¡Un atentado!"

" Contra el Viejo".

"¡Contra el Viejo! ¿Y?"

"¡Se salvó por un pelo!"

<sup>10</sup> "Eso significaría, interrumpió Valderrama, "que tu nombre verdadero es Demetrio Aguilera Sáez ? (la nueva identidad)". "¡Tú lo has dicho!", respondí, con un aplauso y una carcajada sonora: "Un abogado de gran prestigio en provincias, ya conocido en la capital, y cuyo nombre como posible candidato de la transición, estaría en condición de unir a tirtos y troyanos" .

Es decir, el triunfo de una arrolladora modernidad, no deseada.

El demonio se presenta como un militante, que desde el interior de la Unidad Popular, ofrece la posibilidad de una renovación política que permita superar el pasado y adaptarse a las nuevas circunstancias, pero también renunciar a las antiguas utopías y venderse a los éxitos de una sociedad sin alma. Como en José Donoso, bien y mal, infierno y paraíso, aparecen confundidos. Y si el paraíso anterior (UP) fracasó por el exceso de irrealizables utopías, la nueva sociedad será un infierno, justamente por la ausencia de éstas<sup>11</sup>.

Como telón de fondo, la imagen de país que nos presenta *El anfitrión*, está marcada por la ironía hacia una modernización que se asocia con el desarrollo económico ("Han plantado frutales de exportación, y dicen que dentro de un par de años la plata va a correr por las acequias"), y con la preocupación de ordenar ornamentalmente la ciudad, lo que no logra ocultar las protestas y el desorden social. El narrador se detiene en las dificultades de acceder a la modernización a partir de una base económica débil y marginal. "Pero la ciudad, en general, se nota un poquito más pulcra. Y parece que los semáforos funcionan mejor". "No sólo funcionan mejor", contestó Apolinario, "sino que han aumentado mucho. Así como han aumentado, a la sombra de los semáforos, los vendedores de camotes, de chocolatinas, de cubeteras para el hielo..." (...) dijo, riéndose, que el país progresaba en todos los frentes: en la organización de los cesantes, y en la organización de los palos".

*El jardín de al lado*<sup>12</sup> de José Donoso, es una novela escrita en primera persona, durante su permanencia en Barcelona, lo que se traduce en un argumento fuertemente biográfico y con muy frecuentes referencias a la reciente historia de Chile.

Julio Méndez y Gloria Echeverría viven su exilio en Sitges, Barcelona, desde donde recuerdan su vida en Chile antes y después del golpe militar de 1973: el cierre del Congreso (donde su padre fue diputado liberal), la muerte de un primo perseguido político, el allanamiento de su casa; todo mirado desde la óptica de Julio, un representante de las clases altas chilenas. "Al llegar a Sitges, siete años antes, a raíz del Once, los chilenos fuimos los héroes indiscutidos, los más respetados testimonios de la injusticia...". Pero su exilio ha resultado un fracaso: no logran insertarse en la nueva realidad, su hijo tiene problemas de identidad, y viven en medio de ideologías destruidas, de ruptura y desilusión.

La historia está presente en un doble plano: la "real", que los protagonistas recuerdan, y la que reproduce Julio en la novela que escribe. En la primera página de ésta se hace alusión al golpe militar: "El cielo sobre Santiago al amanecer del once de septiembre estaba claro, como suele suceder en esa zona de Chile en esa época del año". Borrando los límites entre realidad y ficción, la historia de Chile es vista desde la subjetividad: "Fue justo antes del golpe, cuando el proyec-

<sup>11</sup> El primer epígrafe de la novela alude a este tema: "Todo es paraíso en este infierno". Marqués de Sade.

<sup>12</sup> José Donoso, *El jardín de al lado*, (Barcelona, Ed. Seix Barral, 1981).

to de la izquierda comenzaba a resquebrajarse bajo su propio peso y pesos ajenos, y murió mi padre porque vio venir lo que vino, fue entonces que mi madre, que jamás comió demasiado, comenzó a rechazar los alimentos junto con su inicial rechazo de Pinochet, o de Allende: da lo mismo, niño, decía, locos y sinvergüenzas los dos...”.

Debido a la escéptica personalidad de Julio, éste prefiere ironizar sobre la historia y el exilio: “Chile, entonces, enfáticamente, estaba de moda: se hacían declaraciones en los periódicos, se firmaban manifiestos, se organizaban exposiciones, se cantaban canciones, se fundaban revistas, y el equivalente barcelonés del *radical chic* americano, lo que en su momento se conoció como la *gauche divine*, exigía la presencia por lo menos de un exiliado político chileno en cada reunión mundana”.

Una de las experiencias más comunes con que se asocia al gobierno militar es con el exilio. *El jardín de al lado*, *El anfitrión*, *Cobro revertido*, *Los años de la serpiente*, *Morir en Berlín*, *Círculo vicioso*, aluden directamente al tema. Un exilio que nunca resuelve los problemas sino que los agudiza. Julio y su mujer en *El jardín de al lado*, sintetizan esta visión: “Yo no te exigí que te vinieras conmigo. Al contrario, cuando me soltaron te rogué que te quedaras en Chile. Ya durante la UP andábamos mal, pero tú dijiste no, la experiencia del exilio nos va a unir...”. José Donoso, plantea el tema moral, pero no solamente para denunciar los atropellos, sino también, como veremos, desde una postura autocrítica que le imposibilita un lugar social.

Isabel Allende, en *La casa de los espíritus*<sup>13</sup>, escrita en primera y tercera persona, incorpora plenamente el contexto histórico durante un espacio de tiempo correspondiente a este siglo. Esta contextualización se acrecienta a partir de los años 60, las elecciones presidenciales de 1970 y el golpe militar del 73.

En relación a los años 60, Isabel Allende se aproxima sin ánimo de crítica, más bien rescatando la solidaridad y el intento por romper las diferencias sociales, aunque también observando desde la perspectiva de los representantes de las clases altas. Como en muchas otras novelas (José Donoso, Marcela Serrano, Darío Osés) tampoco se presenta aquí una visión simplista de “la lucha de clases”, pues los miembros de las clases altas y bajas frecuentemente se atraen por razones políticas o amorosas<sup>14</sup>.

A medida que nos acercamos a la elección de 1970, la narradora ahonda en

<sup>13</sup> Isabel Allende, *La casa de los espíritus*, (Barcelona, Editorial Plaza y Janés, 1982).

<sup>14</sup> Miguel era un estudiante pálido, de ojos afiebrados, pantalones desteñidos y botas de minero, en el último año de Derecho. Era dirigente izquierdista. Estaba inflamado por la más incontrollable pasión: buscar la justicia (...) Miguel hablaba de revolución. Decía que a la violencia del sistema había que oponer la violencia de la revolución (...) Por amor a Miguel, y no por convicción ideológica, Alba se atrincheró en la Universidad junto a los estudiantes que se tomaron el edificio en apoyo a una huelga de trabajadores. Fueron días de campamento, de discursos inflamados, de gritar insultos a la policía desde las ventanas (...) Fue la primera vez que Alba pasó la noche fuera de su casa, acunada en los brazos de Miguel”.



los conflictos previos a la Unidad Popular. Salvador Allende aparece bajo el nombre de "el Candidato" y más tarde como "el Presidente", y en ambos se personaliza como amigo de uno de los personajes de la novela, con el que juega ajedrez y habla de política.

Isabel Allende, nos presenta con entusiasmo el ambiente de la época. La ciudad de Santiago, al saberse la elección de Allende es descrita con gozo: "Entretanto, de las poblaciones marginales y de los barrios obreros salieron a la calle familias enteras, padres, niños, abuelos, con su ropa de domingo, marchando alegremente en dirección al centro. Llevaban radios portátiles para oír los últimos resultados (...) De los cordones industriales llegaron los trabajadores en ordenadas columnas, con los puños en alto, cantando los versos de la campaña...". La novela aunque nos muestra las contradicciones al interior de la izquierda, pese a todo, evoca la imagen de un país, todavía sin violencia política extrema: "Esta es una democracia. No es una dictadura y nunca lo será".

Como en una novela testimonial, Isabel Allende, incorpora múltiples alusiones históricas, haciendo hincapié en la gran diferencia entre la cultura militar y la sociedad civil. El propio conservador senador Trueba, sufre la detención y torturas de miembros de su familia, la muerte de su hijo, y él mismo es humillado por los militares. "Así pasaron los meses y llegó a ser evidente para todos, incluso para el senador Trueba, que los militares se habían tomado el poder para quedarse y no para entregar el gobierno a los políticos de derecha que habían propiciado el golpe. Eran una raza aparte, hermanos entre sí, que hablaban un idioma diferente al de los civiles...".

Ya aún, a pesar de la tan celebrada atmósfera "mágica", *La casa de los espíritus* adquiere en los últimos capítulos un tono casi periodístico, acercando íntimamente la ficción a los sucesos históricos: la radicalización de la política, la gestación del golpe, las dificultades económicas, los conflictos de la Reforma Agraria, las huelgas, pero siempre desde las simpatías hacia el gobierno popular. Isabel Allende no reprocha a la Unidad Popular nada de los conflictos de la época, sino a la acción de los grupos de derecha ("los de siempre"), y a la intervención de dineros extranjeros para desestabilizar el gobierno. Isabel Allende no tiene dudas, sobre quienes son los buenos y los malos, y aquí la intención es de denuncia, más que de autocuestionamiento.

Los sucesos de 1973: el asalto a la Moneda, el suicidio de Allende, la detención de sus colaboradores, el papel solidario de la Iglesia, el exilio, la censura, etcétera, se incorporan completamente en *La casa de los espíritus*, dándonos una imagen del gobierno militar desde las violaciones a los Derechos Humanos y una visión de la ciudad de Santiago en manos de un ejército de ocupación: "El toque de queda duró dos días (...) Las radios transmitían ininterrumpidamente himnos guerreros y la televisión mostraba sólo paisajes del territorio nacional y dibujos animados. Varias veces al día aparecían en las pantallas los cuatro generales de la Junta, sentados entre el escudo y la bandera, para promulgar sus bandos...".

Similar perspectiva en la descripción casi periodística de la muerte de Neruda ("el Poeta"): "El día 23 de septiembre de 1973, murió en la Clínica Santa María. Mientras agonizaba, su casa de la capital en una falda del cerro San Cris-

tóbal fue saqueada, los vidrios fueron destrozados, y el agua de las cañerías abiertas produjo una inundación. Lo velaron entre los escombros". Una concepción de la literatura como denuncia del sistema imperante.

Antonio Skármeta en *Ardiente paciencia*<sup>15</sup>, también nos muestra a Pablo Neruda y su relación con un joven cartero de Isla Negra que recurre a los versos del poeta para conquistar una muchacha del lugar. Skármeta no intenta elevar a Neruda a una posición estatuaría, ni develar contradicciones de su personalidad<sup>16</sup>, sino instalarlo en una posición humana, cercana al pueblo y a los gozos de la vida diaria.

La novela incorpora abundantes referencias a la contingencia histórica. Se inicia con una fecha precisa: junio de 1969, y más tarde describe las elecciones presidenciales de 1970, el triunfo de Salvador Allende, la partida de Neruda como Embajador, el premio Nobel, los conflictos políticos, el golpe militar y el inicio de la represión política. Skármeta critica la llegada de los militares al poder, ofreciendo una mirada optimista del pasado democrático.

De manera sutil se presenta la historia en *Santiago Cero*<sup>17</sup>, de Carlos Franz, novela en la que se describe el mundo de los estudiantes de Derecho durante el gobierno militar. Una especie de *anti-Bildungsroman*, en la que un grupo de muchachos, representantes de toda una generación sacrificada, de los cuales el protagonista termina, por despecho de amor, convirtiéndose en un delator al servicio de los organismos de seguridad. Estamos en la ciudad de Santiago descrita como un lugar tenebroso, sombrío y rutinario, con referencias a personas asiladas, a profesores exonerados o detenidos por motivos políticos, al tema del poder total, "Tres Alamos", al toque de queda, y las preguntas de muchos exiliados sobre qué hubiera sucedido en sus vidas "si se hubieran quedado, si el 73 no hubieran saltado con sus padres la tapia de una embajada".

Pero, pareciera, que el intento del autor es construir un relato universal sobre las complicadas relaciones humanas, cuando se ven afectadas por la violencia de un gobierno totalitario. La novela, escrita en segunda persona, ahonda sobre todo en los conflictos psicológicos de los personajes y en los sueños perdidos de una generación<sup>18</sup>. La pregunta final es si en estas condiciones "es posible otra vida"<sup>19</sup>. La novela sucede en cualquier año durante el gobierno militar, en

<sup>15</sup> Antonio Skármeta, *Ardiente paciencia*, (Santiago, Editorial Sudamericana, 1985).

<sup>16</sup> En la primera posición están los esfuerzos permanentes de los intelectuales cercanos al Partido Comunista chileno; para la segunda, véase, Jorge Edwards, *Adiós poeta*, (Madrid, Tusquet, 1991); y Enrique Lafourcade, *Neruda en el país de las maravillas*, (Santiago, Norma, 1994).

<sup>17</sup> Carlos Franz, *Santiago Cero*, Santiago, (Editorial Nuevo Extremo, 1989).

<sup>18</sup> "La tranca de mi generación es que nos vendieron erotismos de segunda mano. Nadie pensó en nosotros, en nuestra talla. Como esa ropa americana usada que nos ponemos todos y que siempre nos queda grande. Causas ajenas, parchadas, con los codos vencidos...".

<sup>19</sup> "¡Pero si no existe! Soltó Rubén, con una furia que nunca le había visto: -No sean imbéciles. Tú eres el otro y no hay otra vida. ¡Jamás de los jamases, salvo en la ficción!".

un tiempo congelado, sin pasado ni futuro, y como en el caso de Diamela Eltit y de Gonzalo Contreras, la violencia que se muestra aquí, más que una situación social, corresponde a la interiorizada en la psicología de los personajes.

Antonio Ostornol, en *Los años de la serpiente*<sup>20</sup>, nos entrega una historia que transcurre a finales de los años 70, con muchas referencias al gobierno militar, el que se asocia al exilio que sufre el protagonista en París: desde allí recuerda nostálgico y crítico el Chile que dejó. Persecuciones, exoneración de profesores, censura de libros, violencia y otros temas que nos ofrecen la visión de un país trágico: "Sé que mi depresión tiene un nombre: se llama "Mal de la Dictadura". Y espero que nunca, realmente nunca, tengas que sufrirlo". También, *Los años de la serpiente*, tiene algo de *anti-Bildungsroman*. Nos presenta el mundo universitario, el primer amor y las primeras lecturas, la música y los gustos de los años 60. El narrador, junto a su militancia, se abre a la música de Serrat, el tango, a la poesía francesa, como un modo de ampliarse a un mundo mayor que el marxista. Ostornol, incorpora elementos históricos, aunque sin dar mayores referencias concretas, sabiendo que el lector comprende el contexto de sus alusiones. Se hace mención, por ejemplo, a los tres militantes comunistas degollados, a uno de los cuales, Manuel Guerrero, está dedicada la novela. "...a Manuel lo degollaron este sábado (...) lo hicieron unos hombres sin alma..."

Un caso con variantes lo constituye *La ciudad anterior*<sup>21</sup>, de Gonzalo Contreras, novela en la que casi no hay código histórico, y el narrador (en primera persona) se centra en los personajes, con más psicología que historia social. Pero es una manera de acercarse a la historia: negándola. Todo transcurre en un país sin pasado, casi un puro espacio geográfico al que se le ha negado toda contingencia, un país congelado en lo afectivo y poblado por seres "paralíticos".

Gonzalo Contreras nos presenta el caso de Blas Riera, quien sabiendo que sufre una enfermedad que terminará por postrarlo, ha decidido casarse con Teresa, sin advertirle su mal. Pero, Blas no sabe que ella acepta el matrimonio sólo para alcanzar una posición social. Entre ambos constituyen un matrimonio aislado en su propia casa, que simboliza a aquellos que se niegan a saber lo que ha sucedido. La mutua mentira, los silencios, el ocultamiento de la verdad, se traduce finalmente en el nacimiento de Arturo, un niño autista como una metáfora de la desconexión con el mundo real. Arturo ha sido enviado a un hospicio y viaja a casa de sus padres una vez al año, donde se le trata como un inválido total<sup>22</sup>. Susana, la muchacha huérfana viola al paralítico, lo que constituye un nuevo acto de violencia, pero que por vez primera lo llevará a conocer un sentimiento huma-

<sup>20</sup> Antonio Ostornol, *Los años de la serpiente*, (Santiago, Editorial del Ornitorrinco, 1991).

<sup>21</sup> Gonzalo Contreras, *La ciudad anterior*, (Santiago, Editorial Planeta, 1991).

<sup>22</sup> El tema de la parálisis se repite en las novelas de Marcela Serrano, *Nosotras que nos queremos tanto* y especialmente *Para que no me olvides*, en la que Blanca sufre una afasia que la desconecta de la realidad. Estos seres paralizados física y mentalmente los volveremos a encontrar en las obras de Diamela Eltit de manera aún más profunda.

no. Arturo, aunque no puede expresar nada, hace una débil mueca de satisfacción al reconocer el perfume de Susana, y una de profundo dolor cuando comprende que ella no volverá.

Sin embargo, el contexto histórico está presente: al final sabremos que los padres de Iván y Susana no murieron en un accidente en la carretera sino que forman parte de los detenidos desaparecidos<sup>23</sup>. En esa misma línea conocemos la extraña historia del cabo Matus, su admiración por todo lo relacionado con el ejército, incluido su Comandante en Jefe, en una directa alusión a Pinochet<sup>24</sup>, del que se describe su "larga comitiva de automóviles, seguido siempre desde lo alto por un helicóptero, su ángel tutelar, y rodeado por la horda grosera de sus guardaespaldas...". Pero todavía hay otros aspectos, como el encuentro de un fósil "desaparecido", y habituales referencias a lo policial (cárceles, uniformes, armas) que confirman su fuerte presencia en la sociedad chilena. Son sutiles sugerencias, pues a este autor le interesa más una mirada cultural que política: saber cómo actúan las personas durante un gobierno autoritario.

Leandro Urbina, en *Cobro revertido*<sup>25</sup> incorpora el código histórico con frecuencia, tal como lo había hecho en su colección de cuentos: *Las malas juntas*<sup>26</sup>. *Cobro revertido* plantea, en primera persona, el tema del exilio: "La situación no estaba nada muy buena en Santiago, habían estado allanando poblaciones. Él prefería no decir esas cosas por teléfono, pero que si todavía consideraba un riesgo volver al país, mejor que se quedara en Montreal". Se nos dice que el protagonista estuvo detenido: "Entonces me trasladaron al estadio y vagué allí adolorido por entre las graderías y los túneles, peleando un pedazo de pan...". En un segundo plano, se describe el lenguaje y la cultura de la izquierda, durante los años 60 y 70.

Como en el resto de las novelas, las modernizaciones del gobierno militar se asocian con violaciones a los Derechos Humanos: "...uno ya no puede enterarse ni a su madre como el resto de la gente porque el Tata Dios General Augusto cerró la puerta de la madre patria a nuestras espaldas"; un proyecto difícil de instalar en un país cuya identidad no está en sintonía con la racionalidad y la eficiencia, pero sí con una legendaria mentalidad premoderna: "...expulsados de una especie de paraíso problemático, no para sociólogos sino para mitólogos".

<sup>23</sup> "Entonces vino el 73. Tomaron a Arias, como a todos los altos funcionarios estatales. Su situación, aparentemente, no era grave, Arias no era hombre metido en política, pero todo era muy confuso en esos días. Ella insistió en ir con él, que la llevaran (...) Lo que ocurrió es que los mataron, a los dos(...) Fue una torpeza, un exabrupto (...) Arias tenía mucho prestigio en la zona y se ocultó el crimen. Sé el nombre del oficial que lo hizo, todavía está en la región y hoy es coronel".

<sup>24</sup> "Tenía un retrato del presidente en la pared. Era la misma foto oficial que circulaba por todo el país. La cabeza hundida en su uniforme de gala como en un envase de fieltro, la frente angosta y calzada, la mandíbula de mordida difícil que no encontraba su acomodo, los ojos pequeños y trémulos, desconfiando del lente".

<sup>25</sup> José Leandro Urbina, *Cobro revertido*, (Santiago, Ed. Planeta, 1992).

<sup>26</sup> José Leandro Urbina, *Las malas juntas*, (Ottawa, Ed. Cordillera, 1976).

Marcela Serrano en su primera novela, *Nosotras que nos queremos tanto*<sup>27</sup>, nos ofrece una obra de muchas lecturas que se estructura en base a las historias de cuatro mujeres. La autora conoce bien a sus personajes y escribe con sinceridad y valentía, consiguiendo un buen retrato de los años 80. Las novelas de Marcela Serrano incorporan aspectos sociológicos para definir a los personajes que intentan ir más allá de lo permitido en la sociedad chilena, y cuyas vidas incluso en lo más privado, están fuertemente marcadas por los acontecimientos históricos.

Las alusiones al proyecto modernizador de los militares se realiza, como es habitual, desde una óptica crítica: "Después del golpe de estado sus vidas cambiaron radicalmente. Francisco hubo de pasar a la clandestinidad (...) Los amigos caían presos, la DINA pasó a ser la pesadilla total. Algunos murieron, otros desaparecieron. A medida que nombres como Villa Grimaldi, Tres Alamos, Londres 38 empezaron a estar en la boca y la mente de todos, Francisco se volvía cada vez más irritante".

La novela se inicia con el monólogo de una de las protagonistas mientras permanece en una clínica, en un estado de agotamiento y parálisis. Luego, hablan cada una a su turno, dándonos su historia, en torno a tres temas fundamentales:

1. Mujeres muy representativas de los últimos años, que dan cuenta de su situación: "Concluyó que era mejor ser hombre que mujer hoy en día". Diversas maneras de ser mujer: casada, amante, hija, madre, amiga, trabajadora. Mujeres de clase alta, media y baja. Campesinas, urbanas, empleadas, señoras, triunfantes, fracasadas, etcétera. Esta perspectiva constituye una novedad: no una protagonista, sino un rostro femenino con muchas caras, en un intento de autoconciencia y liberación. En este sentido, si Marcela Serrano no constituye el inicio de la literatura femenina en Chile, su aporte significó un fuerte impulso a su desarrollo.

2. Abundantes referencias al erotismo: opiniones sobre la fidelidad, la virginidad, la relación entre sexo y amor. "No es que Juan temiese que yo amara a otro, lo único que temía era el sexo con otro. ¡El sexo, el sexo! El símbolo absoluto de propiedad. Ancestral, irracional". Se puede decir que junto a la problemática historia política, el sexo aparece como un intento de liberación individual y ambos siempre van juntos: "Con Ismael comenzaron muchas cosas nuevas. Las más importantes, el sexo y la política".

3. La política: múltiples referencias a la época actual, especialmente a los años de la recuperación de la democracia, así como a describir el grupo social, como una manera de conocer a los personajes: "Vengo de la clase media, aquella que podría llamarse 'media-media' (...) "¿A qué clase pertenecerían ellos?".

La obra transcurre durante los años 80, pero con alusiones a los 60, presentados positivamente: años de acercamiento entre clases sociales, de búsqueda de satisfacción personal y colectiva; mujeres que intentan abrirse a nuevas profesio-

<sup>27</sup> Marcela Serrano, *Nosotras que nos queremos tanto*, (Santiago, Ed. Los Andes, 1992).

nes, que se incorporan a la universidad, a la política, que intentan nuevas formas de organización familiar: "Si llevas el desayuno a la cama el primer día, nunca más dejarás de hacerlo". Años de politización e integración de Chile a los proyectos mundiales de cambio social: "Cubrían los muros reproducciones con los rostros del Che Guevara, Lenin y Ho Chi Min. Y algunos afiches: Vietnam, la represión en Brasil, un festival de cine cubano y una panorámica de la Plaza Roja en un primero de mayo...". Y la narradora, de manera casi testimonial, incorpora la culminación de aquella sensibilidad con la elección del candidato de la Unidad Popular, en una nueva síntesis de historia y ficción: "Y compartieron el hito más trascendente de esos años: la victoria de Salvador Allende y la llegada de la Unidad Popular al poder. Sara recuerda aquella noche del cuatro de septiembre de 1970 en la Alameda como la noche más feliz de su vida. No olvida cómo corrían por la ancha avenida abrazándose unos contra otros, todos (...) mientras oía al candidato triunfante hablar esa noche desde el edificio de la Federación de Estudiantes de Chile".

*Nosotras que nos queremos tanto*, nos entrega una propuesta narrativa que camina estrechamente con la historia: el tema del poder, (político, familiar, sexual, cultural), la cultura militar, la ciudad de Santiago de los años 80, el mundo de la cultura alternativa, la unificación de la oposición a los militares y una identidad individual disminuida frente a los grandes proyectos sociales<sup>28</sup>. Como siempre las modernizaciones aparecen como inevitables, pero supeditadas a las violaciones de los Derechos Humanos y al progresivo aumento del escepticismo y el fin de antiguas utopías.

Como en la mayoría de las obras estudiadas, ciertas fechas claves son descritas en detalle: "Lo que vi fue lo siguiente. Banderas, arco iris, esperanzas, unidad. Todos los colores del mundo en torno a la alegría por venir. Era el cinco de octubre de mil novecientos ochenta y ocho, el día más hermoso en los últimos quince años de la historia de Chile (...) Su intento se mezcló con el plebiscito y en ella quedaron ligados en una misma historia". Personajes literarios que buscan su liberación en medio de situaciones históricas concretas: "Estaban todos tristes esa primavera del ochenta y seis. Hace un año, alrededor de este mismo fuego, habían compartido esperanzas. Entonces había surgido el Acuerdo Nacional. La Iglesia Católica había logrado convocar al espectro político completo y la derecha y la izquierda se sentaban por primera vez durante esos doce largos años en la misma mesa. Los militares se habían sentido aislados y la clase política, vislumbraba una salida, con una derecha aparentemente democrática (...) Pero hoy, en pleno estado de sitio, costaba no entregarse a la depresión. Habían atentado contra la vida de Pinochet y éste se había salvado providencialmente, des-

<sup>28</sup> "Le recuerda que como generación, sólo aspiraban a lo colectivo. Le duele recordar como pisoteaban sus identidades individuales sin cariño alguno por sus siquis. La experiencia vital era entonces política e ideológica (...) No en vano fueron marcadas como Latinoamérica entera por la Revolución Cubana -y más tarde, en otro nivel-, por la del mayo francés. Fue, en verdad, una generación de militancias trepidantes. No tuvieron tiempo para las luchas personales...".

atándose en el país la represión. Muertes y encarcelamientos volvieron a ser la tónica y se instaló otra vez el miedo (...) Poco antes habían descubierto enormes arsenales de los grupos de ultraizquierda. Todo retrocedió (...)”.

La novela concluye con las elecciones presidenciales de 1989, mencionándose explícitamente del fin de la década del 80: “Ya comenzaron los noventa, Ana. Es cierto, habían pasado diez años y aquí estábamos, de nuevo las cuatro, siempre las cuatro. Más grandes, más viejas, más heridas, más sabias”. Una década marcada más por las modernizaciones que por la modernidad.

En *Oír su voz*<sup>29</sup> Arturo Fontaine se propone exponer la sociedad chilena durante el inicio de los años 80: los proyectos económicos y la vida imperante durante el régimen militar, por lo que, en algunos casos podría corresponder a una “novela en clave”. Pero, por única vez nos encontramos con militares ilustrados que buscan derrotar técnicamente el subdesarrollo, aunque sometidos, también ellos, a la permanente figura del “Jefe de Estado”<sup>30</sup>.

Es la novela que más fuerte expone los desesperados intentos de modernización como eje central de una época, desde el inicio mismo en que el grupo de estudiantes de Economía de la Universidad Católica van a Chicago para adquirir las técnicas con las que se intenta superar los proyectos político-económicos del pasado: “Porque en Chile la política ha servido para escamotear los fracasos y la mediocridad”.

La ilusión del éxito económico y un sistema militar de gobierno que permita crear un nuevo país<sup>31</sup>, reproduciendo un fenómeno importante de la reciente historia nacional: la aparición de una nueva derecha política caracterizada por la confianza en sus recetas, y que busca en el futuro más que el pasado la realización de su proyecto de país: “Antiguamente, pensaba Barraza, la pobreza era una maldición, un destino. Hoy es una condición superable. Sabemos cómo un país sale de ella”.

Fontaine dibuja personajes que desde esta nueva derecha neoliberal, ironizan sobre las anteriores figuras que no lograron romper los esquemas de una política fracasada: “... el viejo Alessandri se pasó la vida diciendo que este país lo estaba arruinando la demagogia, el populismo. No veía que la pobreza le baja el costo a la demagogia, y la riqueza, por el contrario se lo sube (...) Por eso los demagogos hacen nata en las sociedades pobres. Ahí tienes tú la explicación del gobierno militar (...) Cuando la gente empieza a sentir hambre, pierde la paciencia. Y cuando empieza el caos y ya nadie manda y no hay derecho ni respeto, sube la demanda por autoridad y orden. La gente está dispuesta a pagar un precio muy alto con tal de saber quién manda, aunque no le guste quien manda ni qué ordena... Por eso es que la gente aceptó

<sup>29</sup> Arturo Fontaine, *Oír su voz*, (Santiago, Editorial Planeta, 1992).

<sup>30</sup> “... se aferraban a la persona de este conductor inconvencional, de lengua sarcástica, silencios prolongados y ojos de animal”.

<sup>31</sup> “Se necesitan veinticinco años de orden y mano dura aquí, y verá usted de lo que somos capaces después en este Chilito nuestro”.



la dictadura: porque quería que al menos hubiera alguien a cargo”.

Una nueva derecha, que desde el optimismo propone el presente y la modernidad: “Renegaban de ese Chile del pasado que representaba para los unos el Paraíso perdido y para otros el Paraíso vedado (...) El proceso se nutría de los restos orgánicos en descomposición del viejo Chile de fundos con inquilinos de ojotas e industriales mercantilistas y defendidos”.

Pero a los ojos del protagonista, Pelayo Fernández, también este nuevo grupo fracasará al negarse a construir un proyecto moderno completo, al que le falta sobre todo la libertad política y la autonomía individual. La novela se estructura justamente en torno a dos visiones de mundo: la del grupo de ilusionados economistas que retornan desde Chicago para hacerse cargo de las modernizaciones: “Déjate de leseras: lo que está en juego es una visión de futuro, la conquista del mañana, del progreso, del desarrollo económico y humano, de la justicia social”. Y por otro lado, el propio Fernández, que aunque perteneciendo al mismo grupo ha decidido separar caminos y observar, no los éxitos de sus amigos, sino el precio que pagan para alcanzarlos: “... dijo Elenita entrando al living y, después de saludar, entrecruzó los dedos de sus manos. Vestía un buzo naranja de seda de paracaídas no porque practicara algún deporte, sino porque el deporte estaba de moda”.

La novela expone además de la crítica, los argumentos de los modernizadores desde ellos mismos, para ajustarse a sus ideas y visiones: “La oportunidad es ¡ahora! Si no se aprovecha, se aburrirá la gente y los militares y renacerán el populismo y el despelote, ¿me entiendes?. Tenemos que andar rápido. Queremos meternos en la exportación de esta fruta nueva (...) va a proponer plantar cien hectáreas de golpe”. Fontaine retrata la ilusión del éxito económico fácil. Un mundo de bancos, acciones, negocios y políticas de gobierno, grupos económicos, fondos mutuos, financieras, asociaciones de ahorro y préstamo: “¡Un huerto de sólo diez hectáreas en plena producción redituaria alrededor de quinientos mil dólares al año!”. Todo lo cual, en opinión de estos personajes, permitiría el gran salto a un desarrollo permanentemente postergado: “En Chile se iba a dar un nuevo milagro económico, el primero que protagonizara un pueblo hispanoamericano”. Para lo que se necesitaba no sólo una economía neoliberal, sino además crear un nuevo estilo económico que pusiera fin al “empresario latinoamericano de viejo cuño: sin principios, inescrupuloso, oportunista, con una fortuna familiar construida al amparo de franquicias gubernamentales...”.

Pero el intento de la novela, como hemos dicho, también es mostrar los rasgos de una conflictiva modernización debido en opinión de sus realizadores, a la particular identidad del país, como en la escena en que el Coronel Adriaola intenta justificar ante los periodistas extranjeros la “operación peineta” realizada en las poblaciones marginales: “Pero esos periodistas extranjeros son vendedores de ficciones. Nada saben de historia ni del poder. ¿Acaso es posible civilizar sin reprimir? (...) Me marean con la moralina de los derechos humanos. Hay que admitir que el problema existe, pero... ¡cómo se conoce que no han debido lidiar con estas alimañas de acá: raras, explosivas mixturas de mapuches, picunches y celtíberos!...”. Una modernización que si por un lado rechaza una identi-



dad, por otro está dispuesto a ensalzarla con argumentaciones de corte nacionalista retórico: “¿Racismos? ¡Eso sí que no!, (...) Aquí no tenemos, señorita, problemas raciales. La unidad de la raza es nuestra mayor fuerza y esperanza”.

Un intento de modernización yuxtapuesto a las violaciones a los Derechos Humanos que terminará por opacar el proyecto. “La historia no será justa con nosotros”, concluye el Coronel Adriazola. Por lo que todo terminará mal en el plano personal (crisis matrimonial, religiosa), como en el social (crisis económica y de proyecto nacional). Mostrándonos el alto costo que deben pagar al optar por un modo de vida inauténtico, engañoso y arribista.

Una novela muy política, no sólo por la elección de una época y un gobierno, también por el espacio que se otorga al modo cómo se implementaron las políticas económicas y por la forma como actuó una sociedad completa ante una dictadura que proponía la restricción política junto a la mayor libertad económica. Una novela de la crisis, ante la cual, como en otras novelas de los años 90, se opta por el erotismo, la satisfacción individual, el intelectualismo y la ironía.

Se nos dice que en ese proyecto hubo errores y que la vida es más compleja de lo que supusieron los militares, pero también más compleja de lo que pensaron los que sustentaron el proyecto de la Unidad Popular.

La segunda novela de Marcela Serrano, *Para que no me olvides*<sup>32</sup>, también está muy centrada en los años 80, desde los cuales se analizan las consecuencias del gobierno militar y sobre todo la violación a los Derechos Humanos. Alusión a la Comisión Verdad y Reconciliación, el Presidente Aylwin, el Plebiscito (5 de octubre de 1988), las elecciones presidenciales (11 de diciembre de 1989), así como nombres de periódicos y personalidades chilenas. A estos se agregan otros subtemas relevantes en la configuración de la historia de Chile: el fin de los proyectos colectivos, la cultura de la sociedad de consumo, la fuerte imposición del modelo neoliberal, la economización de la sociedad por sobre la politización. En este caso, el tiempo de la novela transcurre entre mediados del gobierno militar y la recuperación de la democracia.

Como en su primera novela, se trata de la vida de cuatro mujeres: Blanca, perteneciente a la clase alta. Representa el Chile feliz del dinero y el buen gusto. Muy alejada de lo sexual, no tuvo menstruación sino hasta muy tarde y casi no tiene senos. Su mundo se viene abajo al conocer el otro Chile: el Chile castigado por el gobierno militar, el de la derrota, la escasez, el miedo. Sofía, que simboliza la fuerte clase media profesional, que con voluntad se propone conseguir el éxito. Victoria representa lo popular, el dolor y la prisión, pero también la piel y el sexo. Ella proviene del mundo social más bajo y en ella se cebará mayormente la dictadura. Por último, la abuela de Blanca que se asocia con la sabiduría y el equilibrio.

Se nos dice que a medida que descendemos en lo social, más fuerte ha ac-

<sup>32</sup> Marcela Serrano, *Para que no me olvides*, (Santiago, Editorial Los Andes, 1993).

tuado la violencia autoritaria. Blanca no ha sufrido en absoluto la represión ni siquiera ha sabido de ella. Sofía no la ha sufrido, pero conoce múltiples casos a quienes le ha correspondido ayudar profesionalmente. Victoria, es la que más ha sido castigada por el dolor: su propio padre forma parte de los detenidos desaparecidos. El encuentro de estas mujeres produce una situación de "revelación" para Blanca, aprende una parte de la historia reciente de Chile que no conoció: la cara del gobierno militar que se oculta bajo las realizaciones económicas y la "paz social". Aunque de igual modo se burla de ciertas posiciones de izquierda, que en nada contribuyen a modificar la situación de la mujer<sup>33</sup>, y que ahondaremos a continuación.

El drama tiene su origen al iniciar Blanca un romance con el "Gringo", sexualmente impotente producto de las torturas de los militares. Este romance no tiene buen fin pues él huye a Australia, aunque producto del amor de Blanca, logra vencer su impotencia. Sorprendidos por el marido de Blanca, se desata el derrumbe de ella que la lleva a una parálisis, perdiendo para siempre el habla, la escritura y cualquier forma de expresión de sus sentimientos.

Uno de los aspectos más importantes es la progresiva pérdida de un cierto sentimiento de culpabilidad de las clases altas. Y Blanca, a pesar de su sensibilidad por los derrotados, recuerda el modo de actuar de las mujeres de "su especie", como una cultura elitista que supera las crisis individuales. "Las mujeres de mi especie, Gringo, no tocan el suelo con la cara. Entre nosotros, nos olemos y sabemos que somos de las mismas. Una palabra dicha basta, el código es universal y nos reconocemos en él (...) Parte del patrimonio de las mujeres de mi especie es que nos crean más tontas de lo que somos. Nuestra potencia es un secreto bien guardado. Somos las fieras animales cuando se trata de defender lo nuestro (...) No te equivoques, Gringo, no perdemos la brújula con facilidad...", lo que demuestra el resurgimiento de las antiguas elites sociales en la sociedad chilena de los años 80.

Blanca, sin embargo, es derrotada por aliarse con los perdedores, lo que no le será perdonado por su grupo familiar. Más allá de la denuncia moral, hay planteada también una situación de saber o no sobrevivir a la crisis. Lo que de alguna manera parece constituir aquí, la dinámica última de la historia.

En su última novela, *Antigua vida mía*<sup>34</sup>, también hay frecuentes referencias a la historia, desde una mirada más actual. La novela se estructura a partir de una fecha clave: "Hoy cayó el muro de Berlín. Todo ha comenzado este 9 de noviembre de 1989". Una visión de Chile dividida en dos épocas: frente a los años 60,

<sup>33</sup> "Y el Papá de Bernardo -aventuré con cierta timidez-, ¿no aporta dinero?"

¿El papá de Bernardo? Victoria lanzó una carcajada. Ese maricón ni sabe que tiene un hijo. Vive en Suecia hace años. Si te he visto, no me acuerdo...

¿Por qué se separaron?

Entre otras cosas, porque me pegaba".

<sup>34</sup> Marcela Serrano, *Antigua vida mía*, (Santiago, Alfaguara, 1995).

presentados de nuevo como heroicos e identitarios, se muestran los 90 como los años de las modernizaciones asociadas a la ausencia de grandes proyectos políticos: "...No te estás perdiendo nada, le escribe. 1994 quedará consignado como el año del gran aburrimiento nacional". El principal reproche a los años 80 y 90 es que está constituido sólo por ganadores y perdedores, por un exceso de pragmatismo, por el mal gusto, y por una modernización del país a la que la mayoría de los escritores se oponen, por la pérdida de la memoria personal y colectiva. Los personajes nos hablan de la imposibilidad de cambiar el mundo, del fin de los paradigmas, del paso del escepticismo al cinismo e incluso una cierta decepción por una democracia, que en algunos casos, poco se parece a la que imaginaron durante el gobierno militar.

Darío Osés en *Machos tristes*<sup>35</sup> recupera el referente histórico en dos momentos: los años 20, vividos por el abuelo, con la llegada de Arturo Alessandri al poder, el ascenso de las capas medias y la aparición de movimientos estudiantiles anarquistas; y por otro lado, los años 70 y 80, vividos por el narrador. Las referencias a la vida cotidiana durante ese momento son múltiples. Fechas precisas, personajes y situaciones de la época: canciones, modas, películas, movimientos estudiantiles en el Instituto Pedagógico. El autor acoge los temas ideológicos en conflicto: el lenguaje como constructor de proyectos sociales y las dificultades de la UP al intentar una revolución respetando la legislación vigente<sup>36</sup>, así como la relación entre las teorías políticas y una realidad que se niega a ser modificada: "Lee un viejo libraco que encontró en los anaqueles de la biblioteca, *Anatomía de lo visible y lo invisible*. Es un texto que usaban allá por el mil setecientos para estudiar la ordenación del cosmos y sus esferas. Afuera, abajo, en la calle, más acá de la perfección de las esferas, huyen los vendedores ambulantes y las micros sacuden el aire con sus bocinazos...".

Posteriormente Osés publicó *El viaducto*<sup>37</sup>, novela en primera persona, en que se alude directamente a la historia de dos maneras: por una parte en el Chile del año 1973, con la Unidad Popular en el gobierno; y en un segundo plano, un grupo de actores de televisión, quienes graban una teleserie sobre la vida del presidente José Manuel Balmaceda y la revolución de 1891, época que se incorpora al relato. El autor establece una relación directa entre estos sucesos, como hitos fundamentales en la historia del país, mostrada desde las dificultades de la vida cotidiana y como símbolos de derrotas en el intento de cambio social: "La idea es mostrar nuestros afanes, trancas y pifias a través de lo que pasó en otro tiempo. Queremos mirarnos en el espejo de la guerra que perdió en 1891 el presidente José Manuel Balmaceda...". Las novelas de Darío Osés son las que de mejor manera recrean la vida diaria durante la UP.

<sup>35</sup> Darío Osés, *Machos tristes*, (Santiago, Editorial Planeta, 1993).

<sup>36</sup> "No pueden hacerse grandes cambios sin generar transtornos (...) Nunca vamos a mover la historia si estamos preocupados de quedarnos sin papel confort".

<sup>37</sup> Darío Osés, *El viaducto*, (Santiago, Editorial Planeta, 1994).

Germán Marín, en *Círculo vicioso*<sup>38</sup>, nos presenta uno de los textos más experimentales de los últimos años. Se trata de un libro de memorias familiares que desde el recuerdo, va incorporando, suponemos, algunos nombres y situaciones reales, y otros inventados, a las que se ha agregado unas notas aclaratorias al final de cada capítulo, en las cuales un supuesto amigo del autor va ampliando lo dicho por aquél, adquiriendo así el texto también una función de reflexión del proceso mismo de construir la literatura<sup>39</sup>, incorporando opiniones de filósofos, ensayistas, poetas. El autor se permite dejar algunas frases no concluidas o con la promesa de agregar nuevos datos en una versión definitiva. Todo lo anterior da al texto un carácter fuertemente provisional<sup>40</sup>.

La obra transcurre en dos tiempos históricos. En un primer momento, se nos cuenta la vida de las dos familias del narrador: la de su padre, antiguo hacendado en Carahue, cerca de Temuco, y de su madre, inmigrantes de origen italiano, que intentan hacerse una situación en el comercio. Esta primera parte está ambientada en los comienzos de Arturo Alessandri, la dictadura de Ibañez<sup>41</sup>, la República Socialista de Marmaduke Grove<sup>42</sup>, y el regreso de Alessandri.

Una segunda parte la constituyen los propios comentarios del narrador en el momento de componer el texto, durante su exilio en Barcelona los años 80, haciendo referencia al gobierno de Allende y Pinochet. La época de Alessandri y el ascenso de las capas medias, tiene su correlato en la Unidad Popular y el ascenso del sector popular. A través de esta comparación histórica, el autor nos presenta la imagen de un país sumido en permanentes conflictos político-sociales que se van acumulando hasta desembocar en el gobierno militar presentado, de nuevo, como al gran quiebre en su evolución política<sup>43</sup>. Para presentar ambas

<sup>38</sup> Germán Marín, *Círculo vicioso*, (Santiago, Planeta, 1994).

<sup>39</sup> "Me acuerdo que estaba lleno de dudas respecto a la naturaleza literaria del proyecto cuya identidad, por encima de lo que buscaba, oscilaba equivocadamente entre los distintos géneros". En todo caso, el narrador se refiere al texto como novela: "...me interesa retomar, en la imaginación falseada de los protagonistas de esta novela...".

<sup>40</sup> "El defecto, si lo es, proviene del estado mismo de la obra, dado su carácter provisional" (...) "He dejado aparte las líneas finales de este pasaje a fin de volver sobre ellas y corregirlas". (...) "He decidido que cada vez que tenga problemas en la novela dejarlos en suspenso, a la espera de retomarlos en una mejor oportunidad, pues lo que debo hacer ahora es saltar los escollos, avanzar, aunque la construcción sea magra y provisoria".

<sup>41</sup> "Bajo el régimen del coronel Ibañez no cabían las baladronadas, de modo que si la policía secreta, al mando del siniestro Ventura Maturana, te sorprendía en algún asunto sospechoso, se podía apostar que terminarías la jornada con los huesos rotos".

<sup>42</sup> "... aquel día en la mañana, a primera hora, una junta revolucionaria encabezada por Eugenio Matte y Marmaduke Grove proclamó sin más en el país, en un acto de total demencia, la instauración de la República Socialista".

<sup>43</sup> Desde un punto de vista político sería erróneo clasificar a Marín en alguna postura particular, pues consideró posturas de derecha en su juventud, como las Milicias Republicanas, su desconfianza de las posturas progresistas de Alessandri Palma; y por otro lado, una cierta admiración por Recabarren y Allende, a quien está dedicada la obra ("...aislado en un viejo palacio devorado por el fuego"). Lo único cierto es que estamos en presencia de alguien que desconfía, opuesto a los programas dogmáticos, sean éstos la dictadura de Ibañez o la de Pinochet. Incluso del gobierno de Allende está dispuesto a señalar debilidades: "Es verdad que el gobierno de Allende cometió diversos errores, pero ninguno de éstos justifica moralmente a quienes, de manera directa o indirecta, dieron el golpe militar".

épocas se citan opiniones que dan cuenta del afán historicista del autor: Ricardo Donoso, Julio César Jobet, Ramírez Necochea.

Tanto en el primer como en el segundo momento, las referencias históricas son habituales como si el autor intentara mostrarnos más la realidad que la ficción<sup>44</sup>. En el mismo sentido, encontramos permanentes referencias críticas e irónicas al general Pinochet ("el General Invicto") y al gobierno militar, señalado como es habitual, como un tiempo de violaciones a los DD.HH.<sup>45</sup>. El autor incorpora noticias periodísticas contemporáneas al momento de la escritura, como una especie de Diario de Vida, que tiene como fecha de inicio el 7 de febrero de 1980, en el que va dejando constancia de su existencia actual<sup>46</sup>. Todo lo cual va otorgando múltiples sentidos y lecturas posible, en los que se ofrece un amplio panorama de Chile, como un país en el que resulta imposible realizar un cambio social que modifique sus estructuras sociales.

Uno de los temas centrales de la novela es la imagen de Chile desde el exilio, la que como en el resto de las obras analizadas, es trágica: "Ciudadanos de un país que la Muerte se llevara, volvíamos a la culpabilidad de estar vivos". Un país dominado por el miedo a través de la historia, en el que la democracia y la estabilidad sólo aparecen como momentos aislados.

### 3. EL TAMAÑO DE LA CRÍTICA Y LA AUTOCRÍTICA

Como se puede observar, los acontecimientos que giran en torno a los años 70 marcaron con un fuerte historicismo a los novelistas, quienes unánimemente observan el inicio del gobierno militar como un quiebre en el devenir del país y en la vida de los personajes. Todas las novelas estudiadas lo critican por las violaciones a los DD.HH., aunque ninguna celebra el proceso de modernización, el que se observa con ironía como algo irrealizable, o como creador de una sociedad vulgar y despersonalizada.

Sin embargo, el análisis permitió advertir que junto al rechazo generalizado a los militares, muchas plantean reparos a la UP. El narrador de *En este lugar sagrado*, por ejemplo, junto con recuperar la vitalidad de ese período, considerado como superior a la luz de los acontecimientos posteriores, se burla de su ingenuidad, critica los errores económicos y en parte el desborde social. Y aun cuando el protagonista se acerca a la izquierda, nunca deja de criticar sus propias posiciones y particularmente al Partido Comunista, por su convencionalis-

<sup>44</sup> "Conocí a Germán Marín en la etapa en que colaboraba en la revista *Punto Final* (...) El golpe militar, en septiembre de 1973, tras desorganizar abruptamente nuestras vidas (...) suspendió aquella conversación".

<sup>45</sup> "La muerte al parecer no tiene sosiego en Chile pues, de acuerdo a las informaciones periodísticas que sigo (...) la dictadura pinochetista se ha cobrado una nueva víctima. Ha sido degollado el dirigente sindical Tucapel Jiménez...".

<sup>46</sup> "28 de abril. Ha muerto Sartre, rodeado su féretro por la muchedumbre, pero terriblemente solo en sus ideas. Con él se va el único maestro que tuvo mi generación...".

mo político<sup>47</sup>, incorporando las opiniones de aquellos que se opusieron a la UP<sup>48</sup>.

Esta postura autocrítica puede resultar novedosa en comparación con la novela de otros países latinoamericanos que vivieron gobiernos militares, lo que en algún sentido permitió a los uniformados chilenos implementar políticas económicas más radicales, al haber menos oposición por encontrarse la propia izquierda, además de reprimida, en un fuerte proceso de autoanálisis<sup>49</sup>.

En la novela de Poli Délano, por ejemplo, nunca se muestra al gobierno de la Unidad Popular como un gobierno estable y definitivo. El narrador no pierde oportunidad de rechazar las excesivas huelgas, el desorden, la paralización económica, y expresa fuertes ironías sobre la inutilidad del sacrificio del movimiento obrero<sup>50</sup>. Más aún, se hace hablar a un viejo húngaro, ex combatiente nazi de la Segunda Guerra, quien describe el comunismo, como "bonitas palabras", pero como una forma de "barbarismo". Un viejo loco y violento que permite, por otro lado, y por comparación, vislumbrar a Chile como un país todavía pacífico al lado de violencias política externas.

Nos presenta una "visión angustiosa de la vida"<sup>51</sup>, en la cual junto a la violencia política y a los problemas económicos (huelgas de camioneros, combates callejeros, heridos, atentados), se suman catástrofes naturales, terremotos, inundaciones, sequías, temporales<sup>52</sup> y otras calamidades que al presentarlas unidas van configurando la imagen de un país, durante los años 60 e inicios de los 70, superado por las circunstancias. La identidad de un país que no se quiere, violento y profundamente dividido, en el que la lógica de la guerra comienza a funcionar desde antes, incluso de la llegada de los militares<sup>53</sup>. El fin de la

<sup>47</sup> "Hablaban un tipo Cerdeña, un bigotudo comunista igual que esos conspiradores de película con bufanda, jockey y un maletín donde llevan la bomba de tiempo. Hablaban bastante mal porque era ronco y parecía que la voz se le fuera a acabar en la próxima frase, pero su calor, el énfasis apasionado y romántico con que alfiaba su discruso —una especie de títere manejado a control remoto— le arrancaban al auditorio aplausos y ovaciones cuando le daba por asegurar que el paro de los profesores era justo (...) y que merecía el más ferviente apoyo de los estudiantes del Pedagógico".

<sup>48</sup> "—Me parece raro verte al lado del momiaje, Julián Torres.

No es exactamente que esté con el momiaje. Estoy contra el gobierno, contra los comunistas, contra ti".

<sup>49</sup> Véase José Rodríguez Elizondo, *Crisis y renovación de las izquierdas*, (Santiago, Andrés Bello, 1995).

<sup>50</sup> Justamente en el momento en que los militares se están alzando, el personaje sin saberlo, imagina desde su encierro lo que está sucediendo afuera: "... hasta que algún cabrón del cine se le ocurra venir a hacer el aseo al w.c. y yo pueda recuperar mi libertad y salir al bello mundo a escuchar cómo cantan los pajaritos, cómo suenan las bombas y cómo responde 'venceremos' la potente voz de los obreros".

<sup>51</sup> Claudio Durán, *El Mercurio. Ideología y propaganda. 1954-1994*, (Santiago, CESOC, 1995).

<sup>52</sup> "... unos días antes, casi medio ciento de poblaciones fueron arrasadas por los temporales, el viento y las inundaciones, dejando muertes, heridos y desalojados como saldo, niños tragados por el canal, familias enfermas de pulmonía..."

<sup>53</sup> "—No estés tan seguro de que vaya a haber una guerra civil. Y llevamos como tres años de guerra civil, sólo que sin balazos. Una guerra civil original, a la chilena".

Unidad Popular aparece no sólo como una cuestión política, sino económica, producto de errores como el intento de expropiación de pequeñas empresas comerciales<sup>54</sup>. Por último, Poli Délano describe la división entre familiares y otras dificultades en el intento por construir una sociedad socialista<sup>55</sup>, inaugurando un tema que recorrerá todas las novelas posteriores: el de las dificultades del tránsito a una nueva sociedad.<sup>56</sup> Aquí no se presentan las ventajas de un proyecto futuro, sino las dificultades del presente. Ningún personaje justifica la crueldad del golpe militar, pero ninguno tampoco el desorden del gobierno de la Unidad Popular.

Julio y Gloria, en la novela de José Donoso, manifiestan un cierto cansancio por los acontecimientos históricos pasados. Ambos tienen un hijo, Patricio, que es un espejo de su propia vida: "... me voy contigo por el niño, no quiero que crezca con el cerebro lavado como crecerá toda su generación en Chile, quiero algo mejor para Pato, dijiste, y mira cómo salió tu Edipito Rey... sin terminar la secundaria por pasárselo en la calle Dos de Mayo fumando marihuana con putas y maricones, dice que va a ser fotógrafo pero no hace nada (...) ¡Educacioncita le íbamos a dar al niño, aquí en Europa...! ¡Lavado de cerebro...! Mira cómo se ríe de nosotros porque dice que se nos quedó pegado el disco de la UP y del Once, que no sabemos hablar de otra cosa que de Allende y de la DINA...". Julio pertenece a una familia liberal, postura que lentamente va recuperando después del fracaso del gobierno de la UP y de la violencia militar. Recuerda con admiración las ideas de su padre: "Lo que pasa es que no quiero presenciar el vergonzoso espectáculo del Congreso Nacional cerrado (...) ese congreso en que tantos años representé como diputado por una región en que están las raíces de nuestra familia, y encarné un civilizado aunque tal vez injusto liberalismo que por lo menos era ilustrado".

Pero se trata de una democracia y un liberalismo imperfectos, que no fue capaz de detener la tragedia que se avecindaba: "Hay que decir la verdad, Julio, agrega su padre (...) porque nadie ignoraba que muchas veces era cuestión de embarcar a los peones de los fundos de la parentela para llevarlos a votar por el candidato del patrón...". Délano, Donoso, Edwards, Oses y Marín realizan diagnósticos críticos del pasado democrático, al ver en él las fallas que se manifestarán posteriormente.

Donoso desvirtúa a los comprometidos con el régimen militar (el artista Salvatierra) y también a los artistas e intelectuales de izquierda, que hicieron del

<sup>54</sup> "... cálmese señora, no le va a pasar nada, no se preocupe, en lugar de sanamente gritarle si vieja pendeja viene el comunismo (...) y le vamos a quitar su cagada de tienda...".

<sup>55</sup> "No hay carne, huevón, no hay pollos, huevón, no hay nada, huevón, ni orden, ni seguridad, y quieren que los premien. Han metido el odio en las oficinas, en las casas, en las escuelas. Han separado matrimonios, hecho insultarse a padres e hijos, golpearse y odiarse a hermanas y hermanos, matarse a compañeros, han dividido a las familias de Chile, en todas las ciudades, en todos los pueblos, ¡y quieren todavía un premio!".

<sup>56</sup> En su autobiografía, *El porvenir es largo*, (Editorial Destino, 1992), Louis Althusser manifiesta desde la izquierda, una visión muy similar a la de Délano.



exilio una caricatura del dolor. Julio, se presenta como un escéptico moralista al medio de ambas posiciones: "Fue esa comercialización demasiado evidente (...) y el oportunismo transparente de su retórica revolucionaria, lo que, al cabo de una semana (...) me hizo separarme de él...", dice de el "revolucionario" pintor Adriazola. Rechaza la dictadura militar, pero también a aquellos que aún siendo perseguidos por ese régimen, actúan de manera similar: "Compañero -me dijo el pintor después de saludarme casi marcialmente". Julio se da cuenta que no se puede vivir de los errores del régimen militar y de la imagen del país que ofrecían en el extranjero: "Chile está pasado de moda...", concluye.

*Los convidados de piedra*, de Jorge Edwards, es una novela centrada en las críticas a la UP, por el desorden social y la improvisación, aunque el narrador critica igualmente a sus opositores por intransigentes: "...en 1972, en plena huelga de camioneros, habían conseguido un par de míseros pollos con arroz, frugalidad que había alimentado, más que el estómago, las iras de los comensales (por momentos habían parecido dispuestos a sacar sus fusiles y sus pistolas y salir a matar upelientos por las calles)...". Más aún, los reparos de Edwards apuntan a todos los gobernantes del siglo, aunque el narrador se ensaña particularmente con la UP, en una perspectiva que incorpora las opiniones de los personajes de las clases altas, que a su vez son ironizadas por el narrador: "La evocación desde la madurez de la locura juvenil nos permitía (...) un dejo de ironía, cierta tolerancia. Siempre que no se hablara, como empezaba a hablarse hasta la majadería hacia el final de los años sesenta, de Estado obrero, de expropiación de la banca y de la gran industria, de que la tierra tenía que ser para quien la trabajara, como si la subdivisión infinita de la tierra no hubiera demostrado hasta la saciedad su ineficacia, o no la hubiera demostrado la colectivización de la economía".

Esta perspectiva va creando un juego de opiniones negativas, mezcla de crítica, autocrítica, ironía y burla, entre las que resulta difícil desprender la verdad del autor. "La peste había llegado hasta los más inaccesibles reductos. No había familia bien donde no hubiera penetrado el contagio. Jóvenes que había recibido la mejor educación del mundo, en colegios ingleses, en los jesuitas, hijos de matrimonios ejemplares, de gran fortuna, y de repente los veías de pelo largo, inmundos, dedicados a fumar marihuana, con enormes posters del Che Guevara encima de la cabecera...".

Por supuesto, la novelas leídas pretenden reflejar (toda) la realidad y en este sentido, *Los convidados de piedra*, intenta dar cuenta de la pluralidad de opiniones circulantes durante la UP, aunque las críticas, como decimos, son siempre mayores que los aplausos, si es que los hay.

La novela ofrece una mirada desde las clases acomodadas, tanto en los personajes que postulan su oposición, como su adhesión a la UP., y específicamente en torno a la militancia en la izquierda de Silverio Molina Ascárate, un representante de la oligarquía chilena. "Silverio, el último vástago de la dinastía, al cabo de una larga, tortuosa y paradójica evolución, el cuatro de septiembre en la noche, transfigurado, con el puño en alto, cantando la Internacional en el medio de la Alameda de las Delicias, con lágrimas de alegría en los ojos...". Aunque tampoco se debe olvidar la distancia que adopta el narrador respecto a los miembros



de esa oligarquía, presentada como añeja<sup>57</sup>, cuyas opiniones son ampliamente ironizadas en el texto: "Son los que don Pancho Encina (...) llama desconformados cerebrales. Siempre los hubo en grandes cantidades en este país. (...) Recuerde, por ejemplo, a los hermanos Carrera, a Bilbao, a Balmaceda mismo".

Mentalidad conservadora, que como en Isabel Allende, cruza sin alteración la historia del país, imposibilitando el cambio social, hasta llegar al año 73: "... María Eduvigis suspiró, extenuada, pese a que el rescate de Chile de las garras de los comunistas había sido un alivio tan inmenso: ellos, al escuchar por la radio los primeros comunicados de la Junta, y sobre todo las noticias del bombardeo de la Moneda, habían destapado unas botellas de *champagne* francés...". En este sentido la intención de *Los convidados de piedra* es criticar el fracasado proceso histórico chileno (incluida la Unidad Popular), que permitió la llegada de los militares. Como en José Donoso, el rechazo apunta a una historia republicana mal construida: "... éramos hijos del fuero parlamentario, del cohecho, de los privilegios caciquiles, y nuestra rebeldía se manifestaba en un espíritu de destrucción y autodestrucción...". La historia de Chile es presentada como una historia vivida entre la represión ("el gobierno represivo de Arturo Alessandri", "la dictadura de Ibáñez", "la Ley Maldita", etc.), y una concepción utópica de la política, que imposibilita la construcción de proyectos sociales estables. Los personajes de Edwards utilizan una ironía que abarca todo el espectro político. Un país sin centro y con extremos confrontacionales, burlándose tanto de la derecha como de la izquierda, la Democracia Cristiana, el ejército y la iglesia<sup>58</sup>.

La percepción del país que se nos presenta se agrupa a tres sectores: los representantes de grupos oligárquicos opuestos a la UP., los miembros de estos mismos grupos militando en la UP., y un sector de bohemios dedicados a pasarlo bien en medio de la incertidumbre<sup>59</sup>. Una vez más, un irónico escepticismo domina más que el dramatismo. Un escepticismo por lo demás, al que están expuestos los propios personajes pertenecientes a la UP., una vez en el poder: "En una visita a su ex parcela efectuada a comienzos del 73, Silverio había observado que las hojas de algunos frutales estaban apestadas (...) a causa sin duda de que la desinfección no se había realizado a tiempo (...) debido a las huelgas patronales, o simplemente al sabotaje, o quizás, y esto era lo que más furia le daba (...) a la desidia pura y simple...". Y en otro lado se incorpora las propias incertidumbres al interior de la UP.: "El día nueve de septiembre por la mañana lo llamó un compañero de partido. La situación está muy recontra mala, le dijo, hay franco peligro de golpe, y el huevón de Altamirano, con su llamado a los soldados, a los

<sup>57</sup> "...nadie se interesaba demasiado en sus orígenes sociales, en las erres de sus apellidos de emigrantes vascos del siglo XVIII, reyes del calcetín, como los denigraría el poeta...".

<sup>58</sup> "¡Estos degenerados de los demócratas cristianos tienen la culpa de todo! ¡Son unos beatos nefastos! ¡Y para qué decir los curas comunistas, que han surgido como callampas."

<sup>59</sup> "... alguien propuso seguir a un boliche de Teatinos arriba, cerca de los juzgados del crimen, un boliche donde nunca faltaban las longanizas de Chillán, las tortolitas, las perdices recién cazadas y escabechadas".

marinos, a los sargentos, para que desobedecieran a sus oficiales sediciosos...”.

Al concluir, el narrador establece una comparación entre la caída del Imperio Romano con el derrumbe de la democracia chilena, postulando los conflictos internos como causa de la destrucción de ambos: “Escogió un volumen de su biblioteca y empezó a leer sobre los años finales del Imperio Romano. La guardia pretoriana, con el tiempo, en medio de la inmoralidad y el desorden, ante el vacío del trono, adquiriría un poder cada vez más excesivo. Por esa vía, con los bárbaros en las puertas de Roma, se desembocaría muy pronto en un gobierno de sargentos”.

En *El anfitrión*, Edwards presenta aspectos similares: una fuerte autocrítica al “socialismo real”, en el que incluso los antiguos militantes de la UP no se sienten conformes por la estrecha rigidez del marxismo como filosofía política: “... aterricé en Berlín, Berlín Oriental, se entiende. Es decir, aterricé en una especie de limbo. Confieso que en los primeros tiempos me aburrí como condenado. Sufrí con la disciplina germánica, donde la burocracia del Partido se encontraba en su elemento, florecía, por así decirlo, y con la neblina negruzca, los fríos polares, la comida detestable, los pintores realistas, la estrechez de las viviendas. Me parecía que la vida cotidiana estaba impregnada de una tristeza indecible, aplastante....”.

La novela gira en torno a la posibilidad de perder la memoria, dejar de ser uno mismo y convertirse en otro, según la oferta del demonio. El pacto propuesto por éste resulta al principio imposible por la fuerte cultura de la izquierda, que le impide a Faustino Piedrabuena, entregarse al éxito y las vanidades. Pero también el fin de las necesidades materiales, lo que lentamente comienza ser visto como atractivo: “... porque la época de las estrecheces pertenece ahora a su pasado, y ese pasado, una vez que usted ponga su firma en el documento que le voy a presentar, quedará abolido para siempre”. La oferta del demonio asegura cambiar el pasado, dominar la historia, lo que supone el término de cualquier juicio histórico y el fin de toda moral<sup>60</sup>. Estando en poder del diablo, todo se reduce al éxito, la voluntad, el fin de la memoria y de la historia, anunciando un nuevo tiempo en el que se perdería toda esperanza de proyectos alternativos. El protagonista recuerda justamente la inscripción que adorna la oficina del demonio: “Lasciate ogni speranza, voi qu’entrare...”.

La crítica final de Edwards es que también un comunista convencido puede venderse al diablo, a cambio de una vida con acceso al consumo. “El famoso

<sup>60</sup> “... acláreme una cosa, por favor. ¿A mí me juzgarán por mi pasado verdadero, o por éste que me piensa inventar usted?

¿A qué juicio se refiere...?

Bueno....responde Faustino, conciente de estar arrinconado, inseguro: Al juicio definitivo, se entiende(...)

Y usted, ¿no es un militante comunista de toda la vida? ¿Desde cuándo creen sus camaradas en el Juicio Final (...)?

¡Déjese de tinterilladas, chilla Faustino (...) Siempre habrá un juicio sobre las personas, hecho por Dios, por los hombres, por la Historia, por lo que sea”.

monetarismo de Chicago, después de todo, te dices, tiene sus ventajas. El dinero, desacreditado en las épocas de galopante inflación, adquiere, ahora, virtudes milagrosas". Por esto el demonio tiene su cuartel general en la cúpula de la Bolsa de Comercio en Santiago, en una nueva alusión irónica al liberalismo económico. Lo paradójico es que al final el protagonista, ya sea para firmar el pacto con el diablo, o para conseguir un pasaporte falso y salir clandestinamente del Chile autoritario, igual debe cambiar de identidad para salvar la vida. De nuevo, como en Donoso, sólo un cambio, que por lo demás no llevará a ninguna parte, es la única identidad permanente.

Esta autocrítica de la izquierda, aparece muy generalizada en las novelas estudiadas, lo que la obligó a una importante renovación de sus postulados, aunque en la obra de Edwards, es justamente esta renovación la que aparece como un hecho perverso. La pregunta que se plantea es si resulta posible vivir (históricamente hablando) después de haber perdido la identidad (política e individual), y cuál es el precio que se debe pagar por la renovación. El autor no entrega una respuesta definitiva, pues si por un lado, según el segundo epígrafe<sup>61</sup> es imposible olvidar el ayer, por otro, se nos dice que la presencia del demonio (de la renovación política, el éxito y el consumismo), es tan fuerte, que resulta imposible resistir. Todo indica que Faustino Piedrabuena finalmente aceptará la oferta del maligno: "... que el otro, Demetrio Aguilera Sáez, tomaba posesión de mi yo más profundo y comenzaba con toda desfachatez, a responder por mí". Continuando con el humor de Edwards, se entiende que la máquina voladora del demonio sea de color amarillo y no rojo.

Carlos Cerda, en *Morir en Berlín*<sup>62</sup>, retoma el tema planteado por Jorge Edwards, mostrándonos la vida de un grupo de chilenos exiliados en Berlín oriental, marcada por la desilusión y la monotonía. La novela se estructura en torno a los conflictos de una identidad que se asocia con la situación política de la izquierda chilena asfixiada en el "Primer Estado de Obreros y Campesinos en Suelo Alemán", el que es descrito desde la ironía y un dolor político-religioso: "Llegamos al paraíso con el pecado original bajo el brazo". Una identidad política sacrificial ("... así como se impuso el reconocimiento de la culpa, se impuso también la veneración de los mártires") y culposa ("... asilarse había sido una manifestación de debilidad y la debilidad era una característica pequeño-burguesa").

Pero, la novela toma un vuelco inesperado, al presentar desde Berlín la situación de la economía chilena al inicio de los años 80, época marcada por las radicales modernizaciones impuestas por el Gobierno militar y por la crisis de las mismas, presentándonos el narrador un irónico rechazo a esas modernizaciones. El padre de Lorena, don Arnaldo Fernández, jubila con una importante

<sup>61</sup> "... para mí, el hacerme otro, rompiendo la unidad y la continuidad de mi vida, es dejar de ser el que soy, es decir, es sencillamente dejar de ser. Y esto no; ¡todo antes que eso!". Miguel de Unamuno.

<sup>62</sup> Carlos Cerda, *Morir en Berlín*, (Santiago, Ed. Planeta, 1993).

cantidad de dinero, que a instancias de uno de sus yernos, la invierte en la creación de una empresa que le permitirá multiplicar su dinero. Sin embargo, todo se convierte en una ilusión y más tarde en una pesadilla que lo lleva, producto de la crisis económica, a perder su dinero y aún su casa, único bien al que se aferra para vivir su vejez.

*Morir en Berlín*, como muchas de las novelas estudiadas, establece que en Chile no sólo falló la utopía política, si no también la económica, al desconocer que la realidad tiene leyes que no se ajustan a los esquemas teóricos: "Puertas y Ventanas Fernández S.A. quebró porque el negocio que el yerno le propuso a don Arnaldo era perfecto a condición de no tomar en cuenta la realidad, o no suponer que ésta podía cambiar, como suele ocurrir con más frecuencia de lo esperado...".

Para reforzar la idea anterior, se nos dice que Don Arnaldo, entusiasta partidario del gobierno militar, se ve envuelto en la decepción al ver como sus esperanzas y las de aquellos que confiaban en el sistema, son derrotadas: "... la quiebra de la flamante empresa de don Arnaldo y su yerno fue también una hoja en el vendaval que remeció la utopía que se estaba gestando (...) Don Arnaldo, simpaticante del golpe de estado porque creía en la empresa privada, se preguntaba por qué la Casa García había quebrado, por qué la empresa privada estaba en bancarrota y por qué su propia empresa (...) estaba en la misma situación de quiebra". Es decir, que la construcción de un sistema económico liberal resultaba en Chile tan dificultoso como el de uno socialista.

En *Los años de la serpiente* también aparecen múltiples críticas a los propios militantes de izquierda. El narrador recuerda a su padre en una triste situación, después del fracaso del gobierno popular que él inspiró: "... mi padre, refugiado en un bergère de estilo y felpa roja, yacía ausente y lejano de las cosas terrenales. ¿Qué pasaría por su mente en esas horas? (...) Es probable que se quedara allí agobiado porque el mundo no marchaba al ritmo de sus sueños, o porque el fantasma de Stalin, como una sombra atroz y subrepticia, se le atravesaba, sacándole la lengua a los revolucionarios del mundo *uníos* (...) Eran tiempos difíciles. (...) Es posible que ya tuviera conciencia absoluta de que el Gobierno Popular, ese gran proyecto revolucionario que su generación inventó para Chile, se venía a pique".

Como en el caso de Leandro Urbina pero de manera menos irónica, *Los años de la serpiente*, nos muestra el lenguaje gastado de la izquierda: "Algunos, quizás los más intrínsecamente optimistas, constataban que el Ejército se había debilitado, que las acciones guerrilleras lo desmoralizaban y que no había discusión posible: la brutalidad fascista era la muestra palpable del avance incontenible del pueblo, del aislamiento de la dictadura...", irónicamente expresado en el momento en que los militares tienen más poder. De igual manera, el narrador se critica, en tanto que dirigente político, su visión del mundo obrero sólo como un conjunto colectivo carente de individualidad: "A mí me parecía que el estado de ánimo de las masas era precario y que, la verdad, tenía la impresión de que las masas no seguían la política del partido (...) Los compañeros me miraron desorbitados como si hubiesen visto a un

marciano...". Todas las diferencias anteriores lo llevan a congelar su militancia: "Entre el partido y yo, se tendió un sutil tejido de lejanías. Pasé, como se dice, a la vida civil, sin militancia real".

De igual manera Leandro Urbina en *Cobro revertido*, no sólo denuncia la dictadura militar, sino también a algunos que la sufrieron, como el Plato Macías, un falso imitador del Che Guevara<sup>63</sup>, ofreciéndonos una visión desencantada de la política. Incorpora el lenguaje de la comunidad chilena exiliada en Canadá, a partir del cual el narrador desprende algunas consideraciones generales del carácter de un chileno barroco e incapaz de dominar las circunstancias que lo rodean<sup>64</sup>. Un país dividido en el que la propia madre del narrador intenta, desde el arribismo social, sobresalir en el sistema impuesto por los militares: "Ella dijo que quizás ahora comprendía (...) que en política nunca hay que meterse hasta el cuello pues los que hoy se odian mañana se besan y los únicos que pierden son los que pierden siempre, los que no tienen nada y se creen los cuentos de los que tienen la sartén por el mango...".

Darío Osés en *Machos tristes*, ofrece una doble mirada sobre los gobiernos de la UP y los militares, al incorporar a dos amigos contrapuestos que encarnan la admiración hacia cada uno de ellos, técnica que le permite señalar las limitaciones en cada caso. El narrador desnuda el conflicto entre modernidad e identidad: de la Unidad Popular destaca el desorden social y el lenguaje revolucionario gastado, aunque también la libertad y la vitalidad; de los militares, el autoritarismo, y el desprecio por los Derechos Humanos al imponer las modernizaciones. Al final, sin embargo, Osés intenta salvar la situación, postulando que sin utopías sociales no es posible vivir en comunidad.

*Ardiente Paciencia*, es una de las pocas novelas (junto a las de Isabel Allende y Marcela Serrano), que no cuestiona el gobierno de la UP. El propio título de la obra, obtenido de los versos de Rimbaud que cita Neruda al recibir el Nobel: "Sólo con ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres", recuerdan las últimas palabras de Salvador Allende antes de morir en La Moneda. Además, es la única de las estudiadas en la que el personaje principal pertenece al mundo popular y no a las clases altas, lo que confirma la intención de salvar la movilidad social anterior a los militares. Sin embargo, aunque veladamente también aparecen algunas referencias relativas a las necesidades laborales y alimenticias y la madre de Beatriz manifiesta su intención de votar por el candidato Radomiro To-

<sup>63</sup> "Entonces llegaba el Plato Macías, con su camisa de leñador, con boina y barba a lo Che Guevara, Macías, el representante del pueblo resistente, y se largaba una enorme y lírica diarrea sobre la organización de la insurrección armada (...) y casi siempre terminaba en la cama de alguna doncella sudorosa que le pedía que se dejara la boina puesta. 'Para qué dice que hace política, usted, Macías', le lanzaba el Tito. 'Si lo único que hace es fornicar'".

<sup>64</sup> "¿Cómo vamos a quedarnos callados nosotros si la cháchara es uno de los deportes nacionales? Nosotros no valoramos el silencio pues, Frías, como otras culturas. Nosotros hablamos siempre (...) eso es parte del carácter chileno, pus Frías".

mic; dificultades que concluirán en la muerte de Allende, Pablo Neruda, y la propia democracia.

#### 4. EN EL PAÍS DE LA HISTORIA CIRCULAR

Junto con la incorporación explícita de acontecimientos históricos, uno de los temas más interesantes, es la concepción de la historia que presentan las novelas. La crítica mirada que los narradores han expuesto, tanto hacia el autoritarismo como hacia la UP., y al pasado republicano en general, llevan a muchos de ellos a preguntarse por el sentido y significación de esa historia.

El análisis permitió observar que todas ellas hacen suya el fin, no sólo de una interpretación histórica positivista como las que dominaron en Chile en los años 60 y 70, sino de cualquier ordenamiento científico de la evolución histórica. Después de los trágicos acontecimientos vividos en Chile, los narradores concluyen que no hay leyes que permitan adivinar su movimiento, los pueblos y los individuos no actúan como decía el materialismo dialéctico o cualquier otra interpretación racionalista ilustrada, pues finalmente la historia sólo responde al azar: "Después se vestirá de traje y corbata, como pocas veces, y pegada a la cadera izquierda, bajo el cinturón, insertará la Browning automática de siete balas que tiene escondida en lugar seguro. (...) y pensando que si en algún momento mi camino fuera interceptado por una patrulla militar, no me quedaría más remedio que descargar seis tiros sobre los uniformados, meter luego el caño de la pistola en mi boca y apretar el gatillo para ver qué sorpresa pudiera entonces depararme esa fuerza misteriosa y rara que es el azar". Es la conclusión del protagonista de *En este lugar sagrado*, en quien la presencia del azar se había manifestado anteriormente, al lanzar de niño una flecha al aire que cayó detrás de unos árboles. Al recogerla vio, que "por azar", y contra toda lógica, había traspasado el pecho de un pájaro. A partir de este hecho, renunciará a encontrar un sentido racional a los acontecimientos de su vida.

La evolución de la historia es presentada en las obras de Jorge Edwards, sobre todo como circular, haciendo mención, por ejemplo, a los alemanes que viajaron a Chile después de las revoluciones del siglo pasado, y a los chilenos que se refugiaron en Alemania, después del 73. La historia es percibida como una fuerza más allá de la voluntad de los hombres, por lo que resulta imposible someterla a cualquier esquema reduccionista que permita sustentar el cambio social: "Como usted ya lo sabe (le señala el diablo, irónicamente) la Historia es lenta".

*El jardín de al lado*, se inicia con dos epígrafes que aluden al tema. En el primero, se presenta a la historia humana como una pesadilla<sup>65</sup>. En el segundo, con igual sentimiento, se hace alusión a la imposibilidad de encontrar soluciones al cambiar de país. Este fracaso histórico se empareja con el fracaso personal del

<sup>65</sup> "History, Stephen said, is a nightmare from which I'm trying to awake". James Joyce.

protagonista : "... porque me doy cuenta de que para mí el único mundo coherente es el del fracaso"<sup>66</sup>. Julio intenta escribir "la gran novela del golpe", pero tiene conciencia que no basta con sufrir la historia para hacer buena literatura. El fracaso de su obra es que el lenguaje resulta falso y su paso por las cárceles "... no dejaron otra huella que una vaga crónica de la injusticia", de una tragedia "... que sólo para muy pocos no está pasada de moda".

En el caso de Isabel Allende, la concepción final de la historia que manifiesta, Alba, la narradora, resulta novedosa. Después de repasar la historia de Chile a través de la larga historia de su familia, una historia de amores, ilusiones, sueños políticos, represión y muerte, concluye que todo, sin embargo, forma parte de un gigantesco mapa, en el que cada cosa tiene un lugar preciso. Nada sucede porque sí, y todo posee un significado oculto. Alba termina incluso, por superar el odio que sentía hacia los militares que la violaron, como una prueba de haber aceptado esta figura mayor en la que las vidas individuales se diluyen. La importancia de la cita justifica su extensión. "Sospecho que todo lo ocurrido no es fortuito, sino que corresponde a un destino dibujado antes de mi nacimiento y Esteban García (el torturador) es parte de ese dibujo. Es un trazo tosco y torcido, pero ninguna pincelada es inútil. El día en que mi abuelo volteó entre los matorrales del río a su abuela, Pancha García, agregó otro eslabón en una cadena de hechos que debían cumplirse. Después el nieto de la mujer violada repite el gesto en la nieta del violador y dentro de cuarenta años, tal vez, mi nieto tumbe entre las matas del río a la suya y así, por los siglos venideros, en una historia inacabable de dolor, de sangre y de amor. En la perrera (lugar de la prisión) tuve la idea de que estaba armando un rompecabezas en el que cada pieza tiene una ubicación precisa. Antes de colocarlas todas me parecía incomprendible, pero estaba segura que si lograba terminarlo, daría un sentido a cada una y el resultado sería armonioso. Cada pieza tiene una razón de ser tal como es, incluso el Coronel García. En algunos momentos tengo la sensación de que esto ya lo he vivido y que he escrito estas mismas palabras, pero comprendo que no soy yo, sino otra mujer, que anotó en sus cuadernos para que yo me sirviera de ellos".

Hay un intento de superar el dolor, pues para la narradora, estas experiencias finalmente también forman parte de la vida humana. Una actitud con algo de sabiduría oriental, de vida y muerte como situaciones íntimamente integradas. Una posición que intenta encontrar un nuevo orden histórico: mágico, holístico, una postura idealista en el sentido que lo sucedido objetivamente en la historia está en cierto modo supeditado a su comprensión espiritual, pues las vidas individuales se explican por significados superiores. Domina una actitud más religiosa que política, en la que en cierto sentido, el que pierde gana. Se muere para nacer. Y a su vez, el que vence, por hacerlo con malas artes, es derro-

<sup>66</sup> No sólo la novela ha presentado la historia reciente como "fracaso". Alan Angell, en *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía*, (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1993), señala igualmente que ya sea por la excesiva utopización de la política, por el sectarismo o por el "reformismo incompleto", la reciente historia ha fracasado.



tado, pues todo tiene un orden moral establecido. Individuos no completamente libres, pues deben actuar el rol que se les asigna antes de nacer. Mundo de espíritus, de argumentos mágicos, de sueños verdaderos, de contactos con el más allá, con lo cual, por cierto, Isabel Allende propone una determinada concepción de América.

Estas visiones mágicas o irracionales, por llamarlas de alguna manera, que tendrán cada vez mayor importancia en las décadas del 80 y 90 en la sociedad chilena, y que suponen el olvido de cualquier interpretación positivista, tienen su confirmación en la última página de la novela, en la que queda de manifiesto una concepción circular, en la que todo ya está escrito y cada generación no hace más volver a repetir un mismo movimiento: "Clara los escribió para que me sirvieran ahora para rescatar las cosas del pasado y sobrevivir a mi propio espanto". La novela concluye, justamente, con la frase de su inicio.

Lo interesante de *Ardiente paciencia*, es que junto al elogio manifiesto que se hace del pasado democrático chileno, y las denuncias a las prácticas totalitarias, esta posición, como en Isabel Allende, va aparejada de una concepción idealista o platónica en la que el mundo, de alguna manera, no tiene objetividad propia, pues la realidad permanece oculta o tiene una existencia anterior desconocida para el habitante común. Esto queda de manifiesto en la escena en que el joven cartero conversa con Neruda sobre las metáforas. Al final, el muchacho le pregunta:

—Usted cree que todo el mundo, quiero decir todo el mundo, con el viento, los mares, los árboles, las montañas, el fuego, los animales, las casas, los desiertos, las lluvias...

— ... ahora ya puedes decir etcétera.

— ... ¡los etcétera! ¿Usted cree que el mundo entero es la metáfora de algo?

Neruda abrió la boca, y su robusta barbilla pareció desprendérsese del rostro". Con lo que se quiere significar que la realidad no existe hasta que no se transforme en lenguaje literario, o que ésta no se agota en ella misma, pues se constituye en símbolo de esencias eternas y significados ocultos que sólo el poeta es capaz de intuir y expresar.

También *Nosotras que nos queremos tanto*, concluye con el monólogo inicial, señalándonos una visión circular al centro de la cual giraron los conflictos de una generación. La conclusión final es similar a la de Isabel Allende: también aquí ha pasado mucho en la vida de los personajes, y la historia es vista finalmente como una historia de afectos, en la que el amor ha dominado el fondo de estas existencias dramáticas.

Por su lado, *Morir en Berlín*, nos presenta el fin de una interpretación materialista dialéctica de la historia, considerada desde el "socialismo real" como una ilusión que intentaba dar cuenta de la totalidad del acontecer histórico: "Esas ideas tan redondas y perfectas como el empaste rojo de los manuales, esos panoramas de la historia universal en que todas las categorías funcionaban como la maquinaria de un reloj, abarcando todos los siglos del hombre y a todos los hombres de la historia, sin que eso tuviera una sola célula de verdad en un ser de carne y hueso...". Lo que para el narrador se presenta en la vida concreta del in-



dividuo, siempre sometido y superado por los acontecimientos históricos ideológicos.

El mensaje final, siguiendo el epígrafe de Ibsen<sup>67</sup> que antecede el capítulo x, es que las ideas política son mitos, pero mitos necesarios para la vida de los hombres. Como en los casos anteriores, se presenta el doble rostro de sistemas políticos que tienen un lado mítico, pero también uno de utopía imprescindible para vivir en esta tierra, aún a riesgo de que impidan ver la realidad.

El escepticismo de Carlos Cerda es la continuación del de los novelistas analizados aquí, y que se sintetizan en la novela *El jardín de al lado* de José Donoso que para el narrador encierra su propia historia: "Lorena nos contó que esa tarde había estado con Mario en el Espresso. Le trajo esta vez *El jardín de al lado*, de José Donoso, recién recibida en West Berlín. Estaba segura de que a él le iba a gustar".

Darío Osés, de igual manera problematiza algunas convenciones históricas tradicionales, como que los pobres deban obligadamente desear modificar la situación social que los ahoga. En *El viaducto* se presenta un joven perteneciente a las poblaciones marginales que intenta lo contrario, el arribismo social: "Es cierto que a los pobladores les cuesta tolerar que haya gente de su mismo medio que estudie y quiera subir de pelo (...) Conozco a otros muchachos que han tenido problemas (...) esconden los libros (...) no daba explicaciones, al contrario, arrastraba el poncho, y repetía una y otra vez que prefería la decadencia burguesa a la mierda proletaria...". Darío Osés, enfrentado a una historia sin sentido, termina afirmándose en la necesidad de la utopía, como una manera de encontrar una dirección en la circularidad: "... para que quede un testimonio de nuestros errores, por si alguien aprende algo en el próximo intento de hacer una revolución a la chilena...".

En el caso de Antonio Ostornol, tampoco la historia tiene ningún orden que permita reducirla a esquemas racionales. Con tristeza recuerda las conversaciones con su padre, en las que éste le hablaba, como algo ahora muy lejano, de la posibilidad de entender la historia desde el marxismo: "Recordé nuestras exploraciones por las arenas de Ritoque, cuando de niño mi padre me llevaba (...) Afirmaba que era necesario conocer la historia y sus huellas materiales, porque eso nos permitía entender el inexorable curso de su evolución". La historia y su desarrollo, hijo, son científicos", me decía y agregaba con gesto concluyente y sugestivo: "sólo basta conocer sus leyes dialécticas y creer en ella". El personaje comprende con tristeza, que esa interpretación ya no funciona en la realidad.

Por lo anterior, y en base a la conjunción de fracasos personales e históricos, producto de una política republicana ineficaz, más cercana al sacrificio que a la funcionalidad racional, resulta sintomático la presencia reiterada de dos figuras fundamentales del siglo xix: el Presidente Balmaceda y Martín Rivas, como alusión directa al doble fracaso de una oligarquía liberal que creyó que su pre-

<sup>67</sup> "No le quitéis la mentira al hombre, que ya no sabría vivir sin ella".

sencia bastaba para detener las crisis históricas. La vida de muchos de los personajes de las novelas leídas representan justamente el fin del sentido republicano ("Estado de compromiso") de la vida política en Chile.

En medio de dudas y confusiones, el protagonista de *Los años de la serpiente*, tiene una alucinación. Mientras viaja en tren, observa un extraño personaje del pasado y del presente, que ha cruzado los momentos más críticos de una historia dominada por el sin sentido: "... un ciudadano nos miraba inerte. Era estatuario, formalino y blanco. Emergía desde antiguo y vestía capa y chambergo. Había participado en las revueltas callejeras del 51 —donde conoció a un tal Rivas que luego sería famoso—; estuvo también en las batallas cruciales del 91, defendiendo sin saber por qué a Balmaceda; e incluso alcanzó a votar por Allende (tampoco supo muy bien la razón) en el año 70". En esta mezcla de historia y sueño, este personaje a pesar de haber vivido personalmente el pasado, no tiene ninguna respuesta en que pueda resumir su paso por la historia. Sólo el silencio y una tristeza, en la cual la utopía de una nueva tierra prometida, queda reducida para el narrador al encuentro con su propia hija distanciada por el exilio. Es decir, a su propia satisfacción individual. Por lo demás, su propia historia, contada en las múltiples cartas escritas a su hija, una vez que se produce el encuentro, ésta las lanza al viento, perdiéndose definitivamente toda memoria de lo pasado, en una clara alusión a una actitud más bien escéptica, pues no habrá manera de conservar recuerdos ni lecciones para nadie.

*En este lugar sagrado* la perspectiva desde la que se observa, al Chile de los 70, es la de un joven provinciano que al modo de Martín Rivas, intenta hacerse un lugar en la capital, pero en un Chile diferente: no ya la consolidada y pujante sociedad burguesa del siglo pasado, sino una en proceso de autodestrucción, por lo que sus aspiraciones políticas, educacionales y amorosas, concluirán en un acto de suicidio: enfrenta él solo a una patrulla militar. En el Chile de los años 70 no está la posibilidad del ascenso social, como Rivas, sino repetir el destino de Rafael San Luis y pagar el costo del sacrificio con la vida.

Al final, la decepción por una juventud perdida. Una vida estudiantil alegre que lentamente se va enturbiando hasta llegar a la más completa paralización. Un personaje que desnudo de creencias y en medio del caos y la represión, oscila entre la posibilidad de transformarse en escéptico, realista o cínico. "... en fin, tú sabes que aún a estas alturas no he llegado a ser un cínico, a menos que quiera llamarse cínico a quien ve las cosas como son y no como le gustaría que fueran, es decir, a un realista". La desconfianza en los modelos alternativos, va dando origen a un mayor individualismo para enfrentar el mundo: "... que cada uno tenga su biblia, por qué no, los católicos la suya, los comunistas el *Manifiesto*, él la de los burgueses y la de los escépticos (...) y si hay que convertirse en cínico para ver las cosas como son y no como debieran ser, entonces qué", señala el personaje de *En este lugar sagrado*, quien finalmente llega a la conclusión similar a la expresada en *Martín Rivas*: la excesiva irresponsabilidad política (y sexual) lleva a la muerte, representada en la vida de Mariela: muchacha que mantiene relaciones con diversos personajes, buscando superar la impotencia de su novio, que la llevará al suicidio de ella y del protagonista. Poli

Délano, como más tarde Marcela Serrano, establece una estrecha relación entre sexo, amor y política.

En *Los convidados de piedra*, la historia global del país es vista como un fracaso y las alusiones a la época de Balmaceda son frecuentes: "... había sido en su juventud un destacado revolucionario contra Balmaceda, un parlamentario brillante (...) Por eso, llegado el momento, cuando todos los caminos pacíficos se habían revelado agotados y cuando se había visto que la hidra de la tiranía extendía sus tentáculos desde el palacio de la Moneda, manejada por la mano maquiavélica del Champudo y apoyado en el pueblo ignorante, en la demagogia, (...) no había quedado más remedio que levantarse en armas". Pero además de explicar los sucesos del 73, por la historia anterior<sup>68</sup>, Edwards establece una clara simetría entre Balmaceda y Allende como presidentes suicidas. "¿Sabes la noticia? Balmaceda se suicidó ayer en la tarde, en una buhardilla del último piso de la Legación Argentina. Se pegó un tiro en la sien".

La relación entre fracaso personal y colectivo, común en las novelas estudiadas, se presenta en *Los convidados de piedra*, en un ambiente de máximo escepticismo, tanto en relación con las ideologías políticas universales, como con el caso chileno en particular, con personajes que no se integran en ningún proyecto político: "El socialismo con empanadas y vino tinto, comentó el Gordo, riéndose, pero el Chico Santana, que ya parecía resuelto a quedarse de toque a toque, hizo un gesto indignado. ¡Qué socialismo ni qué huevada!".

Darío Oses en *Machos tristes*, incorpora un capítulo, titulado justamente "Martín Rivas", en el que jugando con el nombre del protagonista (Martín Arévalo) establece una directa relación con el héroe de Blest Gana, ambos representantes de jóvenes de clase media que intentan sobresalir en la sociedad capitalina. Pero ahora, cambiada la sociedad chilena, el nuevo Martín no logra sus objetivos y es burlonamente degradado, por un escalamiento social sin beneficios: "Fuiste un arribista, Martín, un siútico, un desclasado. Te vendiste a la derecha, peor aún, te regalaste (...) Me emputece que seas tan baboso. Te creíste Martín Rivas ¿no es cierto? el cabrito honesto, pobre y puro que se hace un lugar entre los ricachones. Pero Martín Rivas terminó tirándose a la Leonor Encina, en cambio tú...".

*El viaducto*, es la novela que más fuertemente presenta las semejanzas entre Balmaceda y Allende. En ocasiones, el drama de la época de Balmaceda y el de Allende, se confunden y es difícil diferenciar las dudas históricas de Balmaceda a finales del siglo XIX, con las del actor que lo encarna y sus propias dudas en relación a la situación de Allende el año 73: "¿Para qué invocar la derrota de Balmaceda?", pensó; "¿para qué cantar los cantos de una guerra perdida? ¿Para qué llamar a gritos a la muerte?". La respuesta se establece en la misma novela: durante la Unidad Popular se aludió a la figura del

<sup>68</sup> La Unidad Popular y Allende en particular, establecieron múltiples vinculaciones con Balmaceda: su rostro fue impreso en billetes, se editaron obras sobre su época y vida, así como frecuentes menciones en discursos políticos.

suicida presidente Balmaceda como una prueba del sentido sacrificial de la política<sup>69</sup>.

Más aún, jugando con las posibilidades de la ficción narrativa, en una ingeniosa creación que escapa los propósitos de este trabajo, se mezclan ambas épocas, de manera que el lector se encuentra permanentemente en el Chile de finales del siglo pasado, en una obra de televisión en la que se representa esa época, y en el Chile de la Unidad Popular. Uno de los actores, se identifica con dos personajes históricos: "Ahora soy Orozimbo Barbosa, comandante en jefe del Ejército, leal a Balmaceda hasta la muerte, como mi general Carlos Prats lo es a Salvador Allende". Y en otro lado se insiste en el estrecho paralelismo: "Esos primeros años de Balmaceda me recuerdan la bonanza de 1971 —le dice ella (...) ¿Te acuerdas de que entonces el gobierno de Allende también era una promesa?: el primer país que llegaba al socialismo por la vía democrática...".

Esta situación se reproduce magistralmente cuando el actor que encarna a Balmaceda recorre la galería de los presidentes en el Palacio de La Moneda, y se enfrenta a la estatua del presidente que encarna. En ese momento inesperadamente aparece el propio Salvador Allende. Al encontrarse con el Balmaceda-actor, se establece un diálogo ilustrativo de lo simétrico de la situación: "Bueno, aquí me tiene a mí, sigue diciendo Allende. Yo soy protagonista... o más bien agonista, de esta otra historia, que a lo mejor es la misma, porque el imperialismo y la plutocracia siguen siendo los mismos, y la lucha contra sus poderes continúa, y a lo mejor a usted y a mí nos vuelven a matar, pero como somos porfiados vamos a resucitar cuantas veces sea necesario". Darío Oses, como hemos dicho, prefiere las utopías derrotadas que la satisfacción de una sociedad con sueños congelados.

En el mismo sentido, en *El viaducto* se presenta la figura de Martín Rivas de modo inverso al tradicional: aquel joven provinciano que con esfuerzo logró el amor de Leonor Encina y un lugar social, es presentado aquí en el joven Gustavo Salazar, enamorado de Beatriz Aguirre a quien intenta, también con tesón y honradez, desposarla y hacerse un lugar en la sociedad. Pero ahora, nada de eso funciona, y en el momento del brindis por el compromiso matrimonial, el éxito económico y la modernización del país, el narrador amargamente se lamenta: "Por el porvenir, por la vida, por la felicidad, brinda don Recaredo. Ilusos. Deberían brindar por la muerte, la ruina y el exilio". La conclusión final es, de nuevo, que Chile ha vivido una historia marcada por un dolor del suicida: "Sigue llamando a la muerte", piensa Maucho. El martirio es su argumento. "¿Qué sería de él si no tuviera una revolución por la cual morir? ¿A quién iría a ofrecerle la

<sup>69</sup> "Últimamente se ha invocado con demasiada frecuencia la figura trágica de José Manuel Balmaceda, uno de los primeros hombres de Sudamérica que luchó contra el imperialismo, que trató de ganar la verdadera independencia nacional, que ayudó a emerger a las clases sociales postergadas y que provocó el odio y la reacción de la oligarquía. Porque así como hoy se burlan de los ministros obreros del presidente Allende, compañeros, en aquel tiempo motejaron de siúuticos a los colaboradores de Balmaceda que venían de la clase media".

vida?" señala el protagonista al observar a uno de sus amigos dispuesto a hacer la revolución él solo. Y esta decisión individual se reitera en un plano colectivo: "¿Se dieron cuenta de que en esta escena hay una alusión a esta manía de coleccionar mártires que tienen los partidos de izquierda y de derecha?". Un drama chileno, que aunque reiterado cada cierto tiempo, nada se puede hacer para evitarlo.

*El viaducto* nos muestra la historia de dos hombres (Balmaceda y Allende) que perdieron y que justamente por eso pasaron a la historia. "Ni Carlos Walker, ni Jorge Montt podrán levantarse de sus tumbas; sus espectros se disolvieron con la lluvia. En cambio mi obra sigue siendo maciza, indestructible", concluye Balmaceda, pues la historia, según Oses, recoge a aquellos que están dispuestos a morir por sus ideas. Y como la historia es circular, volverán nuevas épocas en que estos héroes se alcen, aunque suponemos que sólo para iniciar un nuevo drama: "Marchamos para testimoniar que a pesar de todo fue hermoso hacer lo que hicimos, valió la pena el intento de construir una sociedad más fraternal, el impulso de mejorar el mundo, aunque lo hayamos dejado peor".

*Círculo vicioso*, también levanta la figura de Martín Rivas, como en un *Bildungsroman*, en la que se nos presentan "la educación sentimental" de un muchacho al amor, el sexo, la política: el autor me decía que pensaba estudiar alguna vez (...) el tópico que inaugura la novela *Martín Rivas* en las letras chilenas, el viaje del joven provinciano a la capital: "Me agradecería escudriñar sobre todo la educación sentimental que significa este viaje en una joven conciencia". Sólo que ahora, después de los conflictos sociales, y de igual modo que en las obras anteriores, el narrador intuye la aparición de una sociedad en los años 80, cada vez más homogénea, sin conflictos aparentes, dominada por la satisfacción y la incultura: "La historia se está transformando gracias a la tecnología en el consumo televisivo por excelencia, en el espectáculo instantáneo para acompañar la digestión, en la medida que las fuerzas sociales han ido perdiendo protagonismo en nombre de la Gran Reconciliación de intereses a que hoy se comienza a asistir". Es el avance ininterrumpido de las posturas conservadoras, y el fin del sujeto que postulaba el criticismo social: "El conservadurismo que se advierte hoy, ligado estrechamente al concepto de progreso tecnológico, demuestra qué lejos estamos de los viejos sueños indecentes de ayer. La revolución ha terminado por convertirse, tras décadas de ineptia comunista, en un espantapájaros de las mejores ilusiones...".

*Recuerdos de un hombre injusto*<sup>70</sup>, de Oscar Bustamante, constituye una extensa novela con la historia de una familia fechada, como en un Diario de Vida, entre "Otoño, 1886" y "Otoño, 1975". A través de esos años, se va desarrollando la historia republicana del país en forma paralela con la acaudalada familia Alcántara. La revolución de 1891 y los años 1970 y 1973, se incorporan a la novela como símbolos de acontecimientos que superan la existencia individual de los

<sup>70</sup> Oscar Bustamante, *Recuerdos de un hombre injusto*, (Santiago, Grijalbo, 1994).

personajes, sumiéndolos en el primer caso en el triunfo y en el segundo en la muerte.

El conflicto de 1891 es presentado como el inicio del poder económico de los Alcántara, aunque también como un suceso de tristes consecuencias: "Aumenta el robo de ganado y es la guerra civil que sembró miseria y cuatreros(...)" "... ésta es una guerra idiota que arman los políticos con sus ambiciones y que después no pueden evitar que se consuma al no lograr ponerse de acuerdo y aquí estamos los imbéciles arriesgando el pellejo...". En relación a 1970, las alusiones son aún más claras: "El viejo quiltro de Aníbal murió el día que asumió el gobierno socialista de Allende...", asociándose con los conflictos de la Reforma agraria, permanentemente aludida, y más tarde la llegada de los militares al poder que concluirá, inversamente, con el asesinato de uno de los últimos miembros de la familia: el joven Marco. La imagen de los militares es la habitual, un gobierno preocupado de la modernización pero ajeno al desarrollo cultural: "... comenta que no tiene donde estudiar porque los centros universitarios donde se estudiaba filosofía, sociología, literatura, fueron disueltos y reestructurados...". Marco representa a los jóvenes opositores a los militares cuyas posibilidades de desarrollo se ven mermadas en las nuevas circunstancias: "Estamos acorralados. No tenemos voz. Ningún diario. Difícil encontrar pega. Todo el mundo queriendo emigrar y salir de aquí (...) La gente anda corta de esperanza...". Finalmente Marco es muerto por una patrulla militar como un hecho habitual en una historia que se reconoce a sí misma como violenta e insensata: "... una bala de carabina y misión cumplida, y ahí, tendido, rodeado de soldados aburridos y despreocupados está el motivo de un afán parecido, que no es odio, digamos odio de verdad, sino sólo pasiones inútiles que después de un tiempo a nadie le interesará recordar".

Pero si bien los militares se asocian a una modernización constituida sobre la represión, uno de los personajes igualmente se reprocha su defectuosa identidad producto del mestizaje: "... con lo que más disfruto es con la excitación del juego amoroso y que la subyugación del poder también me excita y que ello se debe a que tengo ancestros mestizos. Beber, fornicar, guerrear, adorar los ríos y las montañas y el gustito por el sabor de la muerte, me viene por el lado indígena, mientras que la ambición y la pasión, proviene del costado ibérico".

Una vez más, el narrador alude a una visión histórica circular. La crisis de la guerra civil de 1891 se repite en los años 70 con similares signos de intolerancia, persecución y muerte. Un siglo de progresos, pero también de desgracias y decadencia. La historia de un caudillo que se hizo famoso matando cuatreros, y que engendró hijos que terminan muriendo tomo tales.

## 5. CONCLUSIONES

En este trabajo nos hemos referido a las novelas más cercanas a la literatura de ideas, pues los narradores resultan más opinantes sobre el mundo, la política y la historia. Novelas que no se interesan en cuestiones metafísicas ni rupturas del

realismo y en las que los acontecimientos históricos están muy presentes, uniéndose la historia política con la personal, y la ficción novelesca con la realidad contingente, particularmente en la recreación de los dos ejes fundamentales del pasado reciente: la Unidad Popular y el gobierno de los militares. En relación a estos últimos, aunque permanentemente mencionados como seres de fondo, el personaje militar, sin embargo, está muy poco presente. Pocas veces se incorporan en sus páginas y excepcionalmente (Isabel Allende, Arturo Fontaine, Gonzalo Contreras) se establecen diálogos o indagación de sus pensamientos. Los militares, son presentados desde tres posiciones: la más extendida es la relacionada con los Derechos Humanos, sólo en casos aislados se muestra militares con proyectos de país (A. Fontaine), por último, militares psicológicamente derrotados (G. Contreras) pagando un costo personal por lo que han visto o hecho. En los tres casos, el militar es presentado como una cultura distinta a la civil.

En relación al tema de las modernizaciones, se intenta sobre todo revelar la cara oculta de éstas, y aunque muy presentes, son percibidas irónicamente como un proyecto imposible, ya sea por el costo humano que se pagó por ellas, o por ser presentadas desde la mirada de las clases altas, están asociadas al consumismo, el fin de las utopías y un exagerado pragmatismo vulgar. Modernización como sinónimo de competencia, incultura y una banalidad que conducen a vidas en las que se va perdiendo la singularidad individual. Los novelistas reprochan a los militares su intento más de modernización (extensión del consumo, apertura económica al exterior, positivos índices macroeconómicos), que una verdadera modernidad ("reciprocidad simétrica"<sup>71</sup>) y sin una base política y cultural que sostuviera el proyecto.

Sin embargo, sólo una parte de las novelas presenta las cosas criticando a los militares y alabando al gobierno del Presidente Allende (Isabel Allende, Antonio Skármeta, Marcela Serrano), pues la mayoría de ellas relativizan la situación inicial dando origen a una percepción en la que no todas las medidas del gobierno de la Unidad Popular fueron afortunadas. Esta perspectiva es aceptada aún por los personajes novelescos partidarios de ese gobierno, los que a la distancia le reprochan el haberse sostenido en una retórica estéril y a un cambio social no controlado, pero sobre todo por haber creado las condiciones que permitieron la llegada de los militares al poder.

En esta segunda lectura, se observa que la mayoría de las obras analizadas exponen similar desconfianza hacia las propuestas identitarias, señaladas como prácticas congeladas que no resuelven las necesidades de los cambios requeridos por el país. Muy pocas revelan una identidad de país como un valor positivo, destacando más bien irónicamente los aspectos negativos: un chileno confundido e ingenuo, con una frágil identidad, escasamente constitutiva de una sociedad civil. Personajes divididos entre proyectos que desean, pero que no creen posible y una sociedad modernizada que los absorbe anulándolos. Individuos que permanecen en el rechazo y el fatalismo de una historia circular.

<sup>71</sup> José Joaquín Brunner, *Bienvenidos a la modernidad*, (Santiago, Editorial Planeta, 1994).



La Unidad Popular es asociada críticamente al tema del sacrificio, estableciéndose un estrecho símil entre Balmaceda y Allende, como representantes de un país sin posibilidades de cambios sociales. En esta visión, influyó también el hecho que las novelas analizadas no fueron compuestas durante la UP, sino posteriormente con los militares en el poder, lo que debió influir en una perspectiva hacia aquel gobierno como un proyecto terminado, pero también desde la óptica de una nueva etapa histórica asociada a las violaciones a los Derechos Humanos. Por lo cual, casi no hay referencias al proyecto del gobierno popular, pero sí nostalgia por su vitalidad, máxima libertad, participación social y posibilidad de un país nuevo (Isabel Allende, Marcela Serrano, Antonio Skármeta, Darío Osés). Una identidad nacional sostenida entre la utopía y el sacrificio.

Las mayoría de las novelas postulan sus críticas en personajes que opinan desde el interior del gobierno popular (Délano, Edwards, Donoso, Ostornol, Urbina, Serrano, Cerda, Marín), o parcialmente desde fuera (Fontaine, Osés, Bustamante).

El proceso de la UP es visto desde los representantes de las clases media y alta, con lo que ese proceso político, al menos desde la novela, no puede ser considerado como un ejemplo de lucha de clases, pues las relaciones (individuales y políticas) que se establecen entre los diversos sectores son mucho más complejas que la confrontación social. Más que una lucha de clases o el intento de instalación de una dictadura popular, se percibe un deseo de cambio global (político, social, cultural) que por cierto no se realizó y en el que participan muchos de los individuos pertenecientes a las clases de la élite social.

Por último, se observa que las novelas sólo critican lo sucedido pero no se arriesgan a proponer, ni siquiera sugerir, algún proyecto alternativo que pudiera reemplazar el modelo vigente. Si hay alguna nostalgia por lo acontecido durante la Unidad Popular (Délano, Allende, Skármeta, Osés, Serrano) es en tanto que una época que permitió el desahogo de un pueblo no acostumbrado a mantener el gobierno en sus manos. Desde esta perspectiva se mira ese pasado también con algo de heroísmo, como si a pesar de la falta de dirección política, hubiera una parte del país, dispuesta a mantener ciertos sueños (solidaridad social, libertad, expansión del cuerpo, imaginación) que aunque llevaron a la derrota, permiten suponer una forma de vida distinta a la "normal". Muchos de los personajes de estas novelas tienen plena conciencia de su condición romántica: la autoflagelación (individual y colectiva) como una manera de sublimar la derrota y ofrecer su vida para renacer de la muerte.

Las novelas intentan mostrar los errores de ambos gobiernos: el retrato de una sociedad en crisis entrópica en el plano político, social e individual. Los que llevan más lejos la crítica (Donoso, Edwards, Marín, Osés, Bustamante) rechazarán todo el pasado republicano, permaneciendo en el vacío ideológico y el escepticismo moral. En una nueva unión entre historia y ficción, se recogen dos figuras de alto contenido simbólico del Chile republicano: Martín Rivas y el presidente Balmaceda. El primero como representante del ascenso social, ahora revisado, postulando el reverso en adolescentes derrotados en sus intentos de promoción social. Balmaceda es presentado como una figura asociada al sacrificio y



la imposibilidad del cambio social. Por último, es notorio el rechazo a las interpretaciones racionalistas del devenir histórico, dominando una visión circular que impide obtener lecciones positivas del pasado.

Las novelas leídas plantean el problema "modernidad-identidad" como opciones contrapuestas, en las que acceder a una, es negar la otra. Nunca se exponen las ventajas de cada una, sino las limitantes de ambas, constituyéndose en un discurso, que frente a la oposición "modernidad-identidad" en que se dividió la conciencia ciudadana y el debate académico, decide optar por el rechazo de ambas. Marcela Serrano, Leandro Urbina, Arturo Fontaine y Germán Marín, por haber publicado en fechas más recientes, intentarán superar la dicotomía "modernidad-identidad", proponiendo formas de liberación individual, lo que será recogido por los escritores más jóvenes.

Sin embargo, esta identidad individual e histórica, no debe ser considerada como una esencia eterna, sino más bien como fragmentos de esa identidad, recogida en uno de los momentos más críticos de la historia, postulando a la totalidad de los agentes históricos como culpables de la crisis. Con lo que de nuevo, nos enfrentamos a personajes desnudos de creencias canónicas desde las cuales juzgar los acontecimientos.

Para terminar, llama la atención la gran acogida de público a estas novelas, que pasaron de una situación de sospecha a los primeros lugares de venta a finales de los años 80 y 90. Este fenómeno se vio acrecentado al momento en que los principales periódicos, incluidos los que apoyaron a los militares, ofrecieron sus suplementos literarios para difundir estas obras, a través de comentarios y entrevistas a los autores. Con lo cual, estos relatos fueron aceptados como reveladores de la reciente historia, aceptando que ésta había estado marcada por las perspectivas señaladas por estas novelas, ampliando su recepción a una mayor cantidad de lectores y no sólo a aquellos que desde experiencias similares podían comprender lo narrado.

La presente investigación ha intentado contribuir a la visión de la historia reciente, desde la novela, ámbito aunque no excluyente, privilegiado para conocer el modo como se manifiestan ciertos rasgos de la identidad nacional. Es cierto que en la novela no se presenta todo lo chileno, sino sobre todo lo relacionado con las clases productoras de novelas, pero aun así el discurso novelesco, tal vez mejor que cualquier otra expresión cultural, nos entrega no sólo un conjunto de opiniones sobre la síntesis cultural de nuestro país, sino además reproduce el conjunto de actitudes, formas de convivencia, opiniones políticas, religiosas, económicas, visiones de la naturaleza, características de la familia, del amor, de la ciencia, formas de lenguaje. Es decir, el intento de reproducir un mundo chileno global. En este sentido la novela chilena actual nos resulta útil para comprender el sentido de la historia, sus recovecos, sentidos ocultos y contradicciones, así como las percepciones más íntimas de los que la padecen.

# JOAQUÍN EDWARDS BELLO Y LOS JUDÍOS

Salvador Benadava C.

## I. INTRODUCCIÓN

Las reflexiones que siguen tienden, esencialmente, a la dilucidación de dos puntos: 1. La imagen de los judíos en la obra de Joaquín Edwards Bello; 2. La imagen intelectual del autor de *El roto* a partir de su discurso sobre los judíos.

¿Quién fue Joaquín Edwards? La pregunta podría utilizarse como instrumento para discriminar entre los lectores chilenos anteriores y posteriores al año 1970. La hemos formulado recientemente a numerosos estudiantes (secundarios y universitarios), a jóvenes profesores (incluso de español), a otros profesionales y, en la mayoría de los casos, hemos obtenido confesiones de ignorancia, respuestas dubitativas o fragmentarias. Varios recorridos por las principales librerías de Santiago han terminado por convencernos que nuestro segundo Premio Nacional de Literatura es, en el mejor de los casos, poco leído y, en el peor, un recuerdo difuso. Un ejemplo más del "pago de Chile" del que tanto habló el bisnieto de don Andrés.

El comportamiento que han tenido los especialistas (críticos, autores de tesis, estudiosos de la literatura chilena) resulta igualmente sugestivo. Las mejores bibliografías en torno al autor de referencia demuestran nítidamente que: a) la mayor parte de los trabajos respecto a su obra son anteriores a los años 80; b) muchos de ellos se centran en la personalidad del autor, en hechos circunstanciales, en obras aisladas, en temas específicamente literarios (ej: la vieja y estéril querrela encaminada a zanjar entre el cronista y el novelista); c) existen muy pocos estudios de tipo monográfico tendientes a profundizar en la ideología del autor, sus fantasmas o sus tópicos. Así, pues, a menos de treinta años de la desaparición de su creador, la obra de Joaquín Edwards nos aparece como esas tumbas egipcias sepultadas bajo la tierra, intactas en sus riquezas, en espera paciente del arqueólogo que vendrá a desenterrarlas.

Es cierto que la tarea no es fácil y que, no obstante las declaraciones de buenas intenciones formuladas al día siguiente de su muerte, ni siquiera han comenzado los "trabajos preliminares". Nadie conoce el número de crónicas que escribió Edwards Bello. Algunos hablan prudentemente de más de cinco mil; Jorge Teillier afirma que son diez mil; Francisco Coloane recuerda que la viuda del escritor le mencionó doce mil; otros, más osados, hablan de quince mil. Tampoco se ha determinado con exactitud la lista de los diferentes órganos de prensa (nacionales y extranjeros) en que quedó estampada su firma. Sabemos que colaboró en *La Nación* durante 50 años y más allá de su muerte, pero sabemos también que ni la sede del diario ni las mejores bibliotecas del país disponen de colecciones completas o utilizables de ese período. Juan de Luigi tuvo razón cuando expresó: "no creemos que nadie pueda decir que conoce en extenso

toda la obra de Edwards Bello (...). Sin embargo, será difícil hablar con propiedad de él sin conocerlo en su totalidad (...) De esa extraordinaria producción suya conocemos gran parte, no toda. De ahí que el juicio sobre ella deba ser sólo general, y por lo tanto, también superficial. Es posible, sin embargo, ver algunas de sus líneas directrices”<sup>1</sup>.

Si es evidente que, para disertar seriamente sobre un autor, es necesario conocerlo en profundidad, lo es mucho más en el caso de Edwards Bello cuyas contradicciones llegaron a ser proverbiales. ¿Cómo afirmar, a partir de un corpus limitado, que el ilustre cronista piensa tal o cual cosa sobre tal o cual asunto cuando se corre el riesgo de verse desmentido por él mismo en artículos que no fueron consultados? Sin contar que estas consultas no resultan siempre fáciles, pues los títulos de los artículos no constituyen indicadores fiables. Cualquier lector de Joaquín Edwards sabe perfectamente que el contenido de sus crónicas no guarda a menudo sino una relación tangencial con aquéllas; que los cambios frecuentes de tema no le incomodan para nada; que sólo la lectura del artículo permite hacerse una idea válida del tema o los temas tratados.

Conscientes de estas dificultades, hemos hecho lo posible para limitar a un mínimo los márgenes de error, tratando de establecer un corpus si no exhaustivo, por lo menos confiable. Para ello recurrimos a los siguientes centros informativos: Sección Periódicos de la Biblioteca del Congreso, lo que nos permitió establecer un repertorio de (casi) todos los artículos de J. Edwards entre los años 20 y 70; Archivos Edwards Bello, Referencias Críticas, Alfonso Calderón y Silva Castro (Biblioteca Nacional – Referencias Críticas); Archivo del Escritor (Biblioteca Nacional); Centro de Documentación de la B’Nai B’rith de Santiago.

Joaquín Edwards Bello nació en 1887 y murió en febrero de 1968. Descendía directamente de Jorge Edwards Brown, fundador de la familia Edwards en Chile y de don Andrés Bello de quien era bisnieto. Tanto desde el punto de vista social como desde el punto de vista económico fue un privilegiado.

De sus estudios en el Liceo de Valparaíso conservó un mal recuerdo. “El Liceo se define en la aglomeración de fealdades propias para asustar a los niños. Es el ogro de nuestra infancia. El edificio, los profesores, los programas son para erizar los cabellos. El niño sensible se encoge como un caracol”<sup>2</sup>. Como muchos otros escritores chilenos de la época, no cursó estudios universitarios.

Durante los 81 años en que Edwards Bello permaneció en esta tierra, ocurrieron en el mundo acontecimientos que tuvieron una gran influencia en la historia del pueblo judío. Recordemos, entre los más relevantes, el famoso “caso Dreyfus” (1894-1906), la emergencia de las dictaduras europeas (Hitler, Mussolini, Franco, Salazar...), el Holocausto, la creación del Estado de Israel.

<sup>1</sup> De Luigi, Juan: “Incorporación de Joaquín Edwards Bello a la Academia”, *El Siglo*, 23 de mayo de 1954.

<sup>2</sup> J.E.B.: *Valparaíso*, Santiago, Editorial Nascimento, 1955, pág.32.

En 1921 el autor de *La Chica de Crillón* formalizó sus relaciones con *La Nación* y comenzó a colaborar en ella de manera regular y frecuente. Se suelen recordar los Lunes y los Jueves de J.E.B., pero es sabido que sus crónicas sobrepasaron de lejos estos dos días rituales. La audiencia, el éxito y el prestigio que conquistó con sus artículos son apenas imaginables en el contexto actual. Fueron ellos, tanto o más que sus novelas, los que le valieron el Premio Nacional de Literatura (1943), el Premio Camilo Henríquez concedido por la Sociedad de Escritores (1950), la incorporación a la Academia Chilena de la Lengua (54), la designación como ciudadano ilustre de Valparaíso (58), el Premio Nacional de Periodismo en la especialidad de redacción (59).

¿Tenía la clase a la que perteneció Edwards una posición definida respecto a los judíos? Y, en caso de respuesta afirmativa, ¿en qué medida influyó en el ideario del escritor? Se ha escrito mucho sobre las diatribas de Edwards Bello contra la aristocracia chilena, sobre su anticlericalismo de juventud, sobre su casamiento con una dama de extracción modesta, sobre su precaria situación económica en los últimos años de su vida. Todo ello es efectivo, pero no necesariamente índice de "desclasamiento", como algunos lo han pretendido. La casa de Santo Domingo no debe hacernos olvidar las mansiones de Condell, Montolín o de la avenida Kléber; el matrimonio con doña Marta Albornoz no debe disimularnos los vínculos sentimentales con doña María Letelier del Campo; sus ataques a cierto clero obtuso no son contradictorios con su adhesión al cristianismo y su devoción a la Virgen María; su relativa pobreza fue, en gran parte, el resultado de la imprevisión y del juego. Visualizar a Joaquín Edwards como un pobre, un izquierdista o un desclasado constituye, a nuestro juicio, un error. Su ternura ante el Roto fue concomitante con el orgullo—constantemente manifiesto—de su pertenencia a las grandes familias patrias.

Parece igualmente interesante interrogarse sobre la forma en que pesó su formación intelectual y su auto-didactismo en su aprehensión del hecho judío. Joaquín Edwards leyó muchísimo, retuvo enormemente, constituyó un archivo proverbial. Pero más que los aspectos cuantitativos, importa conocer sus fuentes de trabajo, sus referencias, el tipo y organización de sus conocimientos; cuáles fueron sus lecturas, qué había en sus archivos, de dónde extrajo la documentación, qué fenómenos retuvieron particularmente su atención, etcétera.

Cuando, a los 17 años, llegó Edwards Bello a París, la ola de antisemitismo suscitada por el asunto Dreyfus distaba de haberse extinguido y los anatemas de Drumont, Barrès, Déroulède, etcétera contra "el pueblo elegido" se mantenían vigentes. ¿En qué medida la prensa y la ideología de la época gravitaron sobre el futuro gran cronista? Sabemos muy bien que el *affaire* no constituyó su primera preocupación y que, desde su llegada, se lanzó al descubrimiento de la Ciudad Luz con una fruición comparable a la de su Tonio Salcedo (*Criollos en París*); es altamente presumible que el grave estado de salud de su padre haya acaparado gran parte de la atención y de las conversaciones familiares. No obstante, "el caso" había cobrado tales proporciones al interior del Hexágono, que resulta

difícil imaginar que, de una u otra manera, no haya rebotado en el núcleo Edwards Bello. En varias ocasiones Joaquín menciona a Maurice Barrès y nunca ocultó su admiración por ese gran periodista que fue León Daudet. ¿Cuándo se introdujeron en su universo intelectual? ¿Tuvieron alguna influencia en su formación ideológica? Aunque de difícil respuesta, las preguntas merecen ser planteadas.

Como ha sido expresado, durante varios decenios Joaquín Edwards ejerció en *La Nación* un magisterio indiscutible. Cada una de sus crónicas era leída, citada, comentada por chilenos de diferente posición (presidentes, ministros, parlamentarios, pero también estudiantes, modestos funcionarios, obreros) que apreciaban su lenguaje claro y directo, la gama de sus intereses, su tendencia demistificadora, su pasión por Chile. De ahí la importancia de sus proposiciones frente a los grandes problemas que agitaron la primera mitad de nuestro siglo; de ahí nuestro interés por conocer su visión del fenómeno judío y sus reacciones frente a personajes y acontecimientos que incidieron en el destino del pueblo del Israel.

## II. ¿ANCESTROS JUDÍOS?

No es de excluir que el interés de Edwards Bello por el pueblo hebreo tenga su origen en una interrogación sobre sus propios orígenes familiares. Esta curiosidad por el pasado, las genealogías, las raíces, es típico de las aristocracias y una de las formas de legitimar o de "naturalizar" su posición social. La ascendencia judía no es, en sí, ni ennoblecedora ni envilecedora; el que pueda ser lo uno o lo otro depende de la mirada que se proyecte sobre ella o, si se trata de comunicación, de la forma en que ella se escenifique verbalmente frente a un lector o interlocutor.

En 1928, J. Edwards escribió un artículo que consigna en una de sus partes: "Una vez fui en París a un teatro donde ponían una pieza judía, de lo más judío, y me sentí en mi casa, entre gente de grandes cejas, narices regulares, pelo espeso y labios abultados"<sup>3</sup>. Aunque, manifiestamente, esa "gente" no responde a su categoría física, el "me sentí en mi casa" es casi una confesión de pertenencia, una forma apenas diferente de decir: "me sentí entre los míos".

No obstante, la duda persiste y, para hacerse una idea clara sobre el asunto, el escritor investiga y echa mano a todo lo que se relaciona con nombres judíos, judíos conversos, presencia judía en Latinoamérica: diarios, revistas, libros, etc. Entre estos últimos, cita la *Historia de los marranos* de C. Roth, *Los judíos en Chile* de Günter Böhme y la *Historia de la Inquisición en Lima* de José Toribio Medina.

Según la lista de nombres hebreos que figura en la obra de Böhme, "mi familia es judía por cualquier lado que se la analice", pero de acuerdo al comentario

<sup>3</sup> J.E.B.: "Los judíos", *La Nación*, 23 de octubre de 1928.

que Edwards hace de aquélla, en el repertorio citado no están todos los que son ni son todos lo que están. Así, "no me parece dar por comprobado el judaísmo del apellido Edwards porque así dicen aquí. De la misma manera, el apellido Ross no fue nunca judío, sino escocés". En todo caso, "no lo son por la rama de origen inglés, sino a causa de los casamientos con chilenas"<sup>4</sup>.

En varios de sus escritos Edwards Bello alude a su bisabuela paterna, Isabel Ossandón Iribarren y Niño de Cepeda, de la que "se dice que era hija de un plateiro expulsado por la Inquisición en Lima". El empeño por prolongar la identificación de la dama se comprende al leer algunos comentarios del cronista respecto a su hipotético parentesco (o "relación de sangre") con Santa Teresa de Avila quien, como es sabido, se llamaba ... Cepeda.

No obstante, de todos los apellidos que conforman su árbol genealógico, "el más sospechoso de judaísmo"<sup>5</sup> es el apellido López que compartieron la madre de Andrés Bello (Ana Antonia López) y la del famoso ensayista francés M. E. de Montaigne. "Los criollos antiguos, acota don Joaquín, *llevamos a cuesta una larga y variada genealogía*"<sup>6</sup>.

La gran mayoría de los judíos que emigraron a nuestro continente en la época de la conquista y de la colonia fueron de origen español, es decir, *sefaraditas*. El decreto de expulsión firmado por los Reyes Católicos en 1492 no les dejaba alternativa: o se convertían o dejaban la Península. Posteriormente no bastó con la conversión y, para postular a ciertos cargos, fue necesario someterse a la *prueba de sangre* y atestiguar la calidad de *cristiano viejo*. Sin contar con que cualquier judío sospechoso de *judaizar* (practicar en secreto su religión) podía hacerse acreedor a la hoguera.

Presuntamente emparentado con judíos sefaraditas, Edwards les otorga una atención particular y no deja de oponerlos a los judíos *ashkenazim* (del Este de Europa) configurando un cuadro de tipo maniqueísta: "Los árabes y judíos que pasaron a España algunos mil años antes de Isabel y de Torquemada pertenecían a la más selecta aristocracia oriental (...) Los judíos eran de tipo moreno, elegante, esbelto. Nada tienen de común con los actuales judíos alemanes, polacos, rusos"<sup>7</sup>.

En "Los Judíos en Chile", J. Edwards vuelve sobre el mismo tema y escribe, sin temor a la hipérbole: "Los judíos de origen español o sefarditas (...) se ufanan de pertenecer a la tribu de Judá y no reconocen vínculos de familia con los otros judíos de Alemania, de Polonia, de Rusia y demás. El sefardita (...) se diferencia de los otros a causa de su físico imponente, su distinción y su inteligencia. Ni Borbones ni Haztsburgos podrían alardear de un linaje parecido al de dichos israelitas, en antigüedad y gentilhombría adquirida y pulida en muchas genera-

<sup>4</sup> J.E.B.: "Nombres de judíos sudamericanos, ingleses, franceses, italianos", *La Nación*, 4 de septiembre de 1938.

<sup>5</sup> J.E.B.: "Los judíos en Chile", *La Nación*, 3 de febrero de 1949.

<sup>6</sup> J.E.B.: *Ibid.*

<sup>7</sup> J.E.B.: "Cómo son los judíos", *La Nación*, 8 de diciembre de 1938.

ciones. Se ha dicho que algunas familias hebreas llegaron a lo que es ahora la Península Ibérica antes de Cristo<sup>8</sup>.

Iguales apreciaciones en lo que respecta a los judeo-españoles ("geniales y magníficos") que jugaron un rol importante en la historia de Inglaterra: "Habían conservado la dignidad, el porte y la soberbia española. Miraban con desprecio a los judíos de otras ramas". Una cita de Walter Besant, novelista británico de fines del siglo XIX, es utilizada por Edwards para reforzar su visión de los sefaraditas londinenses: "Son la aristocracia más antigua de un linaje tan viejo, que a su lado un noble feudal es una callampa"<sup>9</sup>.

El razonamiento implícito en su re-presentación del pueblo hebreo en relación a sí mismo parece ser éste: es presumible que una parte de mi familia tenga sangre judía, pero hay judíos y judíos: los aristócratas (o sefardíes) viejísima estirpe a la que pertenecen los Bello, los López, los Pinto, etc. y los otros (ashkenazim), que los primeros "desprecian". Hemos hablado de "visión maniqueísta"; el siguiente enunciado refuerza esta apreciación y resume muy bien tanto su percepción de los judíos como el lugar que reivindica el escritor entre ellos: ... "si mis antepasados comieron los panes ácidos y bebieron los dulces vinos de Sión, yo reclamo para mí la parte de la familia de los Profetas y no de los acaparadores"<sup>10</sup>.

Junto con plantear sus hipotéticas vinculaciones con el pueblo de Israel, Joaquín Edwards evoca, en ocasiones, sus amistades judías. No obstante, antes que las declaraciones de principios o las especulaciones genealógicas, resulta interesante averiguar cómo el escritor interiorizó su presunta condición de descendiente de judíos conversos. Las referencias, al respecto, son escasas. Un relato de Alone, crítico perspicaz cuya admiración por el cronista no empañó jamás la lucidez a que lo obligaba su oficio, ilustra con claridad lo chocante que resulta al escritor el simple hecho de ser percibido como judío: "Con la mayor buena fe le dije a Joaquín que él debía de tener algo de judío. Nunca lo hubiera hecho. Se demudó. Se puso a pasearse por la sala, agitado. Salvo una flecha, que, si era por la nariz, yo debía ser más judío que él, no las emprendió en mí contra, no se demostró enojado, sino 'sentido', como si hubiera recibido una herida. Se quejaba, decía que él había estado en muchas partes del mundo, pero que en ninguna le habían dicho algo tan pesado, que tenía que ser en Chile, etcétera. No me dejó contestarle y, estupefacto por el efecto de mis palabras, tampoco habría sabido hacerlo. Por último, sin despedirse, me dio vuelta la espalda y salió"<sup>11</sup>.

¿Cómo explicar la reacción del cronista? ¿Como una simple expresión de malhumor pasajero? ¿Como la revelación de un sentimiento íntimo disimulado por un discurso oficial que no termina de articularse? ¿Como la manifestación espontánea de alguien que no quiere asumir la parte de semitismo que, según

<sup>8</sup> J.E.B.: Cf. 5.

<sup>9</sup> J.E.B.: "Judíos en Londres", *La Nación*, 6 de octubre de 1949.

<sup>10</sup> J.E.B.: Cf. 1.

<sup>11</sup> H.D.A.: "Joaquín Edwards y sus fantasmas", *P.E.C.*, 23 de febrero de 1968.



sus propias declaraciones, pudiera circular en su sangre? Más que la de proporcionar respuestas simples, difíciles de probar con certeza, convengamos en que la función del analista reside, fundamentalmente, en suscitar interrogantes y en tratar de establecer, más allá de las contradicciones, una síntesis coherente.

### III. CARACTERIZACIÓN DE LOS JUDÍOS

Una de las principales funciones atribuidas al lenguaje es la de representación. Con ello quiere significarse, por una parte, que las palabras no constituyen la realidad sino su expresión simbólica; y por otra, que ella es reconstruida de acuerdo a la visión que de ella tiene el sujeto comunicante.

Los lingüistas utilizan el concepto de *modalización* para designar la forma en que el locutor se posiciona frente a su enunciado, a su interlocutor, al objeto del discurso. Las “modalidades apreciativas”, corrientes en las operaciones de caracterización, son quizás las más aptas para conocer la evaluación que hace el locutor del referente. En las líneas que siguen nos abocaremos a estudiar la forma en que Joaquín Edwards representa y evalúa a los judíos.

Entre los escollo que debe salvar toda persona que discurre sobre agrupaciones humanas, cabe tener en cuenta los tres siguientes: la tendencia a la generalización, el empleo de instrumentos conceptuales inadecuados y la tendencia a la simplificación. “La generalización –dice S. Moirand– juega (...) un papel comunicativo específico: trata de actuar, en forma quizás inconsciente, sobre las creencias del otro, transformando una experiencia individual en una verdad de valor general”<sup>12</sup>. Joaquín Edwards es el primero en ponernos en guardia contra este verdadero pecado intelectual: “Generalizar sobre los judaicos es pueril”<sup>13</sup>, expresa en uno de sus primeros escritos sobre el tema. Al margen del cual encontramos (en el ejemplar conservado en su Archivo), la siguiente nota manuscrita: “Es claro que me parece estúpido echar en cara el asesinato de Jesús a *todo* el pueblo israelita”. Su crónica “Cómo son los Judíos” previene igualmente al lector contra el riesgo de las generalizaciones: “Alrededor del asunto de los judíos se entretajan innumerables fantasías. Desde luego, podemos asegurar que hay muchas clases de judíos...”<sup>14</sup>.

Otra de las tentaciones a la que son proclives etnólogos poco rigurosos es el empleo indiscriminado de conceptos que las ciencias sociales manejan con cautela. Por ejemplo, el de raza. “La raza –dice P. Gaxotte– es un hecho propio de la zoología: representa la continuidad de un tipo físico (...). No se confunde ni con la lengua, ni con la nacionalidad, ni con la cultura ni con la religión. No existe raza latina, ni francesa, ni bretona, ni aria, sino una cultura latina, una nación, francesa, un pueblo bretón, lenguas arias o indoeuropeas”<sup>15</sup>. ¿Y el caso de los ju-

<sup>12</sup> Moirand, Sophie: *Une grammaire des textes et des dialogues*, París, Hachette, F.L.E., 1990, pág. 76.

<sup>13</sup> J.E.B.: Cf. 3.

<sup>14</sup> J.E.B.: Cf. 7.

<sup>15</sup> Gaxotte, Pierre: *Histoire des Français*, París, Editions Flammarion, 1951, pág. 21, vol. I.



díos? Particularmente, somos renuentes a agruparlos bajo el término de "raza", menos por razones científicas que por razones semánticas. Se ha postulado que el *sentido* de un vocablo es el resultado de sus múltiples usos. Teniendo en cuenta los usos que ciertas corrientes ideológicas han hecho de la expresión "raza judía", parece conveniente o evitarla o proceder, como lo hace Sartre, con grandes precauciones: "No negaré que haya una raza judía. Pero ante todo es necesario entendernos. Si consideramos como raza ese complejo indefinible en el cual se hace entrar sin orden ni concierto caracteres somáticos y rasgos intelectuales y morales, no creo en ella más que en las mesas giratorias. Lo que llamaría, a falta de algo mejor, caracteres étnicos, son ciertas conformaciones físicas heredadas que encontramos con más frecuencia en los judíos que en los no judíos. Aún en esto conviene ser prudente: habría que decir más bien: en las razas judías. Sabemos que todos los semitas no son judíos, lo cual complica el problema; sabemos también que ciertos judíos rubios de Rusia están todavía más alejados de un judío crespo de Argel que de un ario de la Prusia Oriental"<sup>16</sup>. Aunque Sartre declara no negar la existencia de una raza judía, las restricciones que establece para el uso de la expresión son tales, que tornan el concepto poco operatorio.

Joaquín Edwards expresa igualmente su desconfianza frente al uso del término "raza" o del sintagma "raza judía". Es así como ya en 1928 escribe: "¿Hay intrínquilis mayor que el de las razas?" y, en el mismo artículo: "El asunto de las razas es casi siempre un guirigay. Nada categórico podríamos afirmar"<sup>17</sup>. Diez años después, vuelve sobre el tema y afirma: "uno llega a creer que hay razas, pero que éstas dependen en parte del clima, de las condiciones de vida o de la manera de buscarse el sustento (...) Un negro del Brasil es diferente de un negro de Harlem"<sup>18</sup>.

Refiriéndose a los estereotipos, R. Preiswerk y D. Perrot aluden a uno de sus rasgos mayores: la simplificación. "La realidad –afirman– es simplificada, lo que tiene por efecto no una clarificación sino un ocultamiento de elementos esenciales a la comprensión. Esta simplificación procede de una elección limitada de elementos específicos, de omisiones conscientes y de simples olvidos. Que esta cognición selectiva sea orientada voluntariamente o no lo sea, sólo nos interesa en segundo análisis"<sup>19</sup>. En teoría, J. Edwards comparte este punto de vista y suele rebelarse contra la tendencia a reducir a los judíos a unos cuantos rasgos caricaturales: "Respecto a los judíos impera el prejuicio de las narices largas y la avaricia. ¿Qué hay de verdad en ambas cosas? Por mi parte declaro que he visto judíos ñatos y generosos y otros narigones y jugadores, que no parecían tener una gran reverencia al Poderoso Caballero don Dinero"<sup>20</sup>. Años más tarde, el

<sup>16</sup> Sartre, Jean Paul: *Reflexiones sobre la cuestión judía*, Buenos Aires, Sur, 1960, pág. 56.

<sup>17</sup> J.E.B.: Cf. 3.

<sup>18</sup> J.E.B.: Cf. 7.

<sup>19</sup> Preisberk, R. - Perrot, D.: *Ethnocentrisme et Histoire*, Paris, Anthropos, 1975, págs. 237-8.

<sup>20</sup> J.E.B.: Cf. 3.

cronista retoma el tema de la variedad de los hebreos, declarando que “hay muchas clases de judíos... (que) hay también el judío chato o ñato, de nariz deprimida, cóncava y labios gruesos; hay el judío negro de cabellera ensortijada. En fin, hay mucho...”<sup>21</sup>.

Las citas consignadas en los párrafos precedentes muestran a un Edwards escrupuloso intelectualmente y consciente de las limitaciones propias a la expresión científica. Desafortunadamente, la teoría es a menudo contradicha por la manera en que, a través de sus sucesivos escritos, va esbozando el retrato del pueblo de Israel. Sucede incluso que la contradicción es inmediata y flagrante; que los sentimientos del cronista no se resignan a aceptar lo que eventualmente le dicta su cabeza. Es así como, después de haber reconocido que existe el judío ñato, el negro, etcétera –es decir, el principio de diversidad–, echa pie atrás y agrega: “Pero el entendido los sabe reconocer en algo, entre miles, sobre todo en la manera de mover las manos y los brazos”<sup>22</sup>. Dicho en otras palabras, no obstante las diferencias, existe para el escritor una *esencialidad judía* que se traduce en determinados rasgos físicos; no en la forma de la nariz ni en el color de la piel, sino en el movimiento de las manos o en otros que enuncia en una crónica del año 28: “Si alguna cosa me permitiría conocer a los judíos es la viveza de los ojos, especialmente en los niños, el encrespado de los cabellos y el grosor sensual de los labios...”<sup>23</sup>.

Si bien no faltan en la producción de Edwards expresiones admirativas respecto a la belleza o apostura de un tipo de judíos, tampoco están ausentes determinadas descripciones dignas del lápiz de Doré. Un ejemplo de ellas nos lo proporciona *El monstruo*, su segunda novela, donde el lector se enfrenta a un “mundo despreciable de agencieros, joyeros i usureros, casi todos judíos, que (...) triunfan en los alrededores de *Enghien les bains*... sin más armas que sus sonrisas enigmáticas, su perfecto conocimiento de las debilidades de sus semejantes, sus hipócritas reverencias i la lente circular para valorar joyas...”<sup>24</sup>. Diez y ocho años después, Don Joaquín esboza el siguiente retrato *del* judío de Whitechappel, barrio popular del Londres: “ha conservado la mímica extraña de Shylock, las barbas y el gesto negativo, arqueando las cejas e inclinando la frente, en tanto las manos descarnadas se abren a ambos lados de la cabeza cual enorme orejas supletorias”<sup>25</sup>.

Pero más que los rasgos físicos, hay otros indicadores (orientaciones laborales, cualidades, defectos o preferencias, comportamientos sui generis, etc.) que nos parecen más adecuados para circunscribir la mirada proyectada por J. Edwards sobre los judíos.

<sup>21</sup> J.E.B.: Cf. 7.

<sup>22</sup> J.E.B.: Ibid.

<sup>23</sup> J.E.B.: Cf. 3.

<sup>24</sup> J.E.B.: *El Monstruo*, Santiago, Imprenta y Litografía La Ilustración, 1912, pág. 34, 2ª edición.

<sup>25</sup> J.E.B.: Cf. 3.

El universo socio-profesional en que éstos se mueven, está constituido principalmente por especialistas del dinero (banqueros, financieros, prestamistas, especuladores, etcétera); por sabios, intelectuales, médicos y artistas (músicos, actores, anticuarios); por joyeros y por peleteros acostumbrados a "pasar gato por liebre", en sentido figurado como propio (venden cabros y conejos chilenos por cibelinas y petits gris importados). En general, "operan en los terrenos más aptos para usar la astucia"<sup>26</sup>.

Según Edwards, *el judío se siente bien entre las multitudes*, "en los focos densos de la humanidad": el banquero o el agiotista echa sus redes y sabe *pescar su parte* "dondequiera hay río revuelto financiero"<sup>27</sup>.

La imagen del judío improductivo nos es sugerida en varias ocasiones, sin que se sepa a ciencia cierta si el autor la asume o no. Ej.: "Nunca producen, *al decir de sus detractores*. Es exactamente el mismo cargo que les hace ayer, en la sección Cartas al Público, el señor Carlos Maggi, *quien parece conocer el asunto a fondo*. Ninguno de ellos produce un poroto en Chile, dice el señor Maggi"<sup>28</sup>. El 7 de abril del 46, en su respuesta a la carta de un lector, el periodista reanuda con el tema y declara, sirviéndose de un pronombre indeterminado: "Se les echa en cara la incapacidad para producir. Hitler creía que Cristo no pudo ser judío... puesto que su padre era carpintero"<sup>29</sup>.

No son raras las citas en Joaquín Edwards. Un diccionario define sucintamente dicho procedimiento como "un texto extraído de un autor o de un personaje célebre para ilustrar o reafirmar lo que se sostiene". Al examinar las citas del cronista, uno se percata que las "autoridades" que suele convocar no poseen a menudo la calidad de tales, ya sea porque se trata de sujetos no especificados, ya porque carecen de competencia o ecuanimidad. A tal punto que es lícito preguntarse si la cita no constituye para Edwards un subterfugio, una manera de delegar en otro lo que le resulta difícil sustentar directamente. "Cuando (los judíos) son pocos, sus trabajos pasan inadvertidos. Sin embargo, *dice un escritor contrario a ellos* que si se silenciara el mundo un instante, nuestros oídos percibirían un inmenso rumor de dientes de roedores triturando toda la armazón humana del planeta. Es el judío laborando"<sup>30</sup>. ¿Por qué razón, reconociendo que se trata de un testimonio parcial, lo trae a colación? ¿Existe realmente ese escritor? Y en la afirmativa, ¿por qué no haberlo nombrado? ¿Porque su nombre no constituye una referencia honorable? ¿Para no poner demasiado de manifiesto sus afinidades con ciertos intelectuales antisemitas, entre los cuales se destaca León Daudet, "extremista del anti judaísmo" a quien Edwards profesa una admiración no disimulada?

El 13 de julio de 1967, a menos de un año de su muerte, Joaquín Edwards Bello recibe en su casa a Alfonso Calderón y se enfrasca en un apasionante monólogo. Más que conversar, a don Joaquín le gustaba monologar, sin ser interrumpido. En el curso de sus charlas, saltaba de un tema a otro y, en esa ocasión,

<sup>26</sup> J.E.B.: "El furor antisemita", *La Nación*, 4 de septiembre de 1938.

<sup>27</sup> J.E.B.: "Matanzas de judíos", *La Nación*, 27 de agosto de 1929.

<sup>28</sup> J.E.B.: "Emigración siria y judaica", *La Nación*, 04 de abril de 1935.

<sup>29</sup> J.E.B.: "Confesiones de un corrector de pruebas", *La Nación*, 07 de abril de 1946.

<sup>30</sup> J.E.B.: Cf. 26.

abordó de paso el tema de los judíos: "Aguirre Cerda, declara a su interlocutor, hizo algo muy bueno. Trajo a los judíos y a los refugiados españoles (...) ¡Dios se lo pague a Aguirre Cerda! (...) Y Nasser decía: -Los borraremos del mapa. No les aguantaron "nadita". Son una fuerza incontenible. Superarán a todos porque son inteligentes. Y todo esfuerzo"<sup>31</sup>.

La idea del judío cerebral, inteligente, intelectual, es una constante en las crónicas de J. Edwards. Unida al esfuerzo, al sentido de la organización, a la astucia, esta inteligencia les confiere un poder inmenso, "Son irresistibles -afirma- y mucho más cuando se incrustan en pueblos dejados a media evolución"<sup>32</sup>. En uno de sus artículos alude a la "fuerza y poderío de las aglomeraciones israelitas"; en otro asevera que "al judío no se le persigue por inferior sino por la imposibilidad de competir con él"<sup>33</sup>.

Trabajador, lo es y en demasía, pero "la actividad cerebral del judío es tan enorme que no se puede contentar con labores costosas, largas y aburridas"<sup>34</sup>. En otras palabras, su inteligencia lo dispensa de ese trabajo que demanda sudor y esfuerzo y se inscribe en la monotonía del tiempo; ella le otorga un status de trabajador privilegiado cuya actividad no se ejerce ni en la tierra ni en las máquinas sino en lo que Edwards llama "las recámaras cerebrales"<sup>35</sup>.

Pero el judío de Edwards no es sólo inteligente, sino también *astuto*. "La astucia, dice Marmontel, es una fineza práctica en el mal". El diccionario Larousse Ilustrado la asimila a "ardid", a "maña" y la opone a "candidez" y "lealtad", cualidades que, si somos consecuentes, estarían ausentes de "la raza discutida". Expresiones de esta astucia serían su capacidad mimética, ("Para afirmarse socialmente en otros medios mas elevados, el judío tomará aspecto de cristiano..."<sup>36</sup>, su duplicidad ("Aquí en Santiago las tiendas semitas son las que más venden santos..."<sup>37</sup>), su arribismo incontrolado. La caballeriza, en el caso de Jesús, el chinchel y el baratillo (en otros casos) son "el trampolín donde se lanzan a la conquista del mundo"<sup>38</sup>.

Hay, en este pueblo que observa y mitifica Edwards Bello, una potencia, una fuerza arrolladora que a la vez lo irritan y fascinan. El judío que describe es un triunfador nato, refinado y sibarita, terriblemente conservador, pero los escasos rebeldes (Jesús, Trotsky, Freud, Einstein, etcétera) hacen remecer los cielos del universo. Las ideas de *invasión*, *conquista*, *fuerza*, *poderío*, *ocupación*, etcétera parecen inherentes a este conjunto "invencible", que, en las primeras páginas del *Monstruo*, es presentada bajo los rasgos de una "horda invasora (...), mil veces más temibles que un ejército victorioso de hunos"<sup>39</sup>.

<sup>31</sup> Calderón, Alfonso: "Joaquín Edwards Bello. Ocho conversaciones", *Atenea*, N° 419, marzo de 1968, pp. 11-20.

<sup>32</sup> J.E.B.: Cf. 4.

<sup>33</sup> J.E.B.: Cf. 29.

<sup>34</sup> J.E.B.: Ibid.

<sup>35</sup> J.E.B.: Cf. 27.

<sup>36</sup> J.E.B.: "Los judíos santiaguinos", *La Nación*, 17 de abril de 1930.

<sup>37</sup> J.E.B.: Ibid.

<sup>38</sup> J.E.B.: Cf. 28.

<sup>39</sup> J.E.B.: Cf. 24, pág. 35.

## IV. "ESPECÍMENES JUDÍOS"

Es común que, cuando Joaquín Edwards Bello cita a una personalidad judía, haga mención y operativice su calidad de tal. Un actor israelita, por ejemplo, no puede ser sino un actor-israelita y sus orígenes étnicos-religiosos no pueden ser neutralizados, ya que contrariamente a lo que sucede con un actor no judío, condicionan necesariamente su visión del mundo, su manera de sentir y de pensar. En otras palabras, el no judaísmo sería una forma de libertad, el judaísmo, una expresión de fatalidad. Varias crónicas de Joaquín Edwards Bello giran en torno a individualidades semitas que se han destacado o han hecho noticia y que, en virtud de lo expresado, constituyen ilustraciones vivientes de los rasgos que el escritor atribuye al pueblo judío. Entre éstos, el lector reconocerá varios de los ya citados o sugeridos; a ellos se agregarán algunos más que vienen a completar el retrato que, a través de varios decenios, Edwards esbozó del pueblo de Israel.

En junio de 1936, don Joaquín publica en *La Nación* un artículo titulado "Su Majestad Chaplín". Una lectura rápida del mismo basta para comprender que la noción que desea actualizar con el empleo de dicho término honorífico es la de *poder* y que aquélla le sirve de pretexto para acceder —por un mecanismo de transferencia aparentemente inocente— a la de dictadura. "Su triunfo —escribe, refiriéndose al actor británico— es aún mayor que el de todos los dictadores de sus patrias, porque él es un dictador de la patria universal. Un Mussolini es discutido y aun podrá terminar mal (...). Chaplín es indiscutido...". En ningún momento el cronista se detiene a analizar la diferencia entre estas dos "dictaduras". Ambos se confunden bajo la misma etiqueta porque ambos triunfan y fascinan a las multitudes; y el dictador-artista, según Joaquín Edwards, es más dictador que el político, puesto que su imperio está fuera de discusión. El hecho que el primero sea el resultado de un consenso y el segundo de la fuerza no parece inquietar a nuestro Premio Nacional; la polisemia del término, le permite ese desliz.

El 20 de enero de 1941, el escritor vuelve sobre el tema en una crónica a propósito de *El Gran Dictador*, la célebre película de Chaplín. El 41 fue, como se sabe, un año particularmente doloroso en la historia del judaísmo contemporáneo; el de la invasión de Rusia por las tropas hitlerianas y de la puesta en marcha del plan de supresión masiva y sistemática del "pueblo elegido". Insertas en ese contexto, las palabras "raza", "ghetto", "judío", etc. no podían sino adquirir resonancias especiales; hablar de "judío" en ese entonces equivalía a evocar a una población en vías de exterminio.

El dictador de que se nos habla en este artículo no es sino la prolongación del que se nos presentó en el 36. "Chaplín conoce la gloria", "las manías y caprichos de los hombres que mandan", "ha sentido las emociones del poder y de la fuerza"... "es dictador a su manera". Desconcertante lógica la de este escritor que hace derivar la dictadura del éxito y que postula la asociación automática de éste con el poder y la fuerza. Desconcertante también el encadenamiento argumental que sigue a su premisa: "... ha sentido las emociones del poder y de la

fuerza. De ahí que no puede perdonar a otro poder (...) el agravio que ha hecho a su raza, a la raza semita. El hijo del Ghetto de Londres no puede aceptar el desprecio de un superhombre germano a su raza. Por cuanto él también se cree superhombre, y viene de la nada. Entonces da en crear la suprema película o venganza del Ghetto de Londres contra la cólera celestial de Goering. Por cada bomba que deja caer Goering en su tierra natal, él dejará caer un sarcasmo en el pueblo alemán”.

Como podemos observar, Edwards Bello no asevera que *El Gran Dictador* constituye –según él– la expresión de un sentimiento de venganza de un judío hacia una potencia que ha infligido una inmensa tragedia a varios millones de judíos. Su óptica es diferente. Se trata de *un poder* que ha impuesto un *agravio* a otro poder; de dos entidades aparentemente simétricas; de dos *superhombres* en situación de igualdad; de la venganza luchando contra la cólera; de un sarcasmo al que se le ha inyectado dinamita. Todo lo cual no hace sino banalizar la acción de los alemanes; magnificar en forma desmesurada el poder de los judíos; dejar entender implícitamente que las responsabilidades son compartidas. Ahora bien, lo que podía haber sido leído como una metáfora, como una simple imagen –comprometedora, pero imagen al fin de cuentas– adquiere ribetes de realidad con las aserciones que siguen y que tienden a hacer del símbolo una realidad contra la que no hay apelación posible:

“Su raza (la de Chaplín) mantiene el poder tremendo de Sansón, la fuerza destructora más solapada, sutil de la tierra. Así han sido sucesivamente destruidos los mayores mitos de la Edad Media europea; el caballero del Santo Grial, la jerarquía social, Newton, Leonardo, Don Juan, la aristocracia católica. El Ghetto se ha quedado con el oro, la música, el arte, la literatura, la pintura, los bancos y las tiendas”.

Volvemos así a la imagen del judío omnipotente, destructor e indestructible, avasallador, acaparador, astuto, transgresor y, al mismo tiempo, capaz de los mayores refinamientos. De este judío al que no se quiere dar la cara (¿qué otro sentido atribuir a la omisión del complemento de agente en el caso de la oración pasiva o al empleo del colectivo “el Ghetto” en la proposición que sigue?) y que va adquiriendo progresivamente los rasgos tenebrosos de Satanás, es decir, del Mal, contra el que se desencadena la cólera del mariscal Goering. A estas alturas del texto, los roles parecen totalmente invertidos: más que el par o el verdugo, el director del célebre Plan Cuatrienal se nos presenta como el defensor de los grandes valores (o mitos) de la sociedad occidental, minada por los judíos.

Edwards Bello sigue con mucha atención la evolución de los Frentes Populares europeos, a propósito de los cuales escribe varias crónicas en las que los responsabiliza del ascenso de las dictaduras y los culpa de los peores males: “El Frente Popular, pese a su nombre imponente, es un espantapájaros, o peor que ello, un furúnculo, producto de la necesidad de los que creen que los incendios se pueden apagar con papeles y saliva”<sup>40</sup>. Entre los representantes de este movi-

<sup>40</sup> J.E.B.: “Frente Popular, destructor de la democracia”, 5 de junio de 1936, en:

miento, evoca a menudo la figura de León Blum, primer ministro francés (1936-1938) al que tilda de “millionario populachero”, plutócrata demagogo, *judío*, dueño de diario semi-comunista, a cuya redacción acude cada tarde en su poderoso automóvil de ciento cincuenta mil francos<sup>41</sup>. La pasión obnubila al redactor de *La Nación* y le induce a olvidar las extraordinarias cualidades intelectuales del Blum y su innegable contribución al desarrollo social de su país. Su fortuna, su coche y, al mismo tiempo, su pertenencia a un partido de izquierda, lo transforman de por sí en un demagogo, no obstante ser propietario de un periódico semi-comunista y haber adoptado una serie de medidas que le acarrearón el odio de la derecha francesa. No cabe duda que Edwards se siente más cerca de dirigentes como Hitler y Mussolini, “hombres de la plebe, sanguíneos, fuertes, (que) “carecen de manera para expresarse, ignoran las sutilezas de la diplomacia de carrera”, proyectando con ello “un poder substancial de sinceridad”<sup>42</sup>. Contrariamente al *judío* Blum, éstos “no saben acumular dinero para ellos mismos, pero saben distribuirlo y acumularlo en forma colectiva”<sup>43</sup>.

Como se habrá constatado, el contexto en que el periodista introduce el epíteto “*judío*” muestra por sí solo la imagen que el autor se forja de los hebreos en el momento de escribir su artículo; la incorporación del término en una enumeración de atributos peyorativos basta para “contaminarlo” y conferirle una coloración negativa.

Otro “especimen admirable de la raza” es el financiero de origen ruso Sergio Rubinstein, asesinado en los años 50 en su residencia neoyorquina. Según el relato de J. Edwards, “Rubinstein tuvo dos grandes pasiones: el dinero y las mujeres” Poseía un fichero de mujeres bonitas y una fortuna espectacular. Era hermoso: “parecido a Gary Grant. Color té aguado y cabellos negros”... “Pareció que las guerras debieron exterminar a este género de personas, con sus crueldades viciosas y sus cinismos materialistas” escribe Edwards a propósito del “lujurioso Rubinstein”<sup>44</sup>. Curiosa construcción que deja entrever la contradicción entre un deseo, guiado por motivaciones moralistas y el temor a expresarlo francamente. “Pareció que las guerras iban a exterminar...” habría resultado más aceptable desde el punto de vista semántico, pero en qué fundar ese “parecer” que, a nuestro juicio, no tiene otro objeto que disimular un deseo (avalado por el verbo “deber”) que queda puesto en evidencia al suprimir “pareció que...”? El empleo del verbo “exterminar”, común en las descripciones del Holocausto, contribuye a aumentar la perplejidad del lector.

---

Edwards Bello – Corresponsal de guerra – Guerra Civil española – Segunda Guerra Mundial, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1981. Artículos extraídos de *La Nación* de Santiago, de *La Patria* de Concepción y del *Correo* de Valdivia y recopilados por Alfonso Calderón. El diario a que pertenece el artículo no es especificado por el compilador. En adelante designaremos esta obra con las iniciales C.G.

<sup>41</sup> J.E.B.: “El fracaso de los Frentes Populares”, junio de 1936, in. C.G.

<sup>42</sup> J.E.B.: “Naciones millonarias y naciones proletarias”, 16 de junio de 1940, in. C.G.

<sup>43</sup> J.E.B.: *Ibid.*

<sup>44</sup> J.E.B.: “Asesinato de Rubinstein”, *La Nación*, 1 de febrero de 1955.



Edwards Bello recuerda que los Rubinstein “brillaron en la música, en la Bolsa, en las tiendas de antigüedades, en los teatros”, espacios privilegiados de los judíos, según ya lo ha manifestado el escritor. Cada uno de ellos representa una actividad, pero es también un signo. La Bolsa es el signo de lo fluctuante, de lo inestable, del riesgo; el teatro, el dominio de las máscaras y la expresión de las apariencias; las antigüedades, como las pieles y las joyas, se sitúan en la frontera entre lo cierto y lo incierto, lo auténtico y lo falso; la música es la magia a la vez que lo abstracto, la posibilidad de construir paraísos artificiales pulsando una tripa de animal o haciendo circular aire a través de una caña. ¿Dónde reside el determinismo? ¿Fueron esas actividades las que condicionaron el carácter de los judíos o fueron éstos quienes eligieron los trabajos que mejor se adaptaban a su temperamento íntimo? Cualquiera que sea la respuesta, la asociación constante entre determinados trabajos y determinado grupo social encierra el judío en un disyuntiva impuesta desde fuera y sugiere la idea de una “fatalidad laboral” a la que parece irremediamente condenado.

Chaplín, ángel que disimula “los pies de sátiro debajo de las túnicas celestes” y Sergio Rubinstein comparten un rasgo al que hasta ahora apenas se había aludido, no obstante ser, según el periodista, característico de los hebreos. “Entre sus muchos enemigos el judío tiene uno solapado y terrible: es la lujuria”. Chaplín tuvo que salir de Estados Unidos bajo las “acusaciones de satiriasis”. Rubinstein encontró en Nueva York “el harem con que había soñado en su niñez” y en el que podía ejercer su “pujante sexualidad de *giovannotto*”.

Se habrá observado que la adjetivación usada por Edwards Bello para calificar el universo “judaico” resuena a menudo con acentos de anatema: “crueldades viciosas”, “cinismos materialistas”, “enemigo solapado y terrible”... Se diría el discurso de un predicador medieval; discurso tanto más desconcertante cuanto que el sujeto discurrante estuvo mil veces expuesto a las mismas debilidades (por no decir “pecados”) que denuncia en los judíos: amor al juego, tendencia al lujo, sed de éxito, etc. Lo que nos da derecho a preguntarnos si la imagen que construyó el escritor del pueblo hebreo no fue algo así como un espejo que le devolvía, ampliada, su propia imagen; imagen que no siempre asumió y que muchas veces le produjo sentimiento de rechazo.

La imagen del judío temible y tenebroso cobra en el artículo sobre el asesinato de Rubinstein ribetes caricaturales: “Los judíos promueven misteriosos temblores en las ciudades que ocupan, mediante el cine, la literatura, el culto de la belleza física... Velada pornografía pasa como un céfiro agradable sans en avoír lair... Pero hay algo más en ciertos judíos: ejercen una atracción mortal, un magnetismo que no parece de este mundo”. Uno de ellos es Rubinstein, quien “podía destruir a sus enemigos mediante fluidos letales emanados de su portentosa organización cerebral”... Los gases letales que provocaron la muerte de millones de judíos en los centros de exterminio aparecen aquí como el arma mortífera utilizada por Sergio Rubinstein, “espécimen admirable de su raza”.

Los judíos... ciertos judíos... un judío (S. Rubinstein)... Este vaivén permanente entre lo general y los particular contribuye a que no sea siempre fácil discernir entre lo que concierne al conjunto y lo que es atribuible a un sub-conjun-



to o a una de sus partes. Es posible que el mismo escritor se hubiera visto en dificultad para determinarlo. Resulta evidente que, no obstante ciertos índices engañosos, el discurso de Edwards no puede definirse ni como racional ni como científico; se trata a menudo de un discurso de tipo *poético* aplicado a objetos sociales, pero sin el rigor ni el cuidado que el verdadero sociólogo confiere a la palabra. Lo importante para el cronista es crear una atmósfera; mucho más que categorizar, establecer límites o argumentar en forma lógica. El empleo permanente de recursos analógicos (con todo lo abusivo que hay en ellos); la calificación y la descalificación constantes; la inserción de anécdotas y de ejemplos de un valor ilustrativo a menudo discutible; el empleo de términos propios a hacer trabajar la imaginación, etcétera... hacen de Joaquín Edwards un escritor sui-generis que combina elementos ficcionales con elementos reales, historia con poesía; pero que resulta, no obstante, convincente (y hasta creíble) menos por la validez de la argumentación que por la autoridad que el cronista sabe atribuirse a sí mismo a través de la utilización de determinados mecanismos discursivos.

El artículo sobre el asesinato de Rubinstein concluye resaltando que el financiero internacional "practicaba la magia negra". Sin ninguna transición, el autor nos informa que "El primer nombre en el Diccionario Infernal por Collin de Plancy es Aarón, judío" y que "este mago (...) manejaba una legión de demonios". Aun cuando la relación entre las dos afirmaciones no aparece explicitada por ninguna marca formal precisa, no cabe duda que, al yuxtaponerlas, el autor no persigue más que una cosa: pasar *del* judío a *lo* judío, de lo satánico individual a lo satánico colectivo. Y Aron nos conduce a Asmodeo, "llamado Asmodai por los rabinos, personificación de la serpiente que tentó a Eva ... superintendente de las casas de juego y de los aposentos galantes". "Es seguro, —agrega— que alrededor de esta clase de hombres se acumulan fuerzas defensivas y adversas...". ¿Cuál es el referente preciso en este caso? ¿Qué concepto cubre exactamente "esta clase de hombres" que, con sus riquezas ostentosas, "no se hacen simpáticos al nombre corriente"? Cuando se ha hablado de "espécimen" apenas queda lugar para la duda.

Sigmund Freud<sup>45</sup>, Julius y Ethel Rosenberg<sup>46</sup>, encarnan, igualmente según J.E., algunos de los rasgos más sobresalientes del pueblo hebreo. En el artículo dedicado al primero, la relación entre lo individual y lo cultural no es mencionada explícitamente; el momento en que fue escrito no lo hacía quizás aconsejable. En la crónica sobre los Rosenberg, sin embargo, el *trasfondo judío* es subrayado desde las primeras líneas: "Acusados, acusadores y jueces pertenecían a la *raza escogida y discutida*". Como es su costumbre, el escritor contextualiza su artículo evocando algunos hechos cuya relación con el tema central no es inmediatamente evidente. Nos recuerda, por ejemplo, que el poeta judío Heine no olvidaba los ataques, que Dreyfus "marchó" con goce morboso a su suplicio... "a pesar de su inocencia"; que Chaplín, en la película *Candilejas*, escenifica el fracaso

<sup>45</sup> J.E.B.: "Enemigos de Freud", *La Nación*, 26 de septiembre de 1939.

<sup>46</sup> J.E.B.: "Los Rosenberg", *La Nación*, 26 de junio de 1953.

de un artista... Todo esto, presumiblemente, para dejar sentado el carácter vengativo y masoquista de los judíos; su culto por las lágrimas; una cierta paranoia de la persecución... “La delectación en la derrota y en la invención de no existentes derrotas permaneció en ciertas porciones del pueblo español con ascendencia judía”, escribe el autor, significando, por una parte, que la derrota es un plato sabroso al paladar de los judíos, a su temperamento morboso y, por otra, que parte de sus mentados sufrimientos son el producto de la imaginación.

Al aludir a la “tendencia hereditaria (de los judíos) al sufrimiento o a la simulación del dolor”, reintroduce el tema de la ambivalencia y del fingimiento, pero en lo que éstos pueden tener de más chocante. De acuerdo a su percepción, los hebreos no sólo son profesionales del sufrimiento, sino actores del mismo. La incertidumbre que suscita la calidad de sus pieles es igualmente aplicable a la autenticidad del dolor que manifiestan y que cultivan, a veces, de manera ritualística: “He conocido familias populares chilenas, de origen judaico, que planeaban reuniones en cuartos sombríos para contarse historias truculentas y llorar en conjunto”. ¿Qué tiene que ver todo esto con la ejecución de los Rosenberg? Por momentos uno piensa que la evocación de ciertos temas son utilizados por el autor como pretexto para expulsar sus fantasmas en torno al “pueblo discutido”.

Respecto al caso mismo, Joaquín Edwards, tiende a dejar sentada la tesis del judío internacional para quien no hay más patria que “su casa”, es decir, la patria judía dispersa por el mundo. “El patriotismo de esta raza —escribe— condensó, durante la pasada guerra, en el odio ultranciero contra Hitler. Razones le sobraban...”. Una vez más la construcción de la frase no puede menos que sorprendernos: el patriotismo (elemento positivo), se convirtió en odio (elemento negativo); más aún, en odio “ultranciero”; juicios que pierden su fuerza con la yuxtaposición de la frase que sigue. Es el juego sutil y permanente de la tensión y de la distensión en el que el cronista se complace cuando aborda temas frente a los cuales tiene posiciones encontradas.

Los Rosemberg, según Edwards, se sacrificaron por la “causa judaica” y entregaron los secretos atómicos a los rusos no tanto para desestabilizar a los norteamericanos como para recompensar a los rusos de hacer “dado el golpe mortal a Hitler”. Pero también por razones menos idealistas relacionadas con los intereses personales. “El hecho de haber vendido dichos secretos —concluye J.E.— les resta simpatía”. La afirmación queda en el aire. Libre al lector casual el determinar si esa supuesta (y no atestiguada) codicia afecta únicamente a la pareja. Pero para el lector regular del cronista, no existe duda posible: el carácter interesado y mercantil es inherente al pueblo judío. La diferencia es importante; el lector ocasional se enfrenta a un solo texto; el regular lee una crónica como el capítulo de un libro, es decir, es sensible a lo que los lingüistas llaman la “intertextualidad”; es capaz de establecer relaciones entre los textos ya escritos y aquel al que se enfrenta; está en condiciones de llenar las entre-líneas a partir de lo que el escritor ya expresó.

También Freud nos es presentado como una especie de mercader, pornógrafo y deshonesto: “Freud tuvo la habilidad de catalogar y de hacer un comer-

cio regular de ciertos fenómenos humanos que no pueden ser honestamente catalogados ni deben servir de materia comerciable”, escribe en su crónica “Enemigos de Freud”. Nuevamente, el escritor solicita el testimonio de otros (en este caso, de los enemigos del personaje), para volcar su mal humor. El psicoanalista es comparado a Paraf, judío estafador, acusado “de sacar oro del asunto apasionante y universal de ahora y de siempre: del sexo”. Algunas de sus obras son calificadas de “puzzle obsceno o juego de ingenio” en el que, como era previsible, no está ausente “el truco”. El artículo concluye con una cita del amigo Mariano Latorre: “Después de leer a Freud, hasta el beso de una madre en la frente se hace sospechoso...”. Veintidós años después, en una crónica relativa a la película *Psicosis*, repite (pero en estilo indirecto) la cita del autor de *Zurzulita* y recuerda que el crítico Omer Emeth trató de *cochinadas* las teorías freudianas. “Psicosis”, precisa Edwards, “proviene de la novela de Robert Bloch, otro judío”. Y agrega: “Lo inesperado, lo demoledor y creador a la vez proviene de Israel”<sup>47</sup>.

El enfoque que hace Joaquín Edwards Bello del fundador del Psicoanálisis parece poco conforme a la imagen del periodista culto, riguroso, documentado que algunos críticos han trazado de él. Hablar de obscenidad a propósito de Freud es como acusar de indecencia a Miguel Ángel porque omitió cubrir el sexo de algunas de sus esculturas; asumir el término “cochinadas” a propósito de sus teorías equivale a adoptar la perspectiva del hombre rústico que substituye el análisis por la descalificación; utilizar a los “enemigos” de Freud para caricaturizar las teorías del médico vienés resulta insólito de la parte de un escritor que se preciaba de ser un defensor encarnizado de la verdad; insistir en aspectos anecdóticos en absoluto probados, es una forma de situarse en el terreno privado de la conversación de café. ¿Cuáles fueron las fuentes que utilizó el cronista para disertar sobre el tema? Difícil responder. Si consultamos su Archivo (carpeta Freud), sólo encontraremos artículos de divulgación publicados en revistas y diarios que ningún especialista podría tomar en serio. Entre ellos, uno de León Daudet titulado “La mystification freudienne” en el que se califica el complejo de Edipo como “una morbosidad pura y simple” y a Freud como a un *commis voyageur de la publicité*. Que Edwards Bello admirara las condiciones de periodista y el estilo mordaz del escritor antisemita, no merece comentario; que lo utilice como referencia para hablar de Sigmund Freud, plantea dudas sobre la solidez y la seriedad de sus fuentes.

El lugar ocupado por la mujer en el corpus que estudiamos es más bien limitado. En su artículo titulado “El furor antisemita”, Edwards alude a ellas y subraya “el escaso número de judías que se deja atraer por hombres de otra raza que la suya”. Agregando más adelante: “antes que el racista ario, el racista judío, personificado en sus mujeres, prefiere el barrendero semita antes que el junquer prusiano”. Pronto tendremos la ocasión de referirnos al pretendido “racismo judío” y a la propensión del periodista a ponerlo en paralelo con el “racismo ario”. Contentémonos, por el momento, con observar que el sentido que Ed-

<sup>47</sup> J.E.B.: “Psicosis en el cine”, *La Nación*, 8 de junio de 1961.

wards atribuye al término “racismo” es discutible. Ignoramos dónde está atestiguado que sea escaso el número de judías que prefiere los judíos a los no-judíos; y de qué judías se trata. ¿Una judía ortodoxa, por ejemplo, sentirá la misma atracción por un judío ortodoxo que por un agnóstico? ¿Una muchacha sefardí decidirá de la misma manera frente a un ashkenazí que a un sefardí? ¿Una joven que, colocada frente a la disyuntiva de elegir entre un muchacho cristiano y otro judío, pero cuyo origen no conoce, tenderá, “por instinto de raza” a preferir al segundo? ¿No sería más razonable hablar de tendencias culturales que de tendencias raciales? Y, al fin de cuentas, ¿qué hay de sorprendente en el hecho que un pueblo disperso desarrolle reflejos endogámicos en un afán de reconquistar su unidad perdida? Se ha aducido que Edwards Bello era un periodista, no un sociólogo, lo que lo obligaba a ir rápido, a no entrar en detalles, pero el argumento no parece válido pues el uno como el otro son igualmente *responsables* ante sus lectores.

En marzo del 55, Joaquín Edwards escribe una crónica a tres columnas titulada “Theda Bara, judía y vampiresa”. Menos del 10% de la superficie impresa está dedicada a la célebre actriz; el resto de la crónica gira esencialmente en torno a una pretendida tendencia de los judíos a cambiar o a *disfrazarsus* apellidos. El nexa entre las dos partes lo constituye el hecho que T. Bara se llamaba en *realidad* Teodosia Gutman o Goodman. Otra actriz (“sobrenatural”), Sara Bernhard, habría hecho lo mismo, trocando su apellido de origen, Bernard, por el de Bernhard. “Parecido fue el caso de la actriz judía Rachel”, hija de un caballero suizo de apellido Félix... como María Félix.

Buena parte de los ejemplos seleccionados por Edwards son extraídos del universo teatral, es decir, de un universo en que se re-presenta, se finge, se simula y que, en el artículo citado, es ilustrado por expresiones tales como “cambiar”, “disimular”, “disfrazar”, “hacerse llamar”, “ser en realidad”, “no ser... sino”. Lo que plantea indirectamente y una vez más el problema de la autenticidad, de la credibilidad, del parecer opuesto al ser. En forma, a nuestro juicio, poco convincente y no totalmente coherente. El cambio de nombre, de apellido o de ambos es un procedimiento corriente entre las personas que adquieren una nueva nacionalidad; más aún, a veces es sugerido por la administración del país de adopción; o el resultado de un error por parte de los funcionarios encargados de transcribirlos; o una práctica banal en el ejercicio de ciertos oficios (el teatral, por ejemplo). Por otra parte, el hecho que muchos judíos, intencionadamente, hayan tratado de disfrazar o de cambiar el suyo cuando eran perseguidos, es un hecho natural y no parece dar pie a interpretaciones laterales. Finalmente, si la intención es la de disimular los orígenes hebreos, ¿en qué medida la introducción de una “h” en el apellido Bernard, por ejemplo, puede cumplir este propósito? ¿O el de adoptar el nombre de Rachel –típicamente judío–, en lugar de Isabel Félix, mucho menos marcado? ¿Y si el apellido Félix es tan ostentadamente judío, como lo sostiene el escritor, y la tendencia natural de los judíos es la de disimular sus orígenes, ¿por qué la célebre actriz mexicana María Félix no tuvo la idea de atribuirse otro?

“Theda Bara, judía y vampiresa”... Como ya lo expresamos, el desfase entre

el título y el contenido de la crónica es flagrante. Queda en suspenso una pregunta: ¿por qué, en un artículo en que apenas se alude a la actriz, haber elegido un título en el que se yuxtaponen los atributos “judía” y “vampiresa”? Los analistas de discurso son escépticos en cuanto a la inocencia de los signos y de su disposición en el texto. “Vampiresa” deriva de “vampiro”, substantivo que un diccionario define de la siguiente manera: “fantasma que, en la noche, sale de su tumba para ir a chupar la sangre de los vivos”. Figurado: “hombres ávidos de dinero y chupadores de sangre”. A estas alturas del análisis, no es absurdo suponer que, de manera consciente o inconsciente, Joaquín Edwards haya querido, a través de esta imagen, actualizar el mito del judío explotador y ávido de riquezas.

#### V. EMIGRACIÓN, ASIMILACIÓN, RACISMO

El procedimiento recién descrito no es excepcional en el autor de *El Roto*; el que consiste en introducir en el título de su crónica un signo fuerte, orientado semánticamente, propio a golpear la imaginación, pero que no es justificado por el artículo que lo sigue. Otro ejemplo probante lo constituye “Conquista de Chile por los judíos” ¿Qué entiende el lector que, de golpe, se enfrente a este enunciado? Que una colectividad (o parte de ella), penetró a Chile en un momento de su historia, se apoderó del país y lo sometió a su poder. ¿De qué se trata, en realidad, en el texto? De un judío londinense que *propuso* a Cromwell la formación de una escuadra para conquistar Chile. Nada más, pues “Inglaterra no dio el pase *al proyecto judaico*”. A un hecho casi anecdótico se le confiere así, por la magia de un título con ribetes sensacionalistas, un valor de paradigma. Joaquín Edwards da por supuesto que “los judíos de Londres (...) contaban encontrar en Chile una quinta columna”, insinuando con ello la idea de traición, ligada a la de doble pertenencia.

El tema de la capacidad de integración de los judíos solicita varias veces la atención de J. Edwards. Sus opiniones, al respecto, son bastante fluctuantes. En un artículo del año 28 asegura que “la familia judía es muy asimilable al medio que escoge o patria adoptiva”<sup>48</sup> y pone como ejemplo a los judíos de origen ruso radicados en la provincia de Entre Ríos: “son, a la segunda generación neo-argentinos con muy poco de sus antepasados. Se desprenden poco a poco de su religión y de sus costumbres”. Meses después, en su crónico sobre los judíos santiaguinos, pone el caso de cuatro escritores judíos (Zangwill en Londres, Gerchunoff en Buenos Aires, Waldo Frank en Nueva York, Sara Singer en Santiago) totalmente identificados con las ciudades en donde residen. Y no son casos aislados, pues el periodista declara conocer “más de un judío importante de la colonia (israelita) y fuera de ella que adora esta tierra (Chile)”, a lo que agrega “Ya están incorporados”. No deja claro si estos judíos son los mismos que —como expresa al iniciar su crónica— llegaron a este país “oliendo la prosperidad y que permanecen fieles a sus panes ácimos y a sus vinos de Sion”. De serlo, podríamos de-

<sup>48</sup> Cf. 3.

ducir que no habría incompatibilidad entre la fidelidad a las tradiciones importadas y el amor a la patria de adopción.

Cinco años después, Joaquín Edwards escribe una nueva crónica en que apenas disimula su descontento por el tipo de inmigrantes que comienza a llegar a Chile. En ella establece una diferencia entre los europeos (anglosajones, franceses, italianos, españoles) "que nos educaron de manera bastante provechosa" y la nueva emigración "que reciben las regiones del Río de la Plata y Chile (...) compuesta en su mayoría de sirios, árabes y judíos". Sin introducir juicios apreciativos directos, el autor hace conocer su pensamiento mediante una constatación (no comentada, pero pletórica de implícitos) y dos citas. "Estados Unidos cerró sus puertas a la gente que aquí las encuentra abiertas de manera casi exclusiva", escribe, dejando en el aire la pregunta: ¿por qué los chilenos no hacemos otro tanto? Luego invoca a Manuel Gálvez, quien en su libro *La Argentina* declara que "Buenos Aires es ya la segunda ciudad judía del mundo", lo que inspira a su admirador chileno la reflexión siguiente: "De seguir recibiendo en vasta escala nuestra América dejará de ser lo que fue para convertirse en un guirigay de tipo oriental". La segunda cita proviene de "un doctor que veraneaba en Constitución" y que le dijo: "el sur se está volviendo turco". Todo lo cual explicaría por qué razón el chileno de 1935 (fecha de publicación del artículo), es más moreno que el de comienzos de siglo.

Como ya se ha visto, la hostilidad que marca Edwards (o sus personajes o E. B. a través de sus personajes) a la presencia judía en Chile es antigua y coincide con el inicio de su carrera como novelista. Se diría incluso que, muy acentuada en su juventud, se fue atenuando (o haciéndose menos patente) con el correr del tiempo. Las líneas que le dedica en *El Inútil* traducen con claridad sus sentimientos y percepciones al escribir su primera novela:

"Cuando (Eduardo) pasaba por la calle Bandera, sentía repugnancia al ver el triunfo de Israel en esa calle chilena. Pasaban victoriosos con legajos y libretas coloradas bajo el brazo, los Rubinstein, los Klahn, los Schwartzenberg i todos esos judíos llegados ayer que se habían enriquecido despojando a los chilenos incautos con sus malas artes. Habían (sic) también chilenos descendientes de judíos españoles que tenían casas bancarias o que eran corredores de propiedades. Eduardo los adivinaba fácilmente por sus narices aguileñas, su galantería simulada de tenderos o su mirada falsa i penetrante, asomando por encima de los lentes"<sup>49</sup>.

El texto precedente, esquematizado en el cuadro que sigue, contiene (o sugiere) varios de los tópicos que Eduardo Bello desarrollará posteriormente a propósito de los hebreos.

En su crónica "El furor antisemita" (septiembre de 1938), Joaquín Edwards vuelve sobre la cuestión de la asimilación y, sin temor a contradecirse, afirma que "el carácter del judío se define en su enorme poder de resistencia a la asimilación. El judío no quiere olvidar en parte alguna su carácter de forastero parape-

<sup>49</sup> J.E.B.: *El Inútil*, Santiago, Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1910, pág.120.

tado y diferenciado". Apoyándose, esta vez, en Jacques de Bainville y Bernard Lazare (periodista judío), Edwards —no obstante sus declaraciones anteriores— insiste sobre el carácter aislacionista e insociable de los judíos. "El pueblo de Israel se aisló. Se apartó del resto de los hombres. Quiso distinguirse de ellos por toda clase de signos. Se volvió a sí mismo inasimilable mediante un patriotismo indomable y tenso. Un orgullo feroz le permitió persistir. Se aisló del mundo. Lo que el mundo no perdona"<sup>50</sup>. Es la opinión de Bainville, que Edwards Bello asume como propia. A fines del mismo año, en una nueva crónica, declara que los judíos "se han hecho inadaptables sobre todo en las naciones europeas"<sup>51</sup>.

A pesar de haber afirmado que el judío no quiere olvidar en parte alguna su condición de forastero, el escritor tiende a marcar una diferencia entre los judíos de Europa y los judíos latinoamericanos. "El judío en América —escribe— pierde su calidad de insociable que lo hace sospechoso en Europa". Uno de los casos que mejor ilustraría este hecho es el del colombiano Jorge Isaacs "que fue capaz de sentir el cromatismo perfumado del paisaje y la riqueza espiritual de los hogares criollos en el Cauca"<sup>52</sup>. ¿Cómo explicar esta diferencia? Gracias a una cualidad que Edwards considera típica de nuestro continente: el sentido de la hospitalidad, es decir, la convicción que la política de los brazos abiertos es el mejor medio de recuperación: "América no tiene miedo al judío en la seguridad fuerte de asimilarlo y salir ganando". Una posición muy diferente sostuvo Benjamín Subercaseaux en las páginas de *Zig-Zag*<sup>53</sup>. Desde su punto de vista, los judíos son demasiado inteligentes y activos para que un pueblo como el nuestro pueda competir con ellos, por lo cual conviene evitarlos.

Como acabamos de verlo, lo que preocupa a Edwards no es que Chile se vea perjudicado con este enfrentamiento, sino la intervención de otros factores susceptibles de alterar cierto orden ideal, racial o social. "América —escribe— es una boca devoradora, inmensa, que produce americanos. Lo demás no nos sirve". Es por esa razón que sugiere a los judíos que van llegando a Chile que no se singularicen, que se disuelvan en la trama nacional, que "no publiquen periódicos ni remitidos", que pasen inadvertidos; es por eso que les desliza una y otra vez al oído un *consejo de huaso viejo*: "háganse los lesos". Lo diferente, las sinagogas, las letras hebraicas, los calendarios mosaicos, todo lo que pueda amenazar la identidad chileno-occidental, lo que pueda originar un "quirigay", incomodan a este cronista con asentada fama de rebelde.

La tendencia del pueblo judío a afirmarse como diferente engendra, según Edwards Bello, el racismo y el antisemitismo: "Al judío le pasó lo que a esas personas de un snobismo personal y de un orgullo diabólico, que se aíslan por su

<sup>50</sup> J.E.B.: Cf. 26. Cita extraída por el periodista en: *El antisemitismo y sus causas* de Jacques de Bainville.

<sup>51</sup> J.E.B.: Cf. 7.

<sup>52</sup> J.E.B.: Cf. 26.

<sup>53</sup> Subercaseaux, Benjamín: "Remedio con receta médica", *Zig-Zag*, 4 de julio de 1946.



propia voluntad y terminan echando la culpa de su aislamiento al mundo"<sup>54</sup>. En otras palabras, los responsables del antisemitismo no son los antisemitas, sino los propios judíos. "Torquemada era judío y *podría probar* que la persecución de judíos en Alemania no es de origen ario, sino semítico"<sup>55</sup>. Sin contar que, siempre según el cronista, la tendencia a separarse de los demás constituye una expresión de racismo: "¿...quiénes inventaron el racismo? Los judíos (...) ¿De dónde proviene la expresión aplicada a pueblos: 'sal de la tierra' que tanto agradaba al ex Kaiser? Es hebrea pura. La 'sal de la tierra' o Israel". En un artículo del 49 va aún más lejos y afirma que, en cierto sentido, Hitler fue un imitador de los judíos<sup>56</sup>. Edwards y Subercaseaux se muestran, en este punto, totalmente de acuerdo; sólo que el autor de *Jemmy Button* se expresa en forma mucho más asertiva: "Los judíos –afirma enfáticamente– son los racistas por excelencia, son el pendant del nazi, con el cual se vieron necesariamente en conflicto por su similitud psicológica"<sup>57</sup>. Ninguno de los dos escritores parece consciente de la grave-

AGENTES Bajo diversas designaciones	ATRIBUTOS (Profesionales, físicos psicológicos)	ACCIONES	MEDIOS	VÍCTIMAS
<ul style="list-style-type: none"> <li>* Israel</li> <li>* Rubinstein</li> <li>    Klahn</li> <li>Schwartzenberg</li> <li>* Esos judíos llegados ayer</li> <li>* Chilenos descendientes de judíos españoles (conversos)</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>Agentes bancarios</li> <li>Corredores de propiedades</li> <li>Tenderos</li> <li>Narices aguileñas</li> <li>Miradas falsas y penetrantes</li> <li>Triunfantes</li> <li>Victoriosos</li> <li>Falsamente galantes</li> <li>Objetos de repugnancia</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>Despojan</li> <li>Se enriquecen</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>Malas artes</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>Chilenos incautos</li> </ul>

<sup>54</sup> J.E.B.: Cf. 26

<sup>55</sup> J.E.B. "¿Hacia dónde camina España?", agosto de 1936 in: C.G.

<sup>56</sup> J.E.B.: Cf. 26

<sup>57</sup> Subercaseaux, Benjamín: Cf. 53



dad y de la implicancia de sus juicios; ambos engloban bajo la misma etiqueta –racismo– actitudes totalmente diferentes: una –la de los judíos (de ciertos judíos)– que consiste en afirmarse como *pueblo elegido de Dios*, otra, la de Hitler y los nazis, que postulan la existencia de razas superiores e inferiores, el derecho de las primeras a dominar las demás, la necesidad de proceder a procesos “depurativos” que, como se sabe, desembocaron en un genocidio del que no existe precedente en la historia de la humanidad. En tanto intelectuales –es decir, seres pensantes y responsables– ambos habrían podido preguntarse: ¿Qué sentido tenía el proclamarse pueblo elegido? ¿Por qué se persistió en esta noción? ¿Cómo se vivió? ¿Cómo se proyectó en el terreno de la acción?, etc. En lugar de ello, de ahondar en una realidad compleja, los dos autores proceden a interpretaciones que sólo parecen encaminadas a justificar sus prejuicios.

Joaquín Edwards insiste sobre la inadaptabilidad de los judíos y sobre su tendencia a aislarse, aunque acepta que en América Latina se funden más fácilmente en las sociedades nacionales. También estas afirmaciones merecen un examen: ¿La “inadaptabilidad” de los judíos es un hecho histórico o una fatalidad hereditaria? ¿Es o no efectivo que los alemanes tuvieron problemas para identificar a los judíos? ¿En qué se diferencia un judío francés de un francés no judío? ¿La ghettización fue un fenómeno voluntario o un fenómeno impuesto? ¿Por qué se acepta el que existan en ciertos países barrios chinos, alemanes, etc. y se niega el mismo derecho a los hebreos? ¿Por qué seguir considerando a los judíos como judíos y no como hombres que comparten los rasgos propios de la condición humana? ¿Por qué no considerar con serenidad la situación de los judíos en Chile? Si en Chile no ha habido un “problema judío”, es porque (salvo rarísimas excepciones) el judío –nativo o extranjero– no es mirado como un espécimen raro, singular o digno de estudio; porque a pocas personas se les ocurre preguntarse “¿Cómo son los judíos?” (como lo hace Edwards Bello en una de sus crónicas)<sup>58</sup> puesto que se da por entendido que los judíos son como cualquier colectividad, marcada por una historia y una tradición.

¿Es exacto que existen especialidades profesionales judías? ¿Es posible que existan algunos rasgos psicológicos diferenciadores? Es exacto y es posible, ¿pero por qué destacarlos en el caso de los hebreos e ignorarlos en el caso de otros conjuntos culturales? ¿Es efectivo que los judíos son excepcionalmente inteligentes? Y si es así, ¿en qué sentido ello ha perjudicado a Chile? Si un judío llega a Chile, se nacionaliza, tiene hijos, ¿no pasa a formar parte de este mosaico heterogéneo y diversificado que es la nación chilena? ¿Por qué entonces continuar considerándolo como judío?

Lo que ocurre es que a Joaquín Edwards le cuesta aceptar la alteridad o lo que se ha dado en llamar el derecho a la diferencia. La diferencia no le choca en la medida que la percibe como *no* totalmente diferente y encarnada en pueblos

<sup>58</sup> J.E.B.: Cf. 7.

que nos pueden dar lecciones (ingleses, franceses, españoles, etc.) o a los que el escritor puede darlas (los chilenos). El problema con los judíos residiría en que son demasiado diferentes (casi insondables), demasiado inteligentes y tan soberbios que no reciben lecciones de nadie. ¿Cómo penetrar—es decir, dominarse—ese universo de vinos de Sión, de panes ácidos, de letras hebraicas, poblado de seres voraces, lúbricos, dotados de una inteligencia que linda con el satanismo? Recuérdese el célebre libro de Montesquieu *Las cartas persas* y la reflexión de uno de sus personajes: *comment peut-on être Persan?* La pregunta no es muy diferente de la que formula el periodista chileno (“¿Cómo son los judíos?”) y que, por sí sola, convierte a éstos en *objetos* curiosos, dignos de la lupa de un científico.

Se ha dicho de don Joaquín que es un inconformista, un rebelde, un “hombre de avanzada”. Todo ello podría ser fácilmente atestiguado a través de una parte de sus escritos. Pero, tal como lo han sugerido algunos críticos, hay otra fase del escritor que lo muestra como un hombre timorato, conservador y mucho más dependiente de la ideología de su clase de lo que algunos han pretendido. Su discurso en torno a los judíos (pero muchos otros textos) podrían ser fácilmente vinculados con ciertas declaraciones de la extrema derecha francesa en diferentes momentos de su historia reciente. Comentando el lenguaje de uno de sus representantes (el diputado Pierre Poujade, célebre en los años 50), Roland Barthes escribe en una de sus *mitologías*: “El lenguaje del señor Poujade muestra una vez más, que toda la mitología pequeña burguesa implica el rechazo de la alteridad, la negación del diferente, el goce de la identidad y la exaltación del semejante”<sup>59</sup>. ¿No es ése el caso de Joaquín Edwards Bello cuando sugería a los nuevos emigrantes fundirse en una especie de chilenidad ideal?

## VI. LA PERSPECTIVA DE UN ESTADO JUDÍO

En 1891 fue enviado a París, en calidad de corresponsal del *Neue Freie Presse* (uno de los diarios de mayor circulación de la monarquía austro-húngara) el periodista vienés Teodoro Herzl. Durante los cuatro años que permaneció en la capital francesa, tuvo la oportunidad de seguir de cerca el asunto Dreyfus y fue testigo de expresiones de antisemitismo que nunca hubiera imaginado. Fue en ese contexto que Herzl llegó a la convicción que la única solución para substraer a sus congéneres del escarnio y las persecuciones a que se les sometía regularmente en diversas partes de Europa, era la fundación de un estado hebreo. “Mi proyecto no es una utopía”, declaraba, convencido, en una de las primeras páginas de su libro, publicado en febrero de 1896 bajo el nombre de *El estado judío*. La creación de una nación judía en 1948 y su reconocimiento por las Naciones Unidas vinieron a demostrar que Teodoro Herzl era más que un simple soñador.

En una crónica ya citada, Joaquín Edwards se muestra escéptico sobre la factibilidad de un estado donde cohabiten los judíos dispersos en diferentes

<sup>59</sup> Barthes, Roland: *Mythologies*, París, Seuil, 1957, pág. 98.

puntos del universo. Las razones que justifican esta actitud son fundamentalmente tres: la primera de ellas reside en el hecho que, según el escritor, los judíos son incapaces de entenderse entre ellos: "La Palestina, cuna de los judíos, fue siempre un foco de desorden y de intrigas (...) casi todas las regiones estaban en malas relaciones de amistad y, asimismo, las familias y las personas". La segunda razón es que los judíos ganan con la dispersión: "...actualmente, en mi concepto, son más felices que cuando vivieron en sociedad. El judío, al poner su planta en tierra extranjera vale un noventa por ciento más que en su propia tierra". El autor no visualiza tampoco un estado compuesto esencialmente por comerciantes: "...temo, y ésta es una opinión personal, que la idea de reunir a todos los judíos nuevamente en la Palestina es una utopía. ¿Todos juntos? No veo para qué ni comprendo lo que podrán hacer juntos ellos, que en medio de su dispersión milenaria y por el hecho de su dispersión, han centuplicado sus fuerzas materiales y espirituales. El temperamento comercial de ese pueblo parece haberse fundido en un solo molde de tal manera que no veo la posibilidad de tráfico ahí donde todos aspirarían al mismo género de trabajo basado en la oferta y la demanda"<sup>60</sup>.

La existencia misma del estado hebreo, el respeto a que se ha hecho acreedor y el lugar que en poco tiempo ha conquistado en el concierto de las naciones, demuestran por sí solos la falta de fundamento de las razones o aprehensiones expuestas por el escritor. No deja, por otra parte, de sorprender la seguridad con que habla de un pueblo tan antiguo; o el hecho que lo considere como un todo homogéneo y sin distinguir períodos históricos. Tampoco se comprende que en una crónica en la que el autor alude a una serie de masacres (Jerusalén, Casablanca, Bielóstok, Kiev) visualice como "felices" a los judíos dispersos. ¿Se "retemplan" los israelitas cuando no están reunidos? Habría que preguntarse cuántos y cuáles y, de ser cierto, si el hecho merece el tributo de tantos dolores. Respecto al mito del judío intrínsecamente comerciante, se vino al suelo no bien se estableció el estado de Israel. No faltan en dicho país ni agricultores, ni técnicos, ni industriales ni soldados, sin que, por ello, el negocio de las pieles o de los brillantes haya decaído.

Varios años después de publicado este artículo, algunas semanas después del célebre progrom nazi bautizado con el nombre de "la noche de cristal" (noviembre de 1938), Edwards Bello comienza a entrever las ventajas de una nación judía: "Desde el momento que carecen de Gobierno, administración y patria propios esto es, de fuerza defensiva, están expuestos a los atropellos". Las últimas frases de su texto no dejan duda de que el autor de *Valparaísoya* no concibe la creación del estado como una mera utopía: "Nadie perseguirá a los judíos si los diarios anunciaran de vez en cuando así: Llegó a Vigo la escuadra del almirante Golder, compuesta del buque insignia de 50 mil toneladas Pentatenco, los acorazados Sansón, David, Salomón y Abraham"<sup>61</sup>.

<sup>60</sup> J.E.B.: Cf. 27.

<sup>61</sup> J.E.B.: Cf. 7.

Los acontecimientos trágicos que aceleraron la creación del estado de Israel no parecen haber dejado huellas importantes en las crónicas de Joaquín Edwards. Los títulos, por lo menos, no contienen alusiones ni a las deportaciones masivas ni a las cámaras letales ni a los juicios de Nüremberg. Menos aún a la apatía demostrada por una parte del mundo civilizado frente a dichos acontecimientos. ¿Pero había realmente lugar a indignarse, puesto que, según lo expresado por Edwards, los judíos serían parcialmente responsables de sus desgracias? \*

Sólo quince años después de haber concluida la guerra, doce después de establecido el Estado, don Joaquín se despierta e interpela a Israel en una crónica cuyo título es "No matéis a Eichmann!"<sup>65</sup>. Una indignación más sostenida en los años dramáticos del Holocausto habría conferido mayor autoridad a este consejo, pero cada cual es libre de hablar o de callar cuando lo estime conveniente; luego juzgarán los demás. La verdad es que el escritor no se hace mayor ilusiones sobre la eficacia de su recomendación: "Los judíos se vengarán en Adolfo Eichmann. Es humano. Personas que han perdido padres, abuelos, hermanos, hijos en campos de tortura y de muerte no puede mirar eso como nosotros. El terror de antaño hace explicable el terror de hogaño. Ya lo tienen a Eichmann...". No hay duda que J.E. domina magníficamente el idioma, conoce el valor de las palabras, sabe escribir en la punta de los pies. Los judíos no van a vengarse *de* Adolfo Eichmann ("matador de judíos indefensos de la Alemania nazi") sino *en* Eichmann, con lo cual se atenúa la responsabilidad del dirigente nazi y se le transforma en chivo expiatorio. Tampoco son casuales los atributos seleccionados. "Es humano", escribe, (no: "es justo"), lo que podría parafrasearse más o menos por la expresión paternalista: podemos comprender la indignación de los judíos; con lo que se elude el problema de la responsabilidad del acusado para focalizar la atención en los sentimientos del acusador. Luego, con una incongruencia difícilmente aceptable, el auto pondera en la misma balanza "el terror de antaño" —el de varios millones de personas asediadas por sus verdugos— y "el terror de hogaño" —el que experimenta Eichmann frente a sus jueces, tornándolos equivalentes. "Ya lo tienen a Eichmann", expresa finalmente, convirtiendo al dirigente nazi en presa capturada (es decir, en víctima) y al sujeto inter-

\* No sería lícito olvidar que, de vez en cuando (aunque siempre muy de paso), el periodista se condele del drama judío, pero la mayoría de las veces esos sentimientos aparecen atenuados o contradichos o en contextos que tienden a demostrar la responsabilidad que cabe en ello al propio pueblo de Israel. Es así como, adelantándose en más de 50 años al nacionalista francés Jean Marie Le Pen, no duda en calificar la Shoa de *detalle*, "detalle doloroso", pero detalle al fin en el que "millares de inocentes expiaron por el crimen de contados financieros sin escrúpulos"; detalle en cierta medida comprensible, pues "los israelitas son inasimilables y los estados totalitarios no aceptan fuerzas parasitarias dentro de su fuerza"<sup>62</sup>. (J.E.B.: "Inglaterra, potencia oceánica contra Alemania occidental", 11 de abril de 1940.)

No habrá escapado al lector la manipulación de los dos últimos adjetivos, presentados prácticamente como sinónimos?

<sup>65</sup> J.E.B.: "¡No matéis a Eichmann!", *La Nación*, 9 de junio de 1960.

pelado (los judíos) en captores sedientos de venganza.

En un artículo posterior, en pleno proceso, Edwards escribe: "Creo (...) que es un error grave llamar proceso de Adolfo Eichman al que tiene lugar en Jerusalem. Debiera llamarse 'proceso del estado mental de un noventa por ciento del pueblo alemán, entre 1939 y 1945'"<sup>64</sup>. Es innegable que el juicio de Adolfo Eichman tuvo valor de símbolo, pero también lo es que el criminal nazi tuvo una responsabilidad personal que lo obligaba a dar cuentas de sus actos ante el pueblo que se pretendió exterminar. En lo que respecta al "estado mental" de los alemanes de la época, no cabe duda que sólo un pueblo alienado podía incurrir en los actos de barbarie a que se libró durante la Segunda Guerra. El mismo Abba Evan lo reconoce, quien, comentando el relato que se hace en la sala de audiencias del tribunal de Jerusalem del envío de un convoy de niños de Drancy a Auschwitz por orden de Eichmann, escribe: "Las dimensiones de esos actos revisten vital importancia si queremos comprender el alcance de la enfermedad mental que se había adueñado de la nación alemana"<sup>65</sup>. Pero la alienación tiende a eximir de culpa y constituye una circunstancia atenuante. Es por esta razón que, junto con poner en evidencia el aspecto inhumano de los acontecimientos descritos, también se subrayó en el juicio lo que hubo de premeditado, de detallado y de "científico" en el montaje de esa máquina de muerte; el número de personas que intervinieron en su funcionamiento; la aquiescencia acordada al proyecto hitleriano. Al enfatizar en la enajenación, al omitir tomar en cuenta el grado de conciencia con que las cosas se desarrollaron, se proyecta una visión parcial y *atenuada* de una empresa que segó millones de vidas.

En las postrimerías de 1945, año en que finalizó la Segunda Guerra Mundial, ocurrió un hecho en la ciudad de Rancagua que dio lugar a tres crónicas de Joaquín Edwards publicadas el 15 de marzo, el 7 y el 15 de abril de 1946 en el diario *La Nación*. En verdad, más que de crónicas, se trataba de respuestas a cartas recibidas por el cronista alrededor de las fechas señaladas. La primera de ellas<sup>66</sup> fue la de una dama de provincia que denunciaba un incidente y solicitaba la opinión del escritor. ¿De qué se trataba? En el mes de diciembre, un "Instituto Religioso" de Rancagua se había negado a renovar la matrícula a sus hijos por "no ser católicos de bautismo". Como el único establecimiento religioso masculino que existía a la sazón en Rancagua era el Instituto O'Higgins de los Hermanos Maristas y como la firmante habla en su carta de "antisemitismo", a nadie le cupo duda sobre la identidad del colegio ni sobre la filiación religiosa de aquélla y de sus hijos. Las preguntas (totalmente retóricas) planteadas por la expeditora al escritor y, por su intermedio, a la opinión pública, eran éstas: ¿el hecho de no ser católico constituye una razón suficiente para hacerse acreedor a la medida descrita?

<sup>64</sup> J.E.B.: "Un niño alemán en peligro de muerte", *La Nación*, 26 de mayo de 1961.

<sup>65</sup> Evan, Abba: *Mi pueblo. La historia de los judíos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1973.

<sup>66</sup> J.E.B.: "Niños judíos en colegios cristianos", *La Nación*, 15 de marzo de 1946.

¿Es ésto un signo premonitor que anuncia la llegada del antisemitismo a “nuestra querida tierra”? Y en caso de que llegue, ¿serán elementos “extranjeros” los que lo introduzcan?

La respuesta de Edwards es inusualmente larga. ¿Qué responder a esos requerimientos tan claros y precisos? Aparentemente el cronista no desea abordar el problema de frente; se diría que ni siquiera tiene una posición definida susceptible de ser sostenida con argumentos válidos. Colocado frente a esta disyuntiva y para salir del paso, utiliza un procedimiento bastante corriente en él, que R. Silva Castro llama *la fuga de ideas*:

“Plantea un tema, siempre de actualidad, en el convencimiento de que así asegurará la atención del lector, y, en lugar de ahondarlo y de producir sobre él nociones y hechos adecuados para establecer algo cierto, sale de caza por el contorno, en busca de anécdotas, chascarrillos, frases sueltas y recuerdos, tomados a veces de su archivo o simplemente de la memoria y narrando estas menudencias y otras cualesquiera, conforme aconseje la fantasía, se llena el espacio concedido al artículo. ¿El tema inicial? O queda olvidado, o lo que se dice en la crónica guarda con él una relación tenue, a veces de signo inverso”<sup>67</sup>.

La respuesta de don Joaquín a la dama rancagüina es una ilustración parcial del procedimiento descrito y puede articularse en cuatro temas principales, seguidos de una sugerencia a guisa de conclusión: a) una introducción, en la que compadece a las madres chilenas por los diversos problemas que deben afrontar al tener que matricular a su hijos en el mes de marzo. Para ejemplificar lo cual, trae a colación una novela de Vera Zouroff y otra de Alfonso Daudet en la que el hijo de una cortesana se ve impedido de ingresar a un colegio jesuita a causa de los antecedentes maternos; b) la intervención del demonio: no existe un catolicismo, sino varios y “el señor diablo se aprovecha de las innumerables ramificaciones del mundo católico para introducir en él la confusión y la guerra”; c) la lógica del fanático: la variedad es “inseparable de la naturaleza humana”; existe el cristiano asceta, el místico, el fanático, etc.: “*Naturalmente* el sacerdote fascista no podrá mirar con los mismos ojos que un sacerdote republicano al niño judío, hijo de judío, sobre todo si es judío moderno, ruso, alemán o polaco...”; d) la universalidad del racismo: aunque el racismo es ajeno a los Evangelios, *el instinto embrionario de la selección* es algo universal: “No hay un ser humano libre de la horrenda fatalidad de sentir y de escoger conforme a su gusto personal, desechando lo peor y no conveniente, en vista de los mejor”. Terminadas estas consideraciones generales, Joaquín Edwards se siente en la necesidad de aterrizar y de ofrecer algo concreto a la madre contrariada: “No se afane si sus hijos quedan fuera del colegio fascista. A veces en una tienda aprende el niño a conocer mejor la vida y la manera de comportarse. La grandeza norteamericana proviene del niño de las granjas”.

No es seguro que Edwards Bello haya respondido a las expectativas de su

<sup>67</sup> Silva Castro, Raúl: “Joaquín Edwards Bello y Daniel de la Vega, prosistas chilenos”, Hispanic Institute, Columbia University, New York, 1968, pág. 792.

corresponsal. Ésta planteaba al escritor un problema concreto y aquél responde por alusiones literarias (una de ellas de un gusto dudoso), sin relación evidente con el planteamiento formulado; o por disquisiciones en que, una vez más, el Destino substituye a la Historia, lo Natural a lo Cultural, la Fatalidad a la Libertad; o por una sugerencia de tipo pragmático en circunstancias que la autora de la carta esperaba, seguramente, una actualización de principios y una censura sin equívocos a la actitud del plantel. ¿Quiso, con ello, eludir su responsabilidad? ¿Se dio cuenta que su respuesta, tendía a excusar a los autores del hecho? Pues, siguiendo el razonamiento de don Joaquín, no serían éstos los verdaderos responsables de lo ocurrido sino Satán, instrumento de Dios, para poner a prueba la paciencia de sus súbditos; o la naturaleza humana que crea la variedad en las cual se inserta ineluctablemente el fanático; o la "horrenda fatalidad" de cuyo imperio nadie está libre. Sin olvidar la conclusión, especie de "happy end" (ocasión inesperada para los hijos de trabajar en una tienda) que podría ser resumido mediante el proverbio: "no hay mal que por bien no venga".

Este intercambio de mensajes dio origen, según el propio Edwards, a decenas de respuestas; entre ellas, la de "un alemán de Alemania" que fue publicada junto con otras dos, ajenas al tema<sup>68</sup>. Lo primero que sorprende al autor de esta carta es que la dama rancagüina haya elegido para sus niños un establecimiento católico. La respuesta a esta interrogante está contenida en una nuevo pseudo pregunta formulada en estos términos: "¿Está ella buscando solamente una cierta educación para sus niños o quiere que se rocen con niños bien?". Sigue un paréntesis (que constituye, en realidad el resto de la carta) en que el firmante comenta algunas de las medidas que el Führer adoptó respecto a los hebreos: "Hitler no ha perseguido a los judíos que se comportaron bien, sino a los que invadieron Alemania desde el Este"... "De los judíos nativos sólo un medio por ciento se dedicó a la agricultura... En Berlín, —con una población del 2%— el 88% de los médicos para mujeres eran judíos"... Entran igualmente en la balanza "las fechorías cometidas por los judíos después de 1918 no solamente en Alemania sino en Austria y especialmente en Hungría... Que exista un rencor en contra de ellos es más que explicable"... "¿Cuando una pulga... lo molesta, por qué no le hace cariño". Es verdad que "el judío no tiene la culpa de haber nacido como tal"; como lo es el que "un león, aunque nazca en un establo, siempre quedará un león". El problema judío constituye, pues, un callejón sin salida; los judíos son como son y ese ser único e inmutable los expone a determinadas consecuencias.

\* Respecto a la posición de los alemanes residentes en Chile durante la Segunda Guerra y a las repercusiones de un eventual triunfo de la Alemania nazi sobre nuestro país, Joaquín Edwards sostuvo algunas ideas que pueden aportar cierta luz sobre la disposición con que el escritor acogió la carta mencionada. «Respecto al posible triunfo de Alemania, declaro que no debemos alarmarnos. Ni es cierto lo de la quinta columna, ni tenemos motivo alguno para temer. Desde luego, el gobierno alemán hará diferencia favorable en su trato a Chile, por cuanto no olvida la noble actitud de nuestro gobierno para con ella en la guerra pasada (...). No. Jamás salgamos de la neutralidad»<sup>69</sup>.

<sup>68</sup> J.E.B.: Cf. 29.

<sup>69</sup> J.E.B.: "No hagamos de senegaleses", 2 de junio de 1940, in: C.G.



Lejos de responder frontalmente a las aseveraciones del autor de esta carta, Edwards se refugia en unas cuantas banalidades simpáticas respecto al carácter de los judíos (no son más avaros que los escoceses, dan animación a las ciudades, se dan buena vida, descuellan en diferentes campos del saber, etc.), a los judíos ingleses, al movimiento antisemita francés a fines del siglo XIX. Sólo se opone a su corresponsal para contar que “al judío no se le persigue por inferior”, problema que aquél no ha suscitado, y para rebatir el postulado de la inmutabilidad del león (equivalente del adagio “el que nace chicharra tiene que morir cantando”) con otro que tampoco el alemán discute: (usted) “olvida de que Nuestro Señor nació en un establo y era judío”

La tercera publicación<sup>70</sup> reúne tres nuevas cartas de lectores, acompañadas de las respectivas respuestas del cronista. La primera de ellas, encabezada por la fórmula “Amigo Edwards”, está escrita presuntamente por alguien que “trabaja bajo el mismo techo” y que se declara no judío. Junto con denunciar el antisemitismo como “la más torpe de las tendencias”, el autor establece una tipología más o menos humorística de los antisemitas chilenos y no hace ninguna alusión a la carta del “alemán de Alemania”. La respuesta de Edwards no agrega nada al debate. La tercera está firmada por “Un mediojudío bautizado” que denuncia “la desvergüenza”, “la ceguera” del alemán de marras, su filiación intelectual con Goebels y el ideario nazi. Junto con expresar su indignación, el firmante explica la tendencia aislacionista de los judíos por la actitud segregacionista de los chilenos a quienes invita a un comportamiento más hospitalario hacia aquéllos. La respuesta de don Joaquín se reduce a dos palabras: “Está bien”. El autor de la segunda misiva, León Arensburg, se indigna no sólo contra el lector alemán que atizó la polémica y al que trata de “sadista y cavernario”, sino contra el propio Joaquín Edwards a quien reprocha en términos durísimos al haber cedido sus columnas al primero; el no haber refutado o analizado sus afirmaciones, haciéndose cómplice de las mismas; el carácter frívolo e inadecuado de su respuesta: “Créame, señor J. Edwards B., que no me interesan sus conceptos u opiniones de los judíos. Ni con anécdotas, chistes, recuerdos y afirmaciones de otros autores que usted cita en su opinión de los judíos en el artículo. O no se publica el artículo de un cretino o... si se publica, se le responde y no se sale por la tangente sobre la avaricia judía, Ghetto judío y otras materias que no tienen ninguna atinencia con el pasquín que usted publica, ingiriendo un vejamen gratuito (...). Y es de lamentar que este golpe viene de parte suya, hombre de cultura superior y que está lejos de la propaganda nazi”.

El tono agresivo de la carta del señor Arensburg no parece justificar la respuesta desenfadada y liviana de Edwards quien, en lugar de responder con seriedad a los cargos que se le formulan o de tratar de comprender las razones de la indignación de su interlocutor, recurre a la ironía y al sarcasmo. “No le gustó la carta”: es el título que elige el escritor dejando así establecido que las consideraciones de Arensburg son subjetivas y más o menos arbitrarias. Su propia inter-

<sup>70</sup> J.E.B.: “Cartas judías”, *La Nación*, 15 de abril de 1946.



vección se inicia por una fórmula coloquial tendiente a banalizar el problema en cuestión: "Es usted muy exagerado, amigo Arensburg. La exageración o exceso en sus trabajos como en sus maneras de vivir y de hacer propaganda son quizás una de las causas de las persecuciones que sufre el pueblo de Israel". Herido en su amor propio, Edwards Bello contraataca, utilizando como blanco no las ideas de su interlocutor, sino al pueblo que éste representa, en el que descubre una nueva razón de hacerlo odioso: su tendencia a lo excesivo. La respuesta del cronista concluye con una anécdota festiva que pone punto final a una polémica cuya motivación ya muchos habían probablemente olvidado.

No es seguro, sin embargo, que las reacciones hayan cesado del todo. El 15 de abril, otro lector, Robert Levy, le envía una nueva carta que el cronista se abstuvo de dar a conocer, pero conservó en sus archivos personales. El mensaje es interesante no sólo por la solidez de los argumentos que opone al "alemán de Alemania", sino por la sorpresa que manifiesta ante la frivolidad del periodista: "¿Cómo es posible, que Ud., señor Edwards, le preste las columnas de *La Nación* para defender tamañas barbaridades...?", escribe el señor Levy, subrayando su enunciado y agregando en un acápite final: "Ud., como Premio Nacional de Literatura, tiene una gran responsabilidad con sus lectores, como la tiene todo intelectual consciente...". Escrita el mismo día que fue publicada la respuesta a Arensburg, no hubo lugar a que Robert Levy reprochara al J.E.B. el tono sarcástico que éste utiliza para abordar un tema cuya gravedad no parece admitir ni el humor ni la anécdota.

Enfrentados a la locura nazi, los judíos sobrevivientes llegaron al convencimiento que sólo debían contar con ellos mismos y aceleraron la creación de un *hogar nacional* susceptible de ponerlos a resguardo de un nuevo Holocausto. El 14 de mayo de 1948 nace el Estado de Israel, dando origen a un nuevo conflicto armado. A juzgar por los jueves de J.E.B., ninguno de los dos acontecimientos parecen haber merecido comentarios por parte del columnista. Sorprendente omisión de parte de alguien que fue considerado como una "caja de resonancia" y un "testigo lúcido, riguroso e implacable de una época".

## VII. CONCLUSIONES

Joaquín Edwards Bello ocupa un lugar excepcional en la literatura chilena. Cultivó el cuento, la novela, el ensayo, la poesía, el teatro, la crónica. Fue un escritor profesional, en el sentido que vivió de su pluma y rindió culto a su lengua: el español de Chile. Fue un escritor cosmopolita ("el más cosmopolita de los escritores chilenos", al decir de Salvador Reyes): recorrió diversos países, vivió algunos años en Europa, mantuvo correspondencia con numerosos escritores extranjeros, (especialmente españoles y latinoamericanos), hablaba varias lenguas, seguía con interés la actualidad internacional. Dos de sus novelas *El chileno en Madrid* y *Criollos en París*, demuestran un conocimiento exhaustivo de las dos grandes capitales en los primeros decenios de este siglo. Fue un cronista perseverante (más de 50 años de oficio ininterrumpido), mordaz y entretenido. Su curiosi-

dad por lo chileno y lo cotidiano (la intrahistoria, decidía Unamuno), jamás se desmintió. Amó a la gente humilde (a la manera de Dickens), criticó a los de su clase, practicó abundantemente el humor y la ironía. Sus rabetas como su carcajadas llegaron a ser proverbiales.

Todos estos atributos proyectan la imagen de un escritor profundamente humano, simpático y cercano; de alguien hacia quien Chile y las letras chilenas tienen una gran deuda. Sus cualidades son tan variadas y evidentes, que tienden a inhibir cualquier juicio crítico o cualquiera duda susceptibles de empañar su recuerdo. Lo que no es, sin duda, hacer honor a su memoria. Edwards fue un tremendo iconoclasta y gran parte de su vida estuvo encaminada a derribar mitos y a hacer bajar ciertos ídolos de sus pedestales. Aunque susceptible y consciente de su valor, no es seguro que le hubiera gustado convertirse en "el nieto de piedra". El lector habrá tal vez reparado que la crítica chilena de los últimos tiempos se ha tornado prudente y timorata. Otros vientos soplaban en los años en que escribían O. Emeth, P. N. Cruz, Alone, R. Latcham o J. de Luigi. El mismo don Joaquín no fue siempre tierno con algunos de sus colegas más notables.

Tal como lo expresamos en un comienzo, la obra de Joaquín Edwards no ha sido todavía estudiada en forma detenida. Se ha escrito muchísimo sobre él, pero subsisten numerosas cuestiones en suspenso. ¿Por qué razón este escritor, reconocido hasta por sus mejores amigos como un hombre contradictorio, arbitrario y, por momentos, frívolo, ha ejercido tal fascinación entre lectores de las más variadas categorías? ¿Qué crédito acordar a sus juicios sobre los múltiples problemas que ha abordado? ¿Se trata verdaderamente de un gran intelectual y de un gran mentor, como muchos lo han calificado? ¿Cómo y dónde situarlo desde el punto de vista ideológico? ¿Tendría razón Latcham cuando aseguraba, en 1925, que su obra "será olvidada o quedará de ella muy poca cosa"?<sup>71</sup>

Sin tener la pretensión de haber sido absolutamente convincentes, pensamos que trabajos como el que presentamos pueden ir proporcionando elementos de respuesta a las preguntas formuladas. Tal vez será necesario comenzar por *distinguir*. No nos parece que toda la obra de Edwards deba ser incluida en un mismo saco. "Profesional de la pluma", Edwards escribía *también* para comer: uno, dos y hasta cinco artículos por semana! Su salud no siempre lo acompañó. Su psicología de despellejado lo hostigaba en forma constante. ¿Cómo, en esas circunstancias, exigirle una producción pareja, depurada, digerida, documentada y hasta coherente? Por otra parte, las crónicas sobre los judíos a que nos referimos no nos parecen constituir lo mejor de su obra periodística. Este juicio es, seguramente, compartido por su antologador más autorizado, Alfonso Calderón quien, salvo excepciones, no las incluyó en sus diversas recopilaciones.

Como es sabido, Edwards Bello no fue ni un ideólogo ni un doctrinario, lo que no le impidió defender ciertas ideas y asumir determinadas posiciones. Militó en el Partido Radical pero, fue también ibañista y "alessan-

<sup>71</sup> Latcham, Ricardo: *Escalpo. Ensayos críticos*, Santiago, Imprenta San José, 1925, pág. 211.

drista de 1920". Así y todo, desconfiaba de los políticos y, al parecer, no creía demasiado en las ventajas de la democracia, "Un programa humanista, afirmó una vez, por muy bueno que sea, no puede llegar a buen fin mediante la política, sino mediante la fuerza". Tampoco creía en las virtudes del voto popular, puesto que, como lo expresó en forma reiterada, "mi voto vale lo mismo que el de un cogotero del Callejón del Guanaco", ¿Habría que tildarlo entonces de *reaccionario*? No parece acertado, pues un reaccionario no habla de la oligarquía en los términos en que lo hizo don Joaquín; ni demuestra su innegable sensibilidad social; ni recibe la unción de izquierdistas tan notorios como Juan Emilio Recabarren, Volodia Teitelboim o Juan de Luigi. "Personaje y escritor contradictorio –dice Jorge Teillier– conviene considerar con cuidado sus declaraciones. Un nacionalista puede tomarlo como chovinista, un izquierdista puede acusarlo de fascista (en 'Nacionalismo Continental' alaba a Mussolini y a Oliveira Salazar)"<sup>72</sup>. Más aún, un nazista puede reconocerlo como uno de los suyos. Entre las múltiples cartas que se conservan en sus archivos personales, hay una que induce a semejante afirmación. Fechada el 8 de noviembre de 1936, firmada por un señor Salinas Ortiz y escrita en una hoja con membrete de la Empresa Trabajo, el emisor expresa, entre otras cosas: "He leído con placer su hermosa carta de 3 del actual. Ud. es nazista y reclamo el honor de presentarlo a nuestro movimiento el día en que Ud. se decida a luchar por nosotros (...) Su carta, señor Edwards, es una magnífica declaración de fe nazista".

No habiendo encontrado (ni en los Archivos ni en la colección de *La Nación*) la carta a que se alude, no nos fue posible conocer qué fundamentos tuvo el señor Salinas para pensar que J.E. tenía los méritos suficientes para ingresar al *movimiento* ni determinar si estaba tomando sus deseos por realidades. Al fin de cuentas y como decía Saussure, es el destinatario el que otorga el sentido al mensaje. Por nuestra parte, no disponemos del menor indicio que nos permita llevar a una conclusión semejante. Lo que sí es posible es que, con su ambigüedad habitual, el autor de *El Inútil* haya dado pábulo para que un lector interesado que no lo conocía suficientemente, atribuyera a sus palabras una intención que el autor no pensó en otorgarles\*. De cualquier modo, reconozcamos, que, cuan-

<sup>72</sup> Teillier, Jorge: "Una crónica sobre el hombre de las diez mil crónicas"

\* Al día siguiente de haber recibido las pruebas de imprenta de este ensayo, un amigo nos transmite una publicación titulada *El reencuentro de América Latina. La necesaria emancipación* (Imp. Antártica S.A., Ediciones Nuestramérica, Santiago de Chile, 1989) en cuya carátula aparecen dos nombres (el de Juan Antonio Salinas –el mismo que escribía a J.E. en noviembre del 36– y el de Enrique Zorrilla) y una cita de Joaquín Edwards Bello. Al interior de este impreso figuran dos cartas –"privadas e inéditas" y editadas en su forma manuscrita– de J.E.B. al señor Salinas Ortiz; una de ellas es la "carta de 3 del actual" cuyo contenido, como lo expresamos, desconocíamos en el momento de redactar nuestro original, y otra, fechada 16 días después, en las que el autor de *Nacionalismo Continental* completa y reafirma las ideas vertidas en la primera. La lectura de ambas demuestra a cabalidad que, contrariamente a lo que planteamos en nuestro texto, las palabras de J.Salinas no tenían nada de ilusorio y cons-

do se invoca asiduamente a Keyserling o a Alphonse Daudet; cuando se afirma que "Mussolini, Hitler, Carmona y Kemal son fantasmas fascinantes"; cuando se tilda a Mussolini de "hombre de genio"<sup>73</sup> y se confiesa "haber sido" admirador de Hitler, obrero de la clase media que sacó a su patria rudamente del pantano"<sup>74</sup>; cuando se declara "creer a fe ciega en la virtud del orden"; cuando se rinde culto a Oliveira Salazar y se cita como un fragmento de antología su declaración: "Que el público discuta cuanto quiera, pero que me obedezca. Ha llegado mi hora de mandar"<sup>75</sup>, uno se expone a que el destinatario tienda a ver en esas palabras la expresión de un pensamiento totalitario.

En verdad, no es fácil encasillar a don Joaquín en una ideología determinada, "ni de izquierda ni de derecha", como él mismo lo decía. Teillier, lo califica, "con todas sus contradicciones, como un hombre de avanzada". Por nuestra parte, estamos inclinados a pensar que fue un espíritu sensible, compasivo, de tendencia liberal y que sus ataques contra el clero y la clase alta chilena (que se atenuaron considerablemente con el tiempo) son menos el producto de una elaboración intelectual seria que el resultado de experiencias personales y familiares más o menos frustrantes. Como muchos aristócratas, Edwards Bello fue un curioso de apellidos, de estirpes y de familias; se enorgullecía de la suya; tenía frente a las clases populares una actitud contradictoria, a veces despreciativa, otras admirativa. Es fácil igualmente percatarse que su percepción y apreciaciones respecto a los judíos son los de una parte de la oligarquía chilena hasta la primera parte de este siglo. En un interesante ensayo centrado sobre esta clase que califica sucesivamente de engreída, conservadora y racista, Jaime Valdivieso proporciona una serie de ejemplos tendientes a demostrar que varios "intelectuales

---

tituían la reacción natural a algunos de los planteamientos que J.E. le formulaba explícitamente en su carta del 3 de nov. He aquí algunos ejemplos: "Todo lo bueno que promete dar el Frente Popular lo dará el nazismo" – "Desde que usted ha tenido la bondad de desvirtuar los cargos hechos por mí (...) mi admiración por la causa nacista se acentúa hasta convertirme en adepto de ella" – Y remacha en la carta del 19: "Yo me someto a respetar en adelante el credo de ustedes tal como les dije que lo comprendía aunque sea desde mi escondite o retiro..."

No obstante lo anterior, conviene no incurrir en generalizaciones y dejar establecido que el nacismo criollo no constituyó una ideología homogénea y que si bien una parte de sus adeptos aspiraba a la implantación en Chile del modelo hitleriano, otra veía *principalmente* en él un antídoto contra la corrupción y una manera de promover los valores igualitarios, nacionales, latinoamericanos y anti-imperialistas. "Nuestros nacionalismos (...) no tenían relación histórica con los nacionalismos racistas y hegemónicos", escribe Enrique Zorrilla en su libro *La Profecía Política de Vicente Huidobro* (pág. 15), lo que aunque sólo parcialmente cierto, demuestra la voluntad de este sobreviviente de la matanza del Seguro Obrero de distanciarse de las ideas preconizadas en *Mi lucha*.

<sup>73</sup> J.E.B.: *Cómo es Azaña*, 16 de julio de 1936, in : C.G.

<sup>74</sup> Cf. 62

<sup>75</sup> J.E.B.: "Oliveira Salazar triunfa", *La Nación*, 9 de noviembre de 1953.

y escritores que se sienten auténticos demócratas y hasta de izquierda" (y que pertenecen a dicho estrato) compartieron los prejuicios de su clase, su espíritu excluyente, su desprecio hacia el roto, así como "un miedo ancestral mítico, religioso hacia el "Mal" representado en el indio, que conlleva la idea de lo pagano, del pecado, de los impulsos incontrolados de los instintos, tal como ocurre con los negros para el blanco de los Estados Unidos, en cuyo odio está implícito el terror a su propia oscuridad inconsciente"<sup>76</sup>.

Entre los escritores citados por Valdivieso, no figura Joaquín Edwards. Tampoco menciona al judío como asociado al Mal en el imaginario oligárquico (y una de cuyas ilustraciones nos las proporciona J. E. en su retrato de Rubinstein). Pero ni la lista propuesta por el ensayista es exhaustiva ni el indio es la única figura que infunde un terror inconsciente. A propósito de Blest Gana, menciona novelas como *La aritmética del amor*, *Martín Rivasy Durante la Reconquista* y se atiende esencialmente a la oposición indio-roto/caballero. Un estudio más amplio lo habría llevado, sin duda, a considerar *Los transplantados* y a reparar que sus alusiones a los judíos están marcadas de connotaciones peyorativas. Así, Ignacio Sagraves, con su aire de perro famélico, su sobretodo raído y sus pantalones descoloridos, "hubiera podido tomarse fácilmente por un miembro pobre de la industriosa familia israelita". En cuanto a los hebreos propiamente tales, los veremos encarnados ya sea en usureros, ya en banqueros, ya en miembros "de la 'plutocracia' israelita que es a la nobleza cristiana lo que el plaqué es a la plata: una composición con tantas capas de fino, que llega a tener todas las apariencias del metal verdadero"<sup>77</sup>.

Tal como lo expresamos anteriormente, Benjamín Subercaseaux, otro miembro de nuestras clases altas, sostuvo que habría que evitar la entrada de judíos a Chile dado su grado de inteligencia y, en consecuencia, la dificultad que tendrían los chilenos para competir con ellos. Esta inteligencia, sumada a su actividad y al hecho que "tienen entre sí ciertos lazos estrechos, unidos a tradiciones demasiado sólidas e inquietantes" hacen de ellos elementos que no constituyen el aporte ideal "dentro de un pueblo perezoso y poco estructurado"<sup>78</sup>.

Subercaseaux declara no abrigar el menor prejuicio racial y sostiene, por el contrario, considerar a los judíos "la primera raza del mundo". No obstante lo cual los califica de "racistas por excelencia" y "pendant del nazi". Las palabras de B. Subercaseaux fueron ampliamente compartidas por Alone quien las calificó de "justas, moderadas y de buen sentido", presentando, de paso, a la *razajudía* como una aglomeración compuesta de "águilas rapaces, prontas a clavar los ojos

<sup>76</sup> Valdivieso, Jaime: *Chile: un mito y su ruptura*, Santiago, Literatura Americana Reunida, pág. 21.

<sup>77</sup> Blest Gana, Alberto: *Los transplantados*, Santiago, E.E. Zig-Zag, 1945, pág. 51, t. I.

<sup>78</sup> Subercaseaux, Benjamín: Cf.53.

y la garra"<sup>79</sup>. Otra es la apreciación de Kink (Juan de Luigi) quien subraya, entre otras cosas, la paradoja que consiste en declararse no racista y considerar a los judíos *la primera raza del mundo*. "Este intelectual, agrega irónicamente, refiriéndose a Subercaseaux, es una maravilla en cuanto a coherencia y a intelectualidad"<sup>80</sup>. No cabe duda que muchas de las imágenes y las ideas de Edwards en torno a los judíos circulaban ampliamente entre los miembros de su clase, sobre todo entre los sectores más conservadores, creyentes y aferrados a la tradición hispánica. Un tío del autor de *Jemmy Button*, Ramón Subercaseaux, en un libro de Memorias, trata de justificar la expulsión de los hebreos de España en 1492 y expresa en forma rotunda: "Los judíos eran entonces como lo son siempre y ante todo, usureros"<sup>81</sup>.

Gran parte de esta ideología tuvo sus raíces en el seno mismo de la iglesia quien, a través de varios siglos, forjó de los judíos un retrato a la vez degradado y ambiguo. Habría, sin embargo, que guardarse de generalizaciones precipitadas y abstenerse de pensar que *total* oligarquía chilena o *todos* aquellos que se mantuvieron fieles a la línea del catolicismo oficial, profesaban sentimientos antijudíos. Se trata sólo de tendencias. Moshé Nes-El, quien se interesó en el tema, cita el ejemplo de dos egregios chilenos del siglo pasado, Benjamín Vicuña Mackenna (aristócrata, pero liberal) y Abdón Cifuentes (de origen modesto, pero conservador y profundamente católico) que, "pese a estar distanciados ideológicamente, ven a los judíos con ojos positivos, por lo menos, sin el prejuicio medieval heredado de la colonia española"<sup>82</sup>.

Aun cuando compartió parte de las imágenes clichés que circulaban al interior de su clase a propósito de los judíos, sería inapropiado considerar a Joaquín Edwards como un escritor antisemita. Desde luego, tuvo el mérito de interesarse en ellos y de tratar de ahondar en su conocimiento. No existen testimonios de que los haya evitado como personas y varias veces hace alarde de sus amistades judías. En varias ocasiones, les testimonia simpatía y admiración. Los insta a confundirse en el tejido social chileno, lo que es también una manera de invitarlos a compartir con él lo que más quiso en su vida: su propio país. En la revista argentina *Judaica* encontramos un artículo bajo su firma. El hecho mismo que, con motivo de sus 80 años, el escritor hubiese recibido una carta oficial de Carlos Vergara Bravo, presidente del Instituto Chileno-Israelí de Cultura, tiende a demostrar que no era percibido por los judíos chilenos como un elemento hostil. La única reserva, al respecto, la encontramos en la obra *Vivencia de los sefaradés*

<sup>79</sup> Alone: "¿Galgos o podencos?", *Zig-Zag*, 18 de junio de 1946.

<sup>80</sup> Kink: "Adónde lleva el *intelectualismo*", Archivo J.E.B.; suprimidas referencias nombre del diario y fecha.

<sup>81</sup> Subercaseaux, Ramón: *Memorias de ochenta años*, Santiago, Editorial Nascimento, 1936, pág. 311, 2ª. edición.

<sup>82</sup> Nes-el, Moshé: *Estudios sobre el judaísmo sudamericano*, Buenos Aires-Jerusalem, Ediciones Ultra, 1987.

en Chile<sup>83</sup> cuyo autor cita (de segunda fuente y con algunas deformaciones) el fragmento del *Inútil* referenciado en este trabajo con la nota 49. Sin desconocer sus excepcionales dotes memoriales (alguien lo calificó de “una máquina de recordar”), el caudal de informaciones que manejaba, el número de sus lecturas, creemos poder afirmar que J.E. carecía de algunos de los atributos esenciales que definen al intelectual. En un ensayo ya citado, R. Latcham dijo, refiriéndose al cronista: “carece de meditación, lectura, saber”, juicio que resulta parcialmente discutible. Es innegable que Edwards leyó muchísimo y que acumuló un saber impresionante. Pero, si desde el punto de vista *cuantitativo* no hay nada que objetar, desde el punto de vista *cualitativo* las carencias son evidentes. Como muchos autodidactas, Edwards tendió a acumular más que a asimilar; como a muchos de ellos, le faltó método, paciencia, modestia, sentido de lo relativo, espíritu de sistema, una conciencia más desarrollada de su responsabilidad de escritor. Antes que nosotros, él mismo declaró sus limitaciones intelectuales, demostrando al respecto una lucidez sorprendente: “Nací mirando mil cosas sin abarcar ninguna, en esa forma perfecta y amorosa que reclaman. Soy americano: soy imperfecta y superficialmente enciclopédico”, declaraba ya en un artículo de 1928<sup>84</sup>.

A don Joaquín le preocupaba saber qué significaba, desde el punto de vista psicológico, su manía de acumular y a archivar. Freud tenía una teoría al respecto, pero seguramente el escritor, alérgico a todo lo que escapara al dominio de su conciencia, la habría rechazado. La concretización más clara de esta tendencia la constituye su célebre archivo, a propósito del cual Raúl Silva Castro escribió: “...este archivo colosal, de proporciones absolutamente excepcionales (...) habrá de permitir en lo futuro hacer algunas inferencias sobre su obra. Esto es, cuando se le someta a estudio y se vayan pensando algunas de sus obvias implicaciones”<sup>85</sup>.

Lo primero que llama la atención es el número de entradas (se ha hablado de 8.000 sobres) y la variedad de los temas. No así de las fuentes, constituidas esencialmente por diarios y revistas nacionales y, excepcionalmente, latinoamericanas o extranjeras (inglesas o francesas). Resulta evidente que no se trata del archivo de un investigador. La actualidad ocupa en él un lugar importante, lo mismo que lo insólito, lo pintoresco, lo cotidiano. La documentación dedicada a París, por ejemplo, una de las más nutridas, contiene un conjunto de piezas relativas a sus plazas, barrios, cafés, al París nocturno, al mercado de las Pulgas, al antiguo matadero de la Villette, a sus “rarezas y misterios”, a algunos personajes

<sup>83</sup> Matus G., Mario: *Vivencia de los sefaradíes en Chile*, Santiago, Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile (Departamento de Ciencias Históricas) – Comunidad Israelita Sefaradí de Chile, 1995, pág. 61.

\* Una de las escasas constantes propias a este conglomerado heterogéneo es la presencia de los chileno y de lo latinoamericano. Es también; en estos contextos que aborda a menudo la problemática judía.

<sup>84</sup> J.E.B.: “Los ex-chilenos”, *La Nación*, 2 de agosto de 1928.

<sup>85</sup> Silva Castro, Raúl: Edwards Bello en la cumbre, *El Mercurio*, 18 de junio de 1967.



en boga, a las *Notas Sociales* de *L' Illustration* (de la cual nuestro *Zig-Zag* fue una buena réplica), a las reinas o reyes de París (es decir, a los triunfadores sociales), a los chilenos sudamericanos que viven o sobresalen en la capital, etc...<sup>7</sup> En lo que respecta a los hebreos, también encontramos un interés particular por lo misterioso (ej.: artículo sobre "La mystérieuse internationale juive"), lo sensacionalista, los diferentes tipos de "affaires" (ej.: el escándalo de las visas en 1940), así como una marcada fascinación por una serie de clichés e ideas estereotipadas más propias de la cultura popular que de la cultura académica.

Considerado a la luz de las técnicas actuales (Internet, bases de datos, etc.), de la calidad y de la fiabilidad de la información, de los nuevos procedimientos documentales, el gigantesco trabajo de J.E. nos aparece como un producto relativamente obsoleto, más apto para conocer los intereses de su autor que para ser utilizado como fuente de información general.

De las fuentes que utilizó don Joaquín para conocer a los judíos sabemos relativamente poco. Dado su interés por el tema, no parece posible que se haya limitado únicamente a las informaciones periodísticas o a algunos folletos que aparecen en su Archivo. Según lo manifestado por el mismo Edwards, conoció a muchos de ellos en casinos y casas de juego, pero es sabido que ese ejercicio que llaman los sociólogos "observación participante" no es válido si el observador no se ciñe a determinadas exigencias que lo preserven de conclusiones abusivas. Habiendo vivido en la Francia post dreyfusista de comienzos de siglo, no es raro que haya leído a los grandes escritores y periodistas antisemitas de la época (y los hubo en gran cantidad) y que su percepción de los judíos haya sido influida por ellos. En sus archivos y en sus artículos menciona a algunos de los más notables; sería interesante saber con certeza qué obras leyó y en qué medida sus autores gravitaron sobre su pensamiento. Entre los libros actuales que retienen su interés encontramos *Les Juifs* de Roger Peyrafitte, obra sensacionalista en que el autor *desenmascara* a eminentes personalidades (Franco, Oliveira Salazar, Fidel Castro, la reina Isabel, Adenauer, Kennedy, etc.) cuyos "orígenes judíos" nadie sospechaba. Además, el autor caricaturiza al judaísmo tradicional y hace mención a una serie de mitos, rituales y prácticas que podrían tener su lugar en un libro de leyendas, pero que no se justifican en un ensayo que se pretende verídico. Aparte dos o tres títulos importantes, J.E. nos dice muy poco sobre la literatura en que se apoyan sus apreciaciones respecto a los hebreos.

Razón suplementaria para considerar con reticencia estas apreciaciones es la falta de precauciones metodológicas mínimas para abordar sus temas. Hablamos del uso relativamente frecuente que hace el periodista del sintagma *raza judía* (concepto que rechaza en teoría); de su tendencia a tratar a los israelitas como un conjunto indiferenciado y a ignorar las variables históricas y sociales; de su indiferencia a las causas eventuales que pudieron dar origen a los fenómenos que analiza, etc. ... Nadie pensaría en reprochar a Ernesto Sábato el discurrir sobre las relaciones entre los judíos y el dinero y ello por una razón simple: su discurso se funda en una reflexión seria sobre el nacimiento del sistema capitalista y sobre el papel que, dada su situación del momento, les cupo jugar a los he-

breos<sup>86</sup>. Tratar de comprender: es ese esfuerzo el que distingue al intelectual de otras categorías sociales.

Características de Joaquín Edwards fueron su tendencia al enciclopedismo y a la dispersión; su propensión a abordar una gran variedad de temas sin poseer las herramientas intelectuales que una ambición semejante requería. *L' uomo universale*, ideal humano del Renacimiento, es inconcebible en un época como la nuestra en que la cantidad de información acumulada hace cada vez más necesarios la concentración, el rigor y el método. La ausencia de estos atributos explica quizás por qué razón ninguno de los artículos del cronista resulta utilizable para ahondar en el conocimiento del pueblo judío.

La originalidad de don Joaquín reside a nuestro juicio, menos en su condición de intelectual que en su temperamento y en sus cualidades de narrador. Más allá de sus contradicciones, había en él algo de puro e insobornable que lo hacía fascinante. Vivía rabiando, denunciando, quebrando lanzas... contra los políticos, los arribistas, los figurones, Nostálgico empedernido, vivía añorando el pasado, poetizando lo cotidiano, fabricando imágenes de tarjetas postales. ¿Por qué esa manía de los chilenos de cambiar los nombres de las calles, de demoler edificios, de desertar los viejos barrios? ¿Por qué razón los ingleses no hacen las mismas maletas que hacían, antes; los franceses las mismas telas; los suizos los mismos quesos? Lector precoz de cuentos y folletines, apasionado de *faits divers*, le resultaba difícil considerar la vida desde un ángulo serio y racional. Su condición de "niño rebelde"; el tono elegíaco con el que evoca un pasado más o menos mítico; su permanente vaivén entre lo real y lo mágico; su gusto por la comparación y la metáfora, hacen de él uno de los escritores más interesantes de las letras chilenas y confieren a muchas de sus crónicas un tinte poético en el que lo maravilloso prima sobre lo objetivo, la encantación sobre el argumento.

No parece posible interpretar el conjunto de artículos de Joaquín Edwards en torno a los judíos sin tomar en cuenta la personalidad del autor, su extracción social, sus hábitos intelectuales, su especificidad literaria.

<sup>86</sup> Sábato, Ernesto, "Judíos y antisemitas", *La Palabra Israelita*, 4 de mayo de 1984.

# ENTRE EL ABANDONO DE LAS GENEALOGÍAS Y EL OLVIDO CIENCIAS SOCIALES POPULAR

Enrique Fernández Durra

*Es conveniente, por lo tanto, que los historiadores se den cuenta de que la arqueología no es sólo, como que la historia que ellos no pueden olvidar y cuya sucesión traspasa la que nosotros, y que los arqueólogos, historiadores y filósofos que no pueden olvidar esta obra, así como que la de los historiadores.*

## I. INTRODUCCIÓN

Para comenzar me parece necesario hacer algunos alcances para la lectura de este artículo.

Lo primero, y lo que debería ser, quizás lo menos relevante, es señalar que este artículo revisador corresponde a un curso dictado por Michel Foucault en París, el 7 de enero de 1976<sup>1</sup>, en el que enumera algunas características de la "ciencia genealógica", y la Introducción de Gabriel Salazar a su libro *Violencia política popular en las grandes ciudades (1967)*<sup>2</sup>, en la que propone la constitución de una "verdadera y orgánica" Ciencia Política.

Es claro que la ruta de lectura que se intenta trazar busca identificar la afinidad y de divergencia en estos dos escritos, distintos en cuanto a su exposición y propuesta, y sin embargo, en algunos aspectos bastante cercanos. No se trata de una comparación en cuanto "obra" de un "autor" de la cual se brán hacerse cargo adecuada y oportunamente biógrafos (señales), sino sólo de la revisión de dos textos<sup>3</sup>. Tampoco se trata de un escrito la prolongación o la usurpación del otro, aun cuando el tiempo y algunas coincidencias conspiran contra ello. Me-

<sup>1</sup> Este curso no busca provocar la eterna ironía de los historiadores que gustan de la "cientificidad" y "rigurosidad" de su trabajo, sino llamarlos la atención sobre la "ciencia política", que tanto les pesa y rehúen. Véase, Foucault (1981), *Como se enseña la historia en la Argentina*, Alianza Editorial S.A., Madrid, España, pág. 150 (primera edición).

<sup>2</sup> Véase Foucault, curso del 7 de enero de 1976, en *Discursos del Poder*, 3a. edición, Siglo Veintiuno y Fernando Álvarez Lira (México), Fondo Nacional de la Piqueta.

<sup>3</sup> Véase Salazar, *Violencia política popular en las grandes ciudades*, Instituto de Cáliz 1972 (Buenos Aires), Cáliz, Ediciones SUR, 1983.

<sup>4</sup> Como esta advertencia tiene que haberse escrito, así como que una es un ejercicio de "lectura" del otro, ambos autores son posibles de "olvidarse".

# ENTRE EL ABANDONO DE LAS GENEALOGÍAS Y EL OLVIDO DE LA CIENCIA POLÍTICA POPULAR

Enrique Fernández Darraz

*Es conveniente, por lo tanto, que los historiadores se den cuenta de que la sociología no es otra cosa que la historia que ellos no quieren escribir y cuya ausencia mutila la que escriben, y que los sociólogos y etnógrafos comprendan que no pueden realizar una tarea más científica que la de los historiadores<sup>1</sup>.*

## I. INTRODUCCIÓN

Antes de comenzar me parece necesario hacer algunos alcances para la lectura de este artículo.

Lo primero, y lo que debería ser quizá lo menos relevante, es señalar que los dos textos revisados corresponden a un curso dictado por Michel Foucault en el *College de France*, el 7 de enero de 1976<sup>2</sup>, en el que esboza algunas características de su actividad genealógica, y la Introducción de Gabriel Salazar a su libro *Violencia política popular en las grandes alamedas* (1990)<sup>3</sup>, en la que propone la constitución de una "verdadera y orgánica" Ciencia Política.

Luego, que la ruta de lectura que se intenta trazar busca identificar puntos de unión y de divergencia en estos dos escritos, distintos en cuanto a tiempo, extensión y propuesta, y sin embargo, en algunos aspectos bastante coincidentes. No se trata de una comparación en cuanto "obra" de un "autor" (tarea de la cual sabrán hacerse cargo adecuada y oportunamente biógrafos y discípulos), sino sólo de la revisión de dos textos<sup>4</sup>. Tampoco se trata de buscar en un escrito la prolongación o la usurpación del otro, aun cuando el desfase temporal y algunas coincidencias conspiran contra ello. Me-

<sup>1</sup> Esta frase no busca provocar la sonrisa irónica de los historiadores que gustan de alardear de la científicidad y rigurosidad de su trabajo, sino llamarles la atención sobre la primera afirmación, que tanto les pesa y rehuyen. Veyne, Paul (1984), *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Alianza Editorial S.A., Madrid, España, pág. 190 (primera edición en castellano).

<sup>2</sup> Michel Foucault, Curso del 7 de enero de 1976, en *Microfísica del Poder*, 3a. edición, traductores Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría (Madrid, España, Ediciones de la Piqueta, 1992).

<sup>3</sup> Gabriel Salazar, *Violencia política popular en las grandes alamedas. Santiago de Chile 1947-1987*, (Santiago, Chile, Ediciones SUR, 1990).

<sup>4</sup> Aún con esta advertencia temo que habrá quienes crean que éste es un ejercicio de ese tipo y que, así visto, ambos autores son posibles de comparar.

nos aún (y es este mi mayor temor) reabrir una discusión olvidada, sino, al contrario, contribuir a su olvido.

## II. PROPUESTA

### a) ¿Qué son?

La búsqueda emprendida en ambos trabajos tiene un doble objetivo, que en el fondo es sólo uno (la consideración analítica que los divide no es más que eso: una consideración analítica). Por una parte se encaminan hacia la constitución de un cuerpo de conocimientos que dé cuenta de mejor manera de algunos aspectos de la realidad social. Por la otra, aspiran a generar una maquinaria para combatir tanto el sometimiento a unas ciencias oficiales, como las situaciones de dominación política existentes.

Son la disidencia y oposición a las voces oficiales, que erigen como socialmente legítimas determinadas ciencias y acciones políticas, negando protagonismo en la construcción de la realidad social a saberes y actividades políticas específicas.

Las genealogías se sitúan al nivel del saber y en particular de los "saberes sometidos". Se debe entender por "saberes sometidos" dos elementos distintos: "los saberes históricos que han permanecido presentes y soterrados en el interior de conjuntos funcionales y sistemáticos"<sup>5</sup>, y aquellos "saberes ingenuos, inferiores jerárquicamente al nivel del conocimiento o de la cientificidad exigida"<sup>6</sup>. Es decir, en las genealogías confluyen, desde dos vertientes, "por una parte los contenidos del conocimiento histórico metódico, erudito, exacto, y por otra estos (sic) saberes locales, singulares, estos saberes de la gente que son saberes sin sentido común y que fueron relegados cuando no efectiva y explícitamente dados de lado"<sup>7</sup>.

Esta conjunción no se hace por vana erudición, no es un ejercicio académico como cualquier otro, sino que es este "acoplamiento de los conocimientos eruditos y de las memorias locales (el) que permite la constitución de un saber histórico de la lucha y la utilización de ese saber en las tácticas actuales"<sup>8</sup>. Así, mientras "... la arqueología sería el método propio de los análisis de las discursividades locales, (...) la genealogía (sería) la táctica que a partir de estas discursividades locales así descritas, pone en movimiento los saberes que no emergían, liberados del sometimiento"<sup>9</sup>.

Sin embargo, las genealogías no buscan constituir un frente único contra las ciencias oficiales, sino realizar una multiplicidad de ataques. Evitan dar un terreno visible, ubicable, a la ciencia oficial. Es precisamente esa la totalización

<sup>5</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 130.

<sup>6</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 129.

<sup>7</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 129.

<sup>8</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 130.

<sup>9</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 131.

que rehuyen, y no sólo por la posibilidad (siempre presente) de la colonización por parte de las ciencias oficiales, sino porque se situarían en el mismo nivel que ellas. Se transformarían en lo que combaten.

No son ni aspiran a ser ciencias: "las genealogías son precisamente anti-ciencias"<sup>10</sup>.

La Ciencia Política (Popular) debe, en cambio, construirse con los criterios de validez y verificación de "la ciencia"; debe llegar a ser una ciencia. Ello pasa, primero, por una constatación preliminar: "que existen (...) diversas epistemologías reales y, por ende, válidas"<sup>11</sup>, para enfrentarse al estudio de la realidad social (nacional), y, luego, por optar por una de ellas.

La actitud epistemológica adecuada para poder constituir una "verdadera y orgánica Ciencia Política"<sup>12</sup>, es la "que se sitúa preferentemente en las particularidades concretas de la sociedad chilena, en su diversidad interior, y sobre todo los movimientos sociales específicos que apuntan a su modernización y transformación en el tiempo"<sup>13</sup>. Es decir, aquellas investigaciones de epistemología "P" (las ideas "G" corresponden a aquellos conceptos y valores que han contribuido a obviar las particularidades de la sociedad chilena en busca de asegurar su gobernabilidad: patria, nación, estado, etcétera).

En este sentido, esta ciencia política (Popular) comporta una significativa diferencia con respecto de la "ciencia oficial": se particulariza en cuanto rehuye la globalidad de las ideas "G" (de los universales dominantes) para dar cuenta de y desde la existencia de prácticas políticas populares concretas.

Es la constatación y restitución de un lugar en la realidad nacional, de la acción política y existencia social del "bajo pueblo" que ha sido reclusa estructuralmente en la sociedad chilena<sup>14</sup>; el tratamiento historiográfico negado a los "chilenos de carne y hueso que no encarnan o no encarnan en nivel heroico los valores 'G', ..."<sup>15</sup>; el rescate de "su cotidianeidad biográfica o anecdótica" más allá del tratamiento estadístico que los constituye en "masa". No se trata de mantener los valores trascendentales en que se ha sustentado la gobernabilidad de la nación, sino, al contrario, de descender a donde se construye la historia, a los lugares donde se hacina y posterga al "bajo pueblo". Es huir de las construcciones metafísicas para hacer Historia; esa "historia que el 'bajo pueblo' chileno ha tejido, teje y proyecta"<sup>16</sup>.

### b) ¿Cómo se construyen?

Las genealogías, como se señaló, tienen una doble vertiente. Se forman a partir

<sup>10</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 130.

<sup>11</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 22.

<sup>12</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 19.

<sup>13</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 22.

<sup>14</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 67.

<sup>15</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 44.

<sup>16</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 60.

de una serie de investigaciones referidas a determinados contenidos históricos, que habían estado presente pero no visibles, y de los “saberes locales de la gente”. Estos últimos saberes existen de modo permanente en la sociedad, pero son sistemáticamente descalificados por las “ciencias oficiales”, ya que no tienen, o no se les reconoce el “nivel de cientificidad” mínimo exigido para alcanzar su legitimación.

Ahora, en cuanto las genealogías no aspiran al estatuto de “ciencia”, la unión de ambos saberes se ha hecho sólo a través del instrumento de la erudición, el cual no se rige por reglas específicas más allá de la rigurosidad.

La Ciencia Política, por su parte, reclama algunas condiciones mínimas para su construcción. En primer lugar, optar entre las distintas actitudes epistemológicas posibles. En seguida, acumular un mínimo de conocimiento a partir del “surgimiento de una o más generaciones de intelectuales que investiguen trascendentemente el proceso histórico en que se debate la sociedad nacional, y la constitución social de actitudes epistemológicas que superen las intrascendencias del modernismo intelectual”<sup>17</sup>. Es decir, no basta cumplir con los requerimientos epistemológicos exigidos para acceder al estatuto de ciencia, ni con la interpretación “solista” de algún historiador, sino que es requisito dicha acumulación.

### c) ¿Cuál es su objetivo?

Las genealogías tienen como proyecto oponerse a un tipo de conocimiento específico: la ciencia oficial detentada por unos pocos, por una “vanguardia teórica”. Es, entonces, “la reactivación de los saberes locales (...) contra la jerarquización científica del conocimiento y sus efectos intrínsecos de poder...”<sup>18</sup>, “no tanto contra los contenidos, los métodos o los conceptos de una ciencia sino y sobre todo contra los efectos del saber centralizador que ha sido legado a las instituciones y al funcionamiento de un discurso científico organizado en el seno de una sociedad como la nuestra”<sup>19</sup>. Es la liberación de los saberes históricos del sometimiento para “hacerlos capaces de oposición y de lucha, contra la coacción de un discurso teórico, unitario, formal y científico”<sup>20</sup>, “...contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre del conocimiento verdadero y de los derechos de una ciencia que está detentada por unos pocos”<sup>21</sup>.

En definitiva, lo que está en juego “en esta insurrección de los saberes contra la institucionalización y los efectos de saber y poder del discurso científico”<sup>22</sup> es la posibilidad de proveer de herramientas para analizar y combatir mejor di-

<sup>17</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 20.

<sup>18</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 131

<sup>19</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 131.

<sup>20</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 131.

<sup>21</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 130.

<sup>22</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 133.



cho poder, es, entonces: "...la genealogía (quien) debe dirigir la lucha contra los efectos de poder de un discurso considerado científico"<sup>23</sup>.

La Ciencia Política (Popular) no es ni una tarea sin rumbo, ni un ejercicio romántico que busque resaltar el heroísmo del bajo pueblo; debe transformarse en la ciencia "que ordene lógica y eficientemente la rabia popular. Que planifique la longitud de los instintos. Que se centre de un lado, en la valorización de las rupturas, proyecciones y procesos. Una ciencia de la dinámica social de humanización, no sólo de las normas de funcionamiento de un sistema establecido de equilibrio social. Es decir que trabaje sobre el sendero prohibido que, concentrado en 'P', lleva hasta 'P-G'"<sup>24</sup>.

En definitiva, es el aparato teórico que debe considerar "seriamente el tránsito lógico y político inverso (desde 'P' hasta 'G'), para, luego, preocuparse del campo y las vías concretas 'P-G'"<sup>25</sup>. Lo cual es de suma importancia, ya que son esas vías ('P-G') "en verdad, las áreas por donde suelen desplazarse los procesos históricos"<sup>26</sup>.

En su andar, la Ciencia Política (Popular) debe contribuir a la formación de "sujetos integrales", a los cuales la ciencia oficial no les escamotee su realidad, ya que sólo gracias a la existencia de esos sujetos se podrá llegar a "democracias integrales"<sup>27</sup>. Y si en "su sentido más auténtico la Historia es la ciencia de los movimientos 'P', y de sus efectos destructivos o constructivos sobre las estructuras 'G'"<sup>28</sup>, es entonces ella la ciencia adecuada.

En síntesis: las genealogías y la Ciencia Política (Popular) son máquinas de guerra.

### III. POSIBILIDAD

Preguntar a ambos proyectos por sus posibilidades de concretarse tiene, al menos, un inconveniente importante. Si bien ambos textos son de algún modo de carácter programático, la extensión de éstos y, por lo tanto, su nivel de especificación, es muy distinto. Esto significa que mientras a las genealogías se les podrá principalmente plantear preguntas, cuyas respuestas deberían complementar lo propuesto, a la Ciencia Política (Popular) se le podrá revisar de mejor manera en su arquitectura.

En cuanto las genealogías no aspiran al estatuto de ciencia, no están sometidas a la presión de responder a criterios externos de validez que las legitimen. Esto no significa que por ello renuncien a cautelar la coherencia de sus proposiciones o se abandonen a la especulación, ignorando la verificación empírica, ya que no son ni el problema de su lógica interna ni el del método los que están en

<sup>23</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 130.

<sup>24</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 50.

<sup>25</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 44.

<sup>26</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 45.

<sup>27</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 58.

<sup>28</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 50.

juego (de hecho, una de sus vertientes es la "del conocimiento histórico metódico, erudito, exacto..."<sup>29</sup>, para lo cual es imprescindible, al menos, la rigurosidad de la investigación). Por lo demás, su condición de "anti-ciencias", las autoriza a asignarse a sí mismas sus propias normas de verificación y coherencia. Entonces, las preguntas que se le pueden plantear a las genealogías no van por esa vía, sino por la posibilidad real de constituirse en una herramienta útil para combatir los efectos de poder de ese discurso considerado científico. Estas se pueden plantear básicamente en dos direcciones: a) las posibilidades metodológico-teóricas de la unión de ambos saberes y b) las posibilidades sociales de realizar dicha unión.

a) Si las genealogías son el espacio en que se consigue la unión y, por ende, en algún grado, la nivelación de ambos saberes ¿de qué manera se unen dos saberes cuyo lenguaje y estructuración son, probablemente, distintos?, ¿cómo se compensa la escasa, sino nula, sistematicidad de los "saberes locales de la gente", sin que ello signifique sacrificar las características propias de dicho saber?, y a la inversa. Finalmente se puede preguntar por el mecanismo a través del cual el instrumento de la erudición se transforma en el puente entre ambos saberes, es decir, ¿cómo un mecanismo que es probablemente ajeno a uno de los saberes sometidos puede transformarse en el nexo entre ambos?

b) El segundo grupo de preguntas desborda el ámbito metodológico para inquirir en el plano de lo social. Y aunque se puede comenzar planteando lo mismo (¿cómo se realiza la unión de ambos saberes?) a este proyecto en fragmentación, la dirección es distinta: ¿cómo se va a realizar la unión de dos saberes que, bien es sabido, circulan en ámbitos distintos de la sociedad (aunque se trate de Europa) y no necesariamente coinciden de manera sistemática en algunos espacios?, ¿cuál es la probabilidad que la gente común, poseedora de uno de los saberes sometidos, actúe con una intencionalidad similar al que las genealogías dicen encarnar?, ¿no se estará usurpando cierto "discurso" a fin de desarrollar nuevos argumentos que permitan mantener la vigencia histórica de otros "discursos"?, ¿en qué medida este acto de unión no es otra cosa que una forma más de dominación?

La ciencia política (Popular) debe enfrentarse también a dos grupos de problemas: a) el originado por su pretensión de cientificidad y b) el referido a su historicidad.

a) Como se señaló, la Ciencia Política (Popular) aspira al estatuto de ciencia. Sin embargo, la posibilidad de "cientificidad" que se propone puede disolverse al situar su momento de inicio en el nivel de una "actitud epistemológica", a modo de opción política. Las dos consecuencias más evidentes son:

1. anular la posibilidad de constituir una "verdadera y orgánica Ciencia Política", dentro del esquema general de la actividad científica, al exigir, para iniciar el análisis, una opción (entre dos actitudes: la epistemología histórica y la ahistórica) no sujeta a verificación, y al particularizar el concepto de ciencia, in-

<sup>29</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 129.

tentando dar cuenta de la realidad social sólo desde y para un "sujeto histórico" determinado: "el bajo pueblo";

2. desvalorizar su propia propuesta al situar tanto lo que ha existido (el paradigma ahistórico) como lo que debería existir (paradigma histórico) al mismo nivel. Ello deriva de la no distinción básica (que aunque se esboza no es consecuente con ella) de que lo primero se sitúa en un terreno que deslinda con la creación o instrumentalización política de ciertas categorías metafísicas, y que por lo tanto se puede situar en el plano de la "actitud epistemológica", y, en cambio, lo segundo atañe a un análisis rigurosamente histórico y por lo mismo con un sustrato de inicio distinto a la "actitud".

Al pretender situarse en el plano de la "ciencia" (a no ser que quiera reelaborar el concepto y criterios), la "actitud" epistemológica está dada de antemano y se refiere, al menos, a la necesidad de verificación empírica de lo que se postule y a la coherencia interna de la teoría (por obvio e innecesario que parezca, es conveniente reiterarlo).

En ese esquema lo que se desdibuja, al no ser del todo visible, es el nexo que se trata de establecer entre la historia (como ciencia política) y la práctica política (contingente). El resultado más evidente es la insuficiencia de tal pretensión: en cuanto dicho nexo no se declara abiertamente, la propuesta resulta llena de aparentes traslajos y equívocos; y en cuanto no se oculta totalmente, tanto para la actividad política como para la científica, resulta poco explícita y nada rigurosa en muchos aspectos.

b) El otro problema de importancia que la "verdadera y orgánica Ciencia Política" debe resolver, se refiere a cómo evitar la misma ahistoricidad de que acusa a la ciencia oficial. Si pretende establecerse como la ciencia que ordene la rabia del "bajo pueblo" y además ser la ciencia en movimiento, del movimiento y para el movimiento<sup>30</sup>, corre varios riesgos:

1. girar en torno a la construcción de un "sujeto social" a quien organizar, asumiendo que existe la posibilidad que éste desaparezca en las veleidades de la historia, y terminar tratando de imponer, al igual que su antecesora, algunos "universales ahistóricos" en torno a los cuales asegurar la gobernabilidad de la nación;

2. arriesgar su propia existencia al justificarse en el sujeto "bajo pueblo" (que al parecer ha existido, existe y existirá para siempre).

#### IV. DESENLACE

Buscar el desenlace de ambas propuestas es apostar con la historia; es jugar a combinar las posibilidades lógicas de cada una, a riesgo que el devenir sobrepase con mucho cualquier suposición. Sin embargo, ambas esbozan algunos posibles finales al definir programáticamente su proyecto, y es ahí, por el momento, el único lugar en que se quiere hurgar.

<sup>30</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 59.

Las genealogías van por un camino de final incierto, al menos por dos razones:

a) porque en cuanto conjunto no sólo no conducen a una unidad, sino que rehuyen la “coronación teórica” que podría entregarle algún sentido trascendente o proyección histórica, “en dos palabras, no concluye”<sup>31</sup>,

b) y en cuanto se reconoce como hija del momento histórico y encuentra su justificación en una coyuntura puede, en cualquier momento, desaparecer y más tarde, quizá, resurgir bajo otra forma. No aspira a ser una disciplina atemporal que pueda hablar eternamente, porque incluso aquello de lo que habla puede desaparecer. Es decir, era tan sólo el trabajo “adecuado al período concreto que habíamos estudiado”<sup>32</sup>, una de las estrategias posibles y ya que en los últimos cinco, diez e incluso quince años “las cosas han cambiado mucho, la batalla ya no presenta la misma fisonomía”<sup>33</sup>, es necesario abandonarla o al menos abandonar los contenidos históricos tratados.

Puede, entonces, que ni siquiera el proyecto original de oponerse a las ciencias oficiales sobreviva. Quizá, con el tiempo, el enemigo y las estrategias sean necesariamente otras. Quizá ni uno ni otro existan.

Las puertas de salida de la Ciencia Política (Popular) no son menos inciertas. En principio, se vislumbran dos posibles:

a) que en virtud de su innegable cientificidad y al resguardo del prestigio intelectual alcanzado excepcionalmente<sup>34</sup> por alguno de los intelectuales que se arriesgan a caminar por esos senderos, logre ganarse un espacio frente a las prácticas científicas oficiales y ser reconocida por ellas (sin que esto signifique subordinarse a los universales dominantes) e incluso, llegado el momento, se haga de la oficialidad;

b) que logre “traficar ciencia popular”<sup>35</sup> de manera eficiente a espaldas de la ciencia oficial y permanecer en esa condición, renunciando a acceder alguna vez a la constelación “G” y, con ello, a gobernar la nación.

En ambos casos el riesgo mayor que la verdadera y orgánica ciencia política corre no está dado ni por transformarse en lo que combate, ni por circular para siempre a espaldas y permanecer ignorada, sino por que, alcanzando algún grado de eficiencia, en lugar de hacerse del poder o vivir en la clandestinidad, ponga los resultados de sus investigaciones de epistemología “P” al servicio de las ciencias que encarnan los universales “G” y, con ello traicione totalmente su proyecto original<sup>36</sup>.

<sup>31</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 126.

<sup>32</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 127.

<sup>33</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 132.

<sup>34</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 60.

<sup>35</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 59.

<sup>36</sup> Aquí cabría quizá preguntarse por el auge del concepto de “diversidad” y su utilización como categoría que permite una mejor interpretación de la realidad social y, por ende, una mejor administración de ésta.

## V. CONCLUSIÓN

Plantear, a modo de conclusión, algunas preguntas, pone en peligro uno de los objetivos propuestos para este ejercicio y puede desatar respuestas, en lugar de contribuir al silencio. Sin embargo, aun cuando ese riesgo existe, la certeza que de todos modos ambos proyectos serán olvidados, permite atreverse.

El uno sufrirá el abandono de quienes debieran seguir adelante con él, porque ha llegado el momento de cambiar la estrategia, o al menos de renunciar a determinados contenidos. El otro, porque su falta de consistencia teórica hará que el olvido se apodere de él, aún cuando se haga de la "oficialidad" (quizá ahí más que nunca), si es que la ciencia oficial no lo coloniza antes.

El uno permanecerá inconcluso, el otro se agotará.

A las genealogías no se les puede preguntar, porque si desde su nacimiento fijaron los límites de su existencia, el terreno en que se iban a mover, cualquier pregunta no sonaría más que a reproche. Las genealogías nacieron para no insertarse en proyecto teórico-político alguno, condenadas a la historicidad más radical, rehuyendo la "coronación teórica" que las podría conducir a algún lugar. Entonces, es el hecho mismo de su nacimiento el que las desprovee de un contenido que vaya más allá del ejercicio o la lucha en la coyuntura. Es su nacimiento el que las mina desde el interior, el que hace absurdas las preguntas.

La Ciencia Política (Popular) también nació condenada, pero no por acto de propia voluntad, sino por el error. El error de querer convertirse en algo que combate, de ocupar el lugar que ahora ocupa su enemigo, sólo que con un proyecto distinto, encauzando la rabia de un "sujeto social"; humanizando y educando en nombre de una nueva dominación.

En último momento, esta aspiración de ser ciencia no sólo atenta contra su propia coherencia, sino que abre la brecha para que las mismas genealogías planteen las preguntas. Para que pregunten, al igual que lo hicieron con las ciencias oficiales, por el argumento que le asignaría a esta nueva "ciencia" el derecho a ordenar la rabia popular, de "hacer" al "bajo pueblo" más racional en sus acciones y más científico en sus movimientos<sup>37</sup>: "...¿no sería preciso preguntarse sobre la ambición de poder que conlleva la pretensión de ser ciencia? No sería la pregunta: ¿qué tipo de saberes queréis descalificar en el momento en que decís: esto es una ciencia? ¿Qué sujetos hablantes, charlantes, que sujetos de experiencia y de saber queréis 'minorizar' cuando decís: 'Hago este discurso, hago un discurso científico, soy un científico'? ¿Qué vanguardia teórico-política queréis entronizar...?"<sup>38</sup>.

<sup>37</sup> Salazar, *op. cit.*, pág. 66.

<sup>38</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 131.

# CRISIS ECONÓMICA Y RESPUESTA POPULAR. LA CONVERGENCIA PROTECCIONISTA EN CHILE, 1876-1878\*

*por Sergio Grez Toso\*\**

En 1876, hacia fines del gobierno liberal de Federico Errázuriz Zañartu, una gran crisis sacudía la economía chilena. Una coyuntura internacional, en la cual los precios de las materias primas y alimentos comenzaron un proceso de declinación histórica, afectó severamente a las exportaciones nacionales. Los precios del cobre y de la plata habían bajado drásticamente y, en menor medida, los del trigo y de la harina. El comercio exterior del país entró desde 1873 en un período de crisis permanente.

Por otro lado, la deuda pública había aumentado considerablemente debido a los créditos contraídos, sustrayendo muchos ingresos al Estado por concepto de intereses y amortizaciones, provocando un importante déficit fiscal. Numerosas compañías mineras quebraron. El Perú recuperó las salitreras de Tarapacá y Bolivia gravó las guaneras en Antofagasta. A la fuga de capitales se sumaba el alza de la tasa de descuentos y el cierre de numerosas casas comerciales. El sucesor de Errázuriz, el presidente Aníbal Pinto, intentó solucionar el problema de las finanzas del Estado, creando nuevas contribuciones y restringiendo el gasto público mediante el desarme de varios buques de la armada y la reducción de gratificaciones a los empleados fiscales y de los efectivos del ejército. Si bien estas medidas lograron solucionar parcialmente el problema fiscal, no fueron suficientes para paliar la crisis de los empresarios.

La debacle económica se manifestó también en el plano monetario: escaseaba el circulante como consecuencia de la exportación de moneda de oro y de plata por concepto de pagos del comercio en Europa; aumentó el interés del dinero y bajó el cambio internacional, subiendo el costo de la vida. La propiedad raíz, la renta inmobiliaria, los títulos de crédito del Estado y los del crédito bancario se depreciaron. Cuando los bancos no pudieron convertir sus billetes en moneda metálica, el gobierno, que les debía importantes sumas, corrió en su auxilio al aprobar una ley de inconvertibilidad de los billetes bancarios (1878), dando a éstos curso forzoso en todas las transacciones, desatándose así la inflación<sup>1</sup>.

La condición popular se vio agravada por la aparición de una mortífera epi-

\* Ponencia presentada en las XV Jornadas de Historia Económica organizadas por la Asociación Argentina de Historia Económica y la Universidad Nacional del Centro, Tandil, 9 al 11 de octubre de 1996.

\*\* Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Biblioteca Nacional y Universidad de Santiago de Chile.

<sup>1</sup> Nuestra síntesis sobre la crisis económica se basa en las siguientes obras: Carmen

demia de viruela en 1876 que cobró 6.324 vidas, la mayor parte de ellas en la capital. Santiago lamentó la muerte de 5.710 personas, esto es, casi el 4% de su población<sup>2</sup>. En algunos centros urbanos menos poblados, los estragos de la viruela fueron proporcionalmente tan o más importantes que en la ciudad cabecera del país: el puerto de San Antonio fue diezmado; en Lota Alto —donde la enfermedad llegó en un barco a mediados de 1877— se contaron ciento cuarenta y dos decesos durante los primeros ocho meses. La epidemia encontró en ese poblado minero todas las condiciones para su propagación: el 95% de los habitantes no habían sido inoculados y el 5% restante había recibido vacunas de mala calidad, por lo tanto, completamente ineficaces. El hacinamiento de la población en ranchos y piezas, que albergaban a siete o más personas, la falta total de condiciones higiénicas y la promiscuidad en la que continuaban viviendo los enfermos con los demás habitantes, facilitaron el contagio<sup>3</sup>. En la capital sólo el 4,4% de sus habitantes eran inoculados en promedio cada año, lo que significaba que casi la totalidad de los sectores populares quedaba sin su protección y la mortalidad se elevaba debido al gran porcentaje de población flotante —los gañanes de origen campesino que oscilaban entre la ciudad y los campos vecinos— a los cuales no llegaba la medida preventiva<sup>4</sup>. Por estas razones la viruela se ensañó con los más pobres. La enfermedad actuaba con claros criterios de segregación social<sup>5</sup>.

La combinación de crisis económica y epidemia hizo más dura la vida de los sectores populares hacia 1876. El deterioro social se expresó de múltiples maneras, especialmente en un notable aumento de la criminalidad, tanto en las áreas rurales como urbanas.

La recesión puso a prueba la capacidad de organización y de movilización del artesanado y de la incipiente clase obrera urbana. A diferencia de lo ocurri-

---

Cariola y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica de Chile 1830-1930. Dos ensayos y una bibliografía* (Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1982), págs. 38 y 39; Luis Ortega, *Los empresarios, la política y los orígenes de la Guerra del Pacífico* (Santiago, Contribuciones, Programa FLACSO-Santiago de Chile, N° 24, abril de 1984), págs. 5-13; Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891* (Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1952), tomo XVI, págs. 57-87. También hemos consultado el mensaje presidencial de 1877: [Aníbal Pinto], *Discurso de Su Excelencia el Presidente de la República en la apertura al Congreso Nacional de 1877* (Santiago, Imprenta Nacional, 1877).

<sup>2</sup> Jenaro Contardo, "Causas de la propagación de la viruela en Chile i de la excesiva mortalidad que producen sus epidemias en Santiago", *Revista Médica de Chile*, año VI, N° 6, Santiago, 15 de diciembre de 1877, pág. 219.

<sup>3</sup> J. D. Herrera R., "Epidemia de viruela en Lota. Desde junio de 1877 a febrero de 1878", *Revista Médica de Chile*, año VI, N° 10 y 11, Santiago, 15 de mayo de 1879, págs. 367-371; *Quinto Censo Jeneral de la población de Chile levantado el 19 de abril de 1875 i compilado por la Oficina Central de Estadística de Santiago* (Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1876), pág. LI.

<sup>4</sup> Daniel Opazo Silva, "De las vacunaciones en Chile (conclusión)", memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Medicina, *Revista Médica de Chile*, año VI, N° 4, Santiago, 15 de octubre de 1877, págs. 173 y 174.

<sup>5</sup> Contardo, *op. cit.*, pág. 215.

do durante crisis anteriores, a mediados de los años setenta estos sectores ya contaban con una serie de organizaciones –mutualistas y otras– que podían servir, y sirvieron, para organizar la respuesta del pueblo llano a la crisis. Desde el punto de vista del movimiento popular, la gran virtud de la conmoción de los años 1876–1878 fue precisamente el someter a prueba a dichos organismos, contribuyendo a consolidar los lazos, hasta entonces poco estrechos, entre distintos segmentos de trabajadores organizados. Ya existían “sociedades de artesanos” en aproximadamente veinte ciudades, fuera de unas ocho mutuales de carácter gremial en Santiago y Valparaíso, que agrupaban a tipógrafos, cigarreros, carroceros, herreros, sastres y zapateros<sup>6</sup>. Muy ligado al desarrollo de este movimiento asociativo de los trabajadores, surgió un club sociopolítico, la *Sociedad Escuela Republicana*, expresión de un avanzado liberalismo de raigambre popular. Las sociedades de artesanos, por ser el punto de confluencia de artesanos, obreros, pequeños patronos de distintos oficios y ramas de la actividad económica y otros elementos del “bajo pueblo” urbano, jugaron un papel preponderante en la campaña por la defensa de los intereses de los sectores populares afectados por la crisis. Pero tan relevante como lo anterior, fue la convergencia que se produjo durante estos años entre el artesanado, la clase obrera y los primeros núcleos de la burguesía manufacturera, unidos tras la reivindicación común de la protección a la industria nacional.

La campaña contra los efectos de la contracción económica sobre las masas populares, iniciada públicamente en diciembre de 1876, fue la primera instancia de coordinación permanente de trabajadores urbanos de diferentes oficios y distintas ciudades en la historia de Chile. Las sociedades de artesanos de Santiago, Valparaíso y Chillán, junto a los *centros o directorios industriales* de esas y otras ciudades fueron los motores de una cruzada de larga duración –alrededor de dos años– durante la cual el artesanado y la burguesía industrial (y tras ellos la clase obrera) interpellaron por primera vez de manera coordinada al poder político, cuestionando el modelo de desarrollo económico librecambista imperante en el país.

La confluencia de intereses y de puntos de vista de los sectores ligados a la actividad manufacturera, comenzó a expresarse en Santiago en 1875, a través de la creación de un organismo denominado *Sociedad o Directorio Industrial*, destinado a fomentar el desarrollo de la industria. En su directiva figuraban dirigentes mutualistas como José Agustín González e Hipólito Acevedo, junto a propietarios de importantes empresas manufactureras como el curtidor Julio Tiffou y

<sup>6</sup>Sobre el movimiento mutualista véase Sergio Grez Toso, *Les mouvements d'ouvriers et d'artisans en milieu urbain au Chili au XIX<sup>e</sup> siècle (1818-1890)*, Thèse de Doctorat (nouveau régime) (Paris, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1990); “La mutualité aux origines du mouvement ouvrier chilien (1853-1890)”, dans *La Revue de l'Economie sociale*, Montreuil, 1992, págs. 155-183; “The mutual benefit movement in Chile from its origins to the present time (1853-1992)”, in *International Social Security Review*, vol. 46, Geneva 3/1993, págs. 29-52; *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (en prensa).



otras personalidades de las clases pudientes. Patrocinado por este organismo, el 11 de septiembre de 1875 apareció por primera vez el semanario *La Industria Chilena*, siendo su primer redactor Guillermo C. de Larraya y su administrador y gerente el relojero Benjamín Emparán.

*La Industria Chilena* se convirtió rápidamente en el vocero y propagandista de los partidarios del proteccionismo.

Desde septiembre de 1875, cuando se manifestaron los primeros síntomas de la crisis, *La Industria Chilena* propuso la idea de una movilización permanente en pro del proteccionismo. Lo que se tradujo en la presentación de una carta de trescientos "industriales" de Santiago, Valparaíso y Talca al Presidente de la República, pidiéndole la liberación completa de los derechos aduaneros de las materias primas importadas para la producción manufacturera. Los nombres que aparecían en la larga lista reflejaban la significativa convergencia de artesanos y empresarios fabriles. Del mundo artesanal y mutualista destacaban las figuras de José Agustín González, Hipólito Acevedo, Marion Ross y José Lucrecio Arellano. Entre los industriales propiamente tales, aparecían personalidades tan prominentes como Octavio Benedetti, Pedro Ewing, los hermanos Tiffou, Eugenio Saint Macary, Julio Berstein, además de Balfour, Lyon y Compañía<sup>7</sup>.

A pesar de su amplia base social, el movimiento de los manufactureros tropezó con varias dificultades que le restaron fuerza en un primer momento. La convocatoria del *Directorio Industrial*, cuya finalidad era realizar los estudios que convendría presentar a la comisión nombrada por el gobierno para la reforma de la legislación aduanera<sup>8</sup>, tuvo poco éxito. Los asistentes a la primera reunión realizada el 12 de diciembre en el Teatro Lírico de Santiago, estuvieron "fríos, desorientados [y] poco numerosos"<sup>9</sup>. La intromisión de cierto club político, que en la mañana había sesionado en la misma sala, y que pretendió acarrear aguas para su molino proponiendo la firma de un programa a los convocados por el *Directorio Industrial*, fue una de las causas invocadas por los organizadores para explicar el fracaso del llamamiento<sup>10</sup>. Por otro lado, comenzaban a aflorar las contradicciones en el seno del frente productivista-proteccionista. *La Industria Chilena*, que desde su décimo número había dejado oficialmente de aparecer como órgano del *Directorio Industrial*, quedando bajo la exclusiva responsabilidad de su propietario y director Benjamín Emparán<sup>11</sup>, comenzó a expresar críticas a la labor de ese organismo: la mayoría de las firmas recolectadas era el fru-

<sup>7</sup> "A S. E. el Presidente de la República", *La Industria Chilena*, Santiago, 13 de noviembre de 1875; "Crónica local", *La República*, Santiago, 2 de noviembre de 1875. Es interesante consignar la participación de algunas casas comerciales como Balfour, Lyon y Compañía, dedicadas tanto a actividades importadoras como productoras. Este doble carácter puede haber sido un factor que inhibió con el correr del tiempo su celo proteccionista, permitiendo su completo acomodo al modelo librecambista.

<sup>8</sup> "A los industriales", *La Industria Chilena*, Santiago, 4 y 11 de diciembre de 1876.

<sup>9</sup> [Editorial], *La Industria Chilena*, Santiago, 18 de diciembre de 1875.

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> "Aviso importante a los suscriptores", *La Industria Chilena*, Santiago, 13 de noviembre de 1875.

to exclusivo del trabajo del periódico, el aporte financiero del *Directorio Industrial* a la publicación había sido mínimo, y lo que es peor, éste se estaría apurando a crear otro órgano de prensa, en vez de apoyar el ya existente. Al haber del organismo industrialista sólo quedaba el nombramiento de una comisión representativa ante el gobierno<sup>12</sup>. Benjamín Emparán comenzó a propagandear la idea de la formación de:

“[...] una gran sociedad compuesta de todos los industriales del país, teniendo en la capital de la República un directorio compuesto de un miembro caracterizado de cada una de las industrias establecidas; directorio que vigile constantemente los intereses de la industria en general y particular, como también promueva todas las medidas tendientes al desarrollo y fomento industrial”<sup>13</sup>.

Emparán bautizó su propuesta como *Sociedad de Fomento* (de la industria) e invitó a los representantes de cada rama artesanal e industrial a adherir a ella firmando un acta de instalación<sup>14</sup>.

Con el correr de 1876, cuando la situación se agravó, la idea proteccionista comenzó a ganar adeptos, dándose nuevos pasos para formar una coordinación encargada de su implementación. Pero las polémicas continuaban desarrollándose entre los partidarios del proteccionismo. El 25 de marzo se juntaron en el Teatro Lírico los industriales y jefes de taller de la capital para tratar el tema de la liberación de los derechos a las materias primas importadas, sin embargo, la reunión fue empañada por la protesta publicada en la víspera por Francisco Miralles, redactor en jefe de *La Industria Chilena*, quien desmintió toda participación en el *Directorio Industrial* y en la convocatoria, señalando que el tema de los derechos de las materias primas quedaba obsoleto desde el momento en que el gobierno ya había aprobado la nueva Ordenanza de Aduanas. Tal directorio no tenía, pues, razón de ser...<sup>15</sup>.

El protagonismo recayó sobre las sociedades mutualistas, alentadas por *La Industria Chilena*. En agosto del mismo año empezó a prepararse en Valparaíso una gran manifestación en favor de la reforma de la Ordenanza de Aduanas, destinada, además, a echar las bases de una *Sociedad de Fomento*<sup>16</sup>. Benjamín Emparán redobló su trabajo de organizador y propagandista en dirección de las provincias: un viaje al mismo puerto, presentado como una manera de extender la difusión de su periódico, fue una buena ocasión para reforzar el movimiento y su influencia en aquella ciudad<sup>17</sup>. Poco después se informaba de trabajos simila-

<sup>12</sup> *La Industria Chilena*, Santiago, 18 de diciembre de 1875.

<sup>13</sup> [Editorial], *La Industria Chilena*, Santiago, 1 de enero de 1876.

<sup>14</sup> [Editorial], *La Industria Chilena*, Santiago, 29 de enero de 1876.

<sup>15</sup> *La Industria Chilena*, Santiago, 1 de abril de 1876.

<sup>16</sup> “La industria es nuestra salvación”, *La Industria Chilena*, Santiago, 26 de agosto de 1876.

<sup>17</sup> “Revista de la Quincena”, *La Industria Chilena*, Santiago, 26 de agosto de 1876.

res a los del puerto en la capital. Una nueva dinámica parecía reemplazar al languideciente *Directorio Industrial*<sup>18</sup>. En octubre, los impulsores de esta idea dirigieron cartas a una serie de personas en distintas ciudades para instarlos a establecer un "centro de propaganda", o sea, una nueva *Sociedad Industrial* capaz de emprender una campaña en regla contra el librecambismo<sup>19</sup>.

Los debates no escaseaban en el mundo popular. Se discutían distintas soluciones para combatir la crisis que afectaba a los trabajadores. El cooperativismo era una de las propuestas que se formulaban como salida para la angustiante situación. Fermín Vivaceta, el líder mutualista avecindado en Valparaíso, aparecía como el principal impulsor de este tipo de asociación<sup>20</sup>. Emparán formuló una crítica fraternal: los trabajadores no podían dispersar sus esfuerzos en semejantes iniciativas. La tarea del momento era la *Sociedad de Fomento*<sup>21</sup>. La opción que prevaleció fue la campaña en favor del proteccionismo.

El 9 de noviembre se reunieron varios "industriales"<sup>22</sup> en un hotel de Santiago con el fin de ordenar los datos recogidos para impulsar la reforma de la Ordenanza de Aduanas. Domingo Morel, representante de los manufactureros de Chillán, presentó un proyecto de estatutos para la futura *Sociedad de Fomento*. El mismo delegado fue designado secretario permanente de la institución en gestación<sup>23</sup>.

A partir del último trimestre de 1876 el movimiento proteccionista comenzó a cobrar fuerza. La iniciativa fue tomada, esta vez, por la *Sociedad de Sastres de Santiago*, que era presidida por Manuel Hidalgo. La invitación cursada a las demás organizaciones populares de la capital fijaba como objetivo "acordar las medidas que deben tomarse con el fin de mejorar el estado de la industria nacional"<sup>24</sup>.

La reunión de los delegados artesanos del 19 de noviembre resolvió "nombrar dos industriales de cada ramo de la industria nacional, principalmente de los establecidos en la capital, para que estudien sus necesidades", y presentar una petición a las autoridades para que el Presidente de la República convocara

<sup>18</sup> *La Industria Chilena*, Santiago, 11 de septiembre de 1876.

<sup>19</sup> "Reorganización de la Sociedad de Industriales", *La Industria Chilena*, Santiago, 30 de octubre de 1876.

<sup>20</sup> Las referencias a esta experiencia aparecen en Grez, *De la "regeneración del pueblo"...*, *op. cit.*, capítulo XI.

<sup>21</sup> "Al pasito por las piedras", *La Industria Chilena*, Santiago, 2 de septiembre de 1876. Desde comienzos del mismo año Emparán había formulado críticas a los proyectos cooperativistas de Vivaceta, pero por razones distintas: en esa ocasión había cuestionado el alero de un círculo político en que se había cobijado el líder mutualista para presentar su plan. [Editorial], *La Industria Chilena*, Santiago, 8 de enero de 1876.

<sup>22</sup> El término "industriales" empleado en Chile a lo largo del siglo XIX es muy equívoco. A veces era sinónimo de obreros fabriles; en otras oportunidades -tal vez en la mayoría de las ocasiones- era una clara referencia a los artesanos, y en ciertos casos, se entendía por tales a los propietarios de industrias manufactureras.

<sup>23</sup> "Los datos pedidos a los industriales por la comisión de gobierno", *La Industria Chilena*, Santiago, 13 de noviembre de 1876.

<sup>24</sup> "Circular a los industriales de Santiago", *La Industria Chilena*, Santiago, 27 de noviembre de 1876.

al Congreso Nacional a sesión extraordinaria para discutir esas medidas y tomar una resolución<sup>25</sup>. El mismo día tenía lugar una asamblea similar en Valparaíso<sup>26</sup>.

La movilización pública solicitando protección para la industria nacional, debutó en el Alcázar Lírico de Santiago el 10 de diciembre de 1876 con un multitudinario *meeting* de obreros, artesanos e industriales. Los mil quinientos participantes aprobaron el trabajo realizado por la comisión nombrada el 19 de noviembre y acordaron solicitar al gobierno la liberación de derechos para la importación de veinte materias primas y la reforma de la ordenanza aduanera en un sentido proteccionista. Una comisión *ad-hoc* era la encargada de ponerse en contacto con todos los centros industriales del país para solicitar su adhesión a las conclusiones del *meeting* y convocar a un nuevo acto donde se nombrasen los encargados de presentar las peticiones al gobierno. La mayoría de los elegidos reflejaba la influencia que el artesanado, a través de sus instituciones de socorros mutuos, empezaba a ejercer dentro del bloque industrialista-proteccionista: Hipólito Acevedo, Juan Clavijo, Tristán Cornejo, Benjamín Emparán, Alberto Gandarillas, Manuel Hidalgo, Onofre Llanillos, Pascual Ortega, Marion Ross y Manuel Modesto Sosa, entre otros, eran los representantes más connotados de este sector<sup>27</sup>. La idea maestra de la demanda era la conversión de la aduana en "instrumento nivelador de las fuerzas productivas propias o ajenas", protegiendo, así, la producción nacional frente a la competencia extranjera, a la que se atribuía la crisis que pesaba sobre los productores nacionales<sup>28</sup>.

La campaña proteccionista lanzada por *La Industria Chilena* y las sociedades de artesanos de Santiago y Valparaíso se desarrolló rápidamente. A los pocos días comenzó a difundirse un proyecto de estatutos de la nueva *Sociedad Nacional Industrial*. Sus objetivos eran ambiciosos: promover el fomento y el adelanto de la industria nacional en todas sus ramas, editar un periódico, hacer publicaciones especiales sobre las actividades industriales, traer maestros de industrias inexistentes en el país para que enseñasen a los nacionales, y otorgar premios a los obreros y artesanos que se distinguieran en el ejercicio de sus oficios o que sobresalieran por su honradez y moralidad<sup>29</sup>.

Por su parte, los comisionados del *meeting* del 10 de diciembre se dirigieron a las sociedades de artesanos de todo el país, instándolas a apoyar activamente la iniciativa emprendida en Santiago, recogiendo firmas de adhesión a través del sistema de mesas apostadas en distintos puntos de la ciu-

<sup>25</sup> "Gran asamblea de industriales de Santiago", *La Industria Chilena*, Santiago, 27 de noviembre de 1876.

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> "Gran meeting de industriales en el Alcázar Lírico en Santiago", *La Industria Chilena*, Santiago, 11 de diciembre de 1876; *El Independiente*, Santiago, 12 de diciembre de 1876; Marcial González, "Los obreros chilenos ante la protección y el libre cambio", en *Revista Económica*, tomo IV, N° 19, Santiago, noviembre de 1888, pág. 403. Publicado originalmente como folleto en Santiago, Imprenta de la República, 1877, bajo el seudónimo de Ignotus.

<sup>28</sup> Marcial González, *op. cit.*, pág. 20.

<sup>29</sup> "Proyecto de Estatutos de la Sociedad Nacional Industrial", *La Industria Nacional*, Santiago, 11 de diciembre de 1876.

dad<sup>30</sup>. La capital dio el ejemplo colocándose ese tipo de mesas en noventa y tres talleres artesanales, industrias manufactureras y locales comerciales<sup>31</sup>.

El movimiento también cobró fuerza en provincias. Una reunión preparatoria de "jefes de industrias", realizada en Valparaíso el 1 de enero de 1877, designó una comisión de representantes de las distintas ramas manufactureras encargada de la convocatoria a un gran acto público. Fermín Vivaceta, por los carpinteros constructores; Ricardo Pini, por los sastres; Juan Agustín Cornejo, por los cigarreros; Enrique Plump, por los ebanistas; Luis Osthaus, por los cordeleros –entre los más conocidos– fueron nominados junto a Julio Berstein, por los industriales destiladores, y Mr. Balfour por los fundidores. El activísimo Benjamín Emparán y Honorio Riquieri también jugaron papeles relevantes en la iniciativa<sup>32</sup>. A los pocos días –una vez conocida la aceptación de una parte significativa de los designados– se dio por constituida la *Sociedad de Industriales de Valparaíso*<sup>33</sup>.

El *meeting* tuvo lugar el 21 de enero en el Circo de la Victoria de esa ciudad. Entre los numerosos asistentes –mil, mil quinientas y hasta dos mil personas, según algunas versiones– había delegaciones de Santiago, Quillota y Limache. La representación de Santiago –compuesta por cuatro dirigentes de la *Sociedad de Artesanos "La Unión"*, Hipólito Acevedo, Alberto Gandarillas, Manuel Hidalgo y Modesto Soza– levantó con fuerza la idea de la unión de los obreros para conseguir el mejoramiento de su situación y buscó la aprobación por parte de los presentes de las conclusiones del acto realizado el mes precedente en la capital. Gandarillas pronunció un discurso muy aplaudido, atacando la política de los gobiernos y parlamentos interesados únicamente en favorecer a los propietarios agrícolas a través de obras financiadas con el dinero de la nación –como la construcción de ferrocarriles estatales– que los beneficiarían casi exclusivamente. Con igual dureza fustigó al capital extranjero presente en el país:

"El Banco Nacional tiene 13.500 acciones chilenas y apenas 1.500 acciones de extranjeros, y sin embargo, la dirección está en manos de estos últimos, cuyo único giro es la importación y se dan los dineros nacionales unos con otros sin responsabilidad muchas veces y con el único objeto de fomentar esa importación que es la muerte de nuestra industria. [...].

Ved el banco de Valparaíso, tiene 18.000 acciones chilenas y 2.000 extranjeras y con corta diferencia sucede lo mismo que en el otro Banco, así va todo señores. El comercio extranjero desprovisto de capitales, ha sentado sus reales en Chile y con nuestra propia riqueza ha consumado la miseria y la inanición en que se encuentra hoy la República"<sup>34</sup>.

<sup>30</sup> "Circular a todas las sociedades de obreros de Chile", *La Industria Chilena*, Santiago, 25 de diciembre de 1876.

<sup>31</sup> "Revista de la Quincena", *La Industria Chilena*, Santiago, 25 de diciembre de 1876.

<sup>32</sup> "Revista de la Quincena", *La Industria Chilena*, Santiago, 15 de enero de 1877.

<sup>33</sup> "Gran meeting en Valparaíso", *La Industria Chilena*, Santiago, 5 de febrero de 1877.

<sup>34</sup> *Op. cit.*; "Valparaíso. El meeting de los industriales", *El Copiapino*, Copiapó, 29 de

A pesar de la receptividad del público, algunas objeciones impidieron que las conclusiones de la manifestación realizada el 10 de diciembre en la capital fueran adoptadas de inmediato por los trabajadores porteños, decidiéndose, en cambio, el nombramiento de una comisión para su estudio<sup>35</sup>.

Desde ese verano el movimiento se extendió rápidamente por el país, en especial por las zonas central y sur. La acción mancomunada de las mutuales de trabajadores de Santiago y Valparaíso, de los centros o sociedades industriales de las mismas ciudades, de *La Industria Chilena*, y muy particularmente de su director, Benjamín Emparán, convertido en el principal animador de la campaña, comenzó a dar resultados. Comisionado por Valparaíso, el relojero Emparán inició una gira por las provincias del sur.

El 7 y el 11 de febrero se juntaron los "jefes de industrias" de Talca. De esas reuniones emergió una lista de representantes por rama de actividad manufacturera, similar a la de Valparaíso. El fundidor Eduardo Brown, el herrero Roberto Williams, el tipógrafo Miguel Herrera y el sastre y dirigente mutualista Martín Machicao eran las figuras más prominentes de la convergencia de artesanos, obreros y burgueses manufactureros talquinos. Éstos adoptaron una serie de acuerdos en apoyo a lo ya realizado en Valparaíso, de aprobación de las bases para la reforma de aduanas elaboradas en Santiago y decidieron promover activamente el movimiento en la provincia. Una recomendación especial del *Centro* o *Directorio Industrial* de Talca ante sus homólogos de otras ciudades, apoyaría la labor de Emparán<sup>36</sup>.

Siguiendo el itinerario del comisionado Emparán, se sucedieron en las principales ciudades del sur *meetings* y acuerdos similares a los de Talca. En Chillán, San Carlos y Concepción los *centros industriales* adoptaron las mismas medidas prácticas destinadas a desarrollar la campaña proteccionista: reediciones de las *Bases de reforma de la Ordenanza de Aduanas*, erogaciones voluntarias, envío de comisiones a otras ciudades para ayudar a la constitución de nuevos *centros industriales*. El modelo organizativo era siempre el mismo: el directorio de cada centro se constituía sobre la base de representantes por cada rubro de la actividad manufacturera y se designaban comisiones para la ejecución de tareas. De esta manera se expresaba la confluencia social en el bloque industrialista-proteccionista. Así, por ejemplo, en Chillán se codeaban los fundidores Winters y Compañía o los industriales galleteros Wilson y Compañía con el carrocero Guillermo Segundo Davison, presidente de la *Sociedad de Artesanos*, y en Concepción Eugenio

---

enero de 1877. Sobre esta reunión, véase también el comentario editorial aparecido ese día en el mismo periódico, bajo el título "Los industriales se mueven", así como la crítica a las ideas de Gandarillas en el artículo editorial "El meeting de obreros en Valparaíso", *El Copiapino*, Copiapó, 17 de febrero de 1877. Entre los numerosos reparos a las concepciones de Gandarillas, se destacó la formulada por el periódico en lengua alemana *Deutsche Nachrichten* en su edición del 24 de enero de 1877, reproducida por *La Industria Chilena* el 5 de febrero del mismo año.

<sup>35</sup> "Valparaíso. El meeting...", *op. cit.*

<sup>36</sup> "Reunión de obreros en Talca. Gran meeting", *La Industria Chilena*, Santiago, 26 de febrero de 1877.

Goyeneche y Compañía, propietarios de velerías y jabonerías, el sastre Lorenzo Arenas, fundador y primer presidente de la *Sociedad de Artesanos*, y otros mutualistas como Manuel Merino<sup>37</sup>.

Continuando la vía trazada, y con el estímulo de los centros de Chillán y Concepción, más la dinámica presencia itinerante del comisionado Emparán, el movimiento se organizó en Parral, Valdivia, La Unión, Río Bueno y Osorno durante el otoño y el invierno de 1877. Hacia fines de julio se habían formado alrededor de diez *centros industriales* y reunido once mil seiscientas firmas de adhesión a las *Bases generales de la reforma de la Ordenanza de Aduanas*. Tales resultados, obtenidos en poco más de siete meses, hacían augurar a sus promotores un futuro promisorio: al cabo de un nuevo año de campaña esperaban contar con cuarenta y dos centros y cien mil firmas<sup>38</sup>. También se habían establecido lazos con un movimiento argentino de similares características<sup>39</sup>.

Al mismo tiempo, se manifestaba una radicalización de ciertos discursos que evidenciaba los efectos políticos de la prolongada recesión. El socialismo de Estado, como doctrina económica, fue evocado como la solución a los males del país en más de una oportunidad:

“Las huelgas de obreros de 1873 –decía un colaborador de la *Industria Chilena* que firmaba con el seudónimo de Diógenes–, o sea las luchas entre el capital y los salarios, ha sido el origen de la propaganda industrial que al presente se inicia; y ésta no es más que el prólogo de una gran revolución social para el porvenir.

La hipocresía ha echado muchas raíces en este país, y es por esto que la nueva lucha económica no se inicia con su nombre sino con títulos más o menos encubiertos.

Si Chile tuviera un tribuno como Bilbao y un socialista como Víctor Hugo, era de asegurar que en pocos meses tendríamos en esta tierra la organización de un gran partido industrial.

Los soldados son numerosos, la legión es inmensa. Se le encuentra en todas partes: en las chozas del inquilino como en los albergues del pobre, en las aulas de la Universidad como en los talleres del obrero, en los hombres de profesiones liberales como en las clases que manejan un formón o un *mayete*.

<sup>37</sup> “Chillán. Gran meeting de industriales”, *El Copiapino*, Copiapó, 19 de marzo de 1877; “Los Centros Industriales de Talca, Chillán, San Carlos i Concepción”, *La Industria Chilena*, Santiago, 11 de abril de 1877, *La Discusión*, Chillán, ediciones de 20 y 31 de mayo y del 6 de junio de 1878.

<sup>38</sup> “Movimiento industrial”, “Centros industriales de Valdivia i Osorno”, “Centro de Osorno” y “Acta de adhesión de los jefes de industrias de Río Bueno”, *La Industria Chilena*, Santiago, 21 de julio de 1877.

<sup>39</sup> [Editorial], *La Industria Chilena*, Santiago, 15 de enero de 1877; “Gran meeting en Valparaíso”, *op. cit.*; “Sociedad de Industriales de Valparaíso”, *La Industria Chilena*, Santiago, 5 de febrero de 1877. Sobre el movimiento trasandino, véase José Carlos Chiaramonte, *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina 1860-1880* (Buenos Aires, Ediciones Solar, 1982), en particular págs. 205-236.



¿Qué falta para organizar la nueva escuela económica?

En mi concepto faltan jefes, prensas, y más que todos, hombres de corazón y de carácter<sup>40</sup>.

Pero la reacción de los partidarios del librecambismo no se había hecho esperar. Diversos periodistas, políticos y economistas refutaron a través de declaraciones, artículos de prensa y folletos las peticiones de artesanos, obreros e industriales. Para los sostenedores de la ortodoxia económica liberal, el proteccionismo no constituía la solución a los problemas económicos del país, puesto que los consumidores serían los afectados al pagar más caro por los productos nacionales. Para estos sectores era un "error" presentar la sociedad dividida en clases antagónicas, como había ocurrido en más de una oportunidad a lo largo de la campaña de los proteccionistas<sup>41</sup>.

A pesar de las críticas, continuó desarrollándose el movimiento de trabajadores y empresarios manufactureros destinado a obtener medidas que protegieran la industria nacional y solucionaran la angustiada situación de obreros y artesanos por falta de trabajo y encarecimiento de los artículos de primera necesidad. El 10 de diciembre de 1877 se realizó un nuevo *meeting* en el Alcázar Lirico de Santiago. Ante una concurrencia estimada en a lo menos seiscientas a setecientas personas<sup>42</sup>, los dirigentes mutualistas Manuel Hidalgo y Carlos Garfias:

"[...] pintaron la triste indigencia de los obreros y sus familias y el abatimiento de los oficios y de la industria. El primero condenó con energía que estuviesen gravados con derechos de internación las primeras materias y se dejasen entrar libres de derechos los artículos manufacturados, todo para mayor ruina de la industria"<sup>43</sup>.

Un proyecto de representación dirigido al Presidente de la República, bau-

<sup>40</sup> "Cartas Industriales. De Santiago a Talca", I, febrero de 1877, *La Industria Chilena*, 26 de febrero de 1877.

<sup>41</sup> El periodista y político conservador Zorobabel Rodríguez, se destacó en esta campaña de refutaciones. Ver su serie de cinco artículos aparecidos bajo el título de "La cuestión obrera", en las ediciones de los días, 13, 14, 16, 17 y 20 de diciembre de 1876 de *El Independiente*. Este material se encuentra íntegramente reproducido en Sergio Grez Toso (compilación y estudio crítico), *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Colección Fuentes para el estudio de la República, vol. VIII, 1995), págs. 255-273. Posiciones similares a las de Rodríguez en "El meeting de los obreros de Valparaíso", *op. cit.* y Marcial González, "Los obreros chilenos...", *op. cit.*, págs. 433 y 434.

<sup>42</sup> Las cálculos sobre el número de asistentes a este acto fueron muy variados. Así, mientras *El Mercurio* en su edición del 10 de diciembre, hablaba de seiscientas a setecientas personas, el Barón d'Avril, representante diplomático de Francia en Chile, informó a su ministerio del ramo que en dicho *meeting* habían participado dos mil obreros. *Archives du Ministère des Affaires Etrangères de la République Française, Correspondance Politique 20 Chili 1874-1877, Lettre du Baron d'Avril au Ministre, Santiago, le 14 décembre 1877, Légation de France au Chili, Direction Politique N° 22, fs. 490 y 491.*

<sup>43</sup> "Reunión de obreros", *El Mercurio*, Valparaíso, 10 de diciembre de 1877.



tizado *Petición de los obreros de Chile*, fue aprobado por los participantes en el acto. Aunque los términos empleados eran muy respetuosos, la solicitud interpelaba directamente al jefe del Estado, cuestionando la política librecambista aplicada por su gobierno y las administraciones anteriores. La exposición de los males que soportaban el artesanado y la clase obrera, arrojaba un sombrío balance social:

“Las dificultades de nuestra posición son bien conocidas; todos los oficios están en la más absoluta paralización y amenazados de una completa ruina. La construcción de edificios, que en las últimas épocas ha ocupado tantos brazos en la capital, ha sido casi totalmente suspendida en razón de la escasez de numerario. El oficio de albañilería se encuentra aniquilado por estas circunstancias, mientras que el gremio de carpinteros, tan numeroso en nuestra población, se ve privado de esta manera de su más constante y lucrativa ocupación y reducido a la más absoluta nulidad, por la introducción de muebles manufacturados en el extranjero.

Ahí tenemos la herrería agobiada por idéntica causa, y a más el gravámen del derecho sobre el fierro en bruto; y sin embargo, se permite la introducción de artefactos sin derechos aduaneros. La encuadernación también es uno de los oficios que más sufre estos males, porque la internación de sus materiales es gravada con un veinticinco por ciento y a pesar de esto son introducidos sin derecho alguno los libros empastados. La sastrería, tan numerosa en operarios y que da ocupación a miles de mujeres, se encuentra hoy en completa paralización por la gran introducción de trajes confeccionados, y no se ocultará al elevado criterio de V.E. que la falta de trabajo producirá la miseria, el vicio y el crimen, que serán la desgracia en las familias y la deshonra del país. En la misma situación se halla la generalidad de los diversos gremios existentes en la capital; y sin ninguna exageración podemos asegurar que esto sucede en todos los centros industriales que existen en las principales ciudades de la república”<sup>44</sup>.

Se pedía, una vez más, protección para la “industria nacional”. También se acordó enviar una circular a los parlamentarios para que aquellos que compartieran sus posiciones lo indicaran por escrito; nombrar una comisión permanente para que convocara a los obreros de la capital cuando lo estimara necesario y celebrar la semana siguiente un nuevo *meeting*, donde se nombraría una comisión permanente de dieciocho personas encargadas de promover reuniones y cooperación con las demás ciudades del país<sup>45</sup>. El grupo designado implementó estas tareas y asumió la defensa pública de las posiciones proteccionistas, duramente criticadas por los partidarios del librecambismo:

<sup>44</sup> “Petición de los obreros de Chile”, *El Copiapino*, Copiapó, 27 y 28 de diciembre de 1877. Las conclusiones del *meeting* fueron presentadas el 16 de diciembre al Presidente de la República por una delegación de seis personas encabezadas por Garfías. “Novedades”, *Las Novedades*, Santiago, 17 de diciembre de 1877.

<sup>45</sup> “Reunión de obreros”, *op. cit.*; *El Mercurio*, Valparaíso, 10 de diciembre de 1877.

“La ley chilena –dijieron en una carta publicada en un periódico de la capital– ha entregado al trabajador a todos los rigores de una competencia desesperada. ¿Quién gana y medra bajo esta ley? La nación que nos envía sus manufacturas y el capitalista que tiene como comprarlas. ¿Quién pierde y muere? El pueblo chileno que sin talleres, sin educación industrial, no sabe ni tiene para quien trabajar ni donde aprender. Hé ahí, pues, perdida la buena voluntad e inteligencia de millares de hombres, que tienen forzosamente que ir a labrar las tierras por un salario deficiente o recorren las ciudades con el corazón oprimido por la inquietud, la inestabilidad y la miseria”<sup>46</sup>.

La degradación de la situación económica exasperó los ánimos populares. A comienzos de diciembre de 1877, los barredores de la Alameda de Santiago se declararon en huelga para protestar contra la rebaja de un 20% de sus salarios, que les había sido impuesta por las autoridades a fin de hacer economías<sup>47</sup>. A las pocas semanas, un hecho de otra naturaleza provocó la irrupción de “turbas” en la capital. Miguel Jerónimo Triviños, un reo común de origen campesino, fue condenado a muerte por el homicidio –al parecer accidental– de un comerciante español. El Presidente de la República al negar el indulto solicitado por un vasto movimiento ciudadano en Santiago y Valparaíso, que incluía desde las logias masónicas hasta las iglesias evangélicas, pasando por grupos de jóvenes, mujeres, colonias extranjeras y varias sociedades mutualistas<sup>48</sup>, desató el furor de numerosos manifestantes del “bajo pueblo” santiaguino:

“Cuando el cadáver de Triviños fue sacado del carro en la puerta del cementerio, una inmensa poblada de descamisados, pues no se divisaba un solo artesano, trató de apoderarse del cajón, con el objeto, decían, de hacerle hoy unas honras en la iglesia; la fuerza de policía que custodiando el féretro había ido, estuvo a punto de ser impotente para contener el desorden.

Visto por las turbas que no podían conseguir su objeto, se retiraron por la Cañadilla, cometiendo toda clase de desordenes a los gritos de: ¡Muera Pinto! ¡Abajo el Presidente! ¡Viva Vicuña Mackenna! ¡A la Moneda a protestar! y todo esto con el obligado acompañamiento de piedras que hacían chocar unas con otras antes de dispararlas. Llegada que fue la comitiva, con un estrépito diabólico, frente a la casa de agencia, propiedad de un español, situada en la Cañadilla, los gritos de: ¡Muera el godó! se hicieron oír y una granizada de piedras cayó sobre la puerta y ventanas de la casa. [...].

<sup>46</sup> “La palabra del trabajo”, *Los Tiempos*, Santiago, 30 de diciembre de 1877.

<sup>47</sup> “Novedades”, *Las Novedades*, Santiago, 5 de diciembre de 1877.

<sup>48</sup> “Novedades”, *Las Novedades*, Santiago, 20, 21, 22, 24 y 25 de diciembre de 1877.

Cuando la fuerza de policía, enviada desde su cuartel llegó al lugar del desorden, ya los originales *protestantes* habían desaparecido<sup>49</sup>.

Aunque sin relación con la crisis económica, la aplicación de la pena capital —ampliamente rechazada por los sectores populares— había contribuido a enardecer los espíritus ya alterados por las privaciones materiales<sup>50</sup>. La depresión traía consigo la reaparición de las temidas “turbas” urbanas.

Durante 1878 se produjeron varias manifestaciones e incidentes entre elementos populares y la policía en Santiago. El lunes 4 de febrero, día de pago de los carretoneros del aseo de la capital, estallaron disturbios en la Plaza de Armas, cuando estos trabajadores se impusieron de la decisión de las autoridades de rebajarles su sueldo en sesenta centavos, como medida de austeridad económica:

“Las protestas, como es natural, no se hicieron esperar, y en cuerpo se dirigieron los carretoneros a la Intendencia con el objeto de dar parte de lo que sucedía, y amenazando declararse en huelga si no se les pagaba íntegramente.

Tuvieron que conformarse, sin embargo, con la rebaja, y se marcharon al depósito de la policía. Aquí comenzaron nuevamente las manifestaciones de descontento, negándose a trabajar mientras no se les pagase todo su sueldo.

Un oficial, acompañado de otros guardianes del orden, hicieron obedecer a los que se resistían a las ordenes de los superiores.

Cedieron al fin los carretoneros, menos nueve, que fueron llevados a la policía en calidad de presos<sup>51</sup>.

El 8 de octubre una manifestación nacionalista, de protesta contra la manera cómo el gobierno chileno llevaba las negociaciones sobre la Patagonia con la República Argentina, degeneró en violentos enfrentamientos entre la policía y cinco mil manifestantes, con un saldo de varias decenas de heridos por ambas partes. La motivación patriótica del acto ocultaba apenas la frustración social de sus protagonistas a causa de la degradación de sus condiciones de vida. Las consignas dejaban traslucir el blanco de la ira popular: ¡abajo la policía!, ¡mueran los pacos!, así como distintos gritos contra las autoridades de gobierno y el representante oficial de Chile en las negociaciones diplomáticas. Otras voces, más ra-

<sup>49</sup> “Novedades”, *Las Novedades*, Santiago, 27 de diciembre de 1877.

<sup>50</sup> El repudio popular a la pena de muerte expresado a través de la poesía ha sido estudiado por Maximiliano Salinas Campos, *Versos por el fusilamiento. El descontento popular ante la pena de muerte en Chile en el siglo XIX* (Santiago, Fondo de Desarrollo de la Cultura y las Artes, 1993). El autor se refiere a éste y otros casos que suscitaban movilizaciones populares de protesta durante la segunda mitad del siglo. *Op. cit.*, pág. 6 y siguientes.

<sup>51</sup> “La capital”, *Los Tiempos*, Santiago, 5 de febrero de 1878.

dicales aún, llegaban a pedir la desaparición de la policía...<sup>52</sup>. Si bien los protagonistas de estos hechos recibieron por parte del oficialismo calificativos tales como "turbas fanáticas y hambrientas", "populacho ciego e ignorante", manipulado por políticos opositores<sup>53</sup>, era evidente que los sentimientos de patriotismo herido se mezclaban con las primeras manifestaciones masivas de la moderna "cuestión social", generando un clima agitado y apasionado. En otras ciudades la fiebre nacionalista también contribuyó a aumentar la tensión: un *meeting* realizado el 15 de diciembre en el Circo de la Victoria de Valparaíso reunió a más de cinco mil personas<sup>54</sup>.

Distintos factores se acumulaban y concatenaban generando una situación de crisis global.

La profundización de la crisis económica golpeaba duramente a los sectores populares, aumentando los signos más evidentes de pobreza y marginalidad. El notorio incremento de la delincuencia, el bandidismo y la mendicidad encontraba amplio eco en la prensa. En Santiago, la proliferación de pordioseros causaba alarma y molestia en los círculos de la elite. Hacia comienzos de 1879, un periódico liberal daba cuenta de la existencia en la capital:

"[...] de un sinnúmero de mendigos que se *apiña* en las puertas de los templos [...], en los paseos, en las puertas de los cafés, en la alameda, en la plaza, en las tiendas, en cuanto lugar público existe, [de] turbas de muchachos harapientos, de mujeres jóvenes y en estado de trabajar [que] molestan a la gente con sus súplicas y sus lágrimas fingidas"<sup>55</sup>.

El fenómeno denunciado parece haber alcanzado grandes proporciones, a juzgar por las abundantes notas de la prensa de la época. Otro diario, en uno de sus numerosos artículos sobre el tema, aseguraba que:

"[...] apenas anda uno por las calles más centrales, por los portales y galerías del comercio, encuentra hasta diez mendigos en cada media cuadra, el uno con las piernas menos, el otro sin ojos, éste tullido, aquel ciego, fuera de otros que exhiben asquerosas lepras, defectos nauseabundos y mil lindezas cuyo solo recuerdo contrista al estómago"<sup>56</sup>.

<sup>52</sup> "Parte oficial de los sucesos del 8 en Santiago", *Suplemento al Deber*, Valparaíso, 10 de octubre de 1878.

<sup>53</sup> "La Juventud Liberal i los sucesos del 7 i del 8 de octubre", *La Juventud Liberal*, Santiago, 19 de septiembre de 1878. Aunque la edición citada de este semanario lleva la fecha indicada, incluye artículos como el nombrado, que se refieren a sucesos posteriores al mes de septiembre.

<sup>54</sup> "Valparaíso", *Boletín de Noticias*, La Serena, 16 de diciembre de 1878.

<sup>55</sup> "La capital", *Los Tiempos*, Santiago, 15 de enero de 1879. En otra de sus ediciones, este órgano de prensa aseguraba que durante la hora de la retreta del día anterior se habían contado ochenta y cinco mendigos en la Plaza de Armas. "La capital", *Los Tiempos*, Santiago, 7 de febrero de 1879.

<sup>56</sup> "Novedades", *Las Novedades*, Santiago, 13 de febrero de 1879.

Hacia fines de 1878 la Iglesia redobló sus esfuerzos caritativos, aumentando las "Ollas del Pobre", organizadas en distintos barrios de Santiago desde el año anterior<sup>57</sup>.

La situación era inquietante. Si los vagabundos, pordioseros, cesantes y marginales de toda clase no tenían capacidad para realizar movilizaciones organizadas, eran, por lo menos, una fuerza potencial que podía irrumpir en forma de "turbas", además de afean con su presencia la "ciudad propia" y causar molestia y desagrado a la elite.

Pero también había que considerar a los trabajadores organizados.

La cesantía y la carestía de la vida aguijoneaban a los obreros, llevándolos a movilizaciones en defensa de sus intereses. El gremio de los tipógrafos se vio fuertemente afectado por estos problemas. Para hacer frente a la crisis económica, algunas imprentas, como las de *El Ferrocarril*, *El Estandarte Católico* y *El Mercurio*, redujeron los sueldos de los operarios<sup>58</sup>. Otras, como la de *Los Tiempos*, despidieron a trabajadores y los reemplazaron por nuevas maquinarias<sup>59</sup>. Para colmo de males, se anunciaba que el gobierno, a pesar de ser el propietario de una de las mayores rotativas del país, encargaría a Europa la edición de ciertos libros<sup>60</sup>. Los trabajadores de imprenta de la capital comenzaron a publicar desde fines de diciembre de 1878 un semanario —*El Tipógrafo*— como muestra de la existencia de "obreros que buscan la luz, por medio de la discusión franca y tranquila"<sup>61</sup>. Desde sus columnas se denunciaron los problemas que aquejaban al gremio y se estimuló la resistencia obrera a los abusos patronales, como por ejemplo, durante la huelga de los tipógrafos del *Estandarte Católico* en enero de 1879, en protesta por la rebaja de salarios decretada por la empresa<sup>62</sup>. Había inquietud, pero también ánimo de rechazo a los abusos, como quedó reflejado durante la concurrida asamblea de los obreros de las imprentas de Santiago que tuvo lugar el domingo 12 de enero de 1879<sup>63</sup>.

Entretanto continuaba la campaña proteccionista.

En abril de 1878, un grupo de connotados industriales encabezados por Federico Stuen, de la fábrica de paños de Buin; Balfour, Lyon y Compañía, de la fundición de la Victoria de Valparaíso; Fields, Stokes y Compañía, de la fábrica

<sup>57</sup> "Ollas del Pobre", (171), Arzobispado de Santiago de Chile. Núm. 42. Santiago, noviembre 25 de 1878 y "Ollas del Pobre" (190), Santiago, diciembre 14 de 1878, *Boletín Eclesiástico*, tomo VII (8 de junio de 1878-31 de diciembre de 1880), Santiago, 1884, págs. 317-318 y 325.

<sup>58</sup> "Era lo que esperábamos" y "Crónica", *El Tipógrafo*, Santiago, 11 de enero de 1879; "Crónica", *El Tipógrafo*, Santiago, 25 de enero de 1879.

<sup>59</sup> "Crónica", *El Tipógrafo*, Santiago, 28 de diciembre de 1878; "Crónica", *El Tipógrafo* Santiago, 18 de enero de 1879.

<sup>60</sup> "Crónica", *El Tipógrafo*, Santiago, 28 de diciembre de 1878", *op. cit.*; "La tipografía emigra a Europa" y "Crónica", *El Tipógrafo*, Santiago, 4 de enero de 1879.

<sup>61</sup> "Dos palabras", *El Tipógrafo*, Santiago, 11 de diciembre de 1878.

<sup>62</sup> "Crónica", *El Tipógrafo*, Santiago, 11 de enero de 1879, *op. cit.*; "Crónica", *El Tipógrafo*, Santiago, 18 de enero de 1879, *op. cit.* Sobre esta huelga, véase también "La capital. Los cajistas de "El Estandarte" en huelga", *Los Tiempos*, Santiago, 11 de enero de 1879.

<sup>63</sup> "Crónica", *El Tipógrafo*, Santiago, 18 de enero de 1879, *op. cit.*

de galletas y Daniel Frost, de la manufactura de tejidos de lana de Santiago, dirigieron una nota a la comisión de la Cámara de Diputados encargada de discutir la nueva tarifa aduanera propuesta por el gobierno, solicitándole que tomara en cuenta su punto de vista<sup>64</sup>. El mismo grupo de empresarios conformó, a fines de ese mes, una directiva compuesta por Federico Stuyen; Anselmo Cruz V., de la fábrica de paños; Luis Osthaus, de la fábrica de jarca; Carlos Green, de la fábrica de fósforos y Julio Berstein, de la refinería de azúcar de Viña del Mar. El cervecero Federico Varela y Donato Millán, en tanto representante de la cooperativa *Sociedad de Talleres*, fueron nombrados directores suplentes<sup>65</sup>. La convergencia entre industriales, artesanos y obreros quedaba simbolizada a través de la presencia de la *Sociedad de Talleres* en el organismo de los industriales. A las pocas semanas, el bloque proteccionista se consolidó con la participación de representantes de *Sociedad Protectora de la Industria* y de la *Sociedad de Industriales* en una reunión de la directiva de la *Sociedad de Talleres*, en la que se acordó la unión de las fuerzas interesadas en sacar a la industria nacional de su estado de postración<sup>66</sup>.

Un nuevo *meeting* tuvo lugar en Santiago en octubre<sup>67</sup>, y a partir de febrero de 1879, un grupo de treinta destacados dirigentes mutualistas, ligados en su mayoría a la *Sociedad Escuela Republicanay* al emergente *Partido Republicano*<sup>68</sup>, comenzaron a editar un nuevo periódico, *El Taller*, bajo la dirección de Buenaventura Morán, el hombre que una década antes había reorganizado la *Unión de los Tipógrafos de Santiago*.

*El Taller* venía a llenar el gran vacío dejado por la desaparición de *La Industria Chilena* en noviembre de 1877<sup>69</sup>. En esta empresa se cristalizaba la unión de diferentes sociedades de obreros y artesanos. En su comisión redactora figuraban junto a Morán, Fermín Vivaceta, considerado a esas alturas como un líder histórico del mutualismo nacional, Juan Agustín Cornejo, dirigente de la *Sociedad de Artesanos de Valparaíso*, y los directivos de la *Sociedad de Artesanos "La Unión" de Santiago*, José Miguel Basulto (su presidente en 1877), Marion Ross (presidente en 1878), Hipólito Acevedo, Manuel Hidalgo, Alejandro Depassier, Tristán Cornejo (quien además de pertenecer a "*La Unión*" de Artesanos, había sido el fundador de las sociedades filarmónicas de obreros de Santiago y de Chillán) y Manuel Modesto Sosa, que también ocupaba un cargo dirigente en la *Sociedad de Sastres de Santiago*. Francisco Miralles, del antiguo equipo redaccional de *La Industria Chilena*, era otro elemento que evidenciaba la continuidad de la lucha por la protección a la industria nacional<sup>70</sup>.

<sup>64</sup> "Novedades", *Las Novedades*, Santiago, 26 de abril de 1878.

<sup>65</sup> "Novedades", *Las Novedades*, Santiago, 29 de abril de 1878.

<sup>66</sup> "Novedades", *Las Novedades*, Santiago, 20 de mayo de 1878.

<sup>67</sup> Archives du Ministère des Affaires Étrangères de la République Française, *Correspondance Politique 21, 1878-1879 Chili*, Lettre du Baron d'Avril au M. Waddington, Ministre des Affaires Étrangères, Légation de France au Chili, Santiago, le 31 octobre 1878, f. 128.

<sup>68</sup> La tentativa de construcción de un *Partido Republicano*, como expresión de una corriente de liberalismo avanzado con fuerte implantación popular, es analizada en Grez, *De la "regeneración del pueblo"...*, op. cit., capítulo XIII.

<sup>69</sup> Alcance al N° 85 de la *Industria Chilena*, Santiago, 17 de noviembre de 1877.

<sup>70</sup> "Comisión redactora", *El Taller*, Santiago, 1 de febrero de 1879.

A pesar de su autodefinición de "órgano del obrero y del industrial", el nuevo periódico representaba, sobre todo, a los artesanos y obreros golpeados por la crisis. El énfasis de su discurso estaba puesto en la defensa de los intereses populares:

"*El Taller* trae como el principal de sus propósitos abogar enérgicamente por los intereses de las clases obrera e industrial, tan abatidos por los de arriba y, necesario es confesarlo, tan débilmente defendidos por los de abajo; animar esta defensa y poner orden en ella, porque el valor sin la disciplina, y sin el acuerdo para el ataque, de nada vale cuando hay que batir a ciertos consumados estratégicos"<sup>71</sup>.

Los puntos programáticos en los que se sintetizaba la defensa de los intereses de las clases laboriosas eran más o menos los mismos que las sociedades mutualistas venían levantando desde hacía varios años: reforma aduanera en un sentido de protección de la industria nacional, abolición de los monopolios del Estado y de los particulares, colonización de las provincias del sur con familias chilenas, protección de las empresas mineras del norte "para crear, así, centros de trabajo para el pueblo obrero", facilitación de los transportes marítimos y terrestres para ayudar al comercio entre las provincias como una manera de aumentar las fuentes de trabajo, y una "justa distribución de las contribuciones"<sup>72</sup>. Al mismo tiempo, *El Taller* proclamaba la necesidad de la unidad de la clase obrera, de llegar a un acuerdo entre sus distintos segmentos a nivel nacional "con el objeto de obtener que los representantes del país dicten las leyes que deben amparar sus intereses"<sup>73</sup>. Se reivindicaba abiertamente la necesidad de un programa del pueblo para ser defendido en el Congreso por sus auténticos portavoces. Esto significaba una cierta flexibilización de la rígida postura apolítica del movimiento mutualista y asociativo popular que ya se venía insinuando desde algunos años. Era, tal vez, el signo de una evolución estimulada por la crisis: el socorro mutuo y otras formas de cooperación no parecían ser capaces por sí solos de cambiar radicalmente la condición de los trabajadores; era necesario reformar la sociedad, su organización económica y sus instituciones políticas.

El nuevo acercamiento hacia la política se manifestó de distintas maneras: la constitución en 1876 de la *Sociedad Escuela Republicana* como organización sociopolítica popular portadora de un avanzado liberalismo<sup>74</sup>, las incursiones abolicionistas de *La Industria Chilena* en temas claramente políticos como la pena de azotes y la Guardia Nacional<sup>75</sup>; las candidaturas a diputados de los dirigentes mu-

<sup>71</sup> "Nuestra primera palabra", *El Taller*, Santiago, 1 de febrero de 1879.

<sup>72</sup> *Ibid.*

<sup>73</sup> *Ibid.*

<sup>74</sup> Sobre el surgimiento y caracterización de la *Sociedad Escuela Republicana*, véase Grez, *De la "regeneración del pueblo"...*, *op. cit.*, capítulo XIII.

<sup>75</sup> "La pena de azotes i el proteccionismo", *La Industria Chilena*, Santiago, 15 de julio de 1876; "Abolición paulatina de la guardia nacional", *La Industria Chilena*, Santiago, 16 de octubre de 1876.



tualistas Hipólito Acevedo, Pascual Lazarte y José Ramón Contreras en 1876 o, simplemente, como lo hizo en vísperas de una campaña electoral *El Chicote*, efímero periódico de San Fernando, autodefinido como "defensor de los derechos del pueblo y órgano del *Club de los Invisibles*", que proclamó la necesidad de elegir a hombres salidos del pueblo, a compañeros de taller<sup>76</sup>.

La crisis había, en fin de cuentas, estimulado la politización del movimiento popular.

Pero el estallido de la Guerra del Pacífico significó un cambio drástico. Las necesidades de pertrechamiento bélico incentivaron diversas actividades manufactureras, agrícolas y comerciales; el reclutamiento de soldados disminuyó considerablemente la desocupación; la duplicación del gasto público entre 1878 y 1883 (financiado en gran medida con una fuerte emisión y con un incremento de las entradas fiscales, gracias a las exportaciones adicionales de salitre) y la adquisición de una capacidad productiva adicional, fueron los factores que pusieron fin a la crisis económica<sup>77</sup>.

La movilización en favor del proteccionismo y otras manifestaciones de efervescencia social fueron detenidas por el inicio del conflicto bélico durante el verano de 1879. *El Taller* cesó de publicarse a fines de marzo de ese año. El emergente *Partido Republicano* se devaneció antes de enraizarse en la base social. La campaña de las organizaciones mutualistas no alcanzó sus objetivos: la política económica del gobierno no fue modificada en el sentido deseado por los trabajadores y empresarios manufactureros<sup>78</sup>.

No obstante, los esfuerzos desplegados sirvieron para estrechar y solidificar las relaciones entre las organizaciones populares. Durante esos años se formó un espeso tejido de contactos y relaciones (formales e informales) entre las mutuales y otras instituciones de trabajadores. Este proceso no era nuevo; venía desarrollándose desde la década anterior, pero la campaña proteccionista de la segunda mitad de los años setenta lo amplificó de manera considerable. Con anterioridad a la crisis, los dirigentes de diferentes instituciones de socorros mutuos habían intentado establecer "relaciones fraternales" y llegar a la conclusión de "acuerdos de reciprocidad" o "pactos de alianza", mediante los cuales dos mutuales se comprometían a acoger y a tratar como a uno de los suyos a cualquier miembro de la sociedad hermana que se trasladara de ciudad. Hasta entonces, se habían concretado poquísimas iniciativas de esa índole<sup>79</sup>. Pero a partir de los

<sup>76</sup> "A mis compañeros de taller", *El Chicote*, San Fernando, 14 de agosto de 1878; "Meeting de obreros", *El Chicote*, San Fernando, 28 de agosto de 1878.

<sup>77</sup> Cariola y Sunkel, *op. cit.*, pág. 42.

<sup>78</sup> El alza de las tarifas aduaneras, de 25% en 1864 a 27,5% en 1877 y a 35% en 1878 no correspondió a una política de largo aliento sino al mero deseo gubernamental de reducir el déficit fiscal a través del aumento de los derechos de importación. El efecto proteccionista de la medida fue de corta duración.

<sup>79</sup> Dos ejemplos de tentativas de coordinación de las organizaciones populares anteriores a la campaña proteccionista fueron los protagonizados por la *Sociedad de Artesanos de Copiapó* y la *Sociedad de la Igualdad de Concepción*. A mediados de 1868, Miguel Beriso, presidente de la mutual nortina, propuso a los dirigentes de su homóloga de Valparaíso, estre-

años ochenta, la red de relaciones creada durante la campaña anticrisis fructificó, entre otras formas, en la multiplicación de tales pactos<sup>80</sup>.

### CONCLUSIÓN

La crisis que afectó con particular rudeza a la economía chilena desde mediados de la década de 1870 se distinguió de otras crisis no sólo por la magnitud de sus trastornos económicos y sociales sino también por las reacciones de distintos sectores hasta entonces generalmente ausentes en el debate nacional.

La reivindicación proteccionista no era nueva. Los artesanos habían levantado sus banderas prácticamente desde los primeros años de la República<sup>81</sup>, pero esta vez la exigencia de "protección para la industria nacional" alcanzó una fuerza y un eco desconocidos. El marasmo económico tuvo la virtud de someter a prueba al emergente movimiento popular organizado principalmente en mu-

---

char los lazos entre ambas y la *Sociedad de Artesanos de Talca* e impulsar la fundación de instituciones similares en cada pueblo. "Memoria leída por el Presidente de la Sociedad de Artesanos de Valparaíso, en la Junta General celebrada el 29 de julio de 1868", *El Artesano*, Talca, 11 de julio de 1868. Por su parte, la *Sociedad de la Igualdad de Concepción*, fundada en mayo de 1870, a pesar de no ser una asociación mutualista, sino más bien una institución de educación popular, se convirtió a poco andar en un polo aglutinador de las organizaciones obreras y artesanales del sur. A comienzos de enero de 1873, su periódico *La Igualdad* (distribuido en cerca de veinte pueblos y ciudades), informaba que las sociedades de artesanos de Los Ángeles, San Carlos, Talca, Parral y Chillán, habían adherido a la *Sociedad de la Igualdad* y apoyaban su periódico. Información reproducida por *El Mercurio*, Valparaíso, 8 de enero de 1873.

<sup>80</sup> El proceso de coordinación y hermandad no fue puramente nacional. Por esos años comenzaban a desarrollarse tentativas similares que trascendían las fronteras de algunos países sudamericanos. En 1869, las sociedades de artesanos de Santiago y de Lima acordaron que los asociados de cada una de ellas en caso de residir en la capital de la mutual hermana, serían considerados como miembros de la sociedad local, beneficiándose con todos los goces y pensiones que determinasen los respectivos estatutos. *Memoria del Presidente de la Sociedad de Artesanos de Santiago, leída en la junta jeneral el 9 de enero de 1870* (Santiago, Imprenta Nacional, 1870), págs. 4-6. En 1872, la sociedad de socorros mutuos del gremio de tipógrafos de Montevideo ofreció a la *Sociedad Tipográfica Bonaerense* "llevar a cabo desde ya la unión de ambas asociaciones". *Anales de la Sociedad Tipográfica Bonaerense*, tomo I, N° 5, Buenos Aires, 15 de octubre de 1872, pág. 49. Poco antes, en las columnas del órgano de los tipógrafos de Buenos Aires, se había propuesto "la unión de un millar de obreros pobres y oscuros", diseminados en Chile, Uruguay y Argentina. "Sociedad Tipográfica Montevideana", *Anales de la Sociedad Tipográfica Bonaerense*, tomo I, N° 3, Buenos Aires, 1 de septiembre de 1872. Sabemos además, que hacia esa época existían algunos lazos de amistad entre la *Sociedad Tipográfica Bonaerense* y sus homólogas de Santiago y Valparaíso. Igualmente, han quedado consignadas las cordiales relaciones que mantenían las sociedades de artesanos de Santiago y Mendoza. "Correspondencia", *La Unión. Boletín de la Sociedad de Artesanos de Santiago*, N° 4, Santiago, 1 de mayo de 1876, págs. 28 y 29.

<sup>81</sup> Grez, *De la "regeneración del pueblo"...*, *op. cit.*, *passim*. El proteccionismo tuvo seguidores en variados sectores sociales a lo largo del siglo XIX. Una visión general en Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B., *El proteccionismo económico en Chile. Siglo XIX*, (Santiago, Instituto Blas Cañas, 1987) y *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Colección Fuentes para la Historia de la República, vol. VI, 1993).

tuales, junto con acelerar la convergencia entre distintos sectores sociales lesionados por el modelo de desarrollo primario exportador y librecambista imperante en el país.

La segunda mitad de los años setenta del siglo XIX representa, en este sentido, un campo fecundo para la observación de varios procesos históricos que aún no habían tomado un curso definitivo.

Tal vez el más significativo de estos procesos era la propia mutación económica que estaba contribuyendo a la emergencia de nuevos actores sociales, especialmente de la burguesía manufacturera, cuyas filas parecían abiertas tanto para numerosos extranjeros recientemente vecindados en el país, como también para algunos segmentos de las capas superiores del artesanado urbano que luchaban por desarrollarse. Ambos grupos, y de manera más amplia, el conjunto del artesanado y los obreros de los talleres artesanales, vieron en el proteccionismo la tabla de salvación para sus dificultades y penurias económicas. Sobre esa base se edificó la convergencia táctica de todos ellos.

Pero esta coalición no podía ser muy duradera. Los procesos de diferenciación social que se desarrollaban al calor de la transición hacia la modernidad económica, eran fuerzas centrífugas que llevaban, inevitablemente, a la dislocación del bloque proteccionista. Durante la campaña se manifestaron algunos síntomas de lo que más tarde serían tendencias más profundas: los más persistentes y consecuentes sostenedores de esta reivindicación serían los artesanos; la participación de la burguesía manufacturera propiamente tal pareció eclipsarse en la medida que se profundizaba la crisis y avanzaba el movimiento proteccionista. Más tarde, la Guerra del Pacífico y la acción de los gobiernos liberales de la década de 1880, satisfacerían buena parte de las aspiraciones del empresariado fabril. La gran masa del artesanado, por el contrario, se mantendría en la incertidumbre y fiel a sus viejas demandas, en torno a las cuales se estructuraría en gran medida el movimiento popular. Por su parte, los obreros manufactureros y otros asalariados, tenderían a entrar en conflicto con mayor frecuencia con los empresarios que encarnaban el paso a la era industrial.

En el plano político, una expresión de estos procesos sería la conformación de una corriente de liberalismo popular —encarnada a partir de esos mismos años en la *Sociedad Escuela Republicana*—, corriente que se iría progresivamente diferenciando y distanciando del liberalismo de las elites hasta llegar a una ruptura definitiva hacia fines de la década siguiente<sup>82</sup>.

A mediados de los años ochenta estas realidades eran fácilmente palpables y pocos años más tarde, durante la huelga general de 1890, se manifestaron con particular dramatismo e intensidad: mientras el proletariado y el peonaje en vías

<sup>82</sup> Grez, *Les mouvements...*, op. cit., págs. 464-494, 594-616 y 633-694; *De la «regeneración del pueblo»...*, op. cit.; «Los primeros tiempos del Partido Democrático chileno (1887-1891)», en *Dimensión Histórica de Chile*, N° 8, Santiago, 1991, págs. 31-62; «Balmaceda y el movimiento popular», en Sergio Villalobos et al., *La época de Balmaceda* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1992), págs. 71-101.

de proletarización se levantaron en desordenada ofensiva en pos de sus reivindicaciones salariales y laborales, y la burguesía minera e industrial cerró filas junto a la vieja aristocracia tras la defensa del orden y la propiedad; el artesanado estuvo simbólicamente ausente en esta batalla generalizada entre el capital y el trabajo<sup>83</sup>. Era un signo inequívoco de nuevos cambios que se encontraban en curso en el seno del movimiento popular. Y, aunque éste seguiría durante algún tiempo llevando el sello de su origen artesanal y levantando el proteccionismo como una de sus reivindicaciones centrales, ya no volvería a contar como aliado a la burguesía manufacturera. Los empresarios fabriles se habían acomodado en los espacios que le dejaba el *boom* de la economía primario exportadora. La convergencia de los años setenta era cosa del pasado; la diferenciación, la bifurcación y el conflicto serían los rasgos principales de la relación de los antiguos aliados proteccionistas.

<sup>83</sup> Una primera aproximación a este tema en Sergio Grez Toso, «La huelga general de 1890», en *Perspectivas*, N° 5, Madrid, diciembre de 1990, págs. 127-167. Un estudio más detallado en el capítulo del mismo título del libro *De la «regeneración del pueblo»...*, *op. cit.*

# LA LEY DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA OBLIGATORIA: UN DEBATE POLÍTICO<sup>1</sup>

*María Loreto Egaña B.*<sup>2</sup>

La educación primaria constituyó una preocupación que acompañó el proceso de estructuración del Estado chileno durante el siglo XIX. Si bien con contradicciones, con evidentes carencias, con falta de voluntad política en diversos momentos, se constituyó la educación primaria popular en una política estatal de indudable significado. En el presente artículo se entregan antecedentes respecto al debate político que ocasionó la dictación de la ley de instrucción primaria obligatoria. Esta segunda iniciativa legal —la primera correspondió a la ley de instrucción primaria de 1860— buscó enfrentar principalmente el problema de la asistencia de los niños a la escuela, comprometiendo tanto al estado como a los padres en su implementación. Los antecedentes de este debate político, están organizados principalmente sobre la base de la cita textual, en el entendido que permiten un mayor acercamiento al tema en cuestión y constituyen un corpus para posteriores análisis. Este tema se tratará en el presente artículo tomando como referente el debate que se generó en el Senado al respecto, por constituir el espacio público donde finalmente se manifestó más claramente las posturas en polémica.

## A) EL PROBLEMA

El problema de fondo que estuvo tras las iniciativas de implantar la obligatoriedad de la educación primaria, tenía que ver con la real cobertura que ésta alcanzaba. Los esfuerzos realizados en las últimas décadas del siglo XIX por mejorar la calidad de la educación impartida, perdían su real sentido, para algunos, si esta educación no llegaba mayoritariamente al conjunto de la población.

El problema de la baja cobertura, agravado por una asistencia media de los matriculados aún más baja, frustraba el sueño de muchos educadores y políticos progresistas de contar con un pueblo instruido que pudiera superar, material y moralmente, el nivel de miseria en que vivían. Algunas cifras que sirven para ejemplificar la situación son las siguientes: en 1895 la población entre 5 y 15 años era 674.955, los alumnos matriculados en las escuelas públicas llegaban a 114.565 y en las particulares llegaban a 25.420. La asistencia media a las escuelas públicas, a su vez, alcanzaba a 71.901 alumnos; el porcentaje de asistencia en las

<sup>1</sup> El contenido del presente artículo forma parte de una investigación sobre la Educación Primaria Popular en Chile en el período 1890-1920 financiada por FONDECYT en los años 1993-1994.

<sup>2</sup> Investigadora del Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación P.IIE.

escuelas particulares, aún cuando no existían datos, es muy posible que fuera similar al de las públicas.<sup>3</sup>

Otro aspecto del problema era que los más pobres no asistían a la escuela; esa reducida cobertura no llegaba a los sectores más miserables. La extrema pobreza de éstos, la necesidad del trabajo de los niños, la carencia de vestimenta, el desinterés de los padres que a su vez eran analfabetos, apartaban a los niños más pobres de las escuelas.

Otra dimensión del problema era propiamente la oferta educativa que existía. Según algunos era suficiente con la capacidad instalada para ampliar considerablemente la cobertura; para otros era un problema de recursos, que se traducían en la necesidad de más escuelas y maestros. El propio sistema de educación primaria promovía su expansión; desde los funcionarios y educacionistas ligados a éste, se promovía la expansión que aumentaba considerablemente el poder de éstos en la burocracia estatal; desde esta lógica el Estado se veía forzado a aumentar la oferta, obligando de paso a los padres a mandar sus hijos a la escuela.

La pregunta que surge en torno a este problema es ¿por qué los niños no asistían a la escuela? El actor principal, los padres que no mandaban sus hijos a la escuela, nuevamente no tienen voz en la historia; los políticos desde una y otra postura creen interpretarlos, los educacionistas también lo hacen. La propia situación que vivían los sectores pobres nos pueden dar luces para intentar a su vez dar nuestra propia interpretación. La situación de miseria y marginación en que vivían estos sectores sin duda restaba sentido e interés a la educación de sus hijos. Las carencias extremas en vestimenta y útiles mínimos se sumaban a la falta de sentido. Por otra parte la cantidad y calidad de la oferta también pueden haber restado interés para mandar sus hijos a las escuelas. Lo que los niños aprendían y el tiempo requerido para ello puede que en muchos casos no guardara relación con los intereses más inmediatos de los padres. No queda duda sin embargo, que si la educación impartida en las escuelas hubiera significado posibilidades reales de mejores trabajos, si el desarrollo del país hubiera requerido de un pueblo instruido, la educación primaria tanto desde la política estatal como de los propios interesados habría cobrado un significado mayor. Es posible decir que desde lo educativo, se compelió al modelo de desarrollo del país para que diera cabida e integrara a un pueblo que se buscaba afanosamente que fuera instruido.

En el centro del debate aunque de manera disfrazada, volvía a estar, por lo tanto, el sentido y la importancia de la educación para el pueblo; ya se había avanzado desde el primer gran debate en la década del 50 del siglo anterior. Pocas serán las voces que se manifestarán abiertamente en contra de esta acción educativa, por lo tanto el debate tendrá nuevamente como uno de sus elementos centrales, el rol del estado en esta actividad. Nuevas fuerzas políticas con nue-

<sup>3</sup> Memoria del Ministro de Justicia e Instrucción Pública para el año 1895, Santiago, págs. 298 y 306.

vas posturas doctrinarias se habían consolidado, situando el largo debate que precedió a la ley en un contexto distinto.

B) CRONOLOGÍA DE LA LEY<sup>4</sup>

Diversos fueron los proyectos de ley que se presentaron al Parlamento, siendo el primero de ellos el del senador Pedro Bannen el 18 de junio de 1900. Este proyecto constaba de 9 artículos, y establecía la obligación de asistencia a la escuela por un mínimo de 3 años de los niños entre 6 y 12 años de edad. Se establecía un sistema de control anual a través de un censo de los niños en esas edades, quedando bajo la responsabilidad del gobernador la realización de la medida y su fiscalización.

La comisión de instrucción pública del Senado lo informó favorablemente, siendo sometido a discusión en la sala. Los senadores conservadores impugnaron el proyecto lo que produjo un largo debate que finalizó en 1903 con el rechazo de éste.

En 1909 se presentaron dos proyectos a la Cámara de Diputados sobre obligatoriedad escolar, por los diputados Varas y Oyarzún. En el de Varas junto con la obligatoriedad escolar se proponían normativas respecto a administración y organización escolar, personal docente, financiamiento, locales e infraestructura, entre otros. En el proyecto Oyarzún el control de la obligatoriedad radicaba en las juntas comunales, se proponía asistencia médica-escolar y en lo posible cantinas que entregaran alimentos a los más pobres; los cursos preparatorios de los liceos se asimilaban al régimen de escuelas primarias.

Contando con el antecedente de estos proyectos se encargó a la comisión de instrucción pública de la Cámara de Diputados la redacción de un proyecto sobre la materia; en agosto de 1910 se entregó un proyecto acordado en forma unánime por la comisión. Recogía los elementos de obligatoriedad de los proyectos anteriores, proponiéndose adecuaciones en la administración del sistema. Las juntas comunales serían responsables del cumplimiento de las normas, obligándose a las municipalidades a entregar un tanto por ciento de sus ingresos a las escuelas de su comuna. Se acordaba una subvención de 20 pesos por alumno que entregaría el estado a las escuelas particulares.

Los conservadores se opusieron a éste proyecto al igual que a los anteriores, negándose a discutir lo relativo a la obligación escolar. Se formó una comisión especial en la cámara la que entregó un informe en diciembre de 1910; en éste se dejó establecido la postura de los conservadores, de formar una comisión mixta de diputados y senadores para estudiar el proyecto, poniendo como condición previa para la discusión el que se estudiara conjuntamente con uno referido a la concesión de grados por las universidades particulares. Nuevamente la iniciativa se congelaba.

<sup>4</sup>La información sobre esta temática corresponde en gran medida al trabajo desarrollado por Oscar Blanco Viel, "La Ley de Instrucción Primaria Obligatoria", Santiago, s/a, 1921.



En 1917 surgió una nueva iniciativa de proyecto de los diputados radicales; los conservadores presentaron su propia propuesta y surgieron otras, destacándose la del diputado Manuel Rivas. Se nombró una comisión para armonizar las diversas propuestas, presentándose finalmente un proyecto el que fue aprobado en el año 1917 por la cámara. Se distinguieron entre los diputados conservadores Rafael L. Gumucio y Tomás Menchaca, quienes defendieron el proyecto ante sus correligionarios.

En 1918 se formó un comité central pro educación primaria obligatoria, que convocó a diferentes organizaciones del magisterio así como a políticos progresistas. Su primer presidente fue Darío Salas, al que siguieron el diputado radical R. Torreblanca y el presidente de la Asociación de Educación Nacional, Carlos Fernández P. A ésta campaña se sumaron representantes de organizaciones obreras, sectores políticos progresistas, etcétera. Se formaron comités a lo largo del país, movilizandando amplios sectores sociales en torno a esta iniciativa.

El proyecto en su trámite en el Senado sufrió nuevas demoras. Durante 1918 no fue puesto en tabla; en 1919 y a iniciativa del entonces Ministro de Instrucción, Pablo Ramírez, fue posible que se reanudaran las conversaciones para llegar a un acuerdo sobre el proyecto. La discusión ocupó todo el período de sesiones de ese año siendo despachado en el año siguiente. El 26 de agosto de 1920 fue promulgado el proyecto definitivo, previa aprobación por la cámara de las indicaciones surgidas en el Senado.

La promulgación de esta ley fue sentida como un triunfo por los que habían luchado por tantos años para su aprobación. Se organizaron celebraciones en distintas ciudades; en Santiago, el domingo 29 de Agosto se organizó un desfile escolar presidido por el inspector general de instrucción primaria, Darío Salas y por otros miembros del comité pro instrucción primaria obligatoria. La marcha se dirigió a la Moneda donde recibió el saludo del Presidente don Juan Luis Sanfuentes y de otras autoridades; se dirigió luego al Congreso donde recibió el saludo de diputados y senadores. En una velada celebrada el 2 de septiembre en el Teatro Municipal, diferentes oradores se refirieron al significado de esta celebración.<sup>5</sup>

Veinte años demoró la posición conservadora en aceptar un proyecto que consagraba la obligatoriedad escolar. Esta aceptación significó, a su vez, la consagración y reforzamiento del estado docente, rol que cumpliría el estado sin interrupción hasta la década del 70.

### C) EL DEBATE POLÍTICO

#### — *El debate de 1902-1903 en el Senado*

Al igual que para la dictación de la ley de 1860, con ocasión de la presente ley se manifestaron claramente en el Parlamento, las posiciones políticas diferentes en relación al tema de la educación primaria para el pueblo.

<sup>5</sup> Información sobre estas actividades en: Ema Salas, *"El Pensamiento de Darío Salas"*, Santiago, Ediciones Universidad de Chile, 1987.

Si bien la obligatoriedad de la educación primaria era un tema que apareció ya en el debate de la ley de 1860, que recurrentemente aparecía como postulado desde posturas liberales y de educacionistas, no constituyó sino hasta junio de 1900, un tema que formó parte de la agenda política del Parlamento. La presentación del proyecto estuvo a cargo del senador radical Pedro Bannen, antiguo luchador e impulsor de la educación del pueblo. En la fundamentación del proyecto se aducía el alto analfabetismo de la población, la importancia de la instrucción del pueblo para el desarrollo del país y la circunstancia que con la oferta educativa existente podrían educarse más niños, estimados en alrededor de 60.000 por el senador. En otras palabras las escuelas presentaban una capacidad ociosa que a juicio del senador era preocupante. Ante esa situación se imponía una actitud compulsiva ante los padres en relación a la educación de sus hijos. El proyecto constaba de 9 artículos, constituyendo el primero el referido a la obligatoriedad escolar; decía así:

“Los padres, los tutores o los individuos que estén a cargo del cuidado personal de uno o más niños de seis a doce años de edad, están obligados a hacerlos asistir con regularidad a una de las escuelas públicas del Estado durante tres años a lo menos”.<sup>6</sup>

Este artículo constituirá la piedra de toque que atravesará toda la discusión y ante el cual los senadores conservadores se opondrán tenazmente. Los artículos siguientes se referían a las excepciones para esta obligación, las que serían justificadas ante el gobernador respectivo; a las penas para los infractores, que variaban entre multas o prisión de uno a 10 días, se establecía la realización periódica de censos escolares para controlar las disposiciones; finalmente se dejaba bajo la responsabilidad de la administración del sistema la elaboración de un reglamento para la implementación de la ley.

El Ministro del Interior, Barros Luco, informó en la sesión de presentación del proyecto, de la aceptación de éste en todas sus partes por el gobierno. La comisión de instrucción pública del Senado informó el proyecto subscribiéndolo en su parte fundamental; respecto a la obligatoriedad se hacía ver que esta disposición estaba en armonía con lo que prescribía el Código Civil en relación a la responsabilidad de los padres de dar educación a sus hijos. Se hacían algunas reformulaciones en relación a la edad de asistencia la que dejaban de 7 a 12 años, el tiempo de permanencia en la escuela que rebajaban de 3 a 2 años; se proponía que la instrucción fuera dada en algún establecimiento escolar y no como decía el proyecto en las escuelas públicas, se asociaba a la labor del gobernador a dos personas, representantes de la Municipalidad y de la Junta de Beneficencia. Se presentó para la discusión en la sala un proyecto reformulado, bastante similar al anterior y que contaba con la aprobación del Ministro de Instrucción.

<sup>6</sup> “La Instrucción Primaria ante el Senado. El Proyecto de ley i el Informe ante la Comisión. Los Discursos de los señores Reimundo Silva Cruz, Pedro Banner i Enrique Mac-Iver”, Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1903, pág. 2.

En el debate que siguió a la presentación del proyecto intervinieron propiciando la iniciativa los senadores Bannen, Silva Cruz y E. Mac-Iver. Los principales argumentos esgrimidos desde esta posición se relacionaron con la desidia de los padres por la educación de sus hijos, la capacidad ociosa existente en las escuelas, la mayor responsabilidad estatal por el fomento de esta educación que implicaba la obligatoriedad, la relación educación del pueblo, desarrollo del país y democracia.

En relación con la responsabilidad de los padres de procurar la educación de sus hijos, se argumentó que este proyecto de ley no hacía sino poner en práctica lo que ya estaba establecido en el Código Civil y que no era obedecido en relación a la educación de hijos o pupilos; la obligatoriedad no constituía, por lo tanto, una nueva normativa sino que posibilitaba que se cumpliera con una normativa legal preexistente. La situación de la educación primaria demostraba, a juicio del senador Bannen, que cierto sector de la sociedad debía ser obligado, porque la persuasión y la promoción no habían dado resultado. Expresaba en su discurso:

“Los medios de la propaganda escrita, de las conferencias públicas, de la persuasión personal i de otros análogos, son para ellos enteramente inútiles e ineficaces. Se estrellan como sobre una masa de granito en sus cerebros empedernidos por la ignorancia i los vicios. Me refiero a esta desgraciada clase de nuestro pueblo especialmente, porque es ella la que forma en su totalidad la gran suma de los analfabetos. ... El proyecto de lei que discutimos va a tener aplicación solamente en esta clase de nuestro pueblo i debemos contemplarla sólo en este terreno para estudiar su practicabilidad, sus ventajas, sus inconvenientes. No llegarán a afectar jamás a nuestras clases cultas ni aún a nuestras menos elevadas que tengan hábitos de moralidad i de orden social. Irá sólo en amparo de aquellos infelices niños cuyos padres por indolencia o depravación, los dejen abandonados a la ignorancia, de aquellos que viven i se desarrollan en un campo social lleno de vicios, de malos ejemplos i de perversas costumbres, en un terreno bien preparado para la jerminación de futuros criminales”.<sup>7</sup>

Como bien lo expresaba Bannen este era un proyecto que afectaba o beneficiaba, según como se le mirara, sólo a un sector de la sociedad, los más pobres, analfabetos, que eran los que presumiblemente no valoraban la educación de sus hijos ya que ellos tampoco la tenían. Si este sector, según los datos entregados en el mismo debate, alcanzaba alrededor del 80% de la población entre 6 y 15 años, se explicaba la premura por la obligatoriedad desde estas posturas.

Un elemento muy unido al anterior que se esgrimió en el debate fue el de las *aulas vacías*, se sostenía que había capacidad en las escuelas, que éstas en promedio nacional presentaban 30 alumnos por escuela, los que sin mayores gastos podrían llegar a 100. Sin duda que en estos cálculos no se contemplaban

<sup>7</sup> *La Instrucción Primaria, op.cit.* 1903, pág. 48-49.

las ubicaciones de las escuelas, pero constituyó un argumento que también se esgrimió para refutar la falta de recursos aludida por los opositores.

Si uno de los argumentos más fundamentales que se usó fue la desidia de los padres, la obligatoriedad también fue entendida como un requerimiento a la acción estatal. Se decía al respecto:

“Se ha notado en otros países lo que forzosamente habrá de ocurrir aquí, que uno de los medios de fomentar con mayor actividad la formación del preceptorado i la creación de escuelas es la implantación del réjimen obligatorio... ¿No es verdad que los poderes públicos de Chile se verán obligados a proveer a la organización seria del preceptorado i a la creación de escuelas en número suficiente, una vez que se viese la necesidad de que todos los niños recibieran la primera enseñanza?”.<sup>8</sup>

Un argumento que no se desarrolló extensamente pero que lo expuso Mac-Iver en su discurso fue la relación entre la educación del pueblo y democracia; en la necesidad de contar con un pueblo instruido para garantizar el orden de las instituciones y en la sociedad. Guardando cierta similitud con las posturas iluministas sostenidas a mediados del siglo anterior, pero en un contexto que las hacía peligrosamente cercanas para algunos sectores, se refería el senador en los siguientes términos:

“I más estrechamente se relaciona la instrucción con el interés político i aún con el orden público, cuando el estado se halla constituido sobre la base de la igualdad i de la participación de todos en las funciones que le corresponden.

No se comprende una organización constitucional de esta clase sin un pueblo capaz de realizar su funcionamiento, es decir, sin un pueblo educado. Una república democrática i representativa cuyos ciudadanos viven en la mas crasa ignorancia, es sencillamente una ficción i un peligro para el desarrollo i progreso de la comunidad. No es probable que exista el orden donde las instituciones superan en mucho al estado intelectual i moral de la sociedad que rijen. No es mi ánimo ir al fondo de este aspecto del debate, más teórico i jurídico que práctico i parlamentario; pero si he de manifestar que aminorada la antigua influencia de ciertos elementos sociales que sirvieron de base a la estabilidad de las instituciones i de principal resorte para su juego más o menos regular, hoi mas que nunca, se estrechan i aunan la educación del pueblo con el orden político i público i con el interés de la sociedad.

Solo redimiendo de la ignorancia a nuestros conciudadanos cimentaremos el orden jurídico, afianzaremos la libertad i pondremos en acción la enerjía mas poderosa del progreso sólido i armónico de la República”.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> *La Instrucción Primaria, op.cit.* pág. 38.

<sup>9</sup> *La Instrucción Primaria, op.cit.* págs. 72-73.

Esta alusión que realiza Mac-Iver sobre el sentido de la educación para el pueblo, parte de la premisa que ésta debe ser obligatoria para que efectivamente se materialice.

En relación a la libertad de los padres frente al papel del estado, argumento esgrimido por los conservadores, se precisaban los términos en que esta libertad debía ser entendida. Llama la atención en este punto que sean precisamente las posturas políticas más ligadas doctrinariamente a los postulados liberales, las que promuevan medidas compulsivas por parte del Estado. Queda en evidencia que la compulsión desde el Estado en este caso, es aceptada en términos de efectividad de los objetivos propuestos, los que no se lograrían sin el concurso de éste. Expresaba Mac-Iver al respecto:

“Nada mas verdadero en principio que el sistema individualista; es la base i la garantía de la libertad. Por mas que su aplicación, sobre todo en países nuevos, haya de ser limitada, como limitada es la práctica racional de todos los sistemas políticos o económicos, él será siempre un ideal de los que aspiran al perfeccionamiento de las instituciones sociales. I porque es verdadero i un ideal el individualismo, importa no exajerarlo i desnaturalizarlo, convirtiéndolo de principio de libertad i de justicia i de medio natural de adelantamiento, en arteria jeneradora de la impotencia i de la desigualdad, i en ajente de la ignorancia i el retroceso. Jamás ha existido este individualismo que llega a extremos en que se anula la acción del Estado hasta en asuntos de interés i de orden social i público que no pueden alcanzar la iniciativa i la acción de los individuos”.<sup>10</sup>

En este tema de la libertad frente a la compulsión del Estado, se argumentó en realación a la ley del servicio militar obligatorio. Se hacía ver que era un deber moral, del cual todos tenían conciencia: defender a la patria. Sin embargo no se consideró suficiente la disposición moral de los individuos y se estableció, con el voto de los conservadores, la obligación militar. Se hacía ver también que durante el servicio militar, había instrucción elemental obligatoria que recibían los conscriptos, y que nadie reclamaba por ese hecho.

Un tema que despertaba especial preocupación desde la postura conservadora era el de la instrucción laica. Se hizo hincapié desde los propulsores de la iniciativa en asegurar la existencia de la instrucción religiosa como parte de la educación a que debía acceder el pueblo. Se expresaba al respecto:

“Hai algo mas; hai algo que no sale a los labios pero que se ajita en el alma, que no se dice i que yo diré; es la escuela laica. Tras la instrucción gratuita, i en seguida obligatoria, los impugnadores del proyecto creen ver entre sombras la instrucción laica. Este es el fantasma que les aterra i les hace huir de la idea de obligar al padre de educar al niño. Aquí está el ver-

<sup>10</sup> *La Instrucción Primaria, op.cit.* pág. 99.

dadero argumento contra el proyecto, la razón de la resistencia que se le hace, i no en derechos i libertades que se saben incólumes i mui resguardados por los sostenedores de la instrucción obligatoria.

Importa que nos entendamos con claridad. La escuela laica no está en el proyecto; él no contiene otra idea fundamental que la de hacer obligatoria la enseñanza primaria. En cuanto al carácter mismo de ésta, como creo ya haberlo dicho, queda en todo su vigor la lei de 1860. La instrucción relijiosa seguirá dándose en las escuelas, según lo dispuesto por esta lei".<sup>11</sup>

Estas opiniones vertidas por el senador Mac-Iver situaban el problema de la enseñanza religiosa, en la perspectiva de dar seguridades a los opositores. Sin embargo la propia opinión de Mac-Iver sobre la materia también la expresó en el debate, señalando una posición que ya había estado presente, en forma velada, en el debate de la ley de 1860 y que en ese momento cobraba creciente fuerza.

"Con resistir ahora la instrucción primaria obligatoria no se evita tampoco que se haga laica la escuela en lo futuro. No me parece que cuerdaamente pueda suponerse que levantando obstáculos contra el proyecto en discusión se impide que sobrevenga tal estado social que obligue o determine a prescindir en casos particulares o en absoluto de la enseñanza de una relijión positiva en las escuelas públicas. Eso no depende de nosotros, de los lejisladores actuales, sino de hechos i circunstancias independientes de la instrucción obligatoria i de las leyes que ahora dictamos".<sup>12</sup>

La postura de los senadores que propiciaron el proyecto fue no abrir otros temas de discusión en torno a la educación en general, donde sí había discrepancias con los conservadores, para conseguir la aprobación de la obligatoriedad.

Los senadores conservadores reaccionaron ante este proyecto destacando en el debate las intervenciones de los señores Blanco Viel, Walker Martínez, Errázuriz Urmenetay Matte Pérez.

Uno de los aspectos que impugnaron con mayor fuerza fue la intromisión del Estado en un ámbito privativo de los padres, lo que llevaba a conculcar la libertad de los individuos. Al obligar a que éstos educaran a sus hijos se estaba atentando contra la libertad individual que constituía el principio fundamental de la sociedad. El senador Blanco argumentaba al respecto:

"De aquí que muchos han creído encontrar la solución de los problemas sociales en la instrucción obligatoria. La instrucción es buena se ha di-

<sup>11</sup> *La Instrucción Primaria, op.cit.* pág. 107.

<sup>12</sup> *La Instrucción Primaria, op.cit.* pág. 108.

cho; la instrucción desarrolla las facultades del hombre, eleva el espíritu, es útil; luego debe ser obligatoria.

Las premisas pueden ser exactas. La conclusión será siempre ilógica, inexacta, injusta, mientras el estado trate de dominar sobre el derecho del padre de familia, de absorber por la sociedad civil la sociedad doméstica. Esto es entrar en el terreno del socialismo, que no reconoce límites. Hacer que el niño concurra a la escuela porque la sociedad cree que va a sacar provecho de ella, es sustituir el derecho del padre de familia por el derecho de la sociedad, es hacer del hijo de familia el hijo de la sociedad, un esclavo de la sociedad, que no otra cosa importa el sistema en que para todo haya que contar con el permiso de la sociedad, como pretenden los autores i sostenedores del proyecto en debate.

Es socialista, señor Presidente, la doctrina que sustituye el derecho, el dominio i la autoridad del Estado al derecho, el dominio i autoridad de la familia".<sup>13</sup>

En esa misma línea agregaba:

"Me anticipo a una objeción que indudablemente se me hará i que es ésta: 'No todos los padres de familia tienen suficiente preparación para educar a sus hijos; no todos tienen una noción suficiente i exacta de sus deberes a este respecto'. Yo pregunto: ¿De dónde deriva el estado este derecho para sobreponerse al padre de familia i para decir: 'Yo mandatario elegido por la voluntad del pueblo o por la voluntad del gobierno, puedo más que el padre de familia, tengo mas interés, mayor competencia que él para la educación de sus hijos? I eso es lo que importa el proyecto en debate. El hecho mismo de que la lei entre a decidir sobre la suerte futura de los hijos, imponiendo la obligación de mandarlos a una escuela i de adquirir cierto minimum de conocimientos, importa forzosamente la creación de un derecho injustificado e irracional en favor del estado i una supeditación del derecho de la familia por la intervención del funcionario público".<sup>14</sup>

El discurso que reivindicaba la libertad, en último término apuntaba al rol del Estado, laico y no confesional, o con fuertes influencias laicas al menos, como el mayor responsable de esta educación. Apuntaba también a enfrentar un creciente avance del centralismo estatal, hecho denunciado y considerado alarmante.

Las disposiciones relativas a la responsabilidad de los padres por la enseñanza de sus hijos que contenía el Código Civil, fueron leídas en forma muy diferente desde esta postura. Se argumentaba que la responsabilidad de educar de

<sup>13</sup> Boletín de Sesiones de la Cámara de Senadores, *Sesión 12ª Ordinaria*, 24 de junio 1902, págs. 181, 182.

<sup>14</sup> Boletín de Sesiones, *op. cit.*, pág. 185

los padres era distinta de determinada instrucción que el Estado definía como necesaria; el Código no se refería a una instrucción determinada en sus contenidos por el estado y si así fuera, estaría en contraposición a la libertad de enseñanza que consagraba la constitución.

Partiendo de la base que la obligación afectaría al sector más pobre, no a los que tenían recursos y ya educaban a sus hijos y que la aplicación de penas de prisión o multas era ineficaz e injusta especialmente para este sector, se expresaba:

“I aún mas por una especial anomalía, esta lei se hace sólo para una clase determinada de ciudadanos: Esta lei no es para nosotros; no es para los empleados, para la jente media; no es siquiera para los artesanos: es exclusivamente para el gañán, para el peón de ojota, para la clase mas desvalida, para la mas digna de consideración, para la que menos importa al Estado. ¡A esa es a la que se pretende hacer el bien a palos!”<sup>15</sup>

Y ese bien que se le pretendía entregar a la fuerza al pueblo tenía serios reparos desde las posturas conservadoras. Es así como el senador Matte, refiriéndose al tipo de educación que implicaba la instrucción primaria expresaba:

“I cuál es la escuela que se quiere imponer a los hijos del pueblo? I cuál es esa instrucción? ¿Es ella tal i como lo desea nuestro pueblo, amoldada a su índole, costumbre, necesidades i sentimientos? ¿No puede ella prestarse a una propaganda sectaria?”<sup>16</sup>

Lo referido a la propaganda sectaria, a la influencia partidaria en este tipo de instrucción fue claramente una preocupación de los conservadores, relacionado sin duda con la preponderancia de funcionarios liberales y radicales en las instituciones educativas estatales. Se expresaba al respecto:

“Entre tanto discurre en el ambiente, en la trama legal ideada por Su Señoría, ese propósito de propaganda que no se atreve a confesar francamente, ¿i si no? cómo explicarse el rodaje impuesto en el proyecto a la instrucción obligatoria que sujete sus planes i tendencias, a la voluntad del estado, al capricho de los directores de la instrucción pública, que como antes recordé están en Chile inscritos casi en su totalidad en las filas de un partido político determinado?”<sup>17</sup>

La postura política de gran parte de funcionarios públicos de educación y

<sup>15</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.* Sesión Ordinaria, 14 de julio 1902, pág. 243.

<sup>16</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.*, pág. 752.

<sup>17</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.*, Sesión 36ª Ordinaria, 12 de agosto de 1902, pág. 752.



su postura doctrinaria cercana a planteamientos de educación laica, constituía para los senadores conservadores una de las mayores amenazas de esta ley. En otras palabras, entendían que se estaba entregando un instrumento de diseminación de un tipo de educación muy contraria a sus posiciones doctrinarias. El senador Blanco expresaba claramente este temor:

“I eso precisamente es lo que ha redoblado la voluntad i el esfuerzo con que combatimos esta lei, nosotros los que estamos mui lejos de considerarla como la consideran sus sostenedores, una lei inocente, una lei anodina i de absoluta inocencia. Estos calificativos, señor Presidente sólo sirven para encubrir lo que ella encierra;...

Tras esa lei que sus sostenedores llaman de libertad, veo yo la persecución: tras la instrucción obligatoria diviso la enseñanza laica; i con la enseñanza laica veo al pueblo sin relijión i sin freno i esta perspectiva es lo que me aterra”.<sup>18</sup>

Tras estas palabras, que sin duda reflejaban un sentir mayoritario dentro de los conservadores, se puede advertir que la obligatoriedad constituye un elemento más, en una larga disputa sobre el sentido y características de la educación para el pueblo. Un aspecto es interesante de destacar; tanto para los propulsores del proyecto como para sus opositores, la preocupación por la estabilidad social, por tener un pueblo con frenos morales eficientes, está presente. Difieren en los instrumentos para lograrlo; para unos, estando superada en gran medida la influencia moralizadora de antiguos agentes, como la Iglesia Católica, la educación del pueblo pasaba a ser una necesidad para fijar normas de conducta y moralizar; para otros la Iglesia y la religión seguían siendo los elementos únicos y privilegiados de moralización.

La postura conservadora al respecto queda claramente explicitada en la intervención del senador Walker Martínez:

“A la inversa, nosotros aceptamos la enseñanza en su más amplio desarrollo i la queremos gratuita cuando es primaria en favor de las clases desheredadas de la fortuna que no tienen medios para costearse, así como la preferimos pagada para los que la pretenden superior o profesional; i la queremos formando una perfecta armonía sobre las bases de la familia, porque estamos persuadidos que no basta la educación rudimentaria para darle al niño que pasa de la escuela al taller la fuerza moral que necesita para resistir en la pendiente del vicio, para lo cual le es indispensable encontrar en la familia los buenos ejemplos, la autoridad, la vijilancia, la educación...i la queremos, en fin, cristiana porque estamos persuadidos que son el fundamento del orden social; que no hallarán jamás como no se

<sup>18</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.*, Sesión N° 40 Ordinaria, 1902, pág. 836.

ha hallado hasta aquí, otras doctrinas capaces de satisfacer a los anhelos naturales del corazón humano ...No hai mas moral civilizadora i pura que la moral cristiana i esta moral se aprende en el catecismo. Suprimirla de la escuela es consagrar la indiferencia relijiosa i es la impiedad. De aquí la necesidad de definir claramente en las leyes de la enseñanza la obligación de su estudio i el proyecto del debate no la establece".<sup>19</sup>

En relación a la operativa del proyecto también se plantearon serias objeciones. Por una parte se hacía ver la imposibilidad de asumir una iniciativa como la planteada, por la falta de escuelas y maestros, en último término, de recursos para llevarla a cabo. Se ponía en duda los argumentos relativos a la existencia de capacidad ociosa en las escuelas. La falta de recursos se fundamentaba en las dificultades que existían para aumentar el presupuesto para educación, destacándose el hecho que la instrucción secundaria y superior recibían proporcionalmente muchos más recursos que la instrucción primaria. Este último punto será un tema recurrente en otros debates sobre la educación primaria; por el momento no profundizaremos en él.

La crítica que se hacía en relación al estado de las escuelas primarias en términos de infraestructura y a las capacidades que existían de absorber toda la demanda que provendría con la obligatoriedad, no dejaban de tener fundamento. Era necesaria una mayor inversión estatal en esta educación, que posibilitara un aumento en la oferta, una mejor dotación en infraestructura y locales y por sobre todo que aumentara el número de profesores normalistas y la remuneración que éstos recibían. Este problema no fue desconocido por los propiciadores de la iniciativa, pero sí fue minimizado. Se consideraba que con la obligatoriedad estas medidas deberían venir, forzando de esta manera las políticas estatales.

La falta de escuelas fue uno de los argumentos usados por los conservadores para considerar el proyecto inviable, para considerar, además de los principios doctrinarios, la obligatoriedad como irrealizable. Se hacía ver que más bien había interés en mandar los hijos a las escuelas, pero que en innumerables case-ríos y especialmente en los campos, éstas no existían. El senador Errázuriz Urmeneta se refería al problema en los siguientes términos:

"Cuando pienso que de la población escolar de Chile, una vez dictada esta lei, tendría que excusarse de asistencia a la escuela mas de trescientos mil niños, o sea mucho mas del doble de los que hoi pueden concurrir sin inconvenientes i excusarse ...¿por mala salud? ¿por indijencia? No, señor, por no tener escuela próxima adonde concurrir".<sup>20</sup>

Ante esa situación el mismo senador proponía medidas concretas para mejorar la educación primaria como: aumentar las Escuelas Normales, fundar nue-

<sup>19</sup>Boletín de Sesiones, *op.cit.* Sesión 25ª, Ordinaria, 23 de julio 1902, págs. 515, 516.

<sup>20</sup>Boletín de Sesiones, Sesión 33ª, Ordinaria, 5 de agosto 1902, pág. 692.

vas escuelas, obligar a un aporte municipal para la instrucción primaria, subvencionar a particulares para que entreguen esta educación, mejorar la condición de los maestros, fundar bibliotecas populares, no aceptar en fábricas o faenas a niños menores de 12 años que no hayan asistido a la escuela, exigir para cargos públicos saber leer y escribir, descentralizar la administración de las escuelas y mejorar las condiciones materiales y morales de éstas.

Un aspecto que criticaron fuertemente era la excesiva centralización del sistema, la poca eficacia de los visitadores para mejorar efectivamente la práctica en las escuelas y los problemas que en ellas detectaban; se propiciaba al respecto un rol más significativo de los municipios que permitiera a su vez una mayor participación ciudadana. El senador Errázuriz Urmeneta argumentaba en torno a este tema:

“En Chile la dirección suprema de la enseñanza está en manos del Ministro de Instrucción Pública; todo, absolutamente todo lo que a ella se refiere, desde la cuestión más trascendental hasta el más insignificante detalle depende de su resolución”.

Más adelante señalaba:

“Resulta entonces, señor presidente, que la vida entera de la instrucción primaria, de este servicio importantísimo i que tanto desearíamos mejorar, está concentrada en la capital, en manos de un empleado (Inspector General) casi providencia dependiente de un motor único que desde su oficina en Santiago dirige e imprime movimiento a todas las ruedas de esta inmensa máquina, sin mas correas trasmisoras en toda la estensión del país que los treinta y dos visitadores de provincia, sus auxiliares. ...Pero ¿que acción eficaz pueden tener al fin i al cabo cuando carecen de autoridad propia, de iniciativa para adoptar cualquier medida beneficosa, i cuando no tienen otra misión que visitar una o dos veces al año las escuelas para dar cuenta? I en nuestras provincias tan vastas, interrumpidas a cada paso por montañas, cruzadas de rios, con caminos a menudo poco menos que intransitables, ¿cuántas escuelas distantes de la cabecera se quedarán sin esa visita?<sup>21</sup>.”

A la excesiva centralización se sumaba, a juicio de los conservadores un uso inadecuado de recursos; se constataba que los presupuestos para educación habían subido pero que su aumento no guardaba proporción con el adelanto de esta educación. Este problema se solucionaría con una descentralización administrativa, que posibilitaría un mayor control en el uso adecuado de los recursos. Se insistió reiteradamente en la necesidad de restringir la gratuidad de la enseñanza secundaria y superior en beneficio de la enseñanza primaria. Y si en últi-

<sup>21</sup> Boletín de Sesiones, *Sesión 34ª, Ordinaria*, 6 de agosto 1902, págs. 707-708.

mo término, aún faltaran recursos, el senador Errázuriz proponía implantar una contribución escolar a todos los ciudadanos.

Como resumen de la postura conservadora en este debate se presentó un contraproyecto de ley que a continuación se transcribe:

“Artículo 1º: Todas las municipalidades de la República establecerán escuelas gratuitas de enseñanza primaria elemental con capacidad para un número de alumnos que corresponda al 10% de la población de su respectivo territorio.

Artículo 2º: La enseñanza comprenderá los ramos de relijión, lectura, caligrafía i nociones elementales de jeografía, gramática, aritmética e historia patria.

Artículo 3º: La dirección o inspección de las escuelas comunales de enseñanza primaria elemental estarán a cargo de una Junta escolar formada en cada comuna por el primer Alcalde, el cura párroco i el mayor contribuyente.

Artículo 4º: Las escuelas comunales establecidas en conformidad a la presente lei tendrán derecho a una subvención fiscal de 15 pesos anuales por alumno en las escuelas de hombres i de 10 pesos en las de mujeres, entendiéndose que el número de alumnos se fijará sobre la base de la existencia (asistencia) media durante el curso del año i además una asignación de 100 pesos anuales destinados al estímulo de los alumnos por medio de premios, imposiciones en la caja de Ahorros u otras medidas análogas. Las escuelas en que además de los ramos indicados en el artículo 2º se enseñaren los conocimientos elementales de las industrias propias de la rejión o se dieren cursos de trabajos manuales, tendrán derecho a subvenciones dobles de las indicadas.

Artículo 5º: La asistencia media a que se refiere el artículo anterior se determinará por la Junta escolar con intervención del tesorero fiscal del respectivo departamento.

Artículo 6º: Las escuelas particulares de la enseñanza primaria elemental que aceptaren los reglamentos de la Junta escolar, tendrán derecho a las subvenciones indicadas en el artículo 4º.

Artículo 7º: Será de cargo del fisco el suministro de los útiles de enseñanza a las escuelas establecidas en conformidad a la presente lei”.<sup>22</sup>

Este contraproyecto recoge planteamientos que estuvieron presentes en las posturas conservadoras desde largo tiempo. Uno de ellos tenía que ver con el rol activo que propiciaban para los municipios; ya en el debate de la ley de 1860 estos planteamientos estuvieron presentes, imperando finalmente las posturas que privilegiaron la acción del Estado central. El otro elemento por el cual lucharon con vehemencia fue el equiparar la educación pública, en este caso mu-

<sup>22</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.*, Sesión 30 Ordinaria, 29 julio 1902.

nicipal, con la educación privada en el acceso a los recursos estatales. La subvención similar para ambos constituirá un objetivo en su política educativa, al cual se opondrán con gran vigor liberales y radicales, además de educacionistas y funcionarios de la educación pública. Es interesante constatar la similitud entre estas proposiciones y los cambios introducidos en el sistema educativo en la década del 80 del presente siglo. Los políticos y funcionarios que orientaron estos cambios pudieron realizar finalmente, las aspiraciones que los conservadores en toda la historia de la educación en nuestro país no habían podido implementar.

En el proyecto presentado por los conservadores la responsabilidad por ampliar la cobertura educativa primaria quedaba radicada en los municipios así como la inspección de las escuelas. Tomando como base el dato estadístico que aproximadamente la población entre 7 y 15 años corresponde al 20% del total de ésta, se proponía por ley, educar al 50% de la población en edad de hacerlo. Un aspecto significativo será la diferencia que se establecía en la subvención de escuelas de niños y de niñas. Indudablemente que una medida de ese tipo tendía a desincentivar la educación para las niñas, constituyendo también este punto una constante en el sector más tradicional de la postura conservadora.

Una propuesta de esta naturaleza estaba encaminada claramente a desperfilar el rol y la importancia del Estado central en la educación primaria, en el contexto del carácter sectario y laico que a éste se le atribuía.

– *El debate de 1919–1920 en el Senado*

El debate que precedió a la dictación de la ley se centró sobre un proyecto de ley que había surgido como un acuerdo entre los partidos liberal y conservador durante la discusión en la Cámara de Diputados. A diferencia del debate de principios de siglo sobre el tema, la obligatoriedad como problema doctrinario no estuvo en discusión. La preocupación de los senadores estuvo centrada en la implementación de una ley que demandaba una gran cantidad de recursos, que afectaba directamente a un número importante de la población –niños, maestros y padres– y que por estos motivos constituía una fuente apreciable de poder. En términos partidarios, en esta época del debate y aprobación de la ley, ya se había consolidado el predominio de los radicales en el ámbito de la educación pública. Los temas centrales del debate se referirán al rol del Estado central versus el rol de los municipios, a los recursos que implicaba la ley, a la educación privada en un contexto de fortalecimiento de la educación pública, al carácter laico o confesional de las escuelas. El acuerdo logrado en la Cámara de Diputados tranquilizó en ciertos puntos a los conservadores pero, a su vez, planteó reservas especialmente desde los radicales, demócratas y sectores liberales. Sin embargo dada la importancia que desde estos sectores se le atribuía a la ley, los reparos no constituirán posturas de obstrucción, aunque en el curso del debate se expliciten las posiciones. Es iluminador al respecto lo que expresaba el senador demócrata Torrealba:

“...pero si a pesar de nuestras convicciones i de nuestras doctrinas, que las consideramos el summum de la bondad i lo mejor a que podemos aspi-

rar, la mayoría del senado estuviera en disconformidad con nuestros anhelos, yo acataría ese fallo, i si por ahora no triunfáramos en nuestras altas aspiraciones, mañana el progreso nos empujará i si no conseguimos hoy el logro de nuestros ideales, andando el tiempo podremos modificar la lei de acuerdo con el espíritu moderno. ...el pais habrá ganado, en mi sentir, enormemente, aún cuando esa lei contenga disposiciones oscuras, porque lo primero en una nación es que abra los ojos, que el pueblo sepa leer i escribir".<sup>23</sup>

A continuación se entregarán los principales elementos presentes en el debate, destacándose los que no habían estado presente con similar intensidad en el debate de principios de siglo.

La posición de los conservadores a través del senador Barros Errázuriz era de aprobar sin mayor discusión un proyecto que ya había sido negociado; proponía que las indicaciones que pudieran venir del Ejecutivo o de otras posturas quedaran para un nuevo proyecto. Los principales puntos sobre los cuales hubo acuerdo eran los siguientes, según el senador: la enseñanza religiosa, estableciéndose un cambio en relación a la ley de 1860; los padres ahora deberían manifestar ante la escuela si sus hijos no accedían a esta enseñanza; la formación del consejo de instrucción primaria, con representantes del Ejecutivo, las cámaras y la educación particular; una subvención para la enseñanza particular con monto definido; la composición de las juntas comunales de educación, en las que se incluía al párroco; mejoramiento de las rentas del preceptorado.

En relación al tema religioso, hubo claramente divergencias; se cuestionó la presencia del párroco en las juntas de educación comunal, expresando el senador Alessandri al respecto:

"Ahora señor presidente, si es aceptable una junta comunal en el sentido de darle facultad inspectiva, no es aceptable la intervención del párroco... Porque el párroco no tiene funciones civiles; no puede aceptarse que las tenga, no es pedagogo. No forma ni puede formar parte por razón de sus funciones del estado docente. ...En el proyecto resulta que el alcalde es amovible, amovibles los demás miembros nombrados por las Municipalidades ya que son electivos i, el cura, está allí inamovible, por derecho propio.

Cruentas, sostenidas i largas, mui largas, han sido las luchas de los partidos liberales ...para reivindicar a favor de la autoridad civil los derechos que le corresponden por la naturaleza propia de sus funciones i, la intervención del cura en la forma que comentamos, importaría una reacción, un retroceso, sería renunciar a todos los triunfos obtenidos i a todos los progresos alcanzados, en orden a la secularización de todas nuestras instituciones fundamentales".<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.* Sesión 30 Ordinaria, 5 de agosto 1919, pág.719.

<sup>24</sup>Boletín de Sesiones, *op.cit.* Sesión 29ª Ordinaria, 4 de agosto 1919, pág. 690.

Otros senadores se sumaron y defendieron esta postura, quedando finalmente los párrocos fuera de la junta comunal de educación; el tema de la escuela laica o neutra también estuvo en el debate, más como una afirmación de principios que como una condición para aprobar la ley. El proyecto negociado postulaba la declaración escrita del padre si no quería enseñanza religiosa para su hijo. La presencia de los párrocos en las escuelas vigilando la enseñanza religiosa se mantuvo según la ley de 1860.

Un tema que estuvo muy presente en el debate fue el de la descentralización, ante la práctica centralista imperante en el sistema de educación primaria. Como antecedente es importante recordar que este tema también fue central en la discusión de la ley de 1860. Con ocasión del debate de 1919 estuvieron presente dos aspectos, al menos, que lo pusieron en la discusión. Uno de ellos fue el relacionado con la provisión de recursos, los que hasta el momento proveía absolutamente el Estado central; el otro tenía que ver con el exceso de poder acumulado a nivel central en un ámbito, que dada la envergadura de la ley en discusión, se iba a aumentar aún más. Es interesante observar cómo se plantearon las distintas posturas políticas ante este tema y lo significativamente actual de la discusión de entonces. Es posible apreciar en nuestra actual situación, que un tema que ha recorrido la historia de nuestro desarrollo educativo como es el de la centralización y descentralización, en la actualidad se definió, no en sucesivos debates parlamentarios, como en épocas anteriores, sino por decreto administrativo.

Los conservadores habían estado por una mayor ingerencia municipal ya en el debate de 1902 y siguieron manteniendo esta postura. Los liberales tradicionales eran partidarios de mantener la centralización estatal del servicio; los demócratas y radicales tuvieron en este tema, posturas divididas. Algunas los acercaron más a la descentralización, otras mantuvieron su apoyo al Estado central. Un connotado educador radical y entonces inspector general de instrucción primaria, Darío Salas, propiciaba un sistema comunal de organización de la educación. Su opinión, expresada en el libro *El problema nacional*, en 1917, sirvió de argumento recurrente de las posturas conservadoras. Otros, como el senador Mac-Iver, mantuvo la posición sostenida respecto a los municipios ya en el debate de principios de siglo. Expresaba al respecto:

“En presencia de la conducta de esas corporaciones (las Municipalidades), es imposible abrigar ni por un momento la idea de confiarles nada, que se relacione con los intereses públicos. ¿Las Municipalidades administrando el ramo de la instrucción primaria? Ellas que no han sabido cuidar ni del pavimento, de las calles ni del alumbrado público ¿cuidarán señor Presidente, de ese otro delicadísimo servicio? Si ahora no es bueno, ...en poder de las Municipalidades el servicio, caso de no desaparecer sería peor, i los dineros públicos se malbaratarían. No se puede hablar seriamente, por ahora a lo menos de esas corporaciones. Si el país recibiría airado la

proposición de poner bajo la autoridad del cura la escuela, recibiría con risa la de ponerla bajo la autoridad de las Municipalidades”.<sup>25</sup>

La ley de la comuna autónoma surgida después de la revolución del 91 y la práctica misma de las municipalidades, concitaban permanentes críticas de ciertos sectores, por la ineficacia de éstas y las prácticas electorales basadas en el poder del dinero y las influencias de connotados personajes.

El senador demócrata Torrealba se planteó como un defensor del principio de la comuna autónoma, atribuyendo los males en la implementación de ésta, al sistema electoral que se basaba en el cohecho. En su intervención consideraba a la comuna como una entidad democrática y popular, donde se podría ir perfeccionando una mayor participación ciudadana. En esta perspectiva la responsabilidad de los municipios en la instrucción primaria cobraba una significación particular.

Las referencias a la organización de la educación en otros países, europeos y Estados Unidos, estuvieron presentes en el debate, especialmente en relación a este tema. El ejemplo de Estados Unidos e Inglaterra estuvo presente en diferentes intervenciones, especialmente del primero, toda vez que un número ya apreciable de educadores había estudiado en ese país y transmitía esa experiencia. En palabras del senador Bulnes se expresaba esta posición:

“¿No hai ansia de autonomía administrativa en las provincias? I ahora que se van a establecer escuelas, vamos a atropellar la lei de Municipalidades que encarga a estas Corporaciones dar instrucción primaria? ¿Es posible decir a las Municipalidades que la administración de las escuelas que en parte se costean con sus fondos, desde que se les quita el 10% de sus renta, quedará en Santiago? No me parece que sea esto aceptable, i por eso yo creo que cualquiera que sea la forma que adoptemos, debe reconocerse la autonomía municipal, conformándonos con los preceptos legales i constitucionales a que me he referido”.<sup>26</sup>

El senador Alessandri defendía la centralización de la educación, aún cuando considerara que en principio la autonomía de las municipalidades era un signo de progreso; expresaba al respecto:

“Llegará el momento de afrontar este problema que sólo insinúo en esta oportunidad, para que no se crea que, al combatir la Junta Comunal como viene en el proyecto, sea porque no acepte la descentralización política i administrativa del país. No señor, soi i seré gran colaborador i partidario de esa idea que se impone; pero si hai algo que no admite descentralización en un país, eso es la instrucción pública i especialmente la instruc-

<sup>25</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.* Sesión 21 Ordinaria, 16 de Julio de 1919, pág. 444.

<sup>26</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.* Sesión 23 Ordinaria, 22 de julio 1919, págs. 502-503.



ción primaria. Ello no es posible, porque el objeto principal de la instrucción primaria es unir a todos los individuos en una sola comunión científica, organizarlos i unir sus mentes en un objetivo único, en una palabra, su noble misión consiste en formar el alma nacional, la comunión intelectual i la orientación armónica de la mentalidad nacional, dan cohesión fuerza i energía al organismo social i constituyen la única base del progreso de los pueblos. Por eso la instrucción primaria no puede estar disgregada, no puede obedecer a diversos criterios, a diversas orientaciones, pues si tal cosa ocurre, lejos de contribuir a la organización social i a la homogeneidad del alma nacional se va a la disgregación, al desorden i al caos".<sup>27</sup>

Refiriéndose a la comuna autónoma expresaba que había sido una ley para la cual las instituciones y la cultura del país no estaban preparadas, que se observaban avances que podían conducir a la descentralización que el país requería, pero que sin duda tomaría tiempo.

El tema de los recursos para financiar la ley tomó un tiempo apreciable en los debates. La implementación de ésta en cifras generales, significaba pasar de un presupuesto aproximado de 22 millones de pesos a otro que bordeaba los 60, según los más alarmistas. Había un gasto fijo e inmediato, sobre el cual existía acuerdo; éste era los alrededor de 9 millones que costaba el aumento de rentas del preceptorado. Preocupaba a algunos senadores que el financiamiento del proyecto, el cual se proponía que proviniera del 20% de las rentas generales de la nación, no fuera factible de aplicarse. Se hacía ver que la situación económica, ya en curso la crisis del salitre, afectaba tanto al estado como a sectores importantes de la población y comprometía el uso de recursos fiscales. A juicio de los senadores Edwards y Mac-Iver, entre otros, la envergadura del proyecto tal cual estaba planteado y la base de financiamiento, ponían en serio peligro su realización. La duda que se expresaba era si en realidad, habría voluntad y capacidad política para reasignar ítems del presupuesto y asignar a la instrucción primaria los recursos que se proponían.

En este contexto se argumentaba la imposibilidad de que el estado central financiara por completo esta educación y la necesidad que las Municipalidades asumieran responsabilidad al respecto. El senador conservador Concha expresaba:

"Yo estoi convencido de la imposibilidad financiera para aplicar esta lei. Con un déficit de mas de 80 millones de pesos i la dificultad de salvarlo, tenemos que buscar otros recursos para costear la instrucción primaria. Creo que el medio de salvar la dificultad está en hacer que las Municipalidades cumplan con la obligación que tienen por la Constitución i la lei de subvenir a la instrucción primaria. El artículo 119 de la Constitución en sus incisos 2º i 3º i el artículo 26 de la lei de Municipalidades establecen terminantemente esta obligación... Yo he reflexionado sobre esto i me he

<sup>27</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.* Sesión 29 Ordinaria, 4 de agosto de 1919, págs. 688-689.

formado la opinión que si obligáramos a las municipalidades a establecer una escuela primaria por cada mil habitantes, autorizándolas por otra parte, para cobrar una contribución para costear esas escuelas, habríamos resuelto el problema de la instrucción primaria.

Por eso creo que el día que se estableciera la obligación escolar i se impusiera una contribución especial para costearla, tanto los vecinos como el Municipio se interesarían por la difusión de la enseñanza en el pueblo".<sup>28</sup>

El artículo de la ley de municipalidades a que el senador Concha hacía alusión, entregaba a éstas la responsabilidad de fundar y sostener escuelas gratuitas, dotarlas de útiles y textos, adoptar métodos de enseñanza y dictar reglamentos y planes de estudio. Se autorizaba cobrar un impuesto personal de 1 a 3 pesos exclusivamente para esta educación, impuesto que no regía porque no había sido autorizado por la ley de contribuciones.

En el contexto de este artículo se consagraba una descentralización no sólo administrativa sino también curricular de las escuelas.

El senador Alessandri hacía una lectura diferente del problema, demostrando la factibilidad de su ejecución. A través de un estudio de los costos reales del proyecto, implementado progresivamente según se proponía, hacía ver que no alcanzaba su costo, en ningún momento, al 20% de las rentas nacionales; según sus cálculos se podía ir asumiendo sin grandes aumentos del presupuesto el mayor gasto que el proyecto iba a ir demandando.

El senador Torrealba introdujo en el debate un aspecto que tenía que ver con las opciones en el uso de recursos, refiriéndose a los gastos militares. Comparaba los 42 millones de pesos aproximadamente que importaba el gasto en el conjunto de la instrucción pública, con los 97 millones que alcanzaba el presupuesto para el ejército y la marina. Expresaba al respecto:

"Yo no digo que no sean necesarios los servicios del Ejército, ...pero creo que si grandes son los servicios que el Ejército presta al país, que si este es la defensa en la hora del peligro, que si es la garantía más eficaz de nuestras instituciones, la enseñanza pública es también tan necesaria como el Ejército... I yo digo que si el Gobierno en horas de aflicción que ha juzgado difíciles para el país, ha contratado empréstitos por 4 o 5 millones de libras esterlinas para adquisición de armamentos i de naves, que han sido aceptados por el país entero, hubiera tenido el mismo celo en cuanto a la enseñanza pública, nadie se lo habría vituperado ...Bien saben mis honorables colegas, que si las administraciones anteriores hubieran tenido voluntad de llenar esta necesidad, habría bastado con que una parte de las rentas que ha producido el salitre i que han gastado muchas veces en cosas inútiles, se hubiera dedicado a este objeto".<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.* Sesión 37 Ordinaria, 18 de agosto de 1919, pág. 872.

<sup>29</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.* Sesión 30 Ordinaria, 5 de agosto de 1919, págs. 717-718.

Las opiniones del senador Torrealba aludían realmente a la falta de voluntad política que había existido para haber enfrentado el problema en su real magnitud; llama la atención que en un tiempo, como muchos senadores destacaban, que no era propicio en términos económicos, finalmente se haya llegado a acuerdo para la implementación de este proyecto. El senador Alessandri expresaba en algún momento del debate, que una forma sutil de hacer fracasar una iniciativa, era presentarla de tal magnitud que pareciera irrealizable. El contexto económico que vivía el país sin duda no favorecía una iniciativa de esta naturaleza, sin embargo se avanzará en su aprobación a pesar de las dificultades.

Además de la contribución personal, a través de los municipios y administrada por éstos, se propusieron otras alternativas de allegar recursos como un impuesto especial a las sociedades anónimas, nacionales y extranjeras, las que a juicio del senador Alessandri pagaban una contribución mínima al erario nacional. Otra proposición se refirió a la obligación para los dueños de predios de más de 500.000 pesos de valor y los dueños de industrias o faenas mineras similares, de mantener una escuela si existían en su propiedad más de 20 niños en edad de educarse.

Un tema antiguo de debate, que constituyó parte de la negociación, fue el referido a las escuelas particulares. Los conservadores sostuvieron la necesidad que éstas recibieran una subvención fija y estable; se argumentó que el monto global de la subvención en el conjunto de gastos era mínimo, agregándose que el costo por alumno era más bajo que en la enseñanza fiscal. Un aspecto de este problema destacado por el senador Rivera es interesante de relevar, por la similitud con lo que ocurre en el sistema educativo en la actualidad. El senador expresaba:

“Yo he presenciado el espectáculo de que, cuando la instrucción pública tenía un millón y medio de pesos para subvencionar a colegios particulares, las escuelas superiores del estado no disponían de bancos en que pudieran sentarse las alumnas, i he visto en las escuelas superiores de niñas, cajones de parafina o montones de ladrillos que servían de asiento a las educandas. ¿Adonde va encaminado este sistema? A alejar de las escuelas del Estado a los alumnos....

Si esta lei tiene por objeto que a las escuelas públicas puedan llegar todos los niños que cumplan con los requisitos establecidos en ella, i a las escuelas particulares solo pueden ir los que seleccione el maestro, o el dueño del establecimiento ¿por qué se concede subvención a estas últimas? ¿Es esto necesario para que le den el pase los que han sostenido la necesidad de estas subvenciones i que tendrían elementos para oponerse a su aprobación? Bien, demos subvenciones, pero en forma proporcionada.... Señalemos un tanto por ciento, que represente nuestra buena voluntad para que el despacho de esta lei se haga lo mas pronto, i sin olvidar que la escuela pública es para todos i la particular solo para los escojidos”.<sup>30</sup>

<sup>30</sup> Boletín de Sesiones, *op.cit.* Sesión 16 Ordinaria, 7 de julio de 1919, pág. 344.

Es indudable que el tema de la educación particular y el desarrollo progresivo de un espacio significativo para ésta, frente a la educación estatal, constituyó una preocupación constante de las posturas conservadoras. La política del estado docente, implementada desde mediados del siglo anterior, tendrá como contrapartida la búsqueda de una posición, en lo posible equiparada, de la educación particular frente a la estatal. Es necesario destacar que, principalmente, en las dos primeras décadas de este siglo, las iniciativas particulares fueron más allá de las filantrópicas tradicionales y de iglesia, abarcando también a algunas escuelas de mutuales o de organizaciones de obreros y artesanos. Sin embargo la participación que la Iglesia tenía en estas iniciativas fue suficientemente significativa, como para constituir la subvención a las escuelas particulares un elemento que fue negociado por los conservadores para la aprobación de la ley.

Finalmente, luego de largos debates, de trabajos de comisiones que incorporaron diversas observaciones, de discusiones específicas sobre gran número de artículos, el 26 de agosto de 1920 se promulgó la ley de instrucción primaria obligatoria, con la aprobación de ambas cámaras. Esta ley además de tener en su centro el problema de la obligatoriedad, constituyó una oportunidad para debatir, reformular o reafirmar aspectos tan importantes en la educación primaria chilena como el rol del Estado, el espacio para la educación particular, el carácter confesional de la enseñanza. Asimismo la organización del sistema, sus objetivos y orientaciones estarán contemplados en la ley y en el futuro reglamento; con propiedad puede ser considerada como el segundo hito más significativo en el desarrollo institucional de la educación primaria, que a su vez imprimió una determinada orientación al desarrollo futuro de ésta.

# NUEVAS ESTRATEGIAS COMUNICACIONALES DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX EN CHILE: LA PRENSA "RACIOCINANTE" DE LOS HERMANOS ARTEAGA ALEMPARTE\*

Carlos Ossandón B. \*\*

## I. INTRODUCCIÓN

He sostenido que, si nos atenemos al desarrollo de la prensa en Chile, desde fines de la década de 1850 se abre al interior del dispositivo letrado un nuevo espacio de identidad<sup>1</sup>. Esta identidad es suficientemente visible como para reformular sus relaciones con los poderes políticos, permitiendo la instalación de un otro poder que se reconoce en su propia capacidad de "significación".

El desprendimiento (parcial) de las antiguas funciones (doctrinarias, polémicas o fundacionales) que desempeñó el periodismo, viene impulsado por un sujeto (hemos hablado de un "literato-periodista" o de un "publicista") cuya novedad radica —si bien conserva parte importante del temple iluminista y educador— en el lugar desde el cual opera y, en particular, en el vínculo que establece con una "publicidad política" activa dentro de la cual se siente parte y que busca ampliar<sup>2</sup>. Este sujeto se reconoce en el desarrollo de una función "raciocinante", independiente y pública, alejada tanto del prurito fundacional como del alegato o del ensimismamiento doctrinario. Esta función se constituye en un nuevo guía autónomo y regulador, contesta en la práctica la devaluación sufrida en los dispositivos que le preceden, y se da en paralelo con otras lógicas y ciertamente en vínculo y especificada por otras fuentes.

He señalado que este "desprendimiento" se expresa tanto en una prensa más "literaria" que "periodística" (por ejemplo, *La Semana*), como en otra más "periodística" que "literaria" (por ejemplo, *La Libertad* y *Los Tiempos*). En otro artículo he examinado los efectos cuasi devastadores que una incisión muy acti-

\* El presente artículo forma parte de la investigación FONDECYT N°1940171. Agradezco la colaboración de los investigadores Luis Moulian y Carlos Sanhueza. Agradezco también a la Biblioteca Nacional de Chile. Pude terminar este artículo durante mi estada de un mes en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, en el marco del programa Intercampus. Agradezco igualmente esta invitación.

\*\* Doctor en Filosofía. Profesor de la Universidad Arcis y Universidad de Chile.

<sup>1</sup> Cfr. Carlos Ossandón B.: *Modos de validación del texto periodístico de mediados del siglo XIX en Chile*. Documento de Trabajo, Centro de Investigaciones Sociales, U. Arcis, Santiago, 1996.

<sup>2</sup> Será fácil reconocer en el presente artículo una inspiración libre en el texto de J. Habermas: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Ediciones G. Gili, cuarta edición, España, 1994. Hay ciertamente otras "inspiraciones", quizá menos manifiestas: Michel Foucault, Julio Ramos y Ángel Rama, entre las principales.

va —*El Correo Literario* de 1858— causó en el valor admitido de las prácticas políticas, posibilitando la constitución de un espacio subjetivo no suficientemente consolidado, aunque no directa ni compulsivamente correlativo a éstas<sup>3</sup>. Me propongo examinar más específicamente ahora las “redistribuciones” y “desprendimientos” que, en el terreno de la prensa, supuso parte importante de la “obra” de los hermanos Justo y Domingo Arteaga Alemparte<sup>4</sup>.

## II. *LA SEMANA* (1859–1860)<sup>5</sup>

“¿Será alguna vez la inteligencia un poder,  
el capital intelectual un capital?”  
(*La Semana*, N° 43, 1860)

Una pregunta recorre las páginas de esta publicación semanal: ¿Qué condiciones hay que crear en Chile para desarrollar un espacio público activo, independiente y racional? *La Semana* procura responder a esta pregunta. En un plano general, afincándose en un lugar que supone la separación entre el Estado y la sociedad, contribuyendo a activar y a politizar esta última. Desde esta perspectiva, *La Semana* busca crear las condiciones comunicativas desde las cuales pueden emerger unas voluntades ciudadanas fundadas discursivamente, independientes e interconectadas. Dentro de estas condiciones, está la instalación de una mirada propia que se articula no en la autorreferencia sino en la relación que establece con la esfera pública. Un punto de mira que se distingue ciertamente del estatal, pero que no es ajeno a su carácter público o no se define en función exclusiva de su propia “privacidad”<sup>6</sup>. Descargada de las responsabilidades de construcción estatal, lejos del modelo que encarnó *El Araucano* (1830), este nuevo periódico logra combinar la ley profana de su propia constitución con el interés público que lo anima. Así cree participar él mismo en el desarrollo de la “autonomía social” o de una sociedad capaz de exhibir “una personalidad propia y suya” (N° 47, 26 mayo 1860). El salón, la plaza, el paseo, el club, el parlamento, el gabinete, la libre circulación de ideas y, por cierto, *La Semana* (o la prensa “raciocin-

<sup>3</sup> Cfr. Carlos Ossandón B.: “El Correo Literario de 1858”. *Mapocho*, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, N° 38, Chile, Segundo semestre de 1995.

<sup>4</sup> Alcances globales a los “trabajos y los días” de los hermanos Arteaga Alemparte se encuentra en: Justo Arteaga Alemparte: *Ensayos políticos y morales*. Introducción biográfica de Raúl Silva Castro. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1967. Gabriel Amunátegui Jordán: *Justo y Domingo Arteaga Alemparte: ensayo biográfico y juicio crítico*. Santiago, 1919. Luis Moulian: *Dos periodistas chilenos del siglo XIX: Justo y Domingo Arteaga, compromiso con el liberalismo y con el pesimismo*. Inédito, Santiago, 1995.

<sup>5</sup> *La Semana* nace en el contexto del fracaso de la revolución de la fuerzas liberales en el norte de Chile, liderada por los Matta y los Gallo en 1859, y del posterior triunfo en 1861 de la coalición liberal-conservadora con José Joaquín Pérez. En este cuadro, según Luis Moulian, *La Semana* sería la expresión de las tendencias afines a los “liberales tibios”, no revolucionarios. *La Semana: conciencia de su tiempo. 1859-1860*. Inédito, Santiago, 1995.

<sup>6</sup> Mientras *La Semana* es un “órgano privado” con vocación pública, *El Correo Literario* de 1858, sin olvidar su interés público, tiende a ratos a ser un “órgano íntimo”, no consiguéndolo plenamente.

nante”, en general) forman parte de aquellas condiciones comunicativas que ella está interesada en promover.

Para llevar a cabo este objetivo, *La Semana* define una forma específica de articulación entre lo que denomina la “acción social” y la “acción gubernamental”. Reconoce la existencia de estas dos esferas (no hace una distinción nítida entre Estado y Gobierno), pone en movimiento la primera, disminuye la importancia de la segunda, procurando armonizar o equilibrar estos dos tipos de “acción” (Nº 15, 27 agosto 1859). Como una manera de asegurar la eficacia de esta articulación de acciones, se confabula una dialéctica que, a la vez que se desgaja de la monopolización de la política inmediata (calificada como una “manía dominante de las sociedades sudamericanas”, Nº 48, 2 junio 1860) o del partidismo, se revierte de nuevo sobre la sociedad civil repolitizándola más ampliamente. Mejor dicho: desde el punto de vista de *La Semana* una vida política auténtica es esa que realiza una sociedad que busca una “vida suya propia” (Nº 27, 19 noviembre 1859), cuestión que se consigue una vez que cesan los monopolios políticos estatales o privados, se desactiva la influencia exclusiva de la política inmediata (candidatos, elecciones, cambios ministeriales, etcétera) y la función política extiende su haz.

Entremos ahora en planos más acotados. Veamos cómo *La Semana*, en tanto que órgano privado definido por su relación con lo público, destacó unas relaciones por donde se fue especificando su función “raciocinante”.

Una primera especificación tiene que ver con el espacio social dentro del cual esta función reconoce su origen y ancla su punto de aplicación. Hemos señalado que *La Semana* se apoya en la separación y en el campo de tensiones que se genera entre la esfera estatal y la sociedad, instalándose en el ámbito de desarrollo o de autonomía de esta última. Es ésta la específica renovación enunciativa que ella postula.

Desde esta nueva posición, *La Semana* cree descubrir la manera de introducir una cuña dentro de un dispositivo cultural y político que por momentos se asemeja al representado por Andrés Bello, censurando una estrategia que se propone instalar el “edificio” pero sin contar con la “base”, que busca “el efecto sin la causa” o que en vano redacta cartas constitucionales o códigos (Nº 5, 18 junio 1859). El “raciocinio” se trueca aquí en una crítica a una visión exclusivamente institucional (que obviamente no recoge toda la complejidad del dispositivo bellista), que se une a una desconfianza profunda hacia los “mandatos” (Nº 27, 19 noviembre 1859) o hacia las reformas violentas que no tienen en cuenta la actividad de la sociedad: nuestro periódico está por el cambio gradual y consensual. La desconfianza se extiende hacia las “apariencias” —tema ampliamente abordado— la hipocresía de las instituciones y “unas cuantas pamplinas más” (Nº 2, 28 mayo 1859). Las mencionadas aprensiones, sin llegar a ser corrosivas, van dando lugar a un “intelectual” que se aparta o contesta una de las figuras prototípicas del hombre público del siglo XIX: el abogado<sup>7</sup>. La crítica se amplía también

<sup>7</sup> Sol Serrano: *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*. Editorial Universitaria, Santiago, 1993, pág. 177.

a aquellas cuestiones gramaticales o puramente académicas que no tienen suficiente eco social (Nº 2, 28 mayo 1859) o hacia una Universidad que se muestra poco propicia a los poetas (Nº 6, 25 junio 1859). *La Semana* monta su tinglado fuera de la esfera estatal y también de la Universidad, ostentando unos aprestos poco sensibles a los ceremoniales de validación de esas esferas, dando alas a una "razón" que no quiere ni tiene la vocación para enredarse en ellos.

Si esta era la perspectiva, había que hacer algo más que "distribuir" cultura al modo de los periódicos iluministas. Era preciso ahora "discutir". Había que reemplazar al "fundador" para dejar entrar al "analista", o sustituir al "sabio" para hacerle hueco al "publicista".

Una segunda especificación que recibe la función "raciocinante" viene de la distancia que *La Semana* se encarga de establecer entre la prensa polémica y apasionada de la primera mitad del XIX y la prensa de nuevo tipo que ella cree ser. Ante una prensa que busca la "polémica", y que no es capaz de elevarse "sobre las miserias de los partidos" (Nº 38, 24 marzo 1860), haciéndose sorda a los reclamos de la sociedad, nuestro periódico postula la "discusión", trazándose el objetivo de ampliar sus miras y retomar los vínculos con una sociedad activa que asume la prensa como su poder.

La polémica, "esa corruptora de los fueros de la razón", debe ceder el espacio a la "discusión", como decíamos (Nº 38, 24 marzo 1860). Más que "arma de combate" la prensa tendría que ser un "campo neutral" de ideas bien sostenidas (Nº 42, 21 abril 1860).

A partir de estas demarcaciones, *La Semana* pretende contribuir a crear una "verdadera publicidad" (Nº 37, 17 marzo 1860). Su objetivo es corporizar esa "entidad social llamada opinión" (Nº 41, 14 abril 1860), evitando caer en su trivialización: ese "dios formado con todos los desperdicios de la racionalidad." (Nº 44, 5 marzo 1860).

En el desarrollo de una praxis argumentativa y pública (que toma una apariencia general, más allá de los conflictos de clase social), *La Semana* se propone otorgar estatus a los "escritores públicos" —que los diferencia de los "insultadores públicos" (Nº 37, 17 marzo 1860)—, sentar las bases de racionalidad y universalidad de una "opinión pública" no "bastardeada" o divinizada, instalando una autoridad capaz de dialogar con otras autoridades públicas.

Una tercera especificación tiene que ver con la "razón" misma. En el dispositivo que describimos "la fría razón" (Nº 1, 21 mayo 1859) es, en términos generales, una operación que efectúa encadenamientos lógicos y que arriba a conclusiones. La "razón" no es aquí motivo de culto, no es un simple llamado, ni es tampoco una suerte de principio universal de explicación. En *La Semana* la "razón" es movimiento, operación, recursos discursivos o, valga la redundancia, "raciocinio".

Este periódico enseña distintas modalidades de argumentación, sin establecer recurrencias o taxonomías sólidas en este terreno. Estas modalidades empatizan mejor con opiniones fundadas y libres que con razonamientos formales, *more geométrico*. Se articulan en dominios públicos y equívocos y no en instituciones académicas y regladas.



En un artículo *La Semana* expone dos ángulos de entrada a un mismo problema, fundamenta la "justicia y razón" de cada uno y, en un diálogo crítico, plantea una posición alejada de excesos ("Todos tienen razón", nº 1, 21 mayo 1859). En otro artículo el "raciocinio" es básicamente una máquina desmitificadora, que comienza enunciando una tesis provocadora (el hombre es "la mentira en permanencia"), para después avanzar linealmente en la demostración de esta tesis, usando principalmente el "ejemplo" como elemento de prueba ("Apariencia y realidad", nº 2, 28 mayo 1859). Es importante hacer notar que este artículo no tiene el propósito de buscar soluciones. No dicta códigos, su estilo no es catedrático y no entrega lecciones. Pretende más bien hacer pensar o remover. Su voz es más provocadora que ética. Un tercer artículo se inicia igualmente con una tesis fuerte, llega a un climax ("¡Cuánto mejor no marcharía el mundo por las mujeres gobernado!"), discute las opiniones comunes, asciende desde argumentos menores hasta llegar a lo que Justo Arteaga llama el "argumento jefe". Una vez allí desciende sacando las conclusiones que se infieren del trayecto ("Las mujeres y el corazón", nº 6, 25 junio 1859).

Es probable que estas modalidades no sean muy distintas a las usadas por otros periódicos: así como la utilización de recursos tales como diálogos, monólogos, relatos aleccionadores y rodeos silogísticos<sup>8</sup>. La importancia de estas modalidades estriba en su capacidad legitimante y, sobre todo, en el grado de centralidad que tienen en la propia producción del texto periodístico. En contraste con una prensa "trascendida" o sin consciencia de sí, se podría decir que *La Semana* descansa tan sólo en su propia aptitud discursiva, no habiendo más que lo que logra ficcionalizar con esas modalidades o recursos. Aparentemente una prensa a la intemperie, sin príncipes patrocinadores y dependiente sólo de sus propios juegos.

Lo que acabo de afirmar puede ser válido cuando se contrasta *La Semana* con otro tipo de prensa, pero no lo es a campo raso. No habría que creer, a pesar de todo lo dicho, que la función "raciocinante" descrita se halla abandonada a su suerte, autofundándose. En nuestro periódico la mencionada función se da subordinada a una "razón de fines", que constituye algo así como su motor y horizonte. Esta "razón de fines" se confunde con unos enunciados o valores que no son cuestionados ni relativos. La maquinaria "raciocinante" de *La Semana* se pone a andar activada y regulada, entonces, por unas proposiciones o conceptos cargados de valor. He insinuado ya el más importante: la "autonomía social" o la necesidad de concluir "la menor edad de las sociedades" (nº 9, 16 julio 1859).

*La Semana* piensa, además, que el medio de realizar esos objetivos "es dejar

<sup>8</sup> Es conocida la influencia que el polemista y diarista francés E. Girardin ejerció sobre los procedimientos escriturales y estilísticos de Justo Arteaga. Según Silva Castro, desde el punto de vista de la forma, en sus escritos aparece "algo extremada la brevedad sintética del estilo, con marcada preferencia por la sentencia breve. Para lograr la persuasión, Arteaga acude a repetir, insistiendo por la vía de la anáfora con enumeraciones paralelas". Justo Arteaga Alemparte: *Ensayos políticos y morales*. Introducción biográfica de Raúl Silva Castro, pág. 40.

al progreso camino franco para que penetre, encamine y gobierne todas las esferas de la vida y de la actividad social" (Nº 9, 16 julio 1859). Habría que hacer, pues, "plaza al progreso". Por su parte, el propio desarrollo de la "sociabilidad" es ya un agente para tal fin (Nº 16, 3 septiembre 1859). Sin embargo, el progreso tiene también sus riesgos y es preciso encauzarlo y completarlo. Respecto de esto último, se advierte que, junto a los caminos de fierro y las fábricas, se necesitan también "periódicos y libros, liceos y academias, pinturas y estatuas, cantores y comediantes, músicos y poetas" (Nº 33, 31 diciembre 1859). Las conquistas materiales deben complementarse con las de la cultura. Por otra parte, *La Semana* no es insensible a los costos humanos y desgarros que trae consigo una lógica que, como la del progreso, no parece poder detenerse. Desde este ángulo, tiene razón Luis Moulian cuando señala que este periódico mantiene una relación contradictoria y a ratos escéptica con este tópico<sup>9</sup>.

Podríamos decir que, con todas sus derivaciones, la constelación *autonomía social – progreso – cultura* es esa "razón de fines" desde la cual *La Semana* hace funcionar su aparataje crítico. Dicho de manera sintética esta "razón" reza así: no hay "autonomía social" sin progreso y cultura. Dentro de esta constelación, este periódico evita el fraccionamiento y se hace de una unidad. Más adelante veremos cómo la "unidad" no es un atributo que puedan sostener periódicos tales como *La Libertad* o *Los Tiempos*.

Una prensa como la que describimos tenía que toparse necesariamente consigo misma. La sustitución de la "proclama" por el "argumento" no deja impávido al instrumento que la realiza, revirtiéndose sobre los límites de su propia eficacia o poder de "significación". En estricto rigor, *La Semana* postula que la prensa propiamente dicha sólo surge después de la Independencia, y una vez que se desprende de la polémica o de la lucha político-partidista como esferas exclusivas de su interés (Nº 36, 10 marzo 1860 y Nº 38, 24 marzo 1860). Justo Arteaga, posesionado de las modalidades argumentales o recursos descritos, y desde las posibilidades que abre la denominada "acción social", echa sobre sí la tarea de explicitar el nuevo lugar y tareas de la prensa. Desgajada de sus funciones tradicionales, este razonador puede ahora razonar sobre los ricos y complejos vínculos que se dan entre la prensa y los *ethos* nacionales en América Latina (Nº 40, 7 abril 1860).

Hay un último juego de relaciones que especifica, en un plano distinto, y quizá más importante que los vistos hasta ahora, la mencionada función "racionante" de *La Semana*. Me refiero a las regularidades y tensiones que individualizan al dispositivo como tal. Estoy pensando en la distribución de sus "secciones" y, simultáneamente, en las preeminencias y diferencias de sus sujetos discutiendo.

Vamos directamente al punto. La sección "Ecos de la Semana" de Domingo Arteaga se estructura a partir de unas asociaciones libres, sin norte fijo, levemen-

<sup>9</sup> Luis Moulian: *Dos periodistas chilenos del siglo XIX: Justo y Domingo Arteaga, compromiso con el liberalismo y con el pesimismo*, pág. 7.

te irónicas. Estos "Ecos" responden a unas "conversaciones de salón" donde se comenta sobre el despotismo de la moda, la vida social y la coquetería que se vio en la inauguración del ferrocarril al sur (Nº 27, 19 noviembre 1859), una compañía de zarzuela que se instalará próximamente en la ciudad de Santiago, la vocación que tenemos por la declaración de intenciones o los "prospectos", o el "turbio aspecto que ofrecen a primera vista las combinaciones humanas" (Nº 5, 18 junio 1859)<sup>10</sup>. Un "género" que construye una serie diversa de conexiones o de "ecos", sin un sustrato que los sostenga, aunque apoyados sí por un metalenguaje compartido por lectores capitalinos.

La "esencia de las cosas es un misterio impenetrable y el saber humano no conoce más que relaciones" declara en tono justificador el autor de esta sección. Continúa: "Aquí, todo se toca, se encadena y se parece, sin que por ello carezca cada cual de notables diferencias con los otros y funde en ellas su propia existencia" (Nº 5, 18 junio 1859).

Estos "Ecos de la Semana" pueden ser vistos igualmente como un espacio de prueba de las posibilidades de la imaginación; como si allí se experimentaran unas alternativas nuevas para la lógica, parcialmente fuera de los criterios clásicos de la "prosa de ideas". Este juego refuerza la "independencia" que declara el periódico y establece un correlato con el ámbito de la crítica estrictamente "raciocinante". Esta última no es un derivado de la "conversación", ni su consecuencia, estableciéndose entre ambas una composición de fuerzas que necesita diferenciadamente tanto de una como de la otra.

"Ecos de la Semana" establece una diferencia clara con otra sección titulada "Crónica de la Quincena", firmada por Justo Arteaga. Esta última carece de todo afán "literario", su estilo es directo y estrictamente informativo. Si la primera conversa sobre "los efectos nocturnos de óptica y acústica" de la ciudad de Santiago (Nº 2, 28 mayo 1859), esta segunda deja a un lado estas exquisiteces y va directo a la guerra entre Ecuador y Perú y a la independencia de Italia y de la India (Nº 2, 28 mayo 1859). Si Domingo habla en una ocasión del tiempo, "tema obligado de las visitas en que no hay nada que decir" (Nº 39, 31 marzo 1860), o dedica varios pasajes al *spleen*, la enfermedad de moda en Santiago, estas alternativas son un imposible para Justo. Si el primero mantiene una suerte de diálogo con los lectores, el segundo se mantiene dentro de un discurso que no está hecho para ello. Esta comparación es, sin embargo, poco importante y obvia.

Más determinante para el funcionamiento del presente constructo es la tensión que se da entre un primer "artículo de fondo", político y crítico, y lo que venimos diciendo sobre "Ecos de la Semana". Si bien en ella vuelven a enfrentarse los dos hermanos, el nivel en el cual se sitúan ahora las cosas toca de lleno al dispositivo mismo. Pienso que es aquí donde *La Semana* especifica con más clari-

<sup>10</sup> Con todo, cabe preguntarse si estos "Ecos de la Semana" se relacionan principalmente con la palabra hablada o la fluidez de la conversación, o son las prerrogativas propias de la escritura las que constituyen su ley. ¿La conversación se traslada a otro soporte o la escritura balbucea nuevas posibilidades?

dad su lugar en el nuevo espacio público en constitución. Este lugar tiene como ingredientes esenciales, aunque con distintas jerarquías, la "crítica" y el "salón", desde un ángulo; el rigor del raciocinio y la espontaneidad de la palabra hablada, desde otro ángulo. Su proyección natural, en otro ámbito, es el *Círculo de Amigos de las Letras* de José V. Lastarria.

El "artículo de fondo" del número 11 del 30 de julio de 1859 se titula "Las Reformas" y viene firmado por Justo Arteaga. Este número del periódico se cierra con los "Ecos" de Domingo. Esta distribución se repite con variantes menores en muchos otros números de *La Semana*. Mientras los artículos de Justo se instalan en el raciocinio y no en la pasión irracional, y hacen constantes llamados a la discusión comedida e independiente, los "Ecos" se embelesan en un espíritu ligero, alado, aunque referencial y ciudadano. El primero es el "pórtico", y como tal pone el sello, y el segundo es la "puerta de atrás". Ambos constituyen el diedro con el cual hace posesión de sí el periódico<sup>11</sup>.

En el mencionado diedro se juegan dos distintos sujetos de enunciación: uno estrictamente "raciocinante", que se mueve en un terreno universal (la verdad, la honestidad), y un otro observador-paseante-ciudadino, que narra al compás de sus asociaciones y que se desplaza por un terreno particular o por el detalle de la vida pública. Entre ambos se da una fricción y una ventaja, y los dos hacen fuerza para no verse devorados por el "afuera" estatal o político. La coherencia del emplazamiento pasa precisamente por esta fuerza. También por aquella preeminencia y dualidad subjetiva. Esta relación le da a *La Semana* una "madurez" o una posibilidad de control de sí que no tenía *El Correo Literario* de 1858, más "juvenil" y desbordado.

### III. LA LIBERTAD (1866-1871) Y LOS TIEMPOS (1877-1882)

La redistribución que experimenta la prensa en la segunda mitad del XIX no sólo tiene como referente un público principalmente "ilustrado" o "literario". En vínculo ahora con un "público nuevo", de mayor amplitud y heterogeneidad, aunque sin abandonar al antiguo público, los hermanos Arteaga Alemparte vuelven a la carga con dos nuevos periódicos: *La Libertad* y *Los Tiempos*.

Ambos son "diarios". Las "revistas", por su parte, comenzarán a ocupar un espacio distinto. Como tales "diarios" cuentan ya con tres características centrales de este "género": noticias, avisos y "diareidad". Su modernidad es evidente: brillan por la mañana en el tocado y mueren por la noche en el guardarropa, habría dicho con desdén Rousseau<sup>12</sup>. Estas dos nuevas publicaciones son algo cercanas a esa prensa comercial e informativa que se inaugura en Chile con *El Mercurio* de Valparaíso en 1827 y que continúa con *El Ferrocarril* en 1855, entre otros.

<sup>11</sup> He excluído, por no tener suficiente peso en el funcionamiento del dispositivo, los "cuadros de costumbres" de Nadie (seudónimo de Alberto Blest Gana), cuya incorporación pudo haber dado origen a un triedro.

<sup>12</sup> Citado por Georges Weill: *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, México, 1962, pág. 62.

Sin embargo, como "empresas" son más precarias y tienen un "autor" más visible. Al igual que *La Semana*, se sostienen en la fractura de las relaciones "simbióticas" que el campo cultural mantenía con el estatal o con la política partidista, estructurando unas estrategias comunicacionales que hacen valer el peso de sus propios dispositivos. En sus territorios la letra se emancipa de las intimidaciones de un Estado-nación que había que construir o de unos partidos que era preciso posicionar, colocando no una voz a la vez dual y única, como en el caso de *La Semana*, sino una pluralidad de voces, no necesariamente interdependientes. Desde esta ampliación de funciones, *La Libertad* y *Los Tiempos* asumen como referentes importantes del desarrollo de una "publicidad política" activa y crítica a la cual creen pertenecer. Ahondemos, en seguida, en las peculiaridades de estos emplazamientos.

Interesa examinar no el sentido de los enunciados, ni la relación de éstos con "visiones de mundo", sino principalmente la relevancia comunicativa del espaciamento periodístico mismo. No es muy distinto lo que estos periódicos enseñan en este plano<sup>13</sup>. Contienen generalmente: 1. avisos (noticias útiles y publicidad), 2. el "folletín" u otro tipo de literatura, 3. la "editorial" y otros "artículos de fondo", 4. opiniones de la prensa, y 5. noticias políticas, de la administración de la justicia, de la ciudad, etcétera. Si los comparamos con *La Semana*, lo que primero se destaca es la dispersión o heterogeneidad de sus dispositivos, cuestión que, sin ser total, ya que son visibles las huellas de Justo Arteaga que lo evitan, se expresa en la existencia de escrituras sectoriales o regionales. Estos periódicos pueden ser leídos segmentadamente, invitan a buscar aquello que interesa (el itinerario de los trenes a Valparaíso, el acta de la sesión extraordinaria de la Cámara de Diputados, la "editorial" de Justo Arteaga o el lugar de venta de las píldoras vegetales y azucaradas de Bristol), no dejan de traer curiosidades o amenidades, y permiten recortar el "folletín" que viene localizado en un lugar que facilita la maniobra. Siguiendo a Julio Cortázar, en sus lecturas o usos, estos diarios pierden (cuando se transforman en un montón de hojas impresas) y recuperan cada vez de manera diferente su carácter de tales (cuando un lector distinto los lee), permitiendo así "excitantes metamorfosis"<sup>14</sup>.

La heterogeneidad de los dispositivos incentivan o suponen distintas y cambiantes estéticas de recepción. De cara a un nuevo "lector público", más amplio y diverso, permutante o con capacidad de desdoblamiento, los nuevos periódicos ofrecen una diversidad de escrituras y de subcódigos<sup>15</sup>.

La "editorial" de *La Libertad* y *Los Tiempos* es menos extensa y más acotada temáticamente que la que se veía en *La Semana*, y ella no empapa ni organiza el conjunto del texto, como sucedía en ciertos números de *El Correo Literario* donde

<sup>13</sup> En aspectos puntuales hay diferencias entre estos dos periódicos. El diario *Los Tiempos* responde a un sistema "periodístico" y "comercial" más profesional o moderno que *La Libertad*: noticias mejor construidas, publicidad más "transparente", etcétera.

<sup>14</sup> Julio Cortázar: *Historia de cronopios y de famas*. Edhasa, España, 1990, pág. 63.

<sup>15</sup> Cfr. Bernardino M. Hernando: *Lenguaje de la prensa*. Eudema, Madrid, 1990.

era posible constatar correspondencias entre los artículos y las caricaturas, por ejemplo. Sólo en situaciones excepcionales, durante la guerra contra Perú y Bolivia, por ejemplo (*Los Tiempos*, 1879), se recobra una cierta homogeneidad. La sección de *La Libertad* "El Correo del Mapocho" de Juan de las Viñas (seudónimo de Domingo Arteaga) no es ese contrapeso más ligero que se complementaba con los "artículos de fondo" de Justo Arteaga en *La Semana*. Aun cuando "El Correo del Mapocho" conserva un estilo similar a los "Ecos de la Semana", el primero no es un correlato para la función propiamente "raciocinante" ni establece con ella ninguna composición de fuerzas o diedro. Es ahora una sección más y no imprime carácter al constructo. Otro rasgo que acentúa la heterogeneidad de los emplazamientos es la menor centralidad que tiene el "autor" y sus productos (aunque no tan pronunciada como en otros diarios), en beneficio del rol cada vez más importante que comienza a jugar la forma, selección y distribución del material. Si bien la iniciativa de los Arteaga todavía unifica o da marca a los emplazamientos, en contraste con *La Semana* las nuevas distribuciones periodísticas representan una relativización objetiva de los "autores" y de sus firmas.

En los periódicos modernos la unión entre "autor" y "medio" será cada vez más difícil de mantener conservando las entidades de cada cual, y a poco andar el segundo se impondrá sobre el primero. Se podría conjeturar que también el periodismo hará su aporte a la anunciada "muerte del sujeto" de los estructuralistas franceses. Si a lo dicho se suma la mayor división del trabajo y la intervención creciente de las variables técnicas (compaginación de las planas, tipos de letra, ilustraciones, etcétera) más dañada aparecerá aún la soberanía de esa "invención" reciente que es el hombre, y que se borrará "como en los límites del mar un rostro de arena" (Foucault, *Las palabras y las cosas*).

La unidad utópica ha sido reemplazada por los subsistemas. Esto no significa, sin embargo, que los periódicos que examinamos no ofrezcan un peso propio e irreductible. En la práctica, *La Libertad* y *Los Tiempos* amplían y fortalecen aquella función pública, política y "raciocinante" que veíamos con *La Semana*, quedando mejor pertrechados para moverse dentro de las expectativas propias de la sociedad civil. Un margen operativo mayor es, además, resultado de las distintas sensibilidades (política, comercio, literatura, etcétera) que estos periódicos tocan.

Ahora la función "raciocinante" trae consigo una especificación muy poderosa, que se expresa en los propios cuerpos de los periódicos: tiene que ver con una nueva "sección" y con un también nuevo vínculo.

La reproducción de noticias y opiniones, de folletos o artículos, de la prensa europea, americana y nacional en *La Libertad*, con comentarios o réplicas, cubre el objetivo de estar al día, de establecer lazos y de "meditar". En el número del 15 de diciembre de 1866, este periódico reproduce, precedido de una breve introducción, un largo artículo publicado en París traído por el último vapor, intercalando resúmenes y pequeños comentarios. Dice al final: "Sin aceptar definitivamente ni las premisas ni la conclusión del folleto, disintiendo de algunas de sus ideas accesorias, creemos, sin embargo, que encierra cuestiones de capital importancia, dignas de ser meditadas por cuantos se interesan en los destinos de nuestra América". Es claro que otras publicaciones hacían similar labor re-

productora (explicable, por lo demás, dada la escasez de noticias frescas), pero no todas ponían las cosas del modo ("Sin aceptar definitivamente...") como se lee en la cita. Por su parte, *Los Tiempos* trae una sección titulada "Los Diarios" donde se reproducen los juicios o análisis de otros periódicos sobre tópicos de interés. Si bien esto no ocurre tan sólo en los periódicos citados, la presente disposición apunta en ellos a sentar las bases textuales mínimas (el "estado de la cuestión" y las diferencias) a partir de las cuales se puede llegar a proposiciones fundadas, alejadas del capricho. Como si una confianza en el ejercicio racional de la ciudadanía se instalara en Chile.

Sin embargo, más importante aún que las secciones indicadas, es el nuevo vínculo con el cual se robustece, o adquiere una otra especificación, la función "raciocinante". A diferencia de lo que ocurría con los periódicos "doctrinarios" de la primera mitad del XIX (*El Valdiviano Federal* de 1827 o *La Revista Católica* de 1843, por citar dos bien distintos), ahora las ideas debilitan sus *a priorismos* y se articulan tanto en relación con otras ideas publicadas como sobre hechos. El vínculo con los hechos amplía las posibilidades de una "razón" menos constreñida a labores apologéticas, otorgándole una "libertad" que no tenía en el apego doctrinario. Las razones abandonan sus reductos exclusivos. Esto les otorga una fuerza nueva, resultado de un contacto constituyente con una fuente en principio extraña a éstas.

Es interesante, en este sentido, la forma cómo *Los Tiempos*, en su número 1 del jueves 27 de diciembre de 1877, expone el caso del homicida Miguel Jerónimo Triviños: Justo Arteaga plantea su oposición a la pena de muerte y formula una serie de quemantes preguntas; Benjamín Vicuña Mackenna, en otro artículo, demanda una explicación científica; Guillermo T. Benham, médico de la Casa de Orates de Santiago, hurga en las motivaciones psicológicas del homicida y su relación con la justicia; más adelante, se entregan detalles del fusilamiento de Triviños; y, por último, se narran unas "anécdotas" conocidas después de la muerte del homicida. Desde ópticas y estilos distintos, aunque más o menos explícitamente encadenados a una posición crítica hacia la pena de muerte, la serie de artículos da cuenta de una racionalidad que apela tanto a bases propias de sustentación (el liberalismo y el cientificismo) como a una variedad de antecedentes y de hechos de distinta naturaleza, que son el complemento natural de esas bases. Estos antecedentes y hechos no son un plus de la argumentación: forman parte de su columna y de ellos depende, en buena medida, la posibilidad y verosimilitud de su curso.

Lo dicho no es ajeno al tipo de prensa que los dos periódicos vistos reiteran. No son esa prensa "doctrinaria", escasa de noticias, que se dio tan visiblemente en la primera mitad del XIX, pero no son tampoco esa prensa "actualista", característica del siglo XX, tan obsesivamente pendiente del *talking point*. Miradas desde una perspectiva temporal que las trasciende, *La Libertad* y *Los Tiempos* son periódicos "mixtos" o de "transición", que incorporan lo nuevo del periodismo moderno pero que, a la vez, se resisten a abandonar los elementos ilustrados y literarios propios del período anterior. Desde otro ángulo, en ellos el "formato" no ha devorado aún del todo al "autor", que también resiste.





PALABRAS DE LA DIRECTORA DE BIBLIOTECAS,  
ARCHIVOS Y MUSEOS, EN LA PRESENTACIÓN DE  
*UMBRAL* DE JUAN EMAR, CEREMONIA REALIZADA  
EN LA SALA AMÉRICA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL,  
EL 22 DE AGOSTO DE 1996

Sr. Eliodoro Yáñez, hijo de Juan Emar, querido Volodia, querido Pablo, queridos amigos.

No es muy frecuente que nos sea dado concretar un mito, porque esto es lo que ha ocurrido con la publicación completa de *Umbral* de Juan Emar.

Hace ya tres años, cuando se me planteó la idea, la consideré con entusiasmo y también con temor. Entusiasmo por la posibilidad de tener a mano a este autor conocido, controvertido y único, y temor, por dificultades inherentes a tamaño empresa. Ha sido un trabajo largo, acucioso y muy serio, que se debe a los esfuerzos combinados de muchas personas: de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers, de los investigadores del Centro Barros Arana, dirigido ahora por Rafael Sagredo. Es un trabajo, y me enorgullezco de decirlo, que solamente lo podía emprender la Biblioteca Nacional, porque era un trabajo totalmente gratuito y tremendamente difícil, más allá de los intereses de cualquier editorial particular.

Con la publicación de esta obra, la Biblioteca Nacional cumple a cabalidad su función rectora: rescatar el patrimonio nacional bibliográfico-literario y hacer con él un instrumento de futuro participativo a todas las personas. Hace ya unos días, colocaron sobre mi escritorio los cinco enormes volúmenes que miré con una reverencia teñida de incredulidad. Finalmente estaba aquí. ¿Cómo abordarlo? De la manera más simple, hojeándolo, dejando correr la páginas entre mis manos y deteniéndome cuando algo atrapaba mi atención. Y descubrí que me he enamorado de Juan Emar.

Alguien dijo que Juan Emar era el antecesor de todo. Y eso es verdad, en él se realiza el milagro propio del libro: recrear la vida. Cuando la vida desafía la lógica de la inteligencia, en este mundo racionalista en que vivimos, decimos que la vida es absurda, tal vez nunca nos hemos enterado de que los absurdos somos nosotros, que intentamos ponerle al acontecer espontáneo y fresco de cada mañana el corset de hierro de nuestros esquemas dogmáticos. Nos levantamos para cumplir horarios para llevar adelante planes estratégicos.

En las páginas de Juan Emar la vida está allí, nos espera, nos acecha, nos invita a gozar de todo lo que está ahí para ser gozado. Juan Emar es un precursor de la literatura fantástica y también de la no fantástica, que en sus páginas se mezclan y se interlazan, se hacen guiños la una a la otra. Lo que ocurre aquí es inesperado, impredecible y el asombro no decae porque en estos libros está siempre presente, para todo el que quiera asombrarse. No hay límites en lo que llamamos

realidad y la realidad que creamos. Ambas son una, y son tratadas como una, y no se trata de diferenciar entre la vigilia y el sueño, porque todo es vida. Esto que Juan Emar intentó no es el resultado de una decisión lógica, pensada, sino que es el dejar que las cosas fluyan con naturalidad desde el fondo riquísimo de la experiencia vital, que requiere ser compartida. El drama de la inteligencia es que es incapaz de desprenderse de sus resultados y por ello al encerrarse en los márgenes estrechos que ella misma se fijó dificulta el ejercicio de su propia libertad, una cierta forma de libertad requiere, por lo tanto, decirle adiós a la inteligencia. En Juan Emar, esta liberación de la inteligencia parece haber sido un acto espontáneo en su vida. Pudo entonces aprehender toda la vida de una manera única. Vivió totalmente desprendido de sus resultados.

No puedo terminar sin citar algunas cosas que me parecieron particularmente significativas. Él dice:

“¿Cómo empezar a contar todo? No soluciona nada, ni debo tratar de solucionar. Yo ignoro toda solución, porque ella, de encontrarse en alguna parte, no se encuentra en mí, sino en otros y de presentarse algún día no se ha presentado aún. Debo sólo anotar y gozar. Ante la necesidad de colocar un título, se me impuso el umbral, pues me siento, ni más ni menos, colocado en un umbral”.

Y este otro que me encanta, y perdón que me detenga, porque lo dice todo: “La lógica estaba agazapada en el cerebro de Chinchilla, no olvidemos que a partir de los últimos días de permanencia en el ropero su cerebro empezaba a solidificarse, a elaborar ideas, digamos mejor, las buenas ideas. Este fenómeno, que a nosotros nos ocurre en la niñez a ella le ocurrió a los treinta años. A Chinchilla este fenómeno la sorprendió, la encandiló, la fascinó y ella ante él, quedó en adoración, quedó en adoración ante sus primeros pensamientos, los protegió, los fortificó, los veneró como dádivas del altísimo y en esta circunstancia, no les permitió ni moverse, ni serpentear. Los quiso así, estables, claros, absolutos, directos cual impactos”.

Creo, como dije al comienzo, que este rescate es un rescate para el futuro. Que esperamos que un público cada vez más vasto, pueda tener acceso en el futuro, a través de ediciones fragmentadas, a la obra de Juan Emar. Creo que esta obra va a ser un gran nutriente para la literatura chilena, porque veo que la invitación esencial que está detrás de estos cinco tremendos tomos, se asemeja a aquélla que Rilke daba al joven poeta: “Sé tú mismo, olvida del todo lo que no sea tu propio ser frente al mundo de tu propia y única manera de ver las cosas.”

Es un honor para el Centro Barros Arana de la Biblioteca Nacional, haber comenzado a pagar la gran deuda que la cultura chilena tiene con Juan Emar.

DIEXEM

PALABRAS DE ELIODORO YÁÑEZ EN LA PRESENTACIÓN  
DE *UMBRAL*, DE JUAN EMAR, CEREMONIA REALIZADA  
EN LA SALA AMÉRICA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL,  
EL 22 DE AGOSTO DE 1996

Con emoción, como un sueño, soy parte y presencia de este homenaje que se rinde a mi padre Juan Emar.

Lo recuerdo en estos momentos tan significativos y me pregunto, ¿estará contemplando desde el más allá su otro yo en esta tierra? Y si así fuera, no creo que esté refunfuñando —y “peludo” como diría él— por haberse dado a conocer su pensar y sentir que quiso guardar para sí en vida. Por el contrario, podría asegurar que está entre nosotros participando de este acto, que la expresión de su rostro refleja comprensión y satisfacción y que existe entre él y la audiencia aquí reunida una mutua comunicación.

Como hijo mayor y en nombre de su descendencia y familiares que represento: los que ya dejaron este mundo, su hija Pilar hace algunos años, como sus hermanas Luisa y Flora; recientemente su nieto Tigún Emar y su hermana Gabriela que hubiéramos querido que hoy nos acompañaran; aquellos que se encuentran lejanos en otras tierras, su hija Carmen que nos estará alentando espiritualmente, su nieto Álvaro que lleva su nombre, y los aquí presentes.

En nombre de todos ellos repito, doy mis agradecimientos a los lectores que de una u otra forma tuvieron un rol que hizo posible la publicación de *Umbra*l. El interés, el esfuerzo, y, más que todo, el increíble desafío de cada uno de ellos merece ser destacado.

Debo un reconocimiento especial: a la Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos, señora Marta Cruz-Coke quien no vaciló en dar su aprobación al proyecto de edición, presentado por el señor Alfonso Calderón, en aquel entonces director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana; a Pedro Pablo Zegers, conservador del Archivo del Escritor y a sus colaboradores Tomás Harris y Claudia Tapia quienes han sido alma y motor para el logro de esta extraordinaria realización; a la señora Orietta Ojeda, coordinadora del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, y a todo su personal por el apoyo y concurso prestado; a Pedro Lastra, lamentando su ausencia, por su interés y su papel de presentador en su profunda nota preliminar de la edición; a Pablo Brodsky, jefe del Departamento Cultural de la Secretaría del Ministerio de Educación, luchador incansable desde hace años por difundir la obra literaria y la personalidad de Juan Emar.

Por último, mi gratitud a Volodia Teitelboim por sus sentidas e inspiradas palabras que han dado una vivencia de Juan Emar, a quien conoció y con quien compartió veladas literarias y bohemias de aquellos tiempos.

Finalmente, la sucesión de Juan Emar ha estimado justo que en la oportunidad, en que se presenta uno de los proyectos más anhelados por todos nosotros, manifestar públicamente que los manuscritos originales de *Umbra*l, plasmados en una obra impresa, se conserven en la Biblioteca Nacional, bajo la custo-

dia del Archivo del Escritor. Con este gesto, creo que podemos retribuir, en parte, el gran esfuerzo que ha hecho esta institución, al abordar un proyecto editorial en el que no pocos creíamos, pero que por su alto costo sólo podía ser enfrentado por una entidad del Estado. Así, los originales de Juan Emar quedarán a disposición de los investigadores y del público en general, como un legado para las futuras generaciones de chilenos.

Muchas gracias

Muchos de los aquí presentes se preguntarán desde qué lugar me dirijo a ustedes o, si prefieren, qué relación tengo con la obra que estamos presentando en este día memorable para la literatura nacional. Permítanme relatarles, muy resumidamente, porqué hoy estoy en esta mesa.

Conocí a Juan Emar en 1978, a raíz de la publicación del primer y único tomo de *Umbra* que editó Carlos Lohlé. La lectura de ese texto, sumado al encuentro casual con su hija Carmen, permitieron que tuviese acceso no sólo a la obra en su conjunto sino, además, a todo lo que su autor había escrito, desde simples libretas de anotaciones hasta diarios de vida y manuscritos, pasando por todo tipo de cartas y papeles varios.

Formalmente inicié mis trabajos e indagaciones sobre Juan Emar en 1985, cuando Carmen me entregó las cartas que su padre le había escrito en sus últimos nueve años de vida. Esta relación epistolar, que podemos adelantar será publicada próximamente por Editorial Cuarto Propio, originó una travesía que tuvo como uno de sus principales puertos la edición de *Umbra*, obra que hoy finalmente tenemos con nosotros.

Lo primero y que más me llamó la atención fue el cabal desconocimiento que se tenía sobre Juan Emar. La verdad es que su nombre, así como su obra, generaba una mezcla de respeto, temor e ignorancia, que hacía impensable cualquier posibilidad de publicación. A raíz de ello, elaboré una antología que diera cuenta de una escritura que sólo Emar nos ofrece y que, después de siete años de concluida, publicó Editorial Dolmen con el nombre de *Antología esencial*.

Hoy, a once años de haber recibido aquellas cartas a Carmen, no hay ninguna editorial que se quiera quedar afuera. Tal vez ustedes no lo sepan, pero todos, absolutamente todos los textos que Emar escribió serán reeditados en un plazo de menos de un año. Asombroso. Debemos felicitar al Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y al Archivo del Escritor, de la Biblioteca Nacional, por el enorme esfuerzo que le ha significado la publicación de *Umbra*. Sin ella, sin duda, aún estaríamos golpeando puertas.

Ahora bien. ¿Qué es *Umbra*, qué nos quiere decir, qué fue esta obra para su autor?

Digamos que Emar vivía en su texto, que estaba arraigado a él, que le pertenecía más que cualquier otro lugar sobre la tierra.

Emar fue un eterno extranjero, un inmigrante no ligado especialmente a ningún sitio, siempre en camino pero nunca en la meta. Y ¿qué era ese texto, "su" texto, sino el centro de toda lejanía? *Umbra* es el único lugar que Emar quiso habitar o, mejor, que habitó. Porque *Umbra* es el texto al que están referidos todos

\* Palabras de Pablo Brodsky en la presentación de *Umbra* de Juan Emar, ceremonia realizada en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 22 de agosto de 1996.

los demás textos de Juan Emar, el lugar de referencia de todas las otras estadas y recorridos de su autor.

*Umbral*, construcción arquitectónica con sus pilares y dinteles, es el refugio, el campo espacial que Emar edificó durante más de veinticinco años para ser habitado; centro de toda lejanía, es un lugar seguro para vivir, un lugar que ampara a su habitante de los ataques del mundo exterior.

¿Cómo aseguró Juan Emar ésa, su morada? Haciendo de ella, precisamente, un sitio inaccesible para los otros, inubicable, ilegible. Su voluntad inaudible de no publicarla en vida, su alejamiento de las modas literarias, su "morrocotuda" extensión y la creación de un destinatario como lector real o ficticio, hicieron de ella un lugar lo suficientemente seguro y distante como para no ser tocado, ni siquiera por el silencio de la crítica.

Esas fueron las murallas, las fronteras del espacio que Emar construyó, los límites entre el espacio de la amenaza y el espacio del amparo. Así, *Umbral* es el lugar donde se accede a lo construido (a la escritura) y, a la vez, es el símbolo de una separación y de la posibilidad de una alianza, de una reconciliación.

Constructor o artífice de una cosmogonía textual, Emar se aferró de *Umbral* para afirmarse contra el desprendimiento que el llamado del mundo originaba en él: *Umbral* es el lugar de raigambre para poder, así, adquirir la solidez que le permitiera afirmarse contra el ataque del desierto, es decir, del tiempo.

Pero para que un espacio sea habitable tiene que:

1. Ser o dar la impresión de ser completo y cerrado.

*Umbral* es una extensísima carta dirigida a Guni, narratario privilegiado y depositario de los secretos del narrador. Todo el texto está destinado a ella, única lectora que, con su existencia real o ficticia, permite cerrar el proceso de la escritura o dar la impresión de ser completo.

2. Tiene que tener el tamaño necesario para que el hombre que lo habite pueda llenarlo con su vida.

*Umbral*, según las palabras del propio autor, se inicia como la biografía —en vida— de Lorenzo Angol y "de ahí me había bifurcado y bifurcado por mil senderos diferentes. Me hallaba ahora muy lejos de la primera intención, de la biografía de Lorenzo; porque luego me había dado cuenta de que un hombre no vive solo; entonces hablé de sus amigos; luego me di cuenta de que estos amigos, como hombres que son, tampoco vivían solos; entonces, hablé de los amigos de estos amigos; luego me di cuenta de que... En fin, mi biografía iba ya en camino de abarcar toda la Tierra, con sus miles de millones de habitantes".

Sólo un texto tan desmesurado podía abarcar tantas biografías.

3. Tiene que tener una escenografía o ambientación.

De todos los espacios que contiene *Umbral*, San Agustín de Tango es el punto de relación excepcional, y al cual están relacionados todos los otros lugares de estada, cualquiera sea la duración de ésta. Centro atisbado, frecuentado y enunciado en los primeros textos, San Agustín de Tango adquiere un sentido central en *Umbral*: desde ella se va a Santiago, a Illaquipel, al centro de la tierra, a la costa o a la montaña, y hacia ella siempre se regresa.

En realidad, Juan Emar nunca regresó a Chile, sino a San Agustín de Tan-

go, lugar donde residen sus amigos y sus enemigos, sus esposas y sus amantes, los que nada tienen que decir y los que pierden la vida en una palabra. Es la ciudad paródica, más allá del Santiago real y del París mítico, donde, desde el río Santa Bárbara hasta el convento de los Jerónimos, todas las referencias de lugares y calles están significadas con nombres pertenecientes a la iconografía religiosa. En ella Emar ironiza sutilmente, una forma cultural que atraviesa todas las épocas y cubre, a su vez, todas las dimensiones: el trabajo y la producción, los asentamientos humanos y los estilos de vida, el lenguaje y la expresión artística, la organización política y la vida cotidiana.

San Agustín de Tango es el escenario ideal para desarrollar las vidas que se suceden al mismo tiempo.

Así, *Umbral* cumple con las tres condiciones que hacen de un texto una morada, cuya característica específica, en este caso, es ser construida en círculos concéntricos, como si hubiese caído una piedra en el centro de sus aguas, formando varios espacios simbólicos antagónicos. Desde la existencia de la Bóveda y la Torre, hasta la oposición entre San Agustín de Tango y el Centro de la Tierra, todo en ella es laberinto y búsqueda.

En efecto, la Bóveda simboliza el tiempo cotidiano, la lucha por la vida y el espacio infernal, así como la Torre simboliza el arco celestial y el espacio sacro. Entre ambos se encuentra el mundo y lo informe, materias que tienden, como atraídas por imanes, hacia uno u otro espacio simbólico. Pero, tanto la Bóveda como la Torre, no corresponden a espacios habitables, no están contruidos para servir moradas sino, únicamente, para elevar al hombre a un estado de meditación o demostrarle la pesadez de sus cadenas con el mundo.

Igual oposición simbólica encontramos entre San Agustín de Tango y el Centro de la Tierra, con la diferencia de que estos últimos son espacios habitables, diseñados para ello.

En San Agustín de Tango bulle la vida, allí viven y mueren los conocidos y los desconocidos, con sus afanes, intentos y fracasos. Por el contrario, el Centro de la Tierra es la zona de la paz, del silencio, el lugar donde se encuentra Colomba, la sucesora de Guni, y donde habita no el autor, sino el personaje Juan Emar.

Entre uno y otro espacio transita Onofre Borneo, el narrador, quien cambia su nombre por el de Onofre Boroa, al descender al Centro de la Tierra. De esta manera, en San Agustín de Tango habita Onofre Borneo, el juerguista y mujeriego. En el Centro de la Tierra vive Juan Emar, en perfecta armonía y trascendencia. Y entre ambos espacios simbólicos está Onofre Boroa, arrepentido de ser Borneo y esperando ser Emar.

Esto es *Umbral*, la biografía de un narrador-autor que se busca a sí mismo en las múltiples máscaras de sus biografiados, el lugar de la alianza y de la unión, el lugar de paso entre lo conocido y lo desconocido, entre la luz y las tinieblas, entre el tesoro y la necesidad. *Umbral* es la entrada o el principio de la cosmogonía que Juan Emar construyó para habitar fuera de este mundo.

Sobre todo en la década del treinta, durante años y largas noches, solía ver a Juan Emar. Nos encontrábamos en la tertulia de Vicente Huidobro, Alameda abajo, casi esquina de Libertad. No había allí nada de palaciego. El ambiente era intelectualmente desatado e incendiario, rebelión pura, entre cuatro paredes de un departamento austero. Allí el vino Santa Rita nos daba la pauta. Amén de un grabado de Picasso diseñando el rostro del dueño de casa, el constructivismo, acotado en la sección áurea y sus formas geométricas por su amigo Joaquín Torres García, pendía de los muros. Entrábamos en trance. Se discutía con acentos arrebatados; pero Juan Emar callaba. Macizo, resueltamente calvo, amable dentro de su retraimiento, en cierto sentido representaba el anverso del anfitrión, exuberante narciso, siempre atento a la reproducción de su gloria y a la defensa de su papel en la poesía contemporánea. Juan Emar en este capítulo se situaba en las antípodas, en la semimudez voluntaria. No se refería nunca a sí mismo ni a su obra. Sin decir palabra nos entregó sus libros *Ayer*, *Miltín*, *Un año*. Por lo visto, hablaba por escrito.

Sospeché que, pese a su mutismo, escribía todos los días. No sé a qué horas se levantaba. Pero aparecía el mitológico pájaro inteligente de la noche. Añoraba París, porque era la ciudad de la revolución estética. Consta la certeza que Chile le parecía una soberana lata. De allí su pseudónimo, un españolizado "J' en ai marre". Se aburría con cara seria. Tenía sus razones. Había nacido en tierra del tedio, de la insipidez y las malas jugadas. Lo último era también, en otro sentido, la experiencia doméstica, porque este silencioso se crió en el hogar bullicioso de un hombre muy conocido. Su padre era una institución pública. Por algo don Eliodoro Yáñez tiene calle muy transitada en la capital. Se le consideraba político ducho y capaz. Muchos le auguraron la presidencia de la República. Pero no la obtuvo. Se le metió de por medio el mayor o coronel Ibáñez, que desde la presidencia le arrebató de paso también *La Nación*, diario que don Eliodoro había fundado. Lo empujó al exilio, con familia y todo. Servicio completo.

Su hijo Pilo, tan quitado de bulla, no siguió los pasos de su progenitor. Si la política con demasiada frecuencia es una categoría puramente externa, Pilo no se dedicaría a ella. Nació volcado hacia adentro. No tomó la palabra sino la pluma para dejar escrito en letras de molde que este país consideraba la cultura y, aún peor, el arte, una manía de gente dudosa. En aquel Chile de los veinte, Pilo Yáñez fue el más persistente y notable promotor de la "nueva sensibilidad". Teorizaba, divulgaba la revolución artística que había estallado en Europa. Inauguró en el diario paterno una sección memorable. Llamó a sus escritos "Notas de Arte". En comarcas soñolientas, donde aún no se habían percatado bien que la

\* Palabras de Volodia Teitelboim en la presentación de *Umbral* de Juan Emar, ceremonia realizada en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 22 de agosto de 1996.



invención de la fotografía caducaba la pintura naturalista, Pilo Yáñez se convirtió en un paladín del cubismo, cosa que horrorizó a académicos y amantes de las naturalezas muertas.

Si Huidobro tenía la pasión de los “Manifiestos”, Juan Emar también teorizaba sobre los nuevos momentos de la plástica y la literatura en términos chocantes para la mentalidad conservadora. Por esos años (1923–1925), en las cercanías de la Moneda, donde imperaba la politiquería, rodeada por golpes militares, Pilo a pocos metros, como absorto en su propia labor, producía sus “Escritos de Arte”. Lo hacía con cierta convicción del que trata de revivir un muerto. “—Aquí no hay nada que hacer—le decía a Huidobro en una carta del 20 de julio de 1923—. La palabra Arte con todos sus derivados queda absolutamente borrada de cualquier posibilidad chilena”.

Sin embargo, el creador, aunque viva en el infierno o en el desierto del Gobi, si está poseído por una auténtica decisión, hará lo suyo. Y Juan Emar lo hizo sin tener ninguna audiencia, salvo de algunos pocos tipos tan locos como él. Así este hombre —con mandíbula de boxeador y anchas espaldas, de gestos lentos, precisos y con una fugaz dulzura en los ojos oscuros— realizaba su tarea, sin tener respuesta. Pero no le doblarían la mano. Su diestra volvía a la carga. El escritor vocacional de cada día entregó un inconfundible *Diez*, que representa algo más que una literatura hermética, y ahora empieza a ser estudiado en universidades, por supuesto, extranjeras. Se dedicó a construir su umbral, que atraviesa para penetrar en las realidades escondidas, porque él no era hombre para quedarse en las superficies ni en lo obviamente visto. Mirará y escribirá reflejando la cara que se ve en la otra luna del espejo. Así, torturado por el sentido de su misión, escribió cinco mil quinientas páginas a modo de umbral para construir su edificio de escritor. Y lo hacía a conciencia de que era un exiliado interior en un Chile indiferente.

La suerte de Juan Emar nos dice que hay que practicar agujeros en la noche, perforar el muro de los silencios. Quería escribir el lado invisible de la literatura chilena, aquel que entabla relación inédita con la realidad, obedece a leyes causales diferentes, rechaza cánones congelados, el realismo copista.

Juan Emar constituye un desafío temerario en un país que, aunque se diga un millón de veces posmoderno, continúa siendo muy arcaico y regresivo. El futuro aquí es generalmente un tiempo retórico y la barbarie adinerada, amante de los desfiles de moda, sigue en una Edad de Piedra disfrazada. La divinización del modelo lleva a la cultura de los mecenas filantrópicos, que en lo político y estatal pueden ser salvajemente represivos y en lo cultural sibilamente represivos, manejando a la perfección las censuras indirectas, sincronizadas respecto de aquel que estropea la paz de los elegantes cementerios.

Fue Juan Emar hombre de la otra mirada, de la pupila abierta al cambio de las formas y de los contenidos. Produjeron a su alrededor el vacío por el delito de proponer un punto de vista distinto. Fue un hombre para el cual descubrir es sinónimo de crear una cosa nueva en la región del espíritu. Sustentó la idea de la libertad de invención. Fue un vanguardista solitario, un francotirador en profundidad, obsesionado por las nuevas visiones en el dominio estético.

En aquellas veladas alucinantes este escritor de la literatura sumergida habló alguna vez sobre el absurdo de una mentalidad que hace de la mentira lo cierto y de la superficialidad la reina de los salones.

Ya no está pendiente la publicación de su vasto *Umbral*, que representa la entrada a un mundo personal, un signo y una voluntad. Quiso construir su propia casa, la casa del soñador libre. Es difícil que algún día sea un *best seller*, aunque un autor como Ionesco tuvo su público. Juan Emar, elemento *outsider*, joven colérico, de todas las edades, crítico de la cultura oficial, se constituye en hombre-referencia y en señalizador de un camino. En esta época se precisa mucho de la rebeldía de los que sienten que vivimos en una sociedad que adora falsos dioses en los más diversos altares. Hay en su obra muchas preguntas que en el fondo obedecen a una filosofía crítica y llaman a una transformación de fondo.

Juan Emar representa un espíritu pitagórico, seducido por el ansia del equilibrio superior, atemperado por el sentido de autoironía que a algunos podría parecer corrosiva. Pero fue sobre todo un constructor. Por eso habló de pilares y dinteles. Anhelaba la imposible perfección y aspiraba a un sentido de totalidad. Quería levantar una casa nueva para el espíritu. Como crítico de arte abrió en Chile una puerta a la búsqueda de horizontes inexplorados, creyendo a pie juntillas que "el hombre es, pues—así lo decía—un constructor de sí mismo y de su vida". Buscó y—como pedía Picasso—también encontró algo. Formuló ángulos inesperados en su construcción, ventanales imprevistos. Y así trabajó en su sueño, ese sueño por otros olvidado, que sólo será reconocido y recordado a condición que algunos justos se propongan quebrar los silencios y terminar con los hoyos negros bien administrados que se tragan estrellas en ésta, nuestra galaxia criolla.

¡Aleluya! ¡Este es un acontecimiento! Se ha producido el milagro. Se ha editado la obra colosal, esa que muchos pensaron que nunca vería la luz. El propio autor, profeta pesimista, en un súbito destello de optimismo oblicuo, había vaticinado: "nadie iba a saber nada. Mi escondite consistía en no publicar, no, no publicar jamás hasta que otros, que yo no conociera, me publicaran sentados en las gradas de mi sepultura".

Habrá que agradecer a aquellos que se sentaron sobre las gradas sepulcrales, entre ellos a Pablo Neruda, que en el prólogo a la edición de *Diez*, al cual, haciendo honor al laconismo del personaje tituló con dos iniciales, *J.E.*, versión económica que difícilmente anunciaría las casi cinco mil páginas del quizás más descomunal umbral literario del mundo. Neruda había insistido ante Pedro Lasta que tratara de publicar al gran ignorado, a quien consideró "precursor de todos".

Así este libro que se estima "único y sin antecedentes en nuestra literatura" y que se pensó destinado a dormir inédito por los siglos de los siglos, ahora a treinta y dos años del fallecimiento de su padre, ha sido publicado gracias al Centro de Investigaciones Barros Arana, de la Biblioteca Nacional. Más que un milagro es una hazaña. Habrá que celebrar la proeza, felicitar a aquellos que se atrevieron con originales cuya extensión supera a la guía de teléfonos de Santiago, pero desde luego no contiene tantos nombres y es, mucho más creador y fasci-

nante. Debemos admirar a aquellos que desentrañaron palabras, signos, desci-  
fraron líneas no siempre tan claras en esa multitud de páginas a un espacio.

James Joyce intentó en su *Ulises* la aventura detallada de un día de la exis-  
tencia. Tal vez Juan Emar tuvo *in mente* una obra por donde pasara toda la vida. Su  
tentativa se extiende a través del tiempo a partir de su anticipado Comala, San  
Agustín de Tango.

Alguien preguntará ante la magnitud y la libertad del texto: ¿pero qué es  
este insólito Polifemo? Un estudioso, Pedro Lastra, intenta ficharlo como “libro  
caudaloso y desplegado, novela, antinovela, escritura autobiográfica, crónica de  
épocas o espacios reales o imaginarios, crítica sobre literatura y artes, parodia  
teatral, fantasía exultante, historia vivida, relato de lo grotesco y descomunal, re-  
flexión filosófica, meditación esotérica”.

Con todo, para saber qué es este gigante a primera vista enigmático, habrá  
que hincarle el diente, aunque sea de a poco, con calma, porque lo forma una  
suma de encadenamientos que deben digerirse con apasionada parsimonia.

Juan Emar —es sabido— casi no fue de palabra hablada, pero ahora nos re-  
sulta evidente que hablaba por escrito. Aquí tenemos la prueba, torrencial,  
abundante y expansiva, locuaz y meditada.

Después de tantos años de no verlo ahora lo veo instalado junto al *Umbral* y  
rememoro escenas sucesivas vistas con mis ojos, separado ya de Mina, su prima y  
primera esposa; después al lado de Gabriela Rivadeneira en aquellas alucinadas  
sesiones huidobrianas, donde Pilo callaba, escuchando y observándolo todo  
con sus grandes ojos redondos de pájaro nocturno. Y luego junto a una Alice de  
la Martinière recobrada, Pepeche, a la cual conoció como modelo en las noches  
locas de Montparnasse.

Su progenie anda repartida por la tierra. Los hijos no olvidan al padre. Tie-  
nen nietos que escriben.

En París, la ciudad de su revelación, sigue viviendo su hija Carmen a la cual  
escribió en una carta: “*Umbral* es la vida de todos los días que, naturalmente se  
prolonga un poquito más que el diario vivir y, de repente, se mete a regiones algo  
peludas”.

Metámonos a esas regiones algo peludas porque agregarán “un poquito  
más a nuestro diario vivir”.

Ahora se hace a la mar el Barco Emar, que es una escuadra de cinco o más  
submarinos, o el *Umbral* de una construcción sorprendente de cinco pilares. Nos  
extiende una invitación al abordaje de lo no dicho, de un mundo por descubrir  
llamado Juan Emar.

## ROLANDO CÁRDENAS VERA O LA ANATOMÍA DE UN OLVIDO \*

*Juan Pablo Riveros*

*Y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario,  
por la autoridad del oficio, ir en contra de la humildad del corazón...*

Cervantes

En este ámbito, la cuestión es una y simple. Todo el mundo, en todos los tiempos, ha olvidado. Olvido que subrepticia o clandestinamente se va aliando –para el beneplácito de algunos pocos y el descuido inocentón de otros, en un comienzo, e implacable después– con la omisión, hermana carnal de la no acción, es decir, aquella lúcida acción que consiste en callar y llenar de silencios la vida y las acciones de un hombre y que con frecuencia colinda con la indiferencia, la envidia o, simplemente, el desprecio.

Pero, como sabemos, el olvido es también una virtud, una facultad, un don que alguien desde el más allá o el más acá, nos proporcionó para hacer el camino un poco más soportable. El olvido actúa aquí como una especie de agua fresca en un recodo cualquiera del sendero. Éste es el buen olvido. La leve penumbra del olvido que pasa primero por una instancia personal y que luego la solidaridad colectiva asume con respeto. En el fondo, de una manera u otra, aletea en esta actitud el amor. Palabra ésta bastante desprestigiada en una sociedad como la nuestra en que el olvido adquiere sus matices más negativos y, en la que el mordaz y corrosivo olvido como omisión, es una sólida y prestigiosa institución nacional.

Pero ¿a qué viene todo esto en un momento de recordación? El punto es que estamos recordando a un poeta muerto en aras del olvido. Y el punto es que hace siete años atrás a la gran mayoría –salvo tres o cuatro de su círculo más íntimo– le importaba muy poco lo que hacía, pensaba o escribía ese poeta.

Recién hablaba de un silencio mayoritario inocente, en tanto involuntario fruto del desconocimiento, pues nadie está obligado a saber que existe o vive un señor tal o cual, que escribe y que hace o no poesía. La gran mayoría de los chilenos –nuestro pueblo de raíces agrarias que sueña con un mar que tiene ahí al alcance de la mano–, el pueblo de Chile no tiene responsabilidad alguna de ignorar la existencia de un ser humano que tenía como oficio –casi secreto si no fuera

\* Homenaje a Rolando Cárdenas realizado en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional el 25 de octubre de 1996.

por la fama espúrea que le proporcionaron algunos premios o becas— escribir poesía. En consecuencia, esta inmensa mayoría de chilenos, en propiedad, no olvidaron ni han olvidado. Nadie recuerda la nada, la inexistencia. Nadie recuerda lo que nunca ha pasado por el corazón, o al menos, lo que no le ha rozado los tímpanos.

El olvido es una acción que recaer —perdónenme la obviedad— en aquellos que admitieron olvidar. Y olvidan, aquellos que están próximos o que alguna vez estuvieron cerca. Olvidan aquellos que no quieren o no desean instalar en su memoria algo o a alguien, ya sea porque les es genuinamente indiferente o, simplemente, porque les es un semejante problemático o conflictivo o que les provoca algún oscuro presentimiento. Así, como deseamos olvidar a un testigo indeseado de un acto doloroso o vergonzoso. Tras el olvido está el abandono de la responsabilidad individual y social que tenemos para con aquellos que estimamos o que decimos estimar. De modo que, el olvido de aquel círculo de personas aledañas —aparentemente próximas— y que nos miran desde lejos, si bien parece marginal, no lo es, en cuanto —para bien o para mal, mercedamente o no— integran o forman parte del sistema de propaganda oficial de un país en donde la cultura se menosprecia y la falta de respeto —manifestada de las más variadas formas— es un lugar común. Grupo o cofradía que otorga carta de ciudadanía a un individuo cuyo oficio es, precisamente, dar cuenta cotidiana y silenciosa de los colores y hedores que caracterizan a una época. Dice Jorge Aravena, en un homenaje a Cárdenas en las *Obras Completas* editadas por Ramón Díaz Eterovic que esta actitud de lúcido olvido es un programa de acción para cercenar la independencia creativa y así poder manejar como títeres a las personas. El país de esta gente no merece que Rolando haya nacido en él... como el mismo Teillier. Este grupo de personas que vive en y del sistema —y cuya ideología y militantes cubre todo el abanico de la política nacional— practican hoy —y en todos los tiempos— aquello que, parafraseándolo, señalaba Orwell en *Rebelión en la granja*: “todos los poetas son iguales, pero unos son más iguales que otros”. En consecuencia “el pago de Chile” a sus intelectuales y artistas pasa, en primer lugar, por la clase que mantiene el poder en los ambientes artísticos o intelectuales ya sea en la capital o en cada una de las regiones del país. Y este poder lo van ejerciendo en el tiempo —cubriendo al artista y a su obra con el manto mundial del silencio— tras la bambalina oficial de lo que aquí se llama crítica literaria —y que frecuentemente es la no crítica— y cuya religión consiste en que la clase sacerdotal oficie y se exhiba permanentemente en la vitrina nacional.

Entonces, para poder escapar de los efluvios e influjos de esa cofradía secreta, el poeta tiene que morir. O asumir esa otra forma de morir que consiste en retirarse como especie de monje que se refugia en un convento, en una isla o en un departamento gris de la gris ciudad o, sencillamente, en la mesa de un bar. O investirse de esa otra forma contemporánea de morir que se traduce, en los más afortunados, en irse del país, es decir, en autoexiliarse.

Si examinamos la galería de los olvidados en nuestro país, debemos saber que no es a la gente del pueblo —aquella que vive de su trabajo, que cada tarde retorna a su hogar y que, eventualmente, en alguna fiesta familiar, repite tímida y

generosamente algunos versos— no es a la gente de nuestro pueblo, repito, a la humilde gente de mi pueblo, a quienes debemos pedir cuenta.

## II

Rolando Cárdenas V. era un hombre de mi tierra. Y como si eso no fuera suficiente pertenecía a la etnia de los chilotes, vinculada de algún modo a algunos ancestros de los mal llamados alacalufes. En mi pueblo, los chilotes siempre se han caracterizado por un notable amor a la vida y a la tierra en la que vieron la primera luz. De estructuras anatómicas particulares —acentuadas genéticamente por herencias de largas generaciones en sus mínimas canoas— los chilotes de Punta Arenas han sido cálidos personajes que, inexorablemente, me recuerdan esas casas tan típicas de Magallanes con sus cocinas a leña y sus gatos y sus ventanales que “le hurtan su luz al día”, para guardarla y entregarla a los ocasionales huéspedes. En una palabra, esa tierra —tal vez, para compensar sus inmensos fríos o la imponente arquitectura del viento y de la soledad— esculpe en cada magallánico, la calidez, la bonhomía y la entrega generosa del corazón y de todo aquello que vale algo.

En esa época sobre todo, a finales de los 40 y comienzos de los 50 cuando sólo existía la radio y se escuchaba por primera vez la primera música, el primer verso en boca de un locutor desconocido en una emisora de Punta Arenas, o cuando la luz terminaba a las cuatro de la tarde en invierno, y aparecía tímida-mente al otro día a las nueve de la mañana, cuando, en fin, no existía la televisión, el hombre que llegaba del sur austral a la capital o “al norte”, como decimos los magallánicos, ese hombre recién llegado era de una timidez, de una ingenuidad y de una transparencia suicida, propia de un actual niño de 8 años. (Ahora, es cierto, los niños tampoco son lo que fueron). Sólo el tiempo iría endureciendo lentamente aquellos corazones australes en su exilio por otras regiones. En efecto, Rolando Cárdenas fue un exiliado porque en el Sur se nace en el exilio. La provincia blanca, como la llamaba Cárdenas Vera, es el lugar del silencio del viento, el silencio de la nieve, es la embrujada blancura que penetra el corazón y que jamás podrás olvidar, como no se olvida el amor primero. Y como el primer amor, la magnífica entrega del hombre de mi tierra es sin contemplaciones o, mejor, con muchas contemplaciones. La naturaleza entera, incomprensible para quien no haya vivido la experiencia del desierto y de la blancura que posee un gesto de altivez, de soberbia y de rebeldía que se instala en lo más recóndito del corazón de nuestros hombres. Bajo el fenómeno, es decir, bajo la apariencia de la humildad y de la timidez —también vinculada a nuestros ancestros indígenas— se halla la indómita e intransable fuerza del orgullo. Cárdenas pertenecía a esta estirpe porque era un hombre de mi tierra. Y todos los hombres de mi tierra tienden al silencio del exilio cuando se les hace insoportable el frío de los hombres. Y así como muchos otros que, de una u otra forma, pueden soportar fragmentos de exilio heredado —como alguien que duerme y come en casa de extraños por largas temporadas— Cárdenas tuvo que soportar, además del silencio de la cofradía, el exilio implacable nuestro de la época.

Un escritor como Cárdenas tenía que buscar refugio en el mutismo y, como lo atestigua Ramón Díaz en su edición de las *Obras completas*, esto es lo que se fue plasmando en su obra poética de los últimos años. *Vastos imperios* es una obra inconclusa que muestra, en la factura de los versos, un afán por callar, un empecinado anhelo de mudez, de guardar como un secreto preciado lo que la luminosidad de la naturaleza austral le reveló en su más cristalina infancia. Como es tan propio de los hombres solitarios, como un Zaratustra, Cárdenas se empinó en los montes occidentales de la provincia. Y cantó casi con los labios apretados. Abundan en ese poemario las alturas, un anhelo de pararse en lo alto de la Península, unas silenciosas ganas de transformarse en pájaro, en garza o en un festín de avutardas vívidas que se refugiaban en los graves pastos del Sur. Ahí, se escuchan mares y brisas que modelan las plantas de las huertas. Se respira el aroma de las coles, y se adivinan los vegetales bajo las blancas capas de hielo, como quien contempla los fósiles de dolores y amores perfectamente conservados. Cárdenas, como el Principito en el desierto, grita desde lo alto de la nieve de las colinas, pero sólo escucha el eco de su voz que se pierde entre el murmullo de los pequeños riachuelos de la provincia. Con esa ternura de niño amurrado —como diría la Mistral— buscaba en las aguas del Estrecho de Magallanes —antes nominado Hatelily— la huella de unos barcos que se perdieron en las proximidades de su origen y de su tiempo fundacional.

En *Vastos imperios*, Cárdenas sin concesión alguna retornó a la blancura, envuelto en el mutismo propio de los hombres de mi tierra. Como dice en su breve poema *Pájaros silbantes*:

*Pájaros silbantes son nuestras silbantes lenguas  
que se exilian del rencor  
bajo calmos tiempos desérticos.*

Y varios vocablos reiteran lo dicho: soledades, vastos desiertos, auroras, quintas de melgas solitarias y el escalofrío de la helada brisa sobre las papas, sobre las provincias, y flores de habas que aún perfuman la huerta o la quinta de la abuela, de aquellas abuelas que existían antes de las innovaciones actuales.

Sin embargo, ya no era necesario reconocimiento alguno, porque Cárdenas estaba al borde, a días de descifrar el gran enigma. Algunos podrían creer que tampoco ahora es necesario este pequeño homenaje que hoy le brindamos. Sin embargo, el reconocimiento del oficio de Cárdenas Vera, de su labor como escritor, es un deber, una responsabilidad que tenemos que ejercer con las generaciones futuras para quienes, en definitiva, poetas como Cárdenas y Teillier, han escrito.

Estoy recordando ahora, los pinos completamente nevados y colmados de tordos. Pero, Cárdenas, el bolichero de la esquina aún tiene encendidas las vitrinas de su almacén y los niños todavía juegan en las calles de la ciudad porque ha llegado la primavera, y la luz de la provincia inunda hasta tarde, la geografía celeste de la infancia. Es verdad, “ya nunca te verán como te vieran apoyado en la vidriera esperándonos”.

Pero los trineos esperan limpios el próximo invierno, y las banquetas de los colegios se aburren con nosotros en medio de la luz. Los mapas que cuelgan de las paredes en las salas de clases nos hablan de regiones demasiado áridas, demasiado frías. En nuestras calles, Cárdenas, priman los inocentes himnos de la luz y todos los árboles llenos de pájaros alivian la placidez de la tarde. Y el himno de la noche exprime sus abundantes senos sobre la provincia. La frecuente ausencia de gritos en nuestra tierra era algo que te hablaba del silencio del mundo. ¡Qué necesidad había de ir a otras regiones inhóspitas donde todo tiene un precio! La gratitud de las avenidas, pobre en árboles robustos, ricas en achaparrados arbustos doblegados por la fuerza de un viento que nunca más volverías a sentir en la profundidad de tu corazón. ¡Qué necesidad había, Cárdenas! Ahí frente a la industria de tu colegio flotan, esperándonos, esqueletos de embarcaciones plenas de leyendas, de piratas que saben todos los secretos imprescindibles. Pero, abandonaste el tañir de la campana y el observatorio que conducía directamente a los caminos mayores sembrados de esa inefable blancura. *Vastos imperios* quedaron abandonados a su propia suerte. Las grosellas de las quintas nos esperan ocultas en los cercos de madera, Cárdenas. Saltemos. La Gran Abuela pronto nos llamará para cosechar las papas y las frutillas llenas de acuarios luminosos.

Repito lo mismo que Teillier dijo: "Cárdenas, somos todos un poquito culpables".

En el libro escrito de Cárdenas, en 1982, se menciona que muchos aludían, con un lenguaje que hoy resulta extraño, en *Donde de Palique*, con Palique.

Algo más tarde, por el momento de la publicación de *Donde de Palique*, recordo de una noche que me quedé pensando y escribiendo. Allí, a pesar de referirme a *Donde de Palique*, a *Donde de Palique* y *Donde de Palique* hemos discutido algunas de las posibilidades de la poesía y del lenguaje después del primer libro, recordando que se discutía a veces diferentes.

En efecto, del manuscrito de 1982 a la publicación de "Quedemos Lar", de 1985, hubo modificaciones. De este modo, en *Donde de Palique* inscribía en su factura algunos de los poemas que se enfrentan al poeta en Chile frente a las circunstancias de la época, y que se convirtieron en un libro distinto, más breve, de poemas que se enfrentan a la realidad. Que existiera, a pesar de la precaria realidad, un libro que se enfrentara a la parte de todo tipo de poesía, se agregaba la condición de que se enfrentara a la realidad para nuestro continentalismo. En este momento, en la parte de los poemas, en los poemas, Tomás Hurtado, me refirió a los poemas que se enfrentan a la realidad (1986) y *El libro de la poesía* (1987) que se enfrentan a la realidad, que está completado con *Vaya al viento* (1988) que se enfrentan a la realidad y al viento, cuyos antecedentes se encuentran en el libro *Quedemos Lar*.

\* Texto leído en el acto de homenaje a Tomás Hurtado en la Biblioteca Nacional, el 14 de marzo de 1988, por su entonces "Poeta Jefe de la Nación".



## REITERAR LA FORMA DE LO INASIBLE \* (una mirada a la poesía de Tomás Harris)

Soledad Bianchi

Una mañana de 1983, en Boesse, un cartero francés me llevó un sobre grande que venía desde Concepción-Chile. Adentro, el manuscrito de *Zonas de Peligro*, el mismo que volví a mirar, ahora, y que regresó, también, conmigo, desde el exilio. (Entonces, ¿qué duda cabe?, recibía más publicaciones y noticias de los poetas chilenos que, en la actualidad, en Chile).

Leer ese inédito fue transitar por una ciudad, dos veces distante del pueblito campesino francés, casi deshabitado, con su iglesia del siglo XI, y su lavadero público y medieval. Lejos estaba Concepción, sin embargo su recorrido por *Zonas de Peligro* me llevó a conocer a Tomás Harris y ese texto, el primero que yo le leía. De inmediato *Zonas de Peligro* me atrajo a su mundo, escritura, obsesiones, particularidades... Leer ese manuscrito (me) significó descubrir una de las construcciones poéticas más interesantes y novedosas de la literatura producida con posterioridad al golpe de estado, donde se encontraba una fuerza poco frecuente en los escritos de esos años que no siempre sabían conciliar la violencia, que muchos aludían, con un lenguaje que la expresara no sólo en su vocabulario. En *Zonas de Peligro*, esa fusión era indudable y armoniosa.

Algo más tarde, pude venir a Chile, y a Concepción. Entre las muchas emociones, recuerdo una mesa-redonda donde debíamos hablar de poesía y ciudad. Allí, a pesar de referirnos ambas a *Zonas de Peligro*, Marta Contreras y yo citábamos distintos epígrafes o no coincidíamos en los nombres y número de poemas: después del primer desconcierto, concordamos que aludíamos a textos diferentes.

En efecto, del manuscrito de 1982 a la publicación de "Cuadernos Lar", de 1985, hubo variaciones. De este modo, en sus mudanzas, *Zonas de Peligro* inscribía en su factura algunos de los problemas con que se enfrenta el poeta en Chile: frente a las estrecheces económicas, editores y autor escogieron un libro distinto, más breve, de menos páginas,... pero que existiera. Que existiera, a pesar de su precaria realidad: así, a los obligados escasos ejemplares de todo tiraje de poesía, se agregaba su condición provinciana que lo volvió casi inexistente para nuestro centralismo santiaguino. A mi parecer, injustamente olvidados fueron, entonces, Tomás Harris, esta obra y sus publicaciones posteriores: *Diario de navegación* (1986) y *El último viaje* (1987), concebidas como piezas de un tríptico, que sería completado con *Viaje al corazón sangriento de Cipango*, proyecto unitario y abarcador, cuyos antecedentes arrancan de *Zonas de Peligro*, trabajo inaugural de

\* Texto leído en el acto de homenaje a Tomás Harris realizado en la Biblioteca Nacional, el 14 de marzo de 1996, por su reciente "Premio Casa de las Américas".

Harris sobre Concepción, para él, provincia hispanoamericana inaugural, vista e "historiada" desde su pre-historia:

"Orompello data del Paleolítico Superior de la ciudad".

"La retórica es el fragmento la parte", se reitera, y, así, el espacio penquista, sus calles, sus lugares, podrían ser cambiados e intercambiados por cualquier otro "barrio sudamericano". También pueden deslizarse otros sentidos por los vacíos, los huecos, que interrumpen los versos y que se desplazan a la estrofa, moviéndose, además, entre los poemas, trasladándose de página a página. Estos movimientos y traslaciones se añaden al obligado tránsito del lector en la lectura que, además, se vuelve doble recorrido a causa del itinerario urbano de estas *Zonas de Peligro*, uno de los muchos reflejos, aludidos y producidos en estas páginas.

Reflejos, espejos, espejismos, dudas e inseguridades, debilitan certezas, confirmando una ficción, que despliegan. Se expanden y flaquean los márgenes, y las seguras fronteras, con lo inventado: entonces, Concepción se fusiona con Tebas, o una situación frecuente que podemos reconocer, resulta ser teatro, cine, video, grabaciones, tragedia o comedia, con todo su artificio, la hechura, e impedir una posible identificación mecánica con acontecimientos cotidianos. ¿No se nos querrá mostrar, además, que incluso lo más increíble, aquello que sólo acostumbramos a ver en re-presentaciones, podría (y pudo) suceder a nuestro lado, a pesar de su violencia extrema o de su extremada inhumanidad?

Pero, el hombre propone y la poesía dispone, y junto con aumentar los pliegues de una obra concebida como conjunto, el largo título del tercer libro se redujo sólo a *Cipango* (1992), y, con posterioridad, fue acompañado por un cuarto volumen, *Los 7 naufragos* (1995), el único que quedó fuera de esa suma de la obra de Harris, cuyo nombre responde a la imaginación de otro navegante, el explorador Cristóbal Colón, quien llamó Cipango a ese territorio de fantasía que correspondía a Japón. Cipango-Japón: un territorio de fantasía –tan real/tan irreal– como Orompello, Concepción, Tebas, Catay, Guatemala o Ruanda, de los escritos de Tomás Harris; un territorio de fantasía –tan real/tan irreal– como Antonius Block, Billie Holliday, el sueño, John Coltrane, Charlie Parker, la pintura, Fresia, las películas de serie B, el jazz, los mendigos de Murillo, *El Séptimo Sello*, Malcolm Lowry de Chiguayante, el juego, el delirio, Alvar Nuño Cabeza de Vaca, el cine, el alcohol, la literatura, Don Beto, los discos, la muerte, la música, el miedo; territorios todos de las obras de Tomás Harris; de la obra, toda, de Tomás Harris.

Todo proyecto es un sueño, y mientras Tomás Harris, porfiado, inagotable, continuaba con su escritura, y seguía concretando su proyecto, construía un universo poético propio que tomaba forma, existía; y, hoy, ningún lector de poesía chilena actual puede negar la fuerza, concreción y original autonomía del espacio poético de los textos de Harris, textos que se asemejan y se diferencian entre sí, autónomos y dependientes, textos entretrejididos, que se cruzan, que –como redes– se enredan, que mezclan y se mezclan, y vuelven a distinguirse... Porque si hay algo que asombra en estas producciones es la obsesión, el empuje, la repetición, la insistencia, sea en el poema, sea dentro del libro, sea entre ellos. Y asombra, además, porque obedecen a un plan mayor, porque quieren construir un

todo, pero un todo fragmentario, un todo resquebrajado, con muchas más dudas que respuestas, con demasiado miedo y escepticismo, lejos del vate (¡felizmente, pues ya tuvimos, ya tenemos!), ese guía, superior a nosotros, humanos.

Y mientras el viajero-cronista Harris—"yo soy un navegante"—, dice el narrador-hablante-cronista-viajero de "Los sentidos de la épica" (*Crónicas maravillosas*, 179), mientras el poeta Harris, digo, se embarcaba, insistía y avanzaba, perseverante, en su proyecto, con un itinerario iniciado con *Zonas de peligro*, algunos cambios de rumbo comenzaban a evidenciarse. No quiero creer que haya sido el traslado desde la provincia, lo que llevó a reconocer su poesía, y percibir sus cualidades. Sabemos, también, que no siempre los premios son justos, pero en el caso de Tomás me han parecido no sólo justificados sino indiscutibles. Sin embargo, me gustaría que estas recompensas se acompañaran de lectores, y no únicamente de compradores. Candorosa (¿por qué no?), esta cronista cavila y se interroga, ¿sería totalmente imposible que algún volumen de poesía pudiera ocupar un sitio entre los libros mejor vendidos?, ¿no será más fácil inventar un boom de la poesía chilena, tanto más profunda y cuestionadora que buena parte de la narrativa chilena?, ¿o las empresas comercio-político-culturales no quieren que los lectores, que los ciudadanos, reflexionemos, problematicemos, discutamos?, que no es lo mismo que decir—como se nos dice—que una obra de arte que incite a reflexionar o discutir no es negocio... Para romper la homogeneidad, los invito a viajar; vaguemos, entonces, recorriendo las obras de Tomás Harris, las ya publicadas, y las de próxima aparición. Naveguemos por las todavía inéditas, *Crónicas maravillosas*, que—como ustedes saben—hace muy poco recibió el Premio "Casa de las Américas", de Cuba. Y, claro, al igual que en los escritos anteriores de Harris no habrá obviedades, no tendremos nada demasiado claro pues los géneros se entrecruzan: más de alguien podría reclamar que estos textos no son poesía; pero si el mismo autor las llama *Crónicas*, ¿por qué insisten en denominarlas poesía?, oigo, por ahí, a alguno, a alguna. Pero, recordemos, estamos leyendo, estamos frente a unas *Crónicas maravillosas*, y lo "maravilloso" puede significar "raro", pero, también, "inesperado", "sorprendente", "mágico" o "fantástico", y ¿por qué continuar apegados a la clasificación en géneros inamovibles, cuando cada vez es más difícil encontrarlos en un supuesto estado puro y virginal? Y no habrá obviedades, no tendremos nada demasiado claro pues no sólo los géneros se entrecruzan en estas *Crónicas maravillosas*, y se habla de "relato", de "historia", de "narrar", sino que, asimismo, habrá infinitas alusiones—directas o no—a escritores, músicos, pintores, cantantes, títulos, lugares, mitos, situaciones en obras de arte, y todo se mezcla, se funde y se confunde... En numerosas ocasiones existen, además, referencias meta-literarias, y se crea una distancia, para evitar identificaciones y exigir que se medite; para enfatizar el carácter de representación, de simulacro. Hay, también, múltiples referencias al juego, en general, pero un juego sin reglas—como el de la muerte—, y el juego video que todo lo trastoca y colabora a que las mudanzas y transformaciones, y al movimiento de estos textos: entonces, el tablero de ajedrez de Antonius Block se vuelve pantalla de video, y las órdenes del *video game* son una suerte de contraseña, necesaria para continuar ciertos poemas, indispensable para que los personajes sigan sus travesías. Y

nosotros, lectores—espectadores, náufragos y sobrevivientes—porque todos somos, a la vez, náufragos y sobrevivientes—nos desplazamos por estos versos, por estos poemas, por estos libros, como por “inacabables autopistas del desvarío” (84, 101, 103), buscando, sin refugio (“¿Dónde está lo real?”, repite un título), buscando a la intemperie, sin poder asirnos a nada más firme que el lenguaje y la palabra del poeta, de un poeta que, sin facilismos ni concesiones, reconoce en su último texto, próximo a publicarse: “ya lo dije en otra crónica que crónica a crónica reitero la forma de lo inasible” (203), y este ha sido el difícil trayecto de la poesía de Tomás Harris, en una década inaugurada con *Zonas de peligro*, y que se prolonga hasta las recientes, *Crónicas maravillosas*, reiterar la forma de lo inasible.

## Santiago COMENTARIOS DE LIBROS

Presentar al debate histórico el texto de esta obra, escrita por Luis Moulian sobre *La independencia de Chile*, es una tarea que implica la recuperación y actualización del debate historiográfico sobre el proceso de independencia, constituye también un desafío teórico y metodológico que debe ser abordado en un otro lugar de la reflexión historiográfica.

Los recomiendo a los lectores que desean comprender mejor la realidad por la dictadura militar, ya que el libro de Moulian muestra los discursos ideológicos más importantes de este período, así como los discursos contrarios, poniendo en evidencia los rasgos ideológicos que caracterizaron a los grupos de las articulaciones ideológicas más relevantes en la historia oficial.

Es en este punto, precisamente, donde la discusión reiniciada por Luis Moulian sobre las características ideológicas de los discursos en juego y producidas por las distintas "escuelas" historiográficas, como la "escuela chilena", funda la discusión sobre "escuelas ideológicas" en Chile, y el punto de partida —por citar un clásico ejemplo— en la controversia sobre "escuelas de la izquierda histórica"<sup>14</sup>. Moulian no discute las posibilidades de una "escuela chilena" que retome y narre las historias que se escribieron en el período de la independencia de una nación. Su labor, más bien, se centra en el análisis de los discursos ideológicos que en lo que María Eugenia Novas ha denominado "el período de la invasión ideológica" de los discursos ideológicos que se han producido en el balance historiográfico de la independencia. En este punto, Moulian plantea una nueva problemática que da lugar a una serie de discusiones que se centran en torno a la independencia, sobre la base de la recuperación de los discursos de emergencia y significación de los discursos.

Luis Moulian, siguiendo los planteamientos metodológicos en la significación de los discursos, investiga sobre los discursos de las distintas escuelas historiográficas sobre la base de la recuperación de los discursos ideológicos que están producidos en los procesos ideológicos de reproducción de las condiciones de producción material (tanto de los imaginarios ideológicos, como de los discursos ideológicos) que tiene el carácter en el período de la independencia social. Moulian plantea una serie de discusiones que se centran en torno a la independencia de las articulaciones ideológicas que se han producido en el período de la independencia —las funciones de los discursos ideológicos—.

Siguiendo esta línea del análisis ideológico de los discursos ideológicos de los discursos historiográficos, orientado, precisamente, hacia el punto de vista de la reproducción social, Moulian distingue a lo menos cinco escuelas historiográficas en

<sup>14</sup> El libro de Novas que da lugar a este texto, al igual que sus productos de investigación, se a partir de la creciente importancia que se le otorga al trabajo de investigación social. Para este punto, resulta importante la discusión de la obra de Anthony Giddens en la constitución de la sociedad (Buenos Aires, Argentina, 1984), págs. 377-380.

<sup>15</sup> María Eugenia Novas, "Prólogo" a Luis Moulian, *La independencia de Chile: balance historiográfico* (Santiago, Ercotex Editores, 1993), pág. 6.

Luis Moulian, *La Independencia de Chile. Balance historiográfico*. Santiago, Factum Ediciones, 1996, 171 páginas.

Presentar al debate historiográfico nacional la reciente obra de Luis Moulian sobre *La independencia de Chile*, no constituye sólo un acto obligado de reposición y actualización del debate histórico tras largos años de silencio disciplinar, constituye también un nuevo intento discursivo por situar la discusión historiográfica en un otro lugar de la reflexión histórica.

Los recomienzos de un debate historiográfico detenido abruptamente por la dictadura militar, ha abierto la posibilidad de revisar los procesos significativos más importantes de conformación de las identidades sociales nacionales, poniendo en evidencia, nuevamente, el carácter conflictivo y contingente de las articulaciones identitarias tenidas por 'naturales' en la historia oficial.

Es en este punto, precisamente, donde la discusión reiniciada por Luis Moulian sobre las características e implicaciones tenidas en juego y producidas por las distintas estrategias argumentales en la historiografía chilena, sitúa la discusión sobre 'escuelas históricas' en un plano distinto al dado –por citar un clásico ejemplo– en la controversia entre historia narrativa e historia teórica<sup>1</sup>. L. Moulian no discute las peculiaridades específicas que deben asumir los relatos y narraciones históricas que interpelan las *mitologías* de un pueblo o de una nación. Su labor, más bien, es de un orden distinto, y está situada de un modo claro en lo que María Eugenia Horvitz llama correctamente "las condiciones de producción de los discursos historiográficos"<sup>2</sup>. El desplazamiento señalado en el balance historiográfico que se comenta, en principio establece una nueva problemática que da lugar a una subversión de los enfoques existentes en torno a la independencia; sobre la base de un examen crítico de los contextos de emergencia y significación de los mismos.

Luis Moulian, guiado por una intuición contextualista en la significación de los discursos, interroga primeramente a las distintas escuelas historiográficas sobre la base de la funcionalidad o disfuncionalidad que ellas prestan a los procesos ideológicos de reproducción de las condiciones de producción material (como de los imaginarios) de la sociedad. Es así como atendiendo a este criterio, que pone el acento en el punto de vista de la reproducción social, Moulian deslinda una serie de distinciones fuertes que permiten estructurar un sistema de significaciones identitarias que, a nivel historiográfico, reflejan –como trazas– las tensiones de una formación histórico social.

Siguiendo esta intuición contextualista en el tratamiento de los discursos historiográficos, orientada, recordémoslo, desde el punto de vista de la reproducción social, Moulian distingue a lo menos cinco escuelas historiográficas so-

<sup>1</sup> Plano de análisis que de algún modo ha sido objeto de una profunda transformación a partir de la creciente intertextualidad que da sentido al actual trabajo de investigación social. Para este punto, resulta ilustrativa la discusión dada por Anthony Giddens en *La constitución de la sociedad* (Buenos Aires, Amorrortu editores, 1995), págs. 377-389.

<sup>2</sup> María Eugenia Horvitz, "Prólogo" a Luis Moulian, *La independencia de Chile. Balance historiográfico* (Santiago, Factum Editores, 1996), pág. 8.

bre la independencia<sup>3</sup>, ellas son: La escuela liberal positivista, la conservadora-nacionalista, la conservadora hispanista, la representativa de las capas medias, y la marxista. Todas estas escuelas, en la caracterización del autor, representan a nivel historiográfico una cartografía de las subjetividades sociales en escena en la sociedad chilena, como también expresan, discursivamente, tanto el antagonismo social, como la capacidad de unos y otros para articular discursos hegemónicos.

Aquí el investigador, hay que señalarlo, sigue las intuiciones presentes en los intentos por superar la teoría descriptiva de la *tópica marxiana* dados desde el marxismo estructural<sup>4</sup>: en orden a desarrollar una crítica a un determinismo causal de los procesos sociales; como a combatir una lectura historicista de los mismos. Es por ello, que la propia justificación de la labor historiográfica encuentra aquí, en el espacio de la teoría, una reafirmación clara. El historiador y las escuelas historiográficas, que se construyen a partir de su producción de conocimiento histórico, parten de un presente que los determina y condiciona, nos dice Luis Moulian<sup>5</sup>. Pero este horizonte existencial de condicionamiento, no se expresa sólo en el 'eter particular' de una forma general de existencia, sino, ante todo, se expresa en la propia configuración identitaria de las subjetividades sociales proyectadas. Es por ello que Moulian entiende la historiografía, esencialmente, como una práctica social específica que expresa no sólo condicionantes epocales, sino también sujetos sociales particulares. De allí que la discusión sobre las escuelas historiográficas chilenas, presupuesta en la investigación reseñada, se centre principalmente en la determinación de una *homología* (por usar un término de Bourdieu) entre discurso historiográfico y subjetividad social<sup>6</sup>.

En este punto, y en el ánimo de precisar algunos aspectos del debate abierto en torno al texto de Luis Moulian, conviene revisar críticamente dos de las objeciones más fuertes que se han interpuesto al trabajo comentado.

La primera, cuestiona de entrada la clasificación misma establecida por L.

<sup>3</sup> En rigor, el autor comentado distingue ocho escuelas historiográficas contando la visión de los extranjeros. Sin embargo, por un lado, es posible reducir la visión de los extranjeros a la lectura de la historiografía liberal, como, por el otro, es necesario establecer primero la consolidación historiográfica de las otras lecturas presentadas (consolidación material, podríamos decir siguiendo al autor): es decir, la de una 'nueva' historiografía liberal presentada en la figura de Alfredo Jocelyn-Holt, y, la de una historiografía del 'bajo pueblo' apuntada por Moulian en la figura de Ana María Contador.

<sup>4</sup> Luis Moulian realiza un intento por conjugar una postura teórica de cuño marxista estructural —que incorpora la noción de *sobredeterminación* en los procesos sociales, como la idea de una temporalidad diferencial— con una interpretación marxista clásica a nivel historiográfico marcada por las tesis de Hernán Ramírez. Este intento de conjunción, si bien, no queda del todo justificado en el trabajo comentado, adelanta preocupaciones actuales de Moulian. Ver al respecto, Luis Moulian, "Marx y la historiografía chilena", ponencia presentada en la *Tercera semana marxista*, Universidad Arcis, noviembre, Santiago, Chile, 1996.

<sup>5</sup> Luis Moulian, *La Independencia de Chile. Balance historiográfico*, op. cit., pág. 17.

<sup>6</sup> Esto es particularmente claro en la discusión que da el autor sobre el posible inicio de una nueva escuela historiográfica presente en las investigaciones históricas de Alfredo

Moulian para las escuelas historiográficas de la independencia. En este cuestionamiento, cuya expresión pública la encontramos en la misma presentación del texto en sociedad<sup>7</sup>, se destaca, o bien, el carácter limitado o extensivo de la clasificación, o bien, la construcción misma de la categoría de 'escuela historiográfica'<sup>8</sup>. En términos sumarios, es posible argumentar que ambas críticas desarrolladas en contra de la clasificación propuesta por Moulian, tienen una matriz común de sostenimiento relacionada con una cierta concepción 'purista' o 'intelectual' del trabajo historiográfico. Tal concepción de la labor historiográfica, pone el acento unívocamente en el grado de autoconciencia del quehacer del historiador, descuidando los aspectos materiales de producción y reproducción del mismo. Dentro de un giro estructuralista, podríamos decir que la concepción aludida enfatiza más la determinación originaria de un sentido autoral firme, que la resignificación (y significación) dada a una textualidad contextualizada.

Luis Moulian, en cambio, centra la discusión en un plano distinto; el de la producción material de los discursos historiográficos (y de sus efectos interpelativos), desplazando con ello la problemática sobre el 'autor', o el historiador, a una problemática sobre la producción y significación de las identidades históricas.

Una segunda interposición crítica viene dada por uno de los representantes de la 'Nueva historia'. La crítica en cuestión, formulada en algunas apreciaciones de Leonardo León<sup>9</sup>, señala que la lectura de Luis Moulian sobre las distintas escuelas historiográficas de la independencia, es una lectura clásica que comparte los supuestos de una historiografía del Estado nacional.

---

Jocelyn-Holt. Aquí, Moulian, centra las consideraciones principales sobre el punto en el contexto de emergencia que condiciona y posibilita la nueva producción historiográfica de Jocelyn-Holt. Contexto de emergencia, por cierto, que no se limita a un reconocimiento de los límites de producción de los enunciados históricos, sino que a su vez avanza a un desciframiento de los mecanismos interpelativos en ellos comportados (emergiendo, en este mecanismo de constitución interpelativa, el despunte de las subjetividades sociales avistadas). Al respecto, Luis Moulian, *La Independencia de Chile. Balance historiográfico, op. cit.*, págs. 133-147.

<sup>7</sup> La crítica en cuestión la expuso Juan Carlos Gómez en la presentación del texto realizada en octubre último. En ella, Juan C. Gómez hizo comentarios tanto en relación a los criterios utilizados en la producción de las distinciones historiográficas, como al carácter parcial y limitado de las mismas. En una lectura crítica a los comentarios de Gómez, tal vez es posible señalar que mientras Moulian construye y articula las distintas escuelas historiográficas sobre la base de una concepción interpelativa del discurso histórico, Gómez se posiciona en la discusión sobre la base de una retraducción historiográfica del paradigma cartesiano (esto es, del 'gran pensador').

<sup>8</sup> Recordemos que la propia María Eugenia Horvitz ha rechazado, en otro contexto, la existencia de una escuela historiográfica marxista, atendiendo al carácter heterogéneo y problemático de los trabajos de Ramírez, Vitale, Segall y Ortiz. Ver la intervención sobre el punto de M. E. Horvitz en el seminario de historia de Chile, realizado en Sur en 1985, *Proposiciones*, N° 12, Santiago, 1986, págs. 157-170.

<sup>9</sup> El profesor Leonardo León realizó algunos alcances críticos, junto a comentarios elogiosos a la obra de Luis Moulian, en su cátedra de historia de Chile; dictada el segundo semestre de 1996 en la Universidad de Chile.



Para poder dar forma a esta crítica, conviene, primero, que reconozcamos la novedad de esta nueva narrativa histórica.

Si hubiera que caracterizar el trabajo de la nueva historiografía chilena de la década de los noventa (de una historiografía post-estructuralista conocida genéricamente como 'Nueva historia') en función de sus términos generales, no hay duda que uno de sus elementos principales de individualización estaría marcado por el intento de superación de la concepción estatalista que predomina en los estudios de las sociedades latinoamericanas.

Junto a este intento por descentrar la estructura social de un espacio único que la constituye (el Estado, en primer lugar, pero también el mercado, si es que éste pretende reclamar el privilegio ontológico que el primero cede), la nueva historiografía popular chilena fija, paralelamente, la institución de un nuevo *locus* discursivo y escénico que se reconoce y despliega en la forma y figuración narrativa de una subjetividad social llamada 'bajo pueblo'.

A este nuevo espacio de mirada y reconocimiento de lo social, la nueva historiografía ha arribado a fuerza de operar un cambio en la topografía de la observación social. Este cambio, que bien puede ser considerado un giro epistemológico, ha generado como rendimientos teóricos y políticos inmediatos una revolución en los estudios históricos de lo popular y de lo social civil. Si bien es cierto, los efectos y alcances finales de esta revolución historiográfica están hoy lejos de determinarse y de evaluarse en su totalidad, al menos es posible señalar —entre los primeros efectos que se enuncian— los referidos a una deconstrucción de las historias del Estado tan típicas a la historiografía chilena.

El interés de la historiografía del 'bajo pueblo' por deconstruir las lecturas de la sociedad centradas en la historia del Estado, no parece estar sólo marcado por el esfuerzo original por historiar aquellos sujetos y aquellas relaciones que se encuentran en una zona de no presencia estatal (ácrata), sino, también, parece estar marcado por un esfuerzo de desmitificación predicativa de la omnipresencia del Estado en la historia y conformación de la sociedad chilena. Esto, que puede ser leído como una cierta reacción de los historiadores progresistas nacionales frente al predominio abismal de las tesis de la historiografía conservadora en el ámbito político e historiográfico (y que remarcan la relevancia del Estado y de ciertos actores en la construcción de la nación), ha generado una profunda reorientación en los estudios históricos nacionales que ha cuestionado no sólo los relatos historiográficos tenidos a firme en la historia tradicional, sino también ha modificado y revisado los supuestos de base de la comprensión del Estado y la sociedad presentes en la historiografía oficial chilena<sup>10</sup>.

Cierto o no, lo indudable es que sobre este supuesto de transformación radical de los modos de articular lo social y lo público, se cuestiona el piso ontológi-

<sup>10</sup> Algunos de los efectos políticos que se pueden derivar de una 'historia del bajo pueblo', en tanto una presentación teórica más amplia de los actores sociales y los procesos de construcción de Estado y sociedad, pueden ya anticiparse en los siguientes trabajos de Gabriel Salazar: "La construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad"; "Modos de conocer (y de poder) en Chile"; y *Del modelo neoliberal en Chile: La difícil integración entre los pobres, los intelectuales y el poder*.

co de 'estatalidad' que recubre el análisis de Luis Moulian; quien heredaría, en esta lectura crítica, el 'estatismo' de una adscripción a la historiografía del marxismo clásico chileno.

Por nuestra parte, pensamos que Luis Moulian pese a compartir una lectura historiográfica caracterizada por cierta incapacidad para introducir de un modo adecuado el problema de la temporalidad diferencial en la historia, con todas las dificultades que ello conlleva<sup>11</sup>, no desconoce del todo la discusión propuesta. Prueba de ello no sólo es el reconocimiento a *la rebelión del coro* que el autor atiende en la lectura de Ana María Contador, sino que también lo es el requerimiento explícito que el autor hace por una nueva síntesis historiográfica crítica. Esta nueva síntesis, en opinión de Moulian, debe articularse en la conjunción de las lecturas marginalistas con las interpretaciones marxistas<sup>12</sup>.

En lo que respecta al cuestionamiento global de una historia centrada en el Estado, Moulian tiene sus reservas.

Simplemente, el historiógrafo evita caer en un nuevo reduccionismo; el reduccionismo basista, que al redescubrir inconscientemente los senderos de Marx en la interpretación del Estado y la sociedad en América Latina, corre el riesgo de reproducir viejos prejuicios relativos a una concepción ahistórica de los Estados latinoamericanos.

MIGUEL VALDERRAMA

Luis Correa-Díaz, *Lengua muerta. Poesía, post-literatura y erotismo en Enrique Lihn*. Providence, R. I., Ediciones Inti, 1996.

El lugar que ocupa la poesía de Enrique Lihn en el ámbito hispanoamericano está determinado, hasta cierto punto, por la tensión expresiva que generó la consagración previa de Neruda. En ese sentido, existe cercanía entre la obra lihniiana y la de Nicanor Parra, aunque ambas difieran igualmente en lo que respecta al tenor de su "reacción". Si el innegable ingenio de Parra facilitó muy pronto la transformación de sus subversiones de lo canónico en una fórmula—la de la poesía llamada conversacional, coloquial, etcétera—, que a su vez se instalaría cómodamente en el canon, el tono y los ademanes de Lihn a duras penas se han adaptado a circunstancias oficiales, manteniéndose en un margen que, con todo, no equivale al olvido. De hecho, alimentan la imaginación de generaciones posteriores que se plantean el fortalecimiento de un lenguaje propio, deslindable de lo apolíneamente entronizado.

<sup>11</sup> Para una crítica general de este punto, Nicos Poulantzas, "Teoría e historia en la interpretación de 'El Capital'", en VV.AA., *Estudios sobre El Capital*, 6ª edición (México, Siglo XXI editores, 1987), págs. 89-100.

<sup>12</sup> Luis Moulian, *op. cit.*, pág. 157.

El comienzo de *Lengua muerta*, imprescindible volumen crítico del también poeta Luis Correa-Díaz, es el mejor indicio de que el autor de *La pieza oscura*, *La musiquilla de las pobres esferas* y *A partir de Manhattan* se ha convertido para los jóvenes chilenos en un poderoso punto de referencia, cuyo influjo, eso sí, tiene un carácter tenebroso y subterráneo. La comparación con que se abre el estudio resulta a primera vista exagerada pero, poco a poco, a medida que nos adentramos en la lectura, sus proporciones se ajustan y parecen razonables: "Resulta bastante impracticable siquiera pretender informar, en una breve nota de presentación, acerca de la multiplicidad de una obra y su creador [...]. Con tal recelo caigo en la osadía, que sólo me permite mi amor por Enrique Lihn, de haberla empezado ya. No lo conocí, nada más lo he leído y revisitado allí, donde brilla por su ejemplar presencia como un Virgilio que guía a los menores por los círculos del 'horroroso Chile'" (5). Tal imagería nos introduce, sin embargo, al examen de una estética cuya fascinación radica no en la promesa de paraísos, sino en su más rotunda negación. El infierno dantesco era un requisito en el inicio de un viaje poético que había de configurarse como ascenso; la cosmovisión lihniana, por el contrario, desbarata toda esperanza en la perfección. Lihn no es un creador que satisfaga el gusto por discursos públicos, humanitarios o humanísticos; mucho menos optimistas. Los cánones literarios suelen preferir autores legibles a la luz de sistemas suscitadores de una revelación o un conocimiento trascendentes. Como bien lo recalca Correa-Díaz, el caso lihniano es el de un poeta empeñado en deshacer ingenuidades y triunfalismos de factura clásica o romántica y ello mediante la consolidación de una escritura que privilegia lo abyecto, lo informe, lo agónico o, para ser más precisos, "el espíritu de negación". A la armonía y luminosidad de lo establecido como modelo colectivo, Lihn sólo puede aportar contrastes: "yo trabajo en el plano de la antiutopía", llegó a decir, en alguna ocasión (33).

El primer paso que da *Lengua muerta* para delinear la negatividad básica del autor estudiado es enfatizar el papel que en el conjunto de su producción tiene su último libro, *Diario de muerte* (1989), publicado póstumamente. Correa-Díaz lo califica incluso de "epicentro", pues dialoga tanto con su poesía como "con la reflexión crítica de que fue objeto": "este poemario puede llegar a ampliar o modificar la comprensión y la interpretación de esta poesía. En tal sentido mi trabajo pretende ingresar un dato, que no había aparecido hasta el *Diario*, al discurso reflexivo sobre la poesía de este poeta, y a la vez revisar ciertos supuestos establecidos, convertidos ya en saber acerca de esta obra" (12). Podríamos agregar, por nuestra parte, que esta certera intuición del crítico se fundamenta en el hecho de que, además de permitírnos vislumbrar un ciclo temático de extremada coherencia en el repertorio lihniano —*La pieza oscura* (1963), uno de sus primeros libros de "madurez", ya contenía densos y efectivos textos acerca de la muerte—, el *Diario*, por su naturaleza fragmentaria e inacabada, permite vislumbrar la afinidad entre la escritura por fuerza inconclusa del moribundo y rasgos típicos del estilo del autor en otras circunstancias biográficas.

El primer capítulo de *Lengua muerta* lleva como título la frase emblemática que ya hemos recordado: "espíritu de negación". Por negación podemos entender aquello que esquiva las expectativas idealistas que tradicionalmente se han

tenido respecto de la función de la literatura. Lihn nos presenta un mundo degradado, como ya lo han notado varios críticos, un mundo que por supuesto despertó incompreensión de lectores que exigían de las letras una cualidad formativa (18-9) y lo que encontraban, en cambio, como lo proponen textos de *La musiquilla de las pobres esferas*, era un poeta que se situaba "al nivel de los restos", entre la "basura", abrumado de "tristeza" y "deseos de morir". Tal actitud desesperada de la voz lírica más característica de Lihn es la de quien constantemente escribe "de la autodestrucción, que tiene que ver con el fracaso condenatorio de quien vive en, por y para el lenguaje" (25). Fin del engaño de los que se acercan al decir poético como vía de salvación: ésa, quizá, sea una de las nociones que perseveran en esta poesía la cual, no obstante, no descarta atisbos positivos, entreverados en la obstinada agonía —después de todo, uno de los poemas más célebres de Lihn concluye con una especie de apoteosis en la que lo constructivo surge de la precedente destrucción sistemática: "pero escribí y me muero por mi cuenta, / porque escribí porque escribí estoy vivo"; nótese que incluso esa fugaz entrevisión de triunfo se vertebra en un lenguaje paroxístico, convulsivo, tan cercano a la descomposición de la lógica como el dolor y la derrota más extremos; una descomposición similar a la propuesta por el discurso místico: "muero porque no muero". Nos desplazamos en el terreno de lo indecible. Lihn, de hecho, privilegió un discurso reflexivo, jamás transitivo; esta última sugerencia de Correa-Díaz, a partir de la frecuencia con que los poemas estudiados recurren al monólogo y a formas vecinas, resulta fundamental para entrever los orígenes del nihilismo que rezuma esta obra (33 y *passim*): la aceptación de la pérdida del ideal literario de la comunicación con el lector supone un arte volcado sobre sí mismo y escéptico ante todo intento de adquirir un significado elevado, proveniente del espíritu, que lo libere de su índole verbal y, por lo tanto, de su naturaleza de código semiótico perfectamente caducable, mortal.

En el segundo capítulo de su libro, Correa-Díaz explora la genología desintegradora que explica la obsesiva negación lihniana de las convenciones formales de la poesía. La teoría de los géneros en el autor tiene un matiz agresivo y rupturista (38-40) que nos permite observar un paralelo entre la muerte del yo lírico y la crisis del espacio del discurso. La antipoesía de Lihn, erigida sobre operaciones transgresoras, antirrománticas, por una parte, e hibridizadoras, por otra, coquetea con el ensayo, la narración y con especies no literarias, incluso las del habla, patentes en la asimilación tanto de vulgarismos como de estrategias retóricas periodísticas. Pero la clave de esta contraestética, según concluye lúcidamente Correa-Díaz, está no en la abolición absoluta de referentes genológicos —afirmación que por cierto habría fallado, pues irremediamente percibimos la abstracta literatura a través de la fenomenología de los géneros—, sino en la adopción por parte de Lihn de una modalidad en extremo plástica y que actúa como puente entre diversos tipos literarios: el diario, considerado por críticos como Maurice Blanchot una "degeneración" de la escritura artística, puesto que opta por un ambiguo emplazamiento entre la literatura y la vida. Toda la obra de Lihn es un diario, asevera *Lengua muerta*, tras apuntar que "la operación disolvente que la guía viene a resolverse completamente a partir de la configuración

genérica de su último y póstumo poemario [que reúne] en un solo haz una serie de designaciones con que el poeta [en sus libros anteriores] daba cuenta de su procedimiento escritural básico. Así ‘cuaderno de anotaciones diarias y varias’, ‘agenda’, ‘libreta de apuntes’, restos de cartas, ‘tarjetas postales’, ‘recortes’, notas, fragmentos, etcétera, se entienden como modalidades particulares del proceder diarístico” (58).

El tercer y último capítulo desarrolla esta sugerencia y estudia en profundidad las consecuencias del inestable molde que adopta el *Diario de muerte*. La principal será servir de síntesis a una poética que se mantuvo activa durante tres decenios, desde *La pieza oscura*: no sólo por un enunciado dominante –la muerte–, sino por la situación enunciativa preferida libro tras libro, cercana al monólogo, o sea, a un decir intrasubjetivo. Es más, el título mismo del poemario póstumo juega con una ambivalencia semántica que abarca muchos otros motivos caros a la totalidad de la producción de Lihn: el “de”, como bien señala Correa-Díaz, insinúa tanto tema como posesión, lo cual confirma la derrota irreparable del yo biográfico, asunto constante del autor (74). Hemos de añadir, asimismo, la alusión a otro motivo caro al poeta: el viaje, que durante toda su carrera se presentó más como desalentada imposibilidad de arraigo (lo que en sus mismos títulos se designó con el nombre de “extrañamiento”) que como peregrinación a un centro donde se revelaría, finalmente, la identidad perdida. La lectura de un diario acerca del “último viaje”, hecho, sin duda, hacia la anulación de toda certidumbre ontológica personal, valida plenamente la tesis de Correa-Díaz acerca de la importancia de la obra final de Lihn. Igualmente sucede con los rastros de un discurso erótico mórbido que encontramos en el *Diario* asociados a desesperanzadas “señales de vida”: son el justo epílogo a libros como *Al bello aparecer de este lucero*, donde el amor, aunque dispensa momentos álgidos, no deja de concordar con el universo en descomposición y el paroxismo generalizado en los versos lihnianos.

En suma, creo que podríamos considerar *Lengua muerta* como una de las aportaciones recientes a la bibliografía crítica sobre Enrique Lihn más ricas y totalizadoras, con el añadido de que se hace desde un mirador que no borra el placer estético y la compleja personalidad literaria del estudioso –que por algo se ha equiparado con Dante mismo– al advertirnos, de entrada, que se disponía a aproximarse a la obra de un Virgilio: la escritura que tenemos en nuestras manos no se conforma con ser fenómeno paraliterario, sino que se compromete a tal extremo con su objeto de atención que se consubstancia con él. Correa-Díaz no es un tratadista, sino un ensayista, como nos lo advierte explícitamente (11-3), con lo cual evidencia su entrega no a meros trámites académicos, sino a labores vitales, “amorosas”, como él mismo lo repite. Este libro se atiene al querer montaigniano de un saber anímicamente asimilado más allá de los compromisos administrativos: “para el escolar no hay nada que aventaje a la excitación permanente del gusto y el afecto hacia el estudio; de otra suerte, será sólo un asno cargado de libros” (*Essais* I, 26). Quien lea estas páginas de Correa-Díaz, en efecto, hallará la misma intensidad de su poesía, y comprenderá la comunión indisoluble de crítica y creación que define a los buenos literatos de la modernidad.

Alberto Escobar, *Patio de Letras 3*, Perú, Luis Alfredo Ediciones, octubre de 1995, 386 págs.

Espacio de convergencia, de diálogo con y sobre la literatura peruana es este nuevo *Patio de Letras* al que nos invita Alberto Escobar. A los ensayos de la edición anterior (Venezuela: Monte Ávila Editores, 1971) se suman trece nuevos estudios sobre poesía y narrativa del Perú y es en ellos, sobre todo, donde centramos nuestras observaciones.

Con relación a la poesía peruana sobresalen los estudios sobre Vallejo, Carlos Germán Belli y Antonio Cisneros. Si en "Símbolos en la poesía de Vallejo" Escobar conectaba, desde el punto de vista temático y expresivo, toda la obra del poeta peruano, en "Lecturas de Vallejo: mitificación y desmitificación", el autor debate dos de las tesis más aceptadas en torno a Vallejo: la disociación entre los textos escritos en Perú y en Europa y el carácter tangencial o secundario de los presupuestos ideológicos del poeta a la hora de analizar su obra creativa. De esta manera, mediante el análisis puntual de poemas claves, Escobar problematiza dichos postulados demostrando la continuidad y coherencia de toda la obra poética del escritor peruano.

En la nota dedicada a la poesía de Carlos Germán Belli, Escobar revisa su trayectoria poética desde la publicación de los *Poemas* en 1958. La sutil lectura aquí presentada destaca la amplia gama de posibilidades interpretativas que la riqueza de la sintaxis de Belli permite. Sus observaciones son tan certeras como acertada y fina poética es la manera como las expresa: "Releo cautamente y me desasosiega la varia, flexible y desproporcionada sintaxis que es el telar en el cual Carlos rehace el mundo, el cosmos de hombre y de la poesía musitada, herida e insumisa". (332).

Las peculiaridades de la escritura de Antonio Cisneros atrapan también la atención crítica del ensayista peruano. Para un especialista en el Inca Garcilaso de la Vega como es Escobar, la propuesta escritural que ofrecen los *Comentarios reales* de Cisneros resulta particularmente atractiva y así lo demuestran sus sagaces observaciones: "El Inca depuso con el ánimo de reclamar una nobleza mancillada, un derecho a ser reconocido por la corona hispánica; al contrario, el poeta Cisneros escribía para documentar lo que, a sus ojos de espectador de otro tiempo, percibía del pasado en el presente, y postulaba una relectura por gracia de la visión artística, la versión del sentido resemantizado en los días corrientes. Como conclusión emergía una nueva lectura, una historia grotesca y eso es, entonces, el poema: la versión recreada de la historia por alguno de nosotros. Eso era exactamente lo que ocurrió, fuera verdad o fuera mentira, fuera historia o fantasía, la poesía del Inca Garcilaso trasmuto varios siglos después en la aventura de un joven escritor quien no tenía una historia personal, pero daba pie para imaginar una historia encontrada entre varias desperdigadas en la época de los sesenta. El poeta invitaba a narrar colectivamente; fue así como mezclando estos elementos, sólo en lo aparente inconciliables, Cisneros echó las bases de su estilo sarcástico, los surcos de su humor, las huellas de esa distancia para situarse frente al pasado, escudriñar a los personajes, rehacer los dibujos y los colores, otear a los hombres de distintas épocas, de varias poblaciones". (367-368).

La narrativa peruana es también analizada por Escobar tanto a través de enfoques globales como a partir de aproximaciones parciales. “Sobre la novela y la crítica” da cuenta del afán por definir las peculiaridades y caracteres distintivos de la literatura iberoamericana. Mediante el análisis de obras de Alegría, Arguedas y Ribeyro, Escobar replantea la tradicionalmente aceptada función medular de la naturaleza y el paisaje en la novelística iberoamericana, otorgándole su carácter unificador pero dentro de la compleja heterogeneidad en que se presenta y que muchos de los ensayos que aquí mismo se reúnen ilustrarán. Así, la impecable nota de 1964 sobre *La ciudad y los perros* destaca la importancia de los espacios (cerrado el del colegio Leoncio Prado; abierto el de la ciudad) en la estructuración de la obra. La presencia de estos polos espaciales, adquiere una dimensión simbólica en el contexto de otros elementos contrapuntísticos: el poeta—el Jaguar; Teresa—Marcela; los padres—Alberto; Gamboa—Pezoa; y, además, la vigencia del diálogo como recurso expresivo. (268).

La obra de José María Arguedas es otro de los motivos recurrentes en la reflexión crítica de Escobar. En “La guerra silenciosa de Todas las sangres”, el ensayista se propone “explicar el cambio operado en el arte de Arguedas, pero al mismo tiempo, la causa de su identidad profunda, de su relación con los textos precedentes”. (271–272). De esta manera, a través del estudio de personajes, estructura narrativa, temática, lirismo, visión de la realidad y mensaje, Escobar nos interna en el mundo narrativo arguediano dando muestra cabal del dominio y conocimiento del mismo y destacando, sobre todo, su riqueza y complejidad. “La hacienda y la realidad en la obra de José María Arguedas” discute también la importancia del espacio como microcosmos simbólico, en la medida que la hacienda es presentada como institución económico—social. El análisis de *Los ríos profundos* ilustra con claridad este planteo. En “relectura de Arguedas: dos proposiciones”, Escobar nos invita a pensar sobre la gran aventura idiomática que emprende el escritor: “la elaboración de un estilo apropiado para la fluidez y expresividad de sus personajes reteniendo en versión castellana la peculiaridad de los rasgos del discurso quechua”. (302). El conocido lingüista rumano Eugenio Coseriu decía que las palabras de una lengua recortan la realidad. Las “proposiciones” de Escobar van, según advierto, por esa senda y deshilvanan, de los pliegues del discurso arguediano, su visión del hombre y del mundo. Pero creo también que de este trabajo son altamente sugestivas sus observaciones relativas a la implícita concepción de la traducción como mecanismo de traslación tanto idiomáticas como de la cosmovisión que encierra y de la luz que, quizás, es deudora buena parte de la poesía latinoamericana contemporánea (Pacheco, por ejemplo).

*Patio de Letras* es un libro de profunda unidad no solamente desde el punto de vista temático sino metodológico. Escobar parte en muchos casos del análisis de textos oportuna y certeramente seleccionados por sus singularidades y representatividad y, como corolario de esas observaciones, tiende los puentes necesarios para avanzar hacia un enfoque globalizador, contextualizado, que abarca los puntos de coincidencia y las diferencias que de ese nuevo marco surgen. Es ésta una de las constantes de la reflexión crítica de Escobar. El rigor y la solvencia



de sus ensayos se ven enriquecidos también por comentarios que derivan del privilegio de sus amistades como en el caso de Arguedas o de Belli. El valor de esos recuerdos que Escobar comparte ahora con sus lectores no radica en su carácter de anécdota sino en el torrente de humanidad que desatan. Los treinta años que median entre la primera y esta tercera edición de *Patio de Letras* revelan no sólo preferencias de lectura sino, sobre todo, la concepción del ejercicio intelectual como búsqueda, como deseo; las obras son vistas no como productos sino como producción o mundo que se devela en cada lectura.

LILIAN URIBE

Osmar Gonzales, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento peruano*, Ed. PREAL, Perú, 1996, 346 págs.

Osmar Gonzales, sociólogo peruano, miembro de la generación del desencanto, que vio caer el mito de la sociedad reconciliada, nos ofrece a través de su notable y amena prosa una obra que se sitúa entre la historia y la sociología, que con mucho éxito reconstruye analíticamente una importante etapa, no sólo del pensamiento político peruano, sino también latinoamericano. Trabajo que por sí mismo se emplaza como un excelente ejemplo de que nuestra disciplina cuenta con las herramientas y capacidades necesarias para realizar descubrimientos sociológicos en el estudio del pasado.

Aunque relativamente reciente, el análisis de los intelectuales latinoamericanos se constituye en un ámbito propicio para reconocer y reconstruir los orígenes de un pensamiento político propio, además de las singularidades y diferencias que éste posee, en comparación a los extrapolados de otras realidades, ya que el pensamiento arielista también ha sido eclipsado por la preeminencia de discursos que redujeron la complejidad de nuestras sociedades a categorías dicotómicas.

El segundo efecto de este ámbito radica en la utilidad que tiene para la comprensión del devenir contemporáneo de nuestras sociedades. El rescate y análisis de las situaciones en que se origina y desarrolla nuestro pensamiento político, a partir de las interrogantes que nos plantean nuestro contexto social cotidiano, es una necesidad actual. El reconstruir las identidades nacionales y, por qué no, regionales frente a un traumático proceso de modernización es el trasfondo de los múltiples debates que se desarrollan tanto en el plano ideológico y político como académico en los últimos años. En pocas palabras, cómo logramos imbricar tanto la búsqueda de una identidad nacional como un proceso de modernización? y ¿cómo se resolvió esta compleja problemática en el pasado de nuestros países?

El núcleo del pensamiento arielista fue desarrollado por un puñado de hombres entre los que destacaban Víctor Belaúnde (1883-1966), José de la Riva Agüero (1885-1944), José Gálvez (1885-1957), los hermanos Ventura (1886-



1959) y Francisco García Calderón (1883–1953). Todos ellos compartieron su período de mayor claridad ideológica entre los años 1900 y 1932. Además, coincidieron en reconocerse como “sanchos fracasados expuestos al manteamiento en medio de la risa universal”, es decir, que fueron un grupo de intelectuales que escribieron y pensaron desentendidos de la contingencia política de su propio tiempo, pero en la frontera de la misma. De ellos sólo quedó un excesivo sentimiento de idealismo que oscureció por largo tiempo sus insubordinadas obras.

La preocupación política de los arielistas está más fuertemente anclada en la búsqueda de la identidad nacional de los peruanos, con todas las complejidades que esto implica en un país que a fines del siglo XIX comienza a reconstruirse no sólo desde el punto de vista material, sino también político y cultural. ¿Cómo se imaginaban los peruanos hacia fines del siglo XIX, después de la desastrosa Guerra del Pacífico, y en medio de un proceso de modernización social que se hace notar con sorpresiva fuerza desde principios del siglo?

Osmar Gonzales nos invita, desde el comienzo de su libro, a situar histórica y socialmente la desapercibida propuesta política de esta generación de intelectuales, rescatando la enorme cantidad de recursos espirituales, sociales y culturales a la cual tuvieron que echar mano para proponer un nuevo orden político para el país y la forma en que se enfrentaron a contradictorias direcciones que tomó el proceso político peruano en los primeros treinta años del siglo XX.

En definitiva, esta rigurosa reconstrucción del discurso arielista y del proceso histórico en el cual se desarrolla, le permiten al autor analizar sociológicamente tanto la relación que se estructuró entre clase social, sujeto–intelectual y sociedad, como la relación que los arielistas–intelectuales– establecieron con la política.

La obra está dividida en cuatro capítulos. En el primero de ellos “Reencontrando a los arielistas”, el autor argumentativamente nos despliega las razones que sustentan la importancia de la obra en el contexto nacional del Perú, como parte de la preocupación por entender a los intelectuales de principios de siglo de una manera más justa y neutral, ya que apasionadas visiones del pasado han opacado lo original y lo propositivo de esta generación de peruanos.

El objetivo central del trabajo –citando al autor– es “ayudar a valorar en su justo sentido el pensamiento arielista juntando diferentes niveles –las biografías, las influencias intelectuales, las polémicas que desarrolló tanto con las clases gobernantes como los centenaristas [es decir, la generación de Mariátegui y Haya]– tratando de retratarlo dentro del ambiente social de su época”.

En efecto, este grupo de jóvenes, como otros contemporáneos, fueron especialmente receptivos a los problemas sociales de su entorno vital y, como tales, hijos de su tiempo, pensaron, discutieron y propusieron caminos reformistas para la solución de muchos de ellos. Aunque la no adecuada consideración del juego de intereses y coyunturas hizo de su historia la historia de un proyecto fracasado.

En el segundo capítulo, “El abandono de una afirmación”, Gonzales nos introduce en un insoslayable camino analítico para entender a esta generación. De su mano recorreremos el Perú –la Lima– de principios de siglo, con sus virtudes

y vicios que en definitiva conformaron la peruanidad y, paralelo a ello, nos lleva por los caminos del progreso y de futuro que no fueron.

La periodización decreciente de los primeros treinta años del siglo xx –optimismo, desencanto y reacción– que aúnan la historia individual de este grupo de intelectuales, y la colectiva de todos los peruanos, es revelador ya que nos permite dimensionar la crisis de un modelo de sociedad oligárquica de la cual estos jóvenes eran, por lazos familiares y sociales, sus herederos; y el surgimiento de una nueva sociedad cuya complejidad los sobrepasa con creces diluyendo en el devenir histórico cualquier proyecto colectivo arielista.

El optimismo que empapó a toda la sociedad peruana lleva a este puñado de jóvenes a develar la otra cara del Perú, el mundo indígena. El imaginario social del peruano, hasta ese momento de gran lucidez intelectual, no contemplaba al indio como parte de la peruanidad, y es a partir de los escritos arielistas que se perfila hacia el futuro un Perú mestizo, con todas las implicancias sociales, políticas y económicas que ello conlleva.

Sin embargo, este Perú virtual se comienza a diluir frente a hechos históricos imposibles de soslayar: la Primera Guerra Mundial con su consecuente crisis y, por otra, el fracaso de la única y gran oportunidad de los arielistas de plasmar su proyecto en el ámbito político peruano, arrinconando a este pequeño número de intelectuales a tomar posiciones personales, soportando la sumisión involuntaria al modelo político del cual habían renegado.

En “Ante el problema indígena”, tercer capítulo de la obra, el autor se concentra en la lucidez, originalidad y coherencia de la propuesta arielista sobre el mundo indígena. Propositiones que mediando otro contexto político hubieran transformado la lógica coercitiva del modelo político imperante.

El capítulo, indaga en las condiciones sociales y personales que motivaron la participación de los arielistas en la problemática indígena, tratando de unir tanto el tiempo social y personal de las obras estudiadas para –utilizando palabras del autor– “tender puentes entre el sujeto y la sociedad, entre el intelectual y su época y ambiente”.

Los arielistas en el contexto pro-indigenista de principios de siglo de la sociedad limeña, pretendían comprender a la nación peruana en forma integral, asignando a cada sujeto social su lugar. De esta forma, el indigenismo era un problema que presentaba dos aristas. Por una parte, el problema nacional que significaba el indio, en la medida que debían ser incorporados como parte constitutiva y medular de la nacionalidad peruana y, por otra parte, desde el punto de vista económico, como mano de obra necesaria para el desarrollo del país.

A pesar de esto, lo más revelador de la preocupación arielista por el problema indígena resulta ser un “programa agrario”, ya que nos muestra no sólo la importancia de este sector social, sino al mismo tiempo el punto más débil para el modelo político de principios de siglo, que presentaba más bien una visión excluyente del indigenismo.

Por último, en el cuarto capítulo, “Reformas para un nuevo orden”, a partir de las obras capitales se analizan la visión arielista del Perú de aquellos años, desde el punto de vista económico, político y social, tomando en cuenta tanto los

obstáculos que impiden el progreso y desarrollo como las soluciones que proponen para consolidar el futuro.

Este esfuerzo de diagnóstico y propuesta arielista, el autor la articula fundamentalmente en torno a dos preocupaciones analíticas: la nación y el Estado. Es decir, por una parte, discurre a través de las obras arielistas tras la esencia de la peruanidad, considerando la necesaria consolidación del mestizaje —más blanco que indio—, la conformación de la clase media y la reafirmación del cristianismo como bases de la nacionalidad; y, por otra, nos revela el núcleo básico de las reformas políticas, que apuntaban a la concentración de las relaciones de poder en manos de un fuerte ejecutivo que logrará producir un orden democrático estable generando la legitimidad del grupo gobernante y el desarrollo del país, reservando la esfera política sólo a aquellos individuos preparados para ella.

En este contexto, los arielistas, como grupo intelectual, se reservan para ellos un relevante papel dentro de la “regeneración nacional”, utilizando como mecanismo la educación de las clases superiores. De esta forma, los intelectuales podrán situarse entre las clases dirigentes y las clases populares devota de caudillos, resguardando los principios morales y éticos del orden social.

A pesar de que este ambicioso programa se encuentra sustentado en un amplio diagnóstico de la sociedad peruana, nace condenado al fracaso desde el primer día, ya que es portador del germen de su propia destrucción en una contradicción básica que surge de la propia situación vital de los autores al heredar, por una parte, un espíritu tradicionalista y, por otra parte, el desarrollo de un pensamiento modernizante. Conflicto que a la luz de su convivencia cotidiana, en una sociedad en proceso de mutación política, se resolverá a largo plazo por su parte más conservadora.

Aunque no en forma explícita, un importante elemento de cualquier trabajo en nuestra disciplina tiene que ver con la contextualización del mismo en una problemática más general de la sociología. En este caso, la elaboración de marcos explicativos sobre las relaciones entre los intelectuales y la política. El aporte del autor a esta situación histórica es entregarnos una visión donde los hechos cobran un especial significado definido fundamentalmente por una serie de presuposiciones teóricas y metodológicas.

Presuposiciones acerca de la acción y el orden por donde discurren los planteamientos del autor y la forma como aprehenderlos. En efecto, el propósito del autor, que permite una mirada distinta a este grupo de intelectuales, radica en concebir el orden regido por preceptos morales y normativos más que instrumentales y la acción por prácticas no egoístas, dejando de lado cualquier cálculo racional. Sin embargo, el individuo como tal queda relegado a un papel más pesimista y secundario en el devenir histórico, en la medida que los patrones sociales son previos a todo acto individual específico.

Supuestos del autor que pretenden excomulgar, en primera instancia, al diagnóstico y propuesta arielistas de toda intención no progresista, punto por el cual han sido reiteradamente enjuiciados y olvidados por pensadores más recientes. Creo que no es posible omitir que todo individuo no sólo es portador de las estructuras sociales sino que ellos mismos producen las estructuras en los procesos concretos de la interacción individual.

Por lo tanto, no son tan ajenos –por inconsciencia– a su tiempo y contingencia como parece verse. Más bien, todo intelectual lleva sobre sus espaldas su origen social, y las estructuras de su sociedad y cualquier originalidad de su pensamiento no parece sobrepasar los límites de su tiempo y espacio histórico y, por lo tanto, el carácter conservador de la cultura de su tiempo, parece algo inherente a cualquier intelectual.

En definitiva, para el caso peruano, el Estado oligárquico fue concebido por los arielistas como una realidad que no podía cambiarse por ninguna otra, un orden que no se podía tocar. Cabe preguntarse si es que hoy en día el orden social muestra tal grado de permanencia en lo teórico como en la práctica política.

La lectura de esta obra para los científicos sociales chilenos es relevante en la medida que se refiere a un proceso histórico en el cual nosotros parecemos ser la otra cara de la moneda. En efecto, nuestro debate se centró más bien en el problema de la modernización más que en la búsqueda de la identidad. Sin embargo, es necesario plantearse si la sociedad chilena y la relación que se estableció con nuestros intelectuales, frente a lo que a comienzo de siglo se llamó “la cuestión social”, se resolvió o fue tecnificado vía los mecanismos de modernización–democratización que nuestro país efectuó a lo largo del siglo xx. En definitiva, de qué forma el desarrollo de nuestro pensamiento político durante el siglo xx, fue resolviendo el problema de clase en términos generales y, por otra parte, qué papel jugaron nuestros intelectuales anclados en sus clases sociales de origen en el proceso político chileno.

La obra de Osmar Gonzales resulta no sólo sugerente para el debate peruano, sino también regional planteando una gran interrogante a nivel continental sobre el desarrollo de un pensamiento político propio en la medida que, a partir de situaciones históricas conflictivas entre nuestros países, los intelectuales han devenido en caminos distintos y alejados –al parecer– de todo espíritu latinoamericanista.

JORGE PEÑA ZEPEDA

Nikos Kazantzakis, *Cristo*. Traducción y prólogo de Miguel Castillo Didier, Editorial Cuarto Propio, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, 1996, 93 Págs.

La obra de teatro *Cristo*, escrita por una de las figuras mayores de la literatura neogriega: Nikos Kazantzakis es, como dice el traductor y prologista Miguel Castillo Didier “como el conjunto de su obra esencialmente poético”.

Nuestra mirada –no obstante estar de acuerdo con Castillo Didier– desde la perspectiva del conocimiento de la historia consiste en tratar de encontrarnos con el Cristo que ve Kazantzakis, en su destino y papel en el ámbito histórico.

La obra que comentamos reconoce que Cristo es el personaje histórico más admirado del autor, reconocido por él en diversas entrevistas. Constituye para Kazantzakis una especie de recodo donde se cobija el ser humano, buscando aliento.

Para el escritor cretense el aspecto religioso es parte del papel de Cristo, pero en el desarrollo de la obra, Cristo es un personaje que hace historia, al punto que la periodización de la historia de la humanidad habla de antes y después de Cristo.

Este detalle se acompaña de otros más importantes, como la lucha de los judíos contra el dominio colonial romano, apoyada por Cristo, o también el rechazo por éste de cualquier ejercicio de poder que pudiera implicar una toma de decisión arbitraria, o la solidaridad que consta y rodea todos los evangelios a los que sufren injusticias, desigualdades y sobre todo su rechazo de la pobreza del cuerpo y el alma.

El Cristo de la obra de Kazantzakis fue escrita entre 1915 y 1921, aunque sólo se publica en 1928 y ahora presentada al público chileno e hispanoamericano en general, en su primera traducción al español realizada con excelentes resultados por Castillo Didier.

*Cristo* es la primera obra dedicada a la figura de Jesús del autor cretense y en ella se encuentran en germen algunos de los rasgos de enfoque de la personalidad y de la "misión trágica" de Cristo, que el autor desarrolla en trabajos posteriores.

Por una parte se destaca el aspecto humano de su personalidad y por otra, paradójicamente se realza el carácter terrible, sobrehumano, casi brutal, de la misión que deja a sus seguidores.

Kazantzakis hace que María compadezca a su hijo, por que no le fue dado llevar una vida corriente y gozar de las legítimas alegrías del mundo. Esta idea sigue preocupando al autor cretense y en su obra *La última tentación de Cristo*, pone mayor énfasis en ese tipo de problemáticas.

Cristo al compartir la naturaleza humana, podía haber redimido al mundo compartiendo también no sólo las penurias del hombre, sino también sus alegrías, las legítimas que el propio Dios había creado para el ser humano. Pero en cambio no compadece a sus temerosos discípulos cuando después de resucitar se presenta ante ellos, los anonada imponiéndoles misiones casi imposibles, que resultan durísimas para esos hombres débiles. A cada uno le entrega una tarea que supera sus fuerzas. Juan, anciano y enfermo tendrá que escribir. También lo hará Mateo, humilde e iletrado. Y en el destino de todos está marcado el martirio.

Pero la más difícil misión es la que se le otorga a Judas. Sin su traición no habrá redención. Tenía que haber una traición para que Cristo muriera por los hombres y éstos se salvaran.

Jesús dirige a Judas emocionadas palabras, al más puro estilo de Kazantzakis, para valorar su sacrificio e incluso llega hasta a pedirle perdón. El autor, como buen conocedor de la historia, no permite que a Judas se le asigne otra tarea en que demuestre grandeza y hermosura; para el autor dramático el destino de Judas es único e irrepetible.

Kazantzakis, a diferencia de otras obras dramáticas o novelísticas tuerce el destino trágico, pero solamente lo tuerce, haciendo que Cristo le dé comprensión al traidor y no lo desprecie, porque Cristo-Dios le ha asignado esa tarea. Judas es un desdichado que por los designios de Dios debe traicionar a Cristo. ¿Cómo es posible que se dé un caso así?

El mayor mérito de la obra de Kazantzakis es la manera de presentar el conflicto humano suscitado a raíz del destino de Judas. Extraña trama dramática de la obra, pero digna de tenerse como una de las más sugerentes en la literatura y con mayor razón en el teatro. El autor no sólo pone en cuestión el rol de Judas, sino también la magna obra que Cristo deja a los apóstoles, figuras débiles, ignorantes, apegadas a su terruño, y que apenas comprendían los designios de Dios.

Uno de los llamados por Cristo, Felipe, debe luchar por dejar a su mujer e hijos. En la obra aquél explica desesperado: "No puedo volver atrás la cabeza; corro hacia adelante; me empuja el Señor. Vuelve a casa, mujer, a vestir el luto de la viuda ¡y espolvorea de cenizas tus largos cabellos!". La mujer le pregunta si va a volver; Felipe le contesta que nunca y agrega: "Voy a sembrar la buena Palabra por ciudades y aldeas". La mujer le habla de los hijos que le quieren, pero él en voz alta dice que no los quiere, que va adelante y lleva prisa "¡Pues soy carretero de Dios y transporto la Palabra velozmente por valles, montañas y mares!".

Kazantzakis increíblemente lúcido se ubica en el lado de las personas y cosas que, de una manera u otra, salen perjudicados con la toma de posición de Cristo. Para que se cumpla el objetivo trazado por el hijo de Dios a varias personas se le asignan roles que atormentan su existencia. Es difícil explicarse esos roles sólo en base a la razón humana y su sentido se encuentra a través de los mecanismos de la fe y de la concepción religiosa de la existencia, aunque en el comportamiento de Cristo pesa mucho el momento histórico en que le tocó vivir.

Según las tradiciones judías era frecuente la aparición de profetas y líderes religiosos. Cristo fue uno de ellos entre muchos, pero la diferencia fue marcada porque alrededor de él se juntó un grupo de personas que, desde la marginalidad más absoluta, empezó a desarrollar ritos que dieron un alto sentido de cuerpo e institucionalidad a lo que posteriormente se conoció como la Iglesia, la que adquirió autoridad infalible: el Papa, arzobispos, obispos y curas. La Iglesia posteriormente adquiere poder político, cuando Constantino la hace religión del Imperio Romano, perdiendo el halo de fascinación que produjo seguidores como Felipe.

La pieza teatral se distingue de otras de Kazantzakis por poseer un subtítulo calificador "drama bizantino" y por la manera especial en que se presenta la acción. En efecto, ésta se desarrolla en una iglesia en la época bizantina, durante la celebración de la Eucaristía. Fieles, cantores y oficiantes tienen una visión de lo que sucede en Jerusalén durante los días de la resurrección de Cristo. Los personajes del drama divino empiezan a hacer oír sus voces a los maravillados fieles. Felipe, entre ellos, la Virgen y Magdalena, temerosos, ansiosos, desorientados, comentan el trágico fin de Cristo, pero presienten su posible retorno. Luego Magdalena confirma la Resurrección. Cristo ha vencido a la muerte maravillando a vecinos, amigos, admiradores y discípulos. Con el misterio de Cristo, según

Kazantzakis, "¡de pie aguardamos ahora que la Muerte llavera abra ya la tercera puerta, la de la Resurrección!"

LUIS MOULIAN E.

Igor Goicovic Donoso, *Pasando a la historia. Los Vilos 1855-1965*, editado por la I. Municipalidad de Los Vilos IV Región, 1996.

Igor Goicovic, autor del libro que reseñaremos, estudió en la Universidad Católica de Valparaíso haciendo luego un magister en la Universidad de Santiago. Pone término a esos estudios con la Tesis que ahora publica, como libro, la Municipalidad de Los Vilos.

Los temas en que Goicovic se ha especializado dicen relación con movimientos sociales, problemas de historia económica y ahora último ha profundizado en historia de las mentalidades.

El autor del texto que comentamos tiene publicado varios artículos en revistas especializadas, entre ellas la revista *Última Década* de la cual forma parte de su Comité Editor. Es considerado un buen exponente de lo que se conoce en Chile como la corriente historiográfica de la "nueva historia", o también de historia social corriente, que se inicia a mediados de los años 80 de este siglo con cultores que han logrado en el ambiente del conocimiento histórico gran prestigio por la calidad de sus trabajos, entre ellos Gabriel Salazar y María Angélica Illanes.

Queremos comenzar nuestro comentario con una larga cita del libro sobre Los Vilos, donde queda plasmada la sensibilidad del autor para captar la sociabilidad vileña. La cita: "En la matrícula de 1915 aparecen registradas la primera relojería (Arturo Collao) la primera peluquería (Alejo Olivares), la primera cigarrería (Dolores Collao). Más tarde en 1923, aparecen en el registro los primeros establecimientos que expenden bebidas alcohólicas; las pensiones con cantina de María Eyzaguirre y de Félix Tian, y los expendios de licores de la sucesión de Miguel Luis Tapia y de Zuvich Hermanos. En 1926 se establecía en Los Vilos la bodega de depósitos de la empresa illapelina productora y exportadora de ají pimentón, Luis Alberto Vera y Cía. y la agencia compradora de minerales de Mauricio Hochild".

"Las bodegas de almacenaje, los despachos, las cantinas, los billares, el establecimiento de abastos, la peluquería, etc. no fueron sólo manifestaciones de una peculiar estrategia de subsistencia o de acumulación de riqueza, no negándoles dicha funcionalidad se hace necesario establecer que fueron también ámbitos fundamentales en el desarrollo de la sociabilidad local y de identidad".



Y más adelante y sobre esto mismo Goicovic dice: “La cuadrilla de jornaleros que dirige ‘Ño’ Miguel, que realiza el traslado de los sacos de granos, cargados hasta con 90 kilos, desde las bodegas de José Manuel del Río hasta el muelle de ferrocarriles, probablemente al terminar la jornada concurren al ‘boliche’ de Eloi Godoi, a jugar un billar y a tomarse una cerveza ‘Limache’ y si aún quedan fuerzas y está entrando la ‘oración’ caminará con sus amigos por la polvorienta calle Caupolicán discutiendo sobre la mejor alternativa en la próxima riña de gallos donde Horacio Ureta o sobre la idea de constituir un sindicato como lo sugieren los ‘compañeros’ Adrián González, Florentino Véliz y Luis Tapia y rematarán la jornada en la posada del ‘chino’ Tian”.

Encontramos pertinente transcribir la idea de Goicovic ampliada, porque en ella se siente “en vivo” un día de rutina en Los Vilos, con personajes claves y no tanto de una localidad que se desenvuelven con mucha autoridad y realizan actividades que son el motor de la sociabilidad. Los Vilos no sería nada si junto a su actividad portuaria, minera y pesquera no hubiera nacido o llegado el relojero (Arturo Collao), el peluquero (Alejo Olivares) el cigarrero (Dolores Collao) y el cura (Salinas).

Goicovic dice en la introducción que para él son más estimulantes como objeto de estudio los personajes y hechos de la gente común. Dice que ya se ha hecho historia política y de la elite, y ya es hora de destacar la sociabilidad popular, el cotidiano y también las estructuras de mediano y largo tiempo.

El autor se introduce en la economía, distinguiendo la producción minera en el contexto de la estructura económica local, así como también el modelo de actividad portuaria y turística, analizando la influencia en los modos y maneras de los vileños.

Lo discutible a nuestro juicio, y que fue parcialmente solucionado cuando el autor analiza la actividad política local, especialmente las relaciones con el Municipio de Los Vilos es haberle dedicado un espacio e importancia menor a los efectos en el pueblo de la permanente política estatal centralizadora y cómo esto afecta el desarrollo equilibrado de todas las regiones del país y especialmente a Los Vilos.

La necesidad de descentralización Goicovic la desarrolla cuando se historiza el rechazo a instalar una fundición nacional cercana a Los Vilos y la participación de la clase política en la decisión de instalarla, pasando a llevar los intereses del pueblo cuando tal fundición se instala en Ventanas, V Región, a pesar de los esfuerzos de todos los vileños.

La instalación de la fundición en Ventanas fue un duro golpe para Los Vilos y la suspensión de los embarques de concentrado pusieron fin a la agonía del puerto local. Goicovic debería, a nuestro juicio, haber ahondado en el problema de la relación Estado–localidad, centralización–descentralización. De todas maneras, dentro del variado número de aportes del libro no pasa en muchos aspectos de ser un detalle la omisión de esta problemática.

El autor es excelente conocedor de su oficio, un profesional en la práctica del conocimiento de la historia que supera lejos el gran número de historias locales escritas con esfuerzo por aficionados que tienen mucho cariño por su loca-



lidad, pero que el estilo, la metodología y sus contenidos dejan mucho que desear.

Goicovic se plantea en relación a Los Vilos y su historia con ojo escrutador de historiador. Su estudio tiene detrás una labor investigativa de largo tiempo. Posee una exhaustiva base documental y agrega gran número de entrevistas a gente de la elite y sectores populares, de estos últimos privilegia gente de las minas, de las faenas portuarias y pescadores que nacieron, crecieron y han madurado como vileños.

El autor incursiona en Los Vilos con la autoridad que da, aparte de su condición de profesional del conocimiento de la historia, el haber nacido en el lugar, por eso la escritura y documentación utilizada toma aspectos que denotan ser parte de esa socialización. Todo al autor le resulta familiar en Los Vilos, incluso los datos estadísticos de por sí fríos, así como sus problemas de crisis y reconversión adquieren dimensiones y dicen cosas conocidas.

He leído con detención un buen número de historias locales por mis investigaciones historiográficas y trabajos puntuales sobre localidades, sin embargo la que reseñamos aquí por su calidad y definiciones teóricas y uso metodológico, especialmente en la introducción, inicia una fase nueva de historias locales, aquellas hechas por profesionales, dejando una valla muy alta para sus continuadores.

LUIS MOULIAN E.

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS  
BIBLIOTECA NACIONAL

PUBLICACIONES DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES  
DIEGO BARROS ARANA  
1990 - 1997

- Revista *Mapocho*, N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 38 segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 39, primer semestre (Santiago, 1996, 271 págs.).  
Revista *Mapocho*, N° 40 segundo semestre (Santiago, 1996, 339 págs.).  
Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).  
Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).  
Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras* (Santiago, 1992, 179 págs.).  
Pedro de Oña, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).  
*La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).  
Lidia Contreras, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).  
Fondo de Apoyo a la Investigación 1995, *Informes*, N° 4 (Santiago, marzo, 1997).  
Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843 - 1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).  
Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).  
José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos (siglos XVI y XVII)* (Santiago, 1994, 117 págs.).  
Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y crear* (Santiago, 1994, 156 págs.).  
Hans Ehrmann, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).  
Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).  
Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).  
Juvencio Valle, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).  
Graciela Toro, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).

*Colección Fuentes para el estudio de la Colonia*

- Vol. I Fray Francisco Xavier Ramírez, *Coronación sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).  
Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).

Vol. III *Protocolos de los escribanos de Santiago. Primeros fragmentos 1559 y 1564-1566*, transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago 1995-1996, en prensa), dos tomos.

#### *Colección Fuentes para la historia de la República*

Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).

Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).

Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).

Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo (Santiago, 1993, 524 págs.).

Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).

Vol. VII *La «cuestión social» en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).

Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León León (Santiago, 1996, págs.).

#### *Colección Sociedad y cultura*

Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850 - 1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).

Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932 - 1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).

Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886 - 1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).

Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).

Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).

Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927 -1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).

Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).

Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813 - 1930). Visión de las élites* (Santiago, 1994, 259 págs.).

Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, págs.).

Vol. X Josefina Rossetti Gallardo, *Adolescente y adulto en torno a la sexualidad*

#### *Colección Escritores de Chile*

Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).

Vol. II *Jean Emar, escritos de arte. 1923 - 1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).

- Vol. III *Vicente Huidobro, textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, c + 4.134 págs) cin co tomos.

#### *Colección de antropología*

- Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

#### *Colección Imágenes del patrimonio*

- Vol. I. Rodrigo Sánchez R. Y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 61 págs.).

Se terminó de imprimir esta primera edición,  
de quinientos ejemplares,  
en el mes de junio de 1997  
en la Imprenta de la Biblioteca Nacional,  
Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651.  
Santiago de Chile

DISTRIBUCIÓN Y VENTAS EN LA LIBRERÍA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL  
SALA AMANDA LABARCA, SECTOR MONEDA  
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651. TELÉFONO: 3605233  
SANTIAGO DE CHILE



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE CHILE